







SENTENCIAS SAGRADAS
DE
SAN IGNACIO DE LOYOLA.



ANT
XIX
5

15 cms:

Q.43.539



CENTELLAS IGNACIANAS.

SENTENCIAS SAGRADAS

DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA,

FUNDADOR DE LA COMPAÑIA DE JESUS:

TRADUCIDAS DE LAS LATINAS DEL P. G. HENEVESI, S. J.,

Y PUBLICADAS

POR EL DR. D. PEDRO MUÑOZ DE ZARATE,

Cura que fuè de S. Pedro y del Sagrario.

*Ignem veni mittere in terram
et quid volo, nisi ut accendantur.*

LUCÆ, C. XII.

REIMPRESO CON LICENCIA.

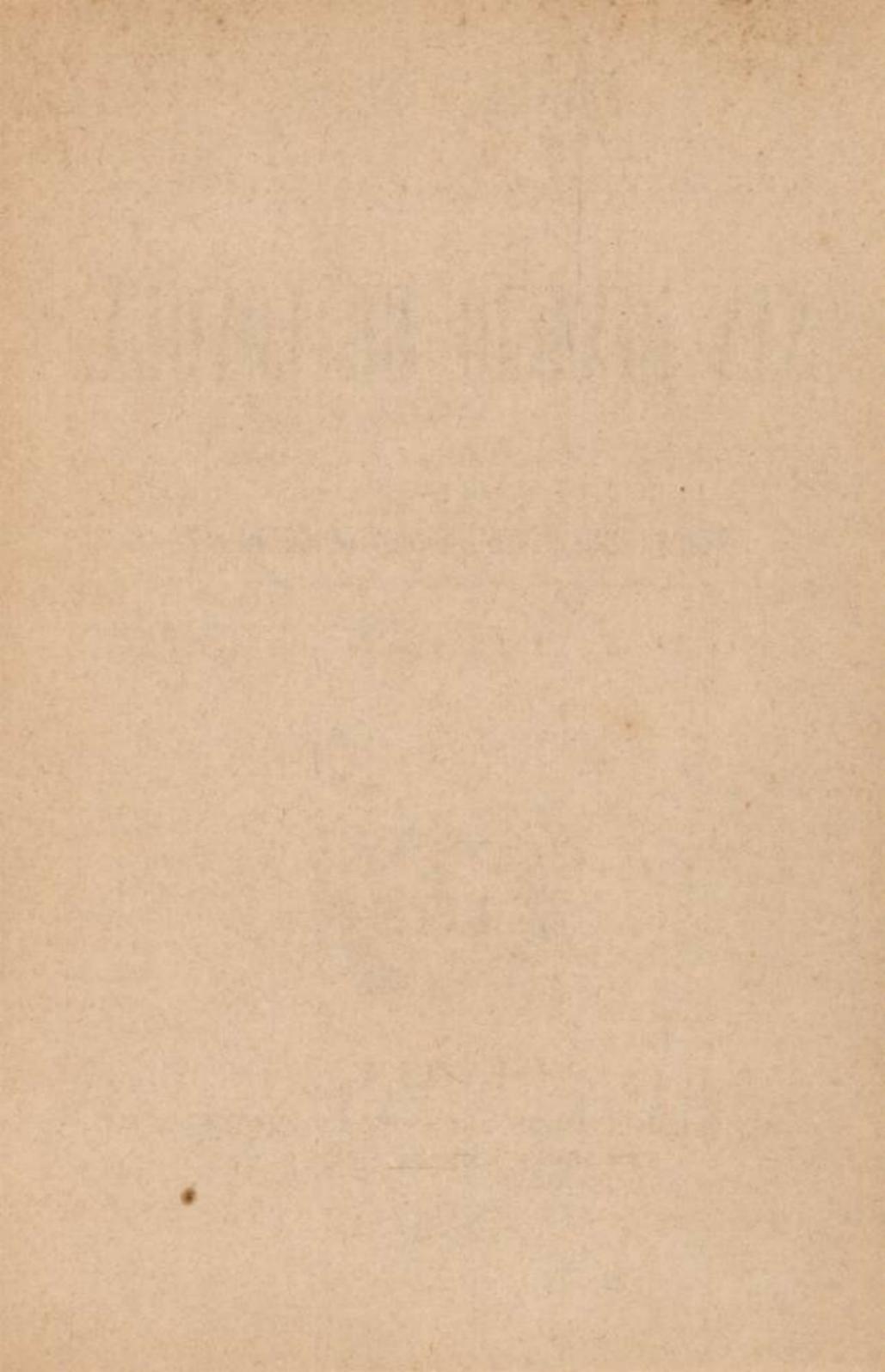


SEVILLA.

IMP. Y LIB. DE LOS SRES. A. IZQUIERDO Y SOB.,
Francos, nùms. 60 y 62.

1881.

MAN. A. PUEN...
PROCURADOR...
de la Excm. Audiencia y Juzgado
DE SEVILLA



EXCMO. SR. ARZOBISPO DE SEVILLA.

Antonio Izquierdo y sobrino, impresores en esta ciudad, á V. E. con el debido respeto exponen: Que, deseando reimprimir la obra CENTELLAS IGNACIANAS, cuyo original acompañan, suplican á V. E. se digne de autorizar esta reimpression, si así lo juzgáre conveniente.

Gracia que esperan merecer de la notoria bondad de V. E., cuya vida Dios guarde muchos años. Sevilla á diez y siete de Noviembre de mil ochocientos ochenta, ANTONIO IZQUIERDO Y SOBRINO.

CENSURA.

EXCMO. SEÑOR:

El libro que lleva por título CENTELLAS IGNACIANAS, impreso en esta ciudad por Francisco Sanchez Reciente sin expresion de año, CON LICENCIA, segun se dice en su portada, es un verdadero tesoro de sabiduría celestial. Está formado de admirables sentencias del glorioso S. Ignacio, en las cuales se revela el profundo conocimiento que tenía del corazon humano y su singular prudencia para dirigirle, (que, trasmitida á sus ilustres hijos, ha quedado como en proverbio) y de los comentarios que á cada sentencia hizo el P. Gabriel Henevesi, enteramente conformes al espíritu del santo Patriarca. Con esto queda dicho, que nada hay en este libro que no esté en perfecto acuerdo con la doctrina de Ntra. Sta. Madre la Iglesia, y que su reimpression ha de ser de grande utilidad para los fieles. —V. E. en su más elevado criterio puede juzgar lo que estime más conveniente.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Sevilla 28 de Diciembre de 1880.—Su más humil-

de súbdito y capellan—EVARISTO DE LA RIVA y SANCHEZ DE PORRUA.—EXCMO. SR. ARZOBISPO DE ESTA DIÓCESIS.

Sevilla 4 de Enero de 1881.

En vista de la anterior censura del Sr. Ldo. D. Evaristo de la Riva, Canónigo de nuestra Santa Iglesia Metropolitana, concedemos nuestra licencia y beneplácito para que pueda reimprimirse el libro intitulado CENTELLAS IGNACIANAS, cuya adquisicion recomendamos eficazmente á todos nuestros muy amados diocesanos por el abundante fruto espiritual que de su lectura han de reportar áun los más tibios en el ejercicio y práctica de las virtudes cristianas.

Así lo decretó y firmó S. E. Ilma. el Arzobispo, mi Señor, de que certifico.—EL ARZOBISPO. D. S. B.—Dr. DON FRANCISCO CABERO, Canónigo Secretario.





AL GLORIOSO PATRIARCA
SAN IGNACIO DE LOYOLA.

SANTÍSIMO PADRE, fuego grande, que abrasado de ardor del amor divino, de tal suerte te encendiste, que el mundo todo fué corta materia para alimentar tus llamas; y no satisfecho de arder tú solo, hiciste blanco de todas tus acciones y pensamientos, el que todo el orbe, cuan grande es, se inflamase con aquel fuego mismo en que tú tan santamente ardías: á cuyo fin se dirigían la continua comunicacion con Dios por medio de la oracion y de encendidos suspiros; las muchas peregrinaciones á Italia, Francia, España, y á la tierra santa; los

cuidados, desvelos, deseos, conatos, todos los movimientos de tu corazón y respiraciones, para aprovechar á todos y encenderlos en aquel fuego que del cielo habías participado, y para que no hubiese en toda la tierra quien pudiese esconderse de él; de suerte que tu calor no le alcanzase: y así, adonde no estabas presente corporalmente, para estarlo con la eficacia de tu ardor, enviaste á las partes más remotas de la tierra á tus compañeros, como otros tantos incendiarios, instruidos de tu zelosísima enseñanza, para que no quedase en toda la redondez de la tierra rincón alguno donde no penetrase el beneficio de tu calor, y no obrase sus prodigiosos efectos en la salud de todas las gentes: teniéndote entonces por bienaventurado y gozoso cuando por tu medio y de los tuyos se aumentaba en todas partes la gloria de Dios, la salvacion de los próximos y la perfeccion de sus almas. Y para conseguir esto mismo en lo apartado, no contento con arrojar de tu

boca otras tantas llamas como palabras, maquinando nuevos incendios para lo distante; y para que despues de haberte inmortalizado en la gloria vivieses todavía como fuego perpétuo entre nosotros, dejaste libros y cartas escritas á varios, como otros tantos fuegos arrojadizos, á fin de que, empleando en su lectura nuestros ojos, por ellos se insinuasen dulcemente en nuestros pechos el amor de Dios y los vivos deseos de una vida más perfecta y santa. Todo lo has conseguido tan felizmente que jamás tú fuiste visto sin fruto suyo, de quien tuvo la dicha de verte, ni oído sin grande aprovechamiento, ni tus palabras estampadas en lo escrito han sido, ni serán leídas, sino es resplandeciendo en todas ellas, ardiendo, y encendiendo á todos en sus llamas, como de un vivo fuego.

De mí solamente me avergüenzo, Padre mio (si me permites llamarte con nombre tan honroso para mí) que, siendo hijo legítimo del fuego, no soy sino humo bastardo, degenerando de

tus ardores. ¡Ay de mí, y qué distante me hallo de tus costumbres, á cuya imitacion me has provocado con tan ardientes ejemplos, y me has fomentado con tan vehementes llamas de tu ley de fuego, permaneciendo yo hasta hoy tan frio y tan oscuro como un negro tizon!

Por esta causa me resolví á juntar en un pequeño libro, como en un brasero, las sagradas sentencias y saludables doctrinas de tu celestial sabiduría, como centellas que han saltado del horno ardiente de tu pecho, encendido con las llamas de tu amor para con Dios y con el prójimo, con la idea de tenerlas siempre á la mano, buscando en ellas el remedio de sacudir el frio de mi tibieza, y avivando con ellas, como con un aventalle saludable, de cuando en cuando, la emulacion de tus ardores; para que depuesto un letargo tan perjudicial, se encendiese con su meditacion un fuego tan necesario para mí, y tan agradable á tus ojos.

Y, aunque yo había destinado esta obra solamente para mi uso privado, hubo quien quisiese el que se hiciera pública, *amantísimo Padre mio*; así para que el fruto de tu calor se extendiese á mayor esfera, como para que tus ánsias lograsen un pleno cumplimiento en mi deseo de servir á otros. Obedeciendo, pues, á estas insinuaciones, pongo en las manos, y á vista de todos, estas *centellas*, sacadas del anchurosísimo incendio de tu pecho, para que el mundo todo participe estos nuevos calores de tu espíritu; mas, si tú no las fomentas hasta convertirse en llamas, se quedarán ineficaces y resolverán en estériles cenizas, perdiendo su fuerza y ardor. Por tanto, *Padre amantísimo*, que no ménos ardes ahora en el cielo, que cuando entre nosotros viviste, anhelando por la gloria de Dios y la salud de los prójimos, comunica á estas *centellas*, nacidas de tu boca y de tu pluma, una virtud propia de fuego, para que de ellas pueda decirse hoy lo que, cuando vi-

vías acá y enviabas á tus hijos y compañeros á predicar, solías decirles: *Id, abrasad y encended á todo el mundo en el amor de Dios y del prójimo*; lo que yo te pido para todos aquellos á cuyos ojos llegaren; pero principalmente para mí, más necesitado que todos los demás.

De tus hijos el más indigno, *Gabriel Henevesi*, S. J.



LICENCIAS DE LA 1.^a EDICION.

APROBACION DEL SR. DR. D. FELIPE PONCE, CANÓNIGO PENITENCIARIO DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA Y PATRIARCAL DE ESTA CIUDAD DE SEVILLA.

Por comision de el Sr. Dr. D. Pedro de Céspedes, Dignidad y Canónigo de esta Santa Iglesia, Provisor y Vicario general de ella, he visto el libro intitulado CENTELLAS IGNACIANAS, ó Sentencias Sagradas de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus; traducidas de las Latinas del Padre Gabriel Henevesi, de la misma Compañía, que dá al público el Dr. D. Pedro Muñoz de Zarate, Cura del Sagrario de esta Santa Iglesia Patriarcal; y no hallo cosa que se oponga á nuestra santa fé, buenas costumbres y pragmáticas de S. M.; antes sí de suma utilidad, por lo que se puede dar licencia para la impresion. Sevilla y Julio tres de mil setecientos cincuenta y tres años, D. FELIPE PONCE DE LEON.

LICENCIA DEL SR. PROVISOR.

El Sr. Dr. D. Pedro Manuel de Céspedes, Dignidad de Tesorero y Canónigo de la Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia de esta ciudad, Provisor y Vicario general de ella y su arzobispado, tiene concedida licencia para que se pueda imprimir el libro CENTELLAS IGNACIANAS, como más latamente consta de su original. Sevilla y Julio 6 de 1753.

APROBACION DEL SR. DR. D. TOMÁS ORTIZ DE GARAY, ARCEDIANO DE ÉCIJA, DIGNIDAD DE LA SANTA METROPOLITANA Y PATRIARCAL IGLESIA DE ESTA CIUDAD.

Por comision de los Señores del Real Consejo de Castilla he visto el libro intitulado CENTELLAS IGNACIANAS, Sentencias Sagradas de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesus, traducidas de las Latinas del P. Gabriel Henevesi, de la misma Compañía, que dá al público el Dr. D. Pedro Muñoz de Zarate, Cura del Sagrario de esta Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia de Sevilla, y no hallo cosa que desdiga á nuestra santa

ley, buenas costumbres, ni pragmáticas de Su Magestad; por lo que se le puede dar la licencia para su impresion, SALVO, ETC. Sevilla y Febrero veinte y tres de mil setecientos y cincuenta y tres años, DR. D. TOMÁS ORTIZ DE GARAY.

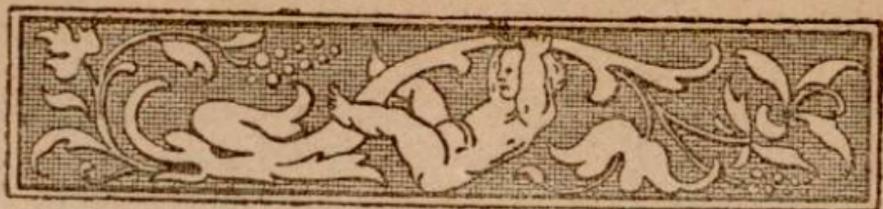
LICENCIA DEL CONSEJO.

D. JOSÉ ANTONIO DE YARZA, SECRETARIO DEL REY NUESTRO SEÑOR, ESCRIBANO DE CÁMARA MAS ANTIGUO, Y DE GOBIERNO DEL CONSEJO.

Certifico, que por los señores de él se ha concedido licencia á D. Pedro Muñoz de Zarate, Cura del Sagrario de la Santa Iglesia Metropolitana de Sevilla, para que, por una vez, pueda imprimir y vender el libro intitulado CENTELLAS IGNACIANAS, ó Sentencias Sagradas de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesus, distribuidas por todos los días del año y propuestas á la meditacion y consideracion devota, traducidas de las Latinas del P. Gabriel Henevesi, de la misma Compañía; con que la impresion se haga por el original, que vá rubricado y firmado al fin de mi firma; y que antes que se venda se traiga al Consejo dicho libro impreso, junto con su original y certificacion del corrector, de estar conforme, para que se tase el precio á que se ha de vender, guardando en la impresion lo dispuesto y prevenido por las leyes y pragmáticas de estos reinos. Y para que conste lo firmé en Madrid á veinte y seis de Mayo de mil setecientos y cincuenta y tres, D. JOSÉ ANTONIO DE YARZA.

CERTIFICACION DEL CORRECTOR.

Hallo bien conforme á su original el libro CENTELLAS IGNACIANAS, Sentencias Sagradas de San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesus, distribuidas por todos los dias del año, propuestas á la meditacion y consideracion devota, traducidas de las Latinas del Padre Gabriel Henevesi, de la misma Compañía, y dadas al público por el Dr. D. Pedro Muñoz de Zarate, Maestro de Artes y Filosofía del Claustro y Gremio de la Universidad de Sevilla. Madrid veinte y nueve de Octubre de mil setecientos y cincuenta y tres, LIC. MANUEL RICARDO DE RIVERA, Correct. general por S. M.



AL LECTOR.

Piadoso LECTOR, el año pasado de 1749 dí al público el texto de los admirables ejercicios que compuso el grande Patriarca San Ignacio de Loyola, por los superiores motivos que insinué; y ahora un repertorio de sus mejores y más espirituales máximas, distribuidas por todos los días del año, para continuarlos: en él hallarás la verdad no contaminada de la lisonja, no alterada de la emulacion, ni oscurecida de impertinente crítica; limpia y pura como la plata probada en el crisol; activa y penetrante como espada de dos filos. El espíritu de firmeza en la fé, de honestidad en las palabras, de justicia en los juicios, de igualdad en las acciones, de paciencia y valor en las injurias y tribulaciones, de dulzura en el trato con los prójimos, de humildad en todo, y la union inseparable de Dios.

El está verdaderamente formado en la escuela de la experiencia, con una prudencia rara, con singular universidad de espíritu y

doctrina, penetracion mística, comprension moral, símiles decentes, claros, oportunos y convenientes, y toda ciencia propia de los santos: lo que echés menos en un día, hallarás en otro, y me creerás despues de leído muchas veces.

A mí me parece aquella torre de David, de la cual penden mil escudos, para defenderse de los violentos ataques de nuestros enemigos. La fuerza y fondo de sus autoridades y concordantes conocerás si eres docto; y sino lo eres no te excusarás de sentir tu interior eficacia; porque ellas, en fin, son CENTELLAS que sólo esperan las recibas en el corazon con profunda y sosegada meditacion, para encender aquel divino fuego que trajo al mundo, nuestro amable Redentor Jesus: así lo deseo vivamente. Tu deudor y siervo, PEDRO MUÑOZ DE ZARATE.





DIA PRIMERO DE ENERO.

TODO Á MAYOR GLORIA DE DIOS.

Estas palabras, ó sus equivalentes las repite San Ignacio en sus Constituciones 376 veces.—Suarez t. 4. de Relig. l. 8, c. 6, n. 1.

Los nuevos años, y la felicidad de toda la vida consiste, en que todos los instantes de su duracion, y todas nuestras acciones se refieran, y dirijan á sola la Gloria de Dios. Esto pide Dios por el justo título de su Dominio supremo: esto le deben todas sus criaturas por el título esencial de servidumbre.

Quien busca su gloria, y no la de Dios, es ladron; porque á solo Dios se debe la gloria; y á nosotros la con-

fusion y menosprecio: esta es la escuela y despertador de nuestra deuda.

Nadie mira menos por sí, que el que antepone su gloria á la de Dios: este pierde la temporal, y la eterna: siempre desdichado: en esta vida, porque se priva de la verdadera; y en la otra, porque carece de toda.

Esto lo conocerán ellos; pero muy tarde: toda la noche trabajamos, y nada cogimos. Toda la gloria humana es nada: como flor del heno se levanta, y en breve se pisa: como humo sube, y luego se deshace. Si estimas la Gloria, busca la verdadera.

DIA DOS.

Esta sea la primera regla de nuestras acciones: Fiar de Dios, como si el buen suceso dependiese de nosotros, y no de Dios: obrar nosotros, como si Dios lo hubiese de hacer todo, y nosotros nada.-S. Ign. vid. Nol.

La esperanza humana se afirma so-

bre piés flacos, y no tiene manos. El que te dió el sér, cuando estabas en la nada, ahora, que le tienes, no te salvará sin tu cooperacion.

Pon tú de tu parte la centella, Dios avivará el fuego. Arroja en la tierra la semilla, Dios la dará las creces, y el aumento: así todo sucederá segun el deseo; de otra suerte todo será esterilidad y miseria.

Tú nada puedes sin Dios, aunque quieras: Dios nada quiere sin tí, aunque lo puede todo. Unido tú con Dios lo puedes todo.

La gracia de Dios, que tan grandes cosas pudo en otros, en tí solo no perderá sus fuerzas, con tal que en él solo pongas tu confianza. ¿A dónde, pues, están fundadas tus esperanzas?

DIA TRES.

Pierde su trabajo, el que, para enmendar á otros, no comienza por sí mismo.—S. Ign. en Bart. l. 4, p. 36.

No es cosa puesta en razon, que-

rer hacer á otros buenos, no siéndolo nosotros. Condenámonos por confesion nuestra, mandando lo bueno; y practicando lo malo.

La ley es eficaz, cuando es ley viva, esto es, si el Legislador la promulga con la obra, porque tiene más fuerza la voz de la obra, que la de la boca: aquella tiene tantos Oradores, que la persuadan, cuantas fueren las acciones: esta, siendo sola, está desamparada de autoridad.

¿Qué fruto puede esperarse, cuando al mismo tiempo, que se edifica, se destruye? Lo primero se intenta con la voz viva: lo segundo se ejecuta con la obra. El que quiere curar pasiones del ánimo, es necesario, que no esté sujeto á ellas. Primero es mirar por sí, que por los otros.

¡Miserables hombres! Para sí mismos topas; para los demás lince. Hemos perdido el uso de los sentidos: no sentimos el embarazo de una viga en nuestros ojos, y queremos escrupulosamente quitar una pajita de

los ajenos. Médico, cúrate á tí mismo.

DIA CUATRO.

No se mudan costumbres con la mudanza de Cielo. Si el imperfecto no se deja á sí mismo, no será mejor en otra parte, que donde está.—S. Ign. en Bart. l. 4, p. 36.

A nadie he visto, que vuelva mejorado de una peregrinacion: esta trae mucho de curiosidad; pero muy poco de utilidad.

El que obra mal, nunca huye bien, sino huye de sí propio. Cuando se piensa más seguro, encontrará dentro de sí cuanto debe temer y recelar.

La mudanza de clima rara vez cura las enfermedades del cuerpo; nunca las de la alma. Si conoces dentro de tí mismo algun mal, éste es, el que debes huir, y desterrar. Lo que te daña es mal tuyo, no del lugar: con la mudanza de éste, y no tuya, no espere, sanar.

A solo aquel País pudieras caminar, á donde el Demonio no pudiera seguirte, ó tu pasion no pudiera llegar; el cual buscas en vano, sino es mudándote de la tierra del vicio al País de la virtud. Esta sola será la medicina de tu enfermedad.

A nadie ha hecho Santo el lugar. No haber estado en Jerusalem, sino haber vivido bien en Jerusalem, es digno de alabanza. Solicitar la mudanza de un lugar á otro, es señal cierta de un ánimo inconstante, y que hu-ye de vencerse á sí mismo.

DIA CINCO.

No se confían bien negocios peligrosos y graves á la virtud de los mo-zos.—S. Ign. en Bart. l. 4, p. 17.

Una virtud nociva es semejante á las flores de aquellos árboles, que á la primera templanza de una Primavera brotan; tan delicadas, que al solo contacto, ó al soplo de un vientecito

algo destemplado, se marchitan.

Los hombres tiernos con facilidad se rinden á un grave peso; y con una torpe caída manifiestan los esfuerzos inconsiderados. El ardor de la sangre hace atrevidos, mas este atrevimiento, sino se rige con el freno de la razon, degenera en temeridad.

Un fervor apresurado consume las fuerzas, y como bestia cargada busca la posada, y el descanso: éste, si se hubiera moderado, durára por largo tiempo. Esperanzas anticipadas rara vez maduran el fruto, que ellas prometían.

La inconstancia y mutabilidad, es un mal, que nació con el hombre; pero en los mozos vive de asiento. Si quieren y aman alguna cosa, es con vehemencia; mas esta dura muy poco.

Date prisa; pero despacio. Celebridad y constancia rara vez se ven juntas. Tropieza fácilmente, quien se apresura mucho: y el que ha de andar largo camino, templa al principio sus pasos, de suerte, que el vigor dure por mucho tiempo.

DIA SEIS.

Una obra rara y excelente vale más que seiscientas vulgares y ordinarias.—S. Ign. en Bart. l. 4, p. 17.

Como de cosas, que tenemos fácilmente á la mano y que á cada paso se encuentran, no se hace empeño en adquirirlas, ni se tiene gran complacencia en poseerlas: así obras vulgares y ordinarias hacen número; más no precio.

La virtud tiene su premio en lo árduo. En vano aspira á ella el perezoso: no la alcanzará, sino es aquel, que peleando venciere muy grandes dificultades. Empréndela, que nada hay imposible á un ánimo fuerte y alentado.

Dios pesa; no numera las obras: aprecia su calidad, no su multitud. Mira y considera lo que ofreces; y tén presente, que deben ser raras, esquisitas y escogidas las cosas, que se ofrecen á un Señor, que es el Supremo de todo lo criado.

No te escuses con tu vileza y pobreza. La gracia de Dios es rica, con cuya ayuda puedes obrar maravillas, con tal que lo intentes, y no desmayes.

DIA SIETE.

Entienda cada uno, que tanto será su aprovechamiento en el espíritu, cuanto se negáre al amor de sí mismo, y al afecto de la propia conveniencia.—S. Ign. en Bart. l. 4, p. 22.

Nadie puede servir á dos Amos: á uno ha de aborrecer; otro ha de amar: El corazón no está bien dividido en dos partes y una de ellas no la admite Dios, estando poseida, y gravada de cosas terrenas.

La única causa de nuestra tibieza es, querer amar á Dios de suerte que no nos olvidemos de nosotros: cogemos de ambos lados; y por esta causa caminamos á los amores eternos con paso tan lento y tan incierto.

Como el huevo no es levantado en

alto por el Sol, sino es estando vacío: y como el leño no concibe el fuego sino es estando seco; así también el alma, cuanto menos pegada estuviere á las cosas corpóreas, tanto más capaz estará de la razón y de las cosas divinas, y será siempre más suya.

El apetito bruto é irracional, mientras del todo no se extingue, siempre combate contra la razón y los más santos afectos; y con su peso natural inclina á lo bajo. Es, pues, necesaria una grande resolución, para convertirlo del todo en espiritual.

DIA OCHO.

Ninguna cosa se puede hacer digna de Dios sin que el Mundo se alborote y el Infierno se turbe.—S. Ign. vid. de Nolarc.

Luz y tinieblas siempre han sido opuestas: y entre buenos y malos, jamás hubo firme amistad. Como el gusano roe las frutas más maduras, así

tambien la malicia acomete con más rabia á los mejores.

Señal cierta de bondad es haber parecido mal á los malos; afrenta fuera ser amado y alabado de ellos. No hagas caso de que hablen mal de tí aquellos que nada bueno hacen.

Ni debe ser tenido por mal aquello, de que se nos origina el ser mejores. Este es el beneficio, y la virtud de una piedra de amolar. No poco ayudan los malos á los buenos cuando los persiguen; les aumentan la paciencia y los méritos.

¿Qué cosa es, pues, la que temes? Ni el Mundo, ni el Infierno pueden contra tí algo. ¡Cuando los impedimentos son mayores, entonces es más copiosa la gracia de Dios! Pelea con aliento: logra la ocasion de una victoria, que te será la materia de un grande triunfo. Tu fortaleza se ha puesto en campo, la cual sin competidor no conseguiría muy grande gloria.

DIA NUEVE.

Con más empeño debe procurarse domar el espíritu que el cuerpo; más quebrantan los movimientos del alma que los huesos.—S. Ign. en Bart. l. 4, p. 12.

El vulgo ignorante, cuya vista no pasa de la superficie ni penetra en la médula, por el rigor exterior, que es objeto de los ojos, mide ordinariamente los quilates de la Santidad, como si debajo de un saco y una cuerda, no pudiese estar encubierta una alma soberbia y arrogante. ¿De qué servicio es abstenerse de comer carne, si al mismo tiempo se lastima y despedaza la fama agena?

Lo interior y escondido es de lo que Dios principalmente se agrada: las exterioridades, sino están animadas de lo interior, nada le mueven: aquellas tienen más de ruido; esto de mérito: la muerte del cuerpo y el destrozamiento de sus miembros, ¿qué pueden me-

recer, si las pasiones estan siempre vivas?

Bastantemente miras por tu cuerpo, si atiendes mucho y primero á tu alma. No se forma la buena alma del buen cuerpo; sino al contrario, el buen cuerpo de la buena alma. Puede mucho el alma sobre su cuerpo.

Yo te deseo á tí aquel bien que para mí; este es el interior. Este no consiste en la opinion del vulgo, ni en el rigor aparente; sino en la tranquilidad de un ánimo asustado á las reglas de recta razon. El bien, que habita dentro de nosotros, en vano se solicita fuera. La virtud sólida mejor se adquiere y conserva con el lastre, que con la vela.

DIA DIEZ.

Dios es liberal: de sus manos recibo lo que no hallo en las de los hombres: si estos nada dieren, todo lo recibiré de Dios.—S. Ign. en Bart. l. 4, p. 23.

La liberalidad de los hombres es

muy corta: todo cuanto tienen es poco, y así, repartiéndolo entre muchos, queda reducido á nada. Solo el Tesoro de Dios es inagotable: dando mucho no se disminuye. En él, pues, se debe colocar nuestra esperanza.

Nuestras esperanzas las sobrepuja con sus beneficios. Acostumbramos esperar más allá de cuanto poseemos, y desear más de lo que esperamos; pero Dios nos promete tantos beneficios, que ninguno puede, ni esperar menos, ni desear más.

Tenemos tantas firmas en blanco de la divina Liberalidad, cuantas son nuestras esperanzas y deseos. Creed que recibireis cuanto pudiéreis. Mirad, ¡qué cosa tan fácil es hacerse ricos!

No da Dios ménos de lo que promete. Las palabras de un amante son las obras; porque la lengua de la beneficencia son las manos. Más fácil cosa es para un liberal dar, que negar. ¿Por qué razon, pues, nos acortamos en pedir?

DIA ONCE.

Es propio de la bondad de Dios defender con más empeño y cuidado todo cuanto el Demonio combate con más porfía.—S. Ign. His. de la Compañía, par. 1, l. 6.

Dios es todo Ojos, vigilantes para nuestro bien, y como General de un grande Ejército, envía socorros, á donde el enemigo combate con más vigor.

Dichoso combate, en que no se puede dudar de un pronto socorro! cuyo suceso feliz no le pondrá en contingencia la falta de fuerzas, ni de bastimentos, ni de otro medio alguno necesario. ¿Cómo podrá, pues, desconfiar, quien tiene al Omnipotente por Auxiliar?

Jamás Dios desampara su causa. Si el Infierno nos hace guerra, nosotros tambien le provocamos, para cuyo fin tenemos prontos los socorros en nuestra defensa, con tal [que no seamos descuidados en valernos de ellos.

Nuestro enemigo, sobre fuerte, es inventor de mil fraudes y engaños para hacernos guerra. No pelees solo con él; porque, si confías de tí date por vencido; mas, si llamas á Dios en tu socorro, te burlarás de él, seguro de todas sus estratagemas.

DIA DOCE.

Si la caridad y benignidad no se acompañan con la verdad, ni será caridad, ni benignidad; sino engaño, y vanidad.—S. Ign. en Bart. l. 4, fól. 38.

Un enemigo descubierto no hace tanto daño, como un amigo fingido: de aquel se puede cualquiera guardar con mediana diligencia; de este con ninguna. El que se introdujo en tu corazón con la dulzura de engañosas palabras, podrá darte en él tan grandes, como ciertas heridas.

El trato familiar debe ser cauto; pero mucho más la amistad. Gasta mu-

cho tiempo y consideracion en escoger, antes de amar. Muchas veces se esconde la culebra debajo de las flores. Confía; mas de quién? Míralo bien.

Nadie es engañado más veces, que el que se fia de solas palabras. Muchas veces, palabras melosas salen de un corazon lleno de amarga hiel. En vaso de oro, se puede dar el veneno para que se beba con menor recelo. Con un dulce silvo engaña el cazador la simple avecilla.

No hay amigo sincero: sino es Dios. El tiene palabras de vida, y de verdad eterna. De el solo te debes confiar con seguridad á tí y á todas tus cosas.

DIA TRECE.

Cuanto uno se ligare más con Dios, y más liberal se mostrare con la divina Magestad, tanto le experimentará más liberal para consigo
—S. Ign. p. 3, n. 1.

Nunca se pierde, lo que á Dios se

dá: cuanto más vapores envía la tierra al Cielo, tanto mayores lluvias recibe de él para su fecundidad. Y si la buena tierra vuelve ciento por uno, que se le dá y recibe; ¿será por ventura más escaso, ó ménos liberal, el Criador de todo, que su criatura.

Esta liberalidad con Dios es una especie de grangería: cuanto más le dieres, tanto más tienes. Perder de este modo, es lograr. Guardar es una avaricia ruin.

Recibe Dios cosas pocas: retorna muchísimas: por cosas temporales vuelve las eternas: por las perecederas, las que duran: por las criadas, las Divinas: y en suma, él mismo se da por tí y á tí. Ésta ganancia sobrada es sin duda, para hartar la mayor codicia. Pues, ¿qué cosa es, la que nos detiene en dar á Dios á nosotros y todo cuanto tenemos?

Esto solo advierte: Dios no se contenta con parte: todo cuanto tienes y eres es lo que pide. Dáselo, pues, que no das, lo que es tuyo. El que te

dió todas tus cosas, lo vuelve á pedir todo. ¿Por qué no seremos liberales de lo ageno?

DIA CATORCE.

Ninguno se persuada que cumple con las obligaciones de Religioso, si no se despega enteramente, no sólo del mundo, sino tambien de sí mismo.
—Vid. de S. Ign. l. 3, p. 38.

Grande es el nombre de Religioso; muchas sus prerogativas, á quien los Príncipes y el mismo Dios han concedido tantos privilejios, y preparado tan grandes premios; mas para llenar este nombre son necesarias muchas cosas, y nada vulgares y ordinarias.

Muchos son los Religiosos, si se atiende al número; muy pocos son, si se atiende al peso. Si se cuentan por el vestido, son casi innumerables: si por las obras, que pide su Estado, como es razon, ojalá fuesen más; pero no son tantos, como el hábito testifica.

Gran cosa es y digna de alabanza hollar todas las cosas mundanas, y sus esperanzas, por amor de Cristo, con pié firme; pero, si esta resolución no alcanza á pisar los afectos y concupiscencias, este tal busca todavía al Mundo en la Religion.

¿De qué te sirve seguir á Cristo, si no lo alcanzas? El que quisiere seguirme, dice, niéguese á sí mismo. Dios te quiere limpio de toda afeccion terrena: si estás preso de alguna, todo lo perdiste. Cojerás de ambos lados: en el vestido serás Religioso; en lo interior serás Secular.

DIA QUINCE.

¡Oh mi Dios, si te conocieran los hombres!—Vida de S. Ign. l. 4, c. 28.

Todo hombre desea naturalmente saber: de aquí se origina en muchos la codicia en los estudios, que desprecian honras y riquezas, sólo por saber. Mas, ¡oh vano estudio de los mortales!

¿Para qué amais la vanidad y buscáis la mentira? La sabiduría de este Mundo, delante de Dios, es necedad, si no se encamina al conocimiento de el mismo Dios.

En vano nos cansamos, perdemos el tiempo; y cuanto aprendemos, otro tanto y más ignoramos. Tinieblas y no luz conseguiremos, hasta tanto que procuremos ser enseñados en la Escuela del verdadero conocimiento de Dios, y en el amor sólido y verdadero, que de él se origina.

No es necesario grande ingenio, ni sutil Maestro, ni mucha librería: sin ruido de palabras, en humilde silencio, en soledad de corazón se aprende esta ciencia del conocimiento de Dios; porque Dios la esconde de los sábios, y la revela á los pequeñuelos.

¿Qué otra cosa hace Bienaventurados en el Cielo, sino el conocimiento de Dios? Mira, ¡cuán fácilmente podemos ser Bienaventurados! Practica este modo. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

DIA DIEZ Y SEIS.

El vicio de la vanidad y vanagloria nace de la ignorancia, y de un amor ciego de sí mismo.—Vida de S. Ign. l. 4, c. 4.

El comun achaque de los hombres es la ambicion y soberbia, derivada en todos de nuestros primeros Padres, que aspiraron neciamente á la Divinidad. Este vicio, buen Dios, ¡oh cuán profundas raíces echa, y cuánto descuella, si por ventura le sustenta el brazo de algun adulador con las venenosas voces de la propia alabanza!

El amor de la propia estimacion es muy crédulo: no solamente cree lo que de hecho hay; sino tambien, lo que no háy, si de ello resulta propia recomendacion.

¡Infelices cazadores de vanidad! Desean ser tenidos por lo que no son: desean ser engañados, y se alegran y faltan en sus mismos engaños. Grandísima ceguedad causada del humo de la vanagloria.

Mírate tú por dentro, y piensa escrupulosamente quién eres. Y para saberlo bien, pon en Dios tu pensamiento: tanto menguará en tí la soberbia, y ambicion, cuanto creciere el conocimiento de Dios. ¡Oh Señor, conózcate á tí, y conózcame á mí!

DIA DIEZ Y SIETE.

Dejar á Dios por Dios no es desperdicio, sino grande ganancia espiritual.—Bartol. l. 4, p. 37.

El amor verdadero debe mostrarse ciego en sus propias conveniencias, aunque sean espirituales: este ha de mirar siempre, sin torcer la vista, el agrado y complacencia de su Amado solo; porque de otra suerte nos amaríamos á nosotros, no á Dios: no daríamos, sino permutaríamos: no seríamos hijos, sino jornaleros.

Los consuelos espirituales, si son nuestros, son sospechosos. Cualquiera obra tanto más tiene de seguridad,

cuanto ménos tuviere de propia voluntad. Si esta, aunque santa, la dejas por Dios, otra más santa cumplirás.

No es sola la oracion la que nos une con Dios, ni es siempre mejor lo más grande. Aquello es santísimo, que se acerca más á lo que Dios quiere.

Si por una cosa dejada por Dios ofrecé ciento en esta vida y la eterna en la otra, ¿qué dará á aquel que dejaré á Dios por el mismo Dios? Porque el que más dá, más recibe.

DIA DIEZ Y OCHO.

Al grado de perfeccion á donde el perezoso no puede llegar despues de muchos años, llega el diligente en poco tiempo con admiracion.—S. Ign. en su Ep. de la Perfeccion.

Un día de los fervorosos consigue más que la dilatada edad de los tibios, ó por decirlo mejor, una hora bien empleada vale más, que una eternidad ociosa. En vano vive, quien no vive bien.

La desidia en el espíritu es una muerte viva, es un sueño en vela, porque es vida inútil la que no practica acciones vitales. Los tales, habiendo dormido su sueño (esto es, muerto), con nada se hallarán en sus manos.

Es el tiempo cosa sagrada: tanto vale cuanto la eternidad. Para conseguir la bienaventurada se ha de trabajar, para que, ni la vida se pase sin fruto, ni el día sin el fervor de una buena obra.

De tus árboles esperas frutos, de tus campos granos, y tú no cuidas de darlos. Tú eres un usufructuario de tí mismo: tú eres tu campo y heredad no estéril: tú, pues, que deseas los frutos de tus árboles y heredades pídelos primero á tí mismo.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Fuera para mí cosa intolerable mi vida, si llegára á conocer que dentro de mi alma se escondía alguna cosa humana y que del todo no fue-

se divina.—Vid. de S. Ign. l. 4, p. 5.

Lo bueno lo ha de ser del todo: para ser mala una cosa, basta cualquier defecto. No puedes ser dichoso, sino es, ó ménospreciándolo todo, ó teniéndolo todo. Es muy delicada la felicidad: si te falta algo, ya eres desdichado. Un medio sólo hay de conseguirla: amando solamente á Dios.

El que una vez probó lo que es Dios, con facilidad desestima todas las otras cosas, satisfecho con aquel torrente de deleites y siente náuseas en cualquiera otro alimento criado.

Así como la pluma con poca agua mojada no puede levantarse en alto, ó si es levantada con fuerza impetuosa, con su natural peso se vuelve á la tierra: así tambien la alma detenida de un pequeño afecto terreno, no puede volar al Cielo.

Todo cuanto eres, eres de Dios. Si nó te entregas todo á Dios, le haces agravio. Tu amor no se puede repartir; todo él es debido á Dios: dándose lo

todo, todavía quedas deudor de mucho, ¿qué será, si parte empleas en otra criatura?

DIA VEINTE.

No solamente debes atender á Dios, sino tambien á los hombres por respeto al mismo Dios. --Vid. de S. Ign. l. 3, n. 27.

Dios, que amó al hombre de tal suerte que se ofreció por él en sacrificio, quiere ser amado de él, de modo, que no se olvide á otro hombre. No falta al divino amor el que ama á su prójimo por el mismo Dios.

Ninguno es tan despreciable que no tenga alguna cosa que pueda amarse y estimarse, y aunque todo le faltase, no se le puede negar el amor sin delito, por ser criatura de Dios, precio de la Sangre de Cristo é imágen de la Divinidad.

Sí te miras á tí mismo bien y no á los otros, hallarás sin duda motivos

de creerlos á todos mejores y encontrarás causas de aborrecerte á tí y de amar á los otros.

No es la malicia de los hombres la causa de amarlos ménos: lo es nuestra pasion y antipatía: vestimos esta: lo es de vários colores, porque nos avergonzamos de dar á conocer nuestros defectos.

DIA VEINTE Y UNO.

Si pudiera ser que uno, que ama á Dios, se condenase sin culpa suya; este con más facilidad sufriría todas las penas del Infierno, que oiría las blasfemias, con que los condenados abominan de Dios.—Bart. l. 2, par. 27.

La pena del sentido se llama mala; es empero buena; porque la decreta Dios por pena del pecado, y por instrumento de la divina Justicia. Mas á la blasfemia aborrecela Dios, y el hombre que fuere su verdadero amante.

Hacer injuria á la persona amada, es una herida en el amante, tanto más sensible, cuanto es más vehemente el amor; y no pudiéndola desviar ó vengar, es dos veces infeliz: la una en sí mismo; otra en la persona amada.

Cuando se aborrece, no es cosa dura ver padecer; y así, cuando un enemigo es castigado, no suele llevarlo mal su contrario; mas ver afligirse al amado, es un padecer sin remedio.

Ver padecer un inocente, es sensible; más sensible, si es bienhechor: ¿qué podrá ser, sino sensibilísimo, oír padecer á un Dios, esto es, el sumo Bien, infinito, é inmenso?

DIA VEINTE Y DOS.

Tal vez el hombre es tentado del Demonio con tanta vehemencia, que parece haber perdido el juicio, atribuyéndose esto algunas veces á su natural, otras á enfermedad, lo que suele ser efecto de la tentacion.—San Ignac. Reg. de diferenc. de Efp.

Es el Demonio tan sutil, que sus ar-

tes no son penetradas de cualquiera. Como príncipe de las tinieblas fabrica sus trazas en lo más oscuro, para ocultarse con más seguridad. Es necesaria en este caso más luz que la humana.

Como el que sitia una fortaleza combate primero las obras exteriores, así este Capitan infernal, queriendo conquistar el alma, comienza por el cuerpo. Teme estas minas: la demasiada confianza es el mayor peligro.

Embiste al cuerpo para hacer daño á el alma: finge una manía, para conseguir, por lo ménos, una interrupcion de las buenas obras. Es tan vigilante en nuestro daño, que sino puede conseguir el mayor, se contenta con alguno. ¡Oh si nosotros ansiásemos otro tanto nuestro espiritual aprovechamiento!

Permite Dios al enemigo de nuestras almas este poder para que crezcamos en humildad, y para ejercitar en nosotros su soberano Dominio: y así obrando el Demonio como tirano, Dios obra como padre.

DIA VEINTE Y TRES.

Mayor peligro se corre en el menosprecio de los pecados ligeros, que de los muy graves.—S. Ign. en la vida de Rivaden. l. 5, c. 7.

No hay cosa pequeña ni en lo bueno ni en lo malo; uno y otro son eternos. Siempre será verdad, esto se hizo bien ó se hizo mal; y así ninguna cosa hay, que no pertenezca á la eternidad, ó dichosa ó desdichada.

El que desprecia los pecados por pequeños, no ha experimentado cuanto perjuicio suele ocasionar á un caminante un pequeño tropiezo. Un hilo muy delgado aprisiona un pájaro, para que no vuele hasta las nubes.

Un grande mal se conoce facilmente, y con su pesadumbre espanta para procurarle el remedio: un mal pequeño facilmente se oculta; y despreciado crece y se aumenta, hasta ponerse en estado de incurable.

No mires lo que haces, sino por

quién y para quién lo haces. Dios es muy grande: no puede ser cosa pequeña haberle desagradado. Ninguna acción nuestra, bien ó mal hecha, hay tan pequeña que no importe más, que la fábrica ó destruccion de un Reino, ó de todo el Mundo universal. Mira, cuán grave yerro es haber despreciado las cosas pequeñas.

DIA VEINTE Y CUATRO.

Ninguna cosa por mucho tiempo puede prevalecer contra la verdad: puede oscurecerse, mas nunca podrá vencerse.—S. Ign.v. de Nolarc.

El mejor de los colores es la blancura. El dolo y la fraude á nadie patrocina; y derretida la nieve con los rayos del Sol, se descubre y parece el monton de estiércol, que se escondía debajo de ella. Del mismo modo, disipados los engaños por la verdad victoriosa, se hacen manifiestos los dolos.

Como el Sol cubierto de nubes está escondido, y derritiéndolas con sus rayos se dá á ver más brillante; así la verdad, tal vez oprimida, no parece; pero finalmente, quitado el velo, se descubre.

La mejor política es la sinceridad. El corazon sencillo nunca se avergüenza: al contrario el doblez conocido saca los colores al rostro. No hay cosa más fea, que una falsedad descubierta.

El falso primero se engaña á sí mismo que á otros, poniendo á otros zancadilla él cae primero. Justa pena de Talion es, que la maldad sea derribada con los mismos instrumentos con que intenta derribar á otros. El que vive con sinceridad camina confiado.

DIA VEINTE Y CINCO.

Cuando el Demonio intenta acometer y hacer guerra á alguno, escoge principalmente el tiempo de la no-

che.—S. Ign. en los Ejercicios.

Aquel casi crepúsculo que se interpone entre la vigilia y el sueño, que es un tiempo como de dudosa luz, así también de dudosa voluntad, necesita de guardia vigilante; porque en él suele acometer el enemigo, como desde emboscada al ya despierto, para hacer su tiro de improviso.

¡Miserable Diablo! Temiendo acometer al descubierta, busca escondrijos y como ladrón se vale de la noche. ¿Qué harémos, pues? No otra cosa, que centinela: él huye, en viéndose descubierta.

Este maligno procura tomarse las primicias del día; porque, como ha hecho la mitad de su obra el que comenzó bien; así de un mal principio de día, dificultosamente se puede esperar un dichoso fin. Lo primero de todo se debe al primero de todos.

¡Qué solícito es el Demonio en nuestra ruina! No le bastan los días: añade las noches y anticipa las vigi-

lias. Desdichado del perezoso, que duerme á sueño suelto sin cuidado alguno, ni de sí mismo ni de las cosas eternas.

DIA VEINTE Y SEIS.

Abstenerse de litigios, no solamente es cosa hidalga, sino tambien decente á la paz cristiana, y muy provechosa.—S. Ign. en su v. l. 4, p. 7.

Suele Dios recompensar abundantemente cualquiera pérdida de bienes temporales, que se padece por amor de la virtud. Más vale una poca de paz, que todos los tesoros del mundo con litigio. ¿De qué sirve aumentar la hacienda si se disminuye la caridad?

Dificultosa cosa es mover un pleito y no lastimar la caridad. No digo por esto que se debe aprobar la injusticia agena: solamente digo, que nunca se ha de aborrecer la injuria, de tal suerte que se pase á aborrecer á quien la hizo. Guárdate de enojarte con el

mal hecho y juntamente con su autor.

La menor pérdida de la caridad es mayor que cualquiera temporal: esta pasa, aquella dura: por evitarla se debía tolerar la pérdida de todo el mundo.

Un punto es todo aquello por que tanto se pelea. Si deseamos ganancias, busquemos las eternas. ¿Para qué es litigar por una cosa á quien sola nuestra opinion le finge el valor, pero nunca se lo puede dar?

DIA VEINTE Y SIETE.

Cosa peligrosa es obligarlos á todos á ir por un camino á la perfeccion; mucho peor es medirlos á todos por sí mismo.—S. Ign. en su v. l. 5, c. 10.

Tantos son los pareceres como los hombres, y tantas las voces como los semblantes, de suerte, que será milagro que uno se parezca á otro en estas cosas, y con todo esto, aún es mayor la diversidad en las almas y en

las cosas que á ella pertenecen.

A cada pié se le ajusta su calzado y á cada vasija su cubierta, ¿cómo podrá ser, que una medicina se aplique á todas las enfermedades del alma? Esto no sería quererla sanar, sino perderla.

El arte de las artes es el gobierno de las almas, tan arriesgada como difícil; pero sumamente necesaria y provechosa. Así como lo haces ó debes hacer con tu cuerpo, tu alma no la fies á cualquier médico: busca siempre el mejor.

Cuando el Espíritu Santo vino para Maestro de las almas, se repartió en várias lenguas y los Apóstoles hablaban en todas ellas. El que profesáre ser Apóstol, debe hacerse todo para todos y hablar en la lengua de cada uno.

DIA VEINTE Y OCHO.

Si en una balanza se pusiesen todos los bienes criados, y en otra la cár-

cel, las cadenas y las afrentas, todos aquellos no merecían estimación alguna en comparación de éstos.—S. Ign. en la vid. de Ribaden. l. 5, c. 10.

Los que el Mundo llama bienes, antes son males que bienes, porque son daños del alma, atractivos de pecados, impedimentos de la perfección y embarazos del Amor divino. ¿Y éstos se podrán llamar bienes? ¿Y tales se podrán desear?

Y aunque no fueran males, no podían llamarse bienes, ni merecer nuestro amor. Pues, ¿qué cosa son? Si miramos su origen, son nada: si examinamos su naturaleza, son caducos: si su duración, son instantáneos; y con todo eso nos morimos néciamente por ellos.

Los que el mundo juzga por males, son de hecho cosas buenísimas, porque apartan á nuestra alma de las peccederas, la estrechan con Dios y la quitan las ocasiones de pecados; por-

que, si la vida misma enfada, ¿cómo habrá delectacion en el pecar?

Cuando Dios dá á alguno bienes de fortuna, se puede dudar, con razon, si los dá por premio ó por castigo; mas cuando apremia con trabajos y adversidades, ninguna seña dá más cierta de su amor.

DIA VEINTE Y NUEVE.

No hay que fiar mucho de la felicidad continuada: entónces se ha de temer más, cuando todo sucede á placer.—S. Ign. en la Historia de la Comp. l. 14, n. 9.

Como el Mar, cuando más apacible parece que se rie, entónces está fraguando la tormenta: y como las fortalezas nunca están más arriesgadas que, cuando quieto el enemigo está trabajando en las minas; así el alma nunca está en mayor riesgo, que cuando nada recela.

No son tantas las fuerzas de una

buena fortuna que junten en uno tranquilidad y duracion perpétua: tanto más breve suele ser, cuanto más grande. Esta quietud se debe tener más por descanso y pausa, que por buena fé: logrará su tiempo, huirá, volará. Mira, ¡cuán poco puedes fiarte de ella!

Lo que puede perderse, no merece contarse por caudal propio. Si pones tus esperanzas sobre un fundamento mudable, haz cuenta que durarán poco. El hombre desestimador de toda fortuna, contento consigo mismo, se asemeja y acerca grandemente á Dios, porque ambos se bastan á sí mismos, ambos son felices sin necesitar de otros.

Toda tu felicidad la tienes dentro de tí, ó por mejor decir, tú eres tu misma felicidad. Ningunos tesoros posees, aunque haya arcas llenas de oro, tú llevas contigo todos tus bienes, otro tanto dichoso y rico, cuanto fueres bueno.

DIA TREINTA.

En algunas ocasiones es mejor callar que hablar: la verdad no necesita de defensor; ella es la mayor defensa de sí misma.—S. Ign. en la Historia de la Comp. l. 15, n. 44.

No hay más segura especie de venganza de una calumnia que el silencio, no teniendo por digno de respuesta á un maldiciente. Palabra fué, no rayo: no hay para qué alterarse.

Si embotas á tu enemigo sus armas, igualmente le vences que si se las quebráras. Usa de un prudente silencio: este será un escudo, que rechaze el golpe y no haga herida. Más seguro es vencer con el escudo que con la espada.

Sentirá el calumniador, si á sus injurias no le respondiéres, porque se creará menospreciado. Calla, disimula el golpe, como quien no lo ha sentido. De esta suerte el émulo, que esperaba el grito, contra su esperanza

sentirá más; y el dolor, que preparaba al otro, lo tendrá él, dos veces miserable: por su aflicción propia y por no haber conseguido la ajena.

Tú mostrarás un grande corazón, si fuere mayor que la injuria y que no se altera á cualesquier movimientos de un envidioso. Las desapacibles voces de las ranas no disminuyen el resplandor de la Luna: ni á tí te ofenderán las calumnias, si tratas de desvíarlas con las obras más que con las palabras.

DIA TREINTA Y UNO.

Si te pidieren alguna cosa dañosa, la negarás de suerte, que conserves la amistad de quien te la pide.—S. Ign. vida de Nolarci.

Conceder lo dañoso no es beneficio, sino especie de enemistad dañosísima. La Madre quita al chicuelo el cuchillo, para que con él no se hiera; y entonces muestra más ardiente amor

cuando le priva de lo que le puede dañar. No sabemos lo que pedimos.

Si algo conviene negar, niéguese de suerte, que la benignidad entre en el lugar de la cosa pedida; y sucederá, que el que pide reciba mucho más de lo que deseó, y no sienta carecer de una cosa inferior habiendo conseguido cosa mejor.

Como la dádiva con mala voluntad pierde su valor, así el negar con suavidad no es repulsa, porque esto es suavizar una bebida amarga con la benevolencia del que desea la salud.

Padecer repulsa y desagrado es recibir dos heridas, que dificultosamente se pueden tolerar. Así como son más aceptas las heridas de un amante, que los alhagos de un enfadoso, así tambien una amigable negacion vale más, que unos beneficios pesados por dañosos.





DIA PRIMERO DE FEBRERO.

El que está enfermo dispense con seguridad en los fervores de sano; y contento en recompensarlos con la igualdad de ánimo y con la paciencia, no aflija más al cuerpo trabajado.—S. Ign. en la v. de Nolarci.

Grandes son los deseos de los enfermos: forman propósitos de grandes obras, para cuando la enfermedad se acabe. Engañámonos mucho: juzgamos zelo lo que es sensualidad; porque no tanto deseamos trabajar, quanto librarnos de las molestias de la enfermedad.

¿Para qué son esas ideas de la conversión de las Indias? Esa cama es tu

palestra y campo de una abundantísima cosecha. No es necesaria esa ansia por el martirio: tienes junto á tí los verdugos, que son los dolores, y este lecho, en que yaces, que es la cárcel. Sabes dónde? En esta enfermedad, que te descubre un campo de todos lo merecimientos.

Si Dios necesitara de tus trabajos, te diera la fuerza competente para ellos: lo que ahora pide es paciencia, no víctima: quiere no sudor de tu cuerpo, sino paciente serenidad de tu alma.

Todas aquellas grandes obras, que deseas, tienen más de voluntad propia que divina: y así, cuanto la voluntad de Dios es más santa que todos tus deseos, tanto más útil te es la enfermedad que el Apostolado.

DIA DOS.

El que desea aprovechar á otros mire primero mucho por sí: arda primero la caridad dentro de aquel

que desea encender á otros.—En la vida del mismo Nolarci.

Ningun mandato hay más eficaz de la perfeccion, que las obras del que manda; porque ninguna glosa de la ley hay mejor que los ejemplos. Cuantos los vieren quedarán enseñados sin necesidad de comentario; pues solo el verlos, es aprender sin más estudio.

En la esgrima debe ejercitarse el soldado que en la ocasion quiere acertar la herida; porque en la turbacion del peligro no se aprende bien: y la demasiada confianza de sí mismo, ya es tarde, cuando se condena.

Los peligros de las almas son más y mayores que los de los cuerpos: el que procura la salvacion de otros, para no perderse necesita de más fuertes socorros. Para que no se pegue el mal entre los malos, y la peste entre los inficionados de ella, se necesita de un arte; ni vulgar ni ordinario.

La caridad ordenada, siendo verdadera, atiende primero á los aprove-

chamientos propios que á los agenos; ni desea á otro más santo que á si mismo; porque si nadie dá lo que no tiene, ¿cómo podrá ser que uno que está vacío de virtud, llene á otros de ella?

DIA TRES.

En la casa donde reina una serena é inmóvil tranquilidad, mucho hay que temer de que en ella hayan hecho asiento los vicios.—Barthol. l. 3, par. 36.

Ninguna infelicidad hay mayor que una constante felicidad. Así como la tierra nunca abierta con el arado ni con el azadon no produce sino malas hiervas; así tambien una larga prosperidad no cria sino vicios. La constante prosperidad enflaquece el alma; y destruye los deseos de la virtud, si por ventura brotan.

Muchos se perdieron más con delicias que con adversidades, más con la abundancia que con la hambre y más

en la fortuna risueña que en la contraria. La felicidad se alimenta con los trabajos; y nadie debe ser tenido por desgraciado, si él se halla contento con su desgracia.

¿Qué sabes, si Dios quiere pagarte en esta vida tus cortos servicios con ese próspero suceso de tus cosas, de que gozas, para no tener que recompensarte en la futura? Esta, sin duda, si hay alguna, sería la suma infelicidad; quedar privado de la esperanza de la eterna felicidad.

Si es presuncion necia esperar dos glorias: ¿quién es aquel, que se atreve á apetecer ser en este mundo coronado con rosas, habiendo de ser en la eternidad coronado con espinas? ¡Quema, Dios mio, y corta en esta vida, porque el que nada padece padecerá finalmente!

DIA CUATRO.

Mal se gasta, en la mucha y continua oracion, el cuidado que se ha-

bia de emplear en domar los propios afectos.—S. Ign. en su vida l. 3, p. 12.

Hásele de quitar á los afectos la fuerza y el vigor, para que no puedan hacer daño. Así como no basta rozar las matas si no se arrancan las raíces, porque con el descuido vuelven á brotar: así tambien los vicios, si con violencia no se arrancan de raíz, siempre están amenazando peligro.

Ni basta mortificar en parte la concupiscencia; es necesario matarla del todo. Como la fiera herida se enfurece, así la concupiscencia, mortificada solamente, obra con más violencia. El fuego rociado con poca agua levanta llama más violenta. El bien ha de ser total, para ser lo que debe.

Ni domado enteramente un afecto, te juzgues en paz; viven otros que pueden perderte. ¿Qué importa que uno ú otro esté muerto, si quedan vivos otros muchos? Uno basta, para hacerte miserable. No es bastante se-

guridad que los enemigos sean pocos, si uno basta para vencerte.

Como el orar es mucho más fácil que el hacerse guerra á sí mismo, así esto segundo es más digno de alabanza que lo primero. Aunque no será hombre de grande oracion, el que no lo fuere de igual mortificacion.

DIA CINCO.

No mores ni una noche sola en casa de aquel de quien sabes estar manchada su alma con pecado mortal.
—S. Ign. en su vid. l. 4, n. 35.

En el punto que el alma consiente en el pecado, se aleja de Dios; y hay mayor distancia entre Dios y el pecador, que entre el Cielo y la Tierra. A quien Dios así aborrece y de quien huye, ¿cómo puedes tú amarlo y tratar con él?

Cuanto con más vehemencia ocupa el amor de Dios el pecho humano, con otra tanta acerbidad debe aborre-

cer al que le deshonra, ó por mejor decir, al parricida. El amigo de Dios no puede ser amigo de sus enemigos. El que no aborrece al pecador, no ama á Dios.

Con la comunicacion se pegan las costumbres; y los malos las pegan á los buenos, áun no queriéndolas: y así es más ocasionado que el bueno sea arrastrado del malo, que el malo del bueno á sus consejos y costumbres.

Así como nadie prudentemente habita con un apestado, así toda amistad y toda comunicacion se debe disolver con aquel, que por su pecado se ha hecho abominacion de Dios, de los Angeles y de todos los buenos.

DIA SEIS.

Diriges tus cuidados al mes y al año que viene. Dime: ¿á quién tienes por fiador de tan larga vida?—
S .Ign. en su vid. l. 4, p. 30.

Repetidos son los testimonios de la

fragilidad de la vida humana; con todo esto hay descuidados, que sobre fundamento tan débil edifican máquinas grandes. No pudiendo alguno asegurarse el día de mañana, conviene vivir de suerte, como si hoy hubiese de morir.

Nada se debe dilatar en el negocio de la salud: la vida vuela; con ella se cerró la puerta del merecimiento; recoge las velas y vive hoy; y no sabiendo lo que sucederá mañana, obra ahora tu salud.

Las cosas, que se hacen luego, merecen dos alabanzas: una de la obra hecha, otra de la presteza: entrambas las pierden las que se dilatan. Ninguno conseguirá nombre de Grande, si como Alejandro no determina el no dejar para mañana lo que hoy se puede poner por obra.

Ni la flor es más delicada, ni el vidrio es más frágil que la esperanza de larga vida: á la flor la derriba cualquier viento, al vidrio lo rompe cualquier golpe; mas á esta esperanza la

pueden frustrar mil desgracias en un solo día.

DIA SIETE.

Cuando uno es tentado, procure tener alguno de su parte que le favorezca.—Rivaden. l. 5, c. 10.

El primer cuidado de los que emprenden guerra es tener Confederados. Desdichado del sólo! Si cae, no tiene quien le dé la mano. Fiarte de tu consejo y fuerzas, es un argumento cierto de atrevido; pero al mismo tiempo es principio de ruina, lo que demuestran tantos acontecimientos adversos.

Cuanto más fuerte y astuto es el enemigo con quien se ha de combatir, tanto menos conviene fiarse de sus fuerzas propias; es necesario valerse también de las ajenas. Nuestro enemigo es el Demonio; él es fortísimo, ¿quién presumirá de poder sólo pelear con él?

Aquella ingenuidad de un alma que se sujeta á sí misma y todas sus cosas á la agena direccion, atrae del Cielo nuevas fuerzas; con cuya ayuda fortificada, no debe temer todos los engaños de un enemigo tan astuto.

Aborrece la luz el príncipe de las tinieblas. Huye, en viendo que se manifiestan sus consejos, y como las minas, en siendo descubiertas, así tambien todas sus artes pierden su fuerza, en siendo conocidas y manifestadas á otros.

DIA OCHO.

Para saber lo que Dios quiere de tí, es necesario que primero te desnudes de todo afecto é inclinacion á cualquiera de las partes.—S. Ign. 2. semana de los Ejercicios.

Acostumbró Dios siempre á hablar con un silvo de viento muy suave: su voz nunca se oye entre tumultos. Mientras dán gritos las pasiones ó la

naturaleza impele á una de las partes, no puede oirse la locucion de Dios.

Dios convida á el alma á la soledad, cuando quiere hablarla al corazon. Esta soledad no es del cuerpo ni del lugar, sino de los afectos. Entonces es oido el amado, cuando solo y á só-las habla con el alma.

El que delibera debe atender sola-mente á Dios: en él debe fundar sus consejos: todo lo demás es caduco; deleita, mas por poco tiempo; suele aprovechar, mas no á perpetuidad,

Toda eleccion debe ser cauta: aque-lla, de quien pende la eternidad, cau-tísima: en ésta nunca se debe dár lu-gar al respeto del afecto, de la carne y sangre, ni de los sentidos. Para esto es necesaria una luz soberana, una vo-luntad divina inclinada á favorecerte.

DIA NUEVE.

Nunca obres ni hables, que primero no pienses si tu obra ó palabra podrá ser del agrado de Dios, apro-

vechamiento tuyo y edificacion del prójimo.—S. Ign. en Lyreo.

La regla de una prudencia divina y humana es la lengua. El que supiere usar bien de ella, será sin duda Maestro de entrambas. Ningun arte hay más difícil. El que no lastimáre con su lengua será Varon perfecto.

Ningun Arte se aprende sin reglas. Para el arte de hablar bien es ésta segurísima: si por tres veces consideráres la palabra antes de pronunciarla, para no ofender con ella ni á Dios, ni á tí, ni al prójimo. Si esta se practicasse, hablaríamos mejor, pero ménos.

¡Cosa admirable es! Que, siendo más fácil callar que hablar y dañando rara vez el haber callado y muchísimas el haber hablado, con todo eso sean tan pocos los que sepan callar. Inclina siempre á lo peor nuestra naturaleza.

Prever lo que á tí te importa, lo que á tu prójimo y lo que al honor Divino, es cuanto á un hombre le distingue de un bruto. Para este fin nos es dada

la mente y la razon, para que, como Maestra de las costumbres y de la lengua, vaya delante como hacha encendida, y no nos precipitemos.

DIA DIEZ.

El que desea hacer cosas grandes en servicio de Dios, guárdese ante todas cosas de tenerse en mucho.—
S. Ign. en su v. l. 4, p. 22.

La humildad es el fundamento del aprovechamiento espiritual propio y ageno, sin la cual cuanto se edifica se expone á la ruina.

Esta virtud, las más alta entre todas, aborrece las cosas altas; de mejor gana abraza lo medio y moderado.

Dios es altísimo, es verdad; pero á él no se llega sino por medio de cosas humildes.

No se ha de colocar todo lo bueno en lo grande; antes sí todo lo grande consiste en lo bueno. Más estima Dios

á aquel que ménos se estima á sí mismo: á aquel colma de sus favores, que en su estimacion se tiene por más cercano á su nada.

Así como Dios conversa con los humildes, así tambien coopera. Con nuestro abatimiento se ensalza Dios, que no dá á otro su Gloria y es glorificado grandemente, si nosotros grandemente nos humillamos por su amor.

DIA ONCE.

La prudencia no es del que obedece, sino del que manda.—S. Ignac. en su vida.

No hay mayor prudencia, que aquella que libra al hombre del peligro de errar: ni las fuerzas humanas pueden más, ni sus deseos pueden apetecer más: esta la aprende sin dificultad el que obedece.

Ninguna ciencia encierra tanta infalibilidad, cuanta presta la obediencia. Ella es el primero y el más claro

de los primeros principios, este es: *Se debe obedecer.*

Las razones humanas se han de posponer á las divinas. Si se dá lugar á aquellas y una vez se abre la puerta á las excusas, perecerá del todo la fuerza y vigor de la obediencia.

Prudencia de la carne es la que fabricando minas para derribar la obediencia, supedita mil razones para escaparse de ejecutar una obra mandada, por ser opuesta á la conveniencia propia.

DIA DOCE.

En la casa bien ordenada los viejos deben mirar á los mozos y los mozos á los viejos; para que en estos se vea un aliento de mozos y en aquellos una madurez de viejos.—S. Ign. en su v. l. 3, p. 13.

Como los viejos son acreedores de la veneracion de los mozos, así tambien les deben mucho: débenles los ejem-

plos de una vida ajustada, porque, yendo delante en los años, no vayan detrás en la virtud. La senectud es la norma de una Comunidad y un espejo de sus costumbres.

Es mayor el pecado de un anciano que el de un jóven: la culpa de este, excúsala tal vez la ignorancia; otras el ardimiento de la naturaleza la disminuye: todo está en contra de la de un anciano: la edad, la experiencia, la cercanía de su muerte y la obligacion del ejemplo.

Rara vez pecan solos los viejos: arrastran en su seguimiento á los mozos; porque ¿quién podrá tachar en un mozo lo que vé que se tolera en un viejo? Cuantos son los viejos en una Comunidad, otros tantos son los Maestros de costumbres: las palabras, las obras son al mismo tiempo preceptos que ejemplos.

Mucho aprende un mozo de un viejo, si quiere aprender á fijar el Mercurio, esto es, á quebrantar sus movimientos, refrenar sus ímpetus, y tem-

plar su ligereza con la madurez.

DIA TRECE.

Más vale una grande prudencia con una mediana santidad, que una mayor santidad con menor prudencia.—S. Ign. en su vid. l. 5, c. 10.

Tanto menos se debe ignorar, cuanto es cosa mayor lo que toma uno á su cargo. Mejor dirige la sagacidad, que la potestad: más consigue la industria, que hubieran podido las fuerzas: para mandar bien á otros, primero te ha de mandar á tí la razon.

Mal se llama prudencia, lo que es astucia: esta enflaquece y no autoriza el mando: los engaños descubiertos producen desprecios, cuando pretendían rendimiento.

Es un flaco apoyo del gobierno la simulacion, que es un remedo de la prudencia: al Superior, á quien el súbdito sospecha de poco sincero, le hace guerra con iguales armas, teniendo por

sospechosas las cosas más seguras. Muchas veces se ha de disimular, ninguna se debe fingir.

Ninguno puede ser prudente sino es bueno: y sola merece alabanza aquella prudencia que dispone las cosas conforme á las leyes de la sabiduría eterna. Los consejos de la prudencia humana son caducos. ¿Quién podrá seguramente afianzarse sobre una caña?

DIA CATORCE.

Los operarios de la viña del Señor deben tocar con un pié la tierra, y tener el otro levantado y pronto para caminar.—S. Ign. en la carta del P. Gofvv. Nik.

Dilacion en ejecutar es señal de no querer. El obediente tardo dista poco del contumáz: al contrario, así como el que dá luego dá dos veces, así tamel que obecece luego, merece duplicado premio de su obediencia.

¿Cuántos daños trajo siempre consigo

la tardanza? Muchas veces pende la salud de una alma de un momento. Cuando los daños son de poca monta puede tener alguna disculpa la tardanza; mas cuando peligrá una alma y la eternidad, no hay pena con que se purgue bastantemente un delito.

La presteza en obedecer es el carácter de una sólida virtud. Un corazón vacío de todo afecto, y atento sólo á lo que Dios quiere, demuestra un hombre según el Corazón de Dios.

La gracia del Espíritu Santo no conoce las tardanzas. Ningún atajo hay más cierto, ni más corto, para alcanzar la virtud, que la prontitud del que obedece, cuando compite con la insinuación del que manda.

DIA QUINCE.

A el que posee á Dios, aunque nada tenga, nada le falta.—Bart. l. 4. par. 35.

Una ganancia maravillosa y un ca-

mino brevísimo de enriquecer, es apetecer muy poco. Con una sola cosa que busquemos, todo lo tenemos. ¡Singular compendio! Pero que no le hallaremos, sino es despreciando todas las otras cosas.

Fácil cosa es hacerse rico: nosotros somos autores de nuestra pobreza, cuando engañados satisfacemos nuestros apetitos: si á estos los sacudiésemos de nosotros, fácilmente toleraríamos la pobreza. Todo el tiempo que sufrimos nuestros apetitos, somos intolerables á nosotros mismos.

¡Feliz trueque! Dar poco, ó por mejor decir nada y recibir infinito. Si tengo oro ¿qué tengo, y por cuánto tiempo? ¿Si tengo á Dios, qué no tengo y ésto para siempre?

Loco es el que tiene sed y ansía beber el agua de una laguna, teniendo aparejado el inmenso mar de purísimos deleites. ¿A quién será difícil el no apetecer bellotas á vista del maná?

DIA DIEZ Y SEIS.

Aunque fuese de igual gloria de Dios, con todo eso, para imitar mejor á Cristo, se debieran elegir antes la pobreza, el desprecio y el titulo de loco, que las riquezas, las honras y la estimacion de Sábio.—S. Ign. en su vid. l. 3, c. 3.

Como es grande atractivo el aprender la nobleza del Maestro, así tambien es obligacion de un ingénuo discípulo seguir con empeño la doctrina suya. ¿Qué Escuela cursas? ¿La del mundo, ó la de Cristo?

Para ser doctos, asentimos á las sentencias de los más doctos, y las opuestas las impugnamos con empeño. ¿Ha de tener, pues, con nosotros ménos autoridad Cristo, que Aristóteles en las cosas naturales y Santo Tomás en las Teológicas?

¿Qué le aprovechó al rico avariento su abundancia? ¿Á Herodes su arrogancia? Aprovechóle empero muy

mucho á Lázaro su pobreza y su humildad al Publicano. El fin de ambos acreditó sus hechos.

La semejanza de costumbres es madre de los amores: estos no los merecerá de Cristo sobresalientes, el que no procuráre conformarse lo más cercanamente que pueda con sus costumbres y consejos, porque el amor se prende entre iguales, ó los hace.

DIA DIEZ Y SIETE.

Lo que hablas en secreto sea de tal suerte, como si lo dijese á toda la Comunidad de los hombres.—S. Ign. vid. de Nol.

La palabra de los hombres es infiel: promete y no cumple, por más que jure la guarda del secreto, un descuido lo manifestará, y tanto más fácilmente cuanto más apretadamente se le hubiere encargado el silencio.

¿Quieres que tu secreto esté oculto? guárdale tú primero; no enseñes con

tu ejemplo lo que el otro ha de hacer. En vano pones ley de silencio á otro á quién tú dás licencia de manifestarlo con el ejemplo. Como tú tienes así tambien el otro tiene su amigo, de quien pueda confiarlo.

Poco segura es la palabra de los hombres: nada segura es la de las mujeres y muchachos: unas y otros son especie de animales curiosos y habladores, porque, dónde hay ménos de prudencia, hay mucho más de parlería.

Guardar un secreto, no es solamente oficio de la prudencia, sino muchas veces de la conciencia. Ningun depósito hay de mayor importancia que un secreto: si lo quieres guardado, guárdalo tú primero no revelándolo.

DIA DIEZ Y OCHO.

Los que se valen de los Religiosos para cosas del servicio de Dios, mas con detrimento de sus reglas, destruyen el árbol para cogerle el fruto.—S. Ign. en Bart. l. 3, p. 36.

Debe el Religioso mirar por la sa-

lud agena de tal suerte, que no haga daño á la suya. De esta manera el Médico mira primero por sí, no sea que, curando la enfermedad contagiosa, se le pegue.

El que se entremete á curar á otros por su propio capricho, ó más temprano de lo que lleva su edad, ó sin tener obligacion de ello, las más veces coge más daño que hace provecho; piérdese á sí mismo y no gana al prójimo.

La Regla es el alma del Religioso: cuanto de ella se aparta, otro tanto pierde de espíritu, y así viene á suceder, que como un cadáver vivo haga todas las cosas muy de otra suerte de como debía, á sí mismo dañoso, á los suyos gravoso y á los otros inútil.

En todas las cosas de tu vocacion, tendrás pronta la asistencia de Dios: en las que son agenas, no la esperes. Si Dios hubiera querido de tí otras cosas, no te hubiera llamado aquí: apartarte de tu instituto, es acercarte al mayor de todos los errores.

DIA DIEZ Y NUEVE.

A el que quiere poner dichoso fin al negocio que trata, le es necesario que él se acomode al negocio, pero no el negocio á él.—S. Ign. en Riv. l. 5, c. II.

Los que quieren que todo se conforme con su dictámen, manifiestan mucho de soberbia y no poco de ignorancia: con aquella se dañan á sí mismos, con ésta á los otros; por lo cual, no logrando el buen suceso á que aspiran, quedan calificados de corto alcance.

El Médico prudente toca primero al pulso y considera la naturaleza del doliente: despues discurre solícito sobre el medicamento, el cual suele aprovechar á uno y hacer daño á otro de los que padecen la misma enfermedad. No es necesaria ménos discrecion en la curacion de las almas.

S. Pablo debió hacerse todo para todos luego que fué declarado Doctor

de las Gentes. Como el artífice acomoda el calzado al pié y no el pié al calzado: así el maestro de espíritu debe acomodarse á todos y á cada uno.

No se han de elegir los medios, porque son de precio y porque son de de mi genio, sino por aptos para el fin; porque de otra suerte serán más de carga que de ayuda.

DIA VEINTE.

La experiencia enseña que los dados á largas contemplaciones sin tasa están más expuestos á los engaños del Demonio y se hacen intratables.
—S. Ign. en Barthol.

Gobernarse por su capricho es un argumento infalible de error. Ningun intratable puede ser santo, porque el intratable no puede ser humilde; no siendo la contemplacion sino la humildad, indicio cierto de la virtud.

La contemplacion que te hace pagarte de tu propio juicio te agrada á

tí, mas no á Dios; poco provechosa, si no es para ensoberbecerte, más vecina del ócio que de la obra.

Una complacencia, que nace de lo subido de la contemplacion, muestra sobradamente quién es su maestro; aquel sin duda que es padre de la soberbia.

El demonio astuto se miente serafin, sugiere unos afectos levantados: propone misterios santísimos: convida á las cosas más altas; más todo ello lo hace para que caigas de más alto y aumentes el número de aquellos, que ántes de haber aprendido á caminar por tierra llana, intentando volar, se precipitaron torpemente. Lo más seguro está en lo bajo.

DIA VEINTE Y UNO.

Nunca se muestra más fuerte contra nosotros el enemigo infernal, que cuando nos hace la guerra á escondidas y de secreto.—S. Ign. en los Ejercicios.

¿Qué cosa hay más ordinaria que

tropezar y caer en la oscuridad de unas tinieblas? El que en el negocio de su alma presume alumbrarse á sí mismo, sigue un fuego fátuo y se verá destituido de él y puesto en el precipicio, cuando más necesitaba de la luz.

No hay castillo tan fuerte que con minas no pueda ser destruido, ni jamas está más arriesgado que cuando, juzgándose seguro, no teme los peligros: en un punto cae y con su desgraciada ruina muestra cuán temido deba ser un enemigo oculto.

A quien el demonio una vez inflamó, ó con la confianza de sí mismo ó con la aversion de ánimo de aquellos de quienes podía ser ayudado, ya le tiene tan acogido, que con dificultad escapará de la ruina.

Finge este enemigo la paz para herir con más seguridad: ningunas asechanzas son más peligrosas que las que vienen más envueltas en seguridad.

DIA VEINTE Y DOS.

Haber impedido un solo pecado, es sobrado premio de todos los trabajos y cuidados de toda la vida.—
S. Ign. en Biderm. l. 1, c. 17.

Muy poco vé el que no alcanza á conocer en cualquier despreciable mendigo un gran tesoro, no pasa la vista de este tal de la corteza: vé su mala capa, mas escóndesele lo más precioso: conviene á saber la perla inestimable encerrada en la ruda concha, en cuya compra se debieran emplear los mayores caudales.

El que considera bien lo que es Dios y lo que es la criatura, fácilmente conoce cuán enorme es la ofensa de esta á su Hacedor. Impedir esta ofensa es haber impedido un mal infinito.

El precio del alma costó tanto á Cristo, que la quiso redimir con su Sangre, esto es, con precio infinito: ¡en cuánto menos la compramos nos-

otros, aunque por ella démos todos los cuidados de nuestra vida!

La mancha de un solo pecado no se limpia bastantemente con un fuego eterno. Considera el fuego: ¿qué cosa hay más cruel? Considera lo eterno de él: ¿qué cosa hay más dilatada? Librar, pues, á una alma de este peligro con los trabajos de toda una vida, es comprarle la eternidad en un breve momento.

DIA VEINTE Y TRES.

Pídele á Dios la gracia de padecer mucho: porque, á quien se la da, le da mucho: pues en este solo se encierran muchos beneficios.—S. Ign. en Barthol. l. 4.

Cuanto más padece el hombre exterior, tanto más se fortalece el interior: las molestias de aquél son méritos de éste. La pérdida de los bienes temporales es ganancia de los eternos.

La guardia de nuestra vida es la pa-

ciencia: el que no quiere trabajos sál-gase de este mundo; porque mientras viviere, podrá endulzarlos, mas no podrá evitarlos. La paciencia es el santo nuestro patron; no porque nos libre de los males y miserias, sino porque los alivia.

Entra en cuentas contigo mismo; y si quieres confesar la verdad sin engaño de tu amor propio, dime ¿de cuánto castigo por tus culpas te hallarás reo? Estos débitos deben pagarse. ¿Pues no será beneficio grande pagarlos aquí antes, que irlos á purgar con terribles fuegos?

Y aunque fueras ángel, para ser impecable; con todo esto debieras desear las penalidades, si es que crees á la Verdad eterna, que una ligera tribulacion ha de obrar en nosotros un eterno peso de gloria.

DIA VEINTB Y CUATRO.

Una comunidad sana debe mirar por sí y conservar su integridad con

una pronta expulsion de las partes corrompidas, antes que la parte sana participe del daño.—S. Ig. en su vid. l. 3, n. 20.

¡Cosa admirable! Ninguno quiere ser malo él solo. La parte afecta de un cuerpo atrae siempre á sí todos los humores viciados: y así, aumentado el daño con esta confederacion, crece hasta la destruccion del todo.

Este contagio es la peste de las Comunidades. Ser benigno en disimular, es una especie de la mayor crueldad. El miembro podrido conviene sea cortado, para que no inficione al vecino y así insensiblemente llegue al corazon, y ponga á riesgo la salud de todo el cuerpo.

Los malos ejemplos dañan aún á aquellos á quienes desagradan: no recelándonos de nada, en una leve respiracion bebemos la peste: mal que no se puede evitar, sino con una separacion muy distante.

El cielo se limpió de los ángeles

malos, y el Colegio de Cristo de un falso Apóstol: ni les ocasionó deshonor echar de su compañía los indignos. Echando al malo, se consiguen dos bienes: uno la disminucion del mal, otro la subrogacion de un bueno en lugar del malo. Un Matías recompensa sobradamente la expulsion de un Judas.

DIA VEINTE Y CINCO.

Más debe apreciarse la abnegacion de la propia voluntad, que el resucitar muertos.—S. Ign. vid. de Nolarci.

La restitution de los muertos á la vida no tiene prerogativa de mérito, ni carácter de virtud. Es una gracia dada graciosamente de Dios, que la participa y que la puede comunicar á buenos y á malos.

¿Qué aprovecha haber resucitado muertos, si los vicios domésticos viven, si se están en su vigor los afectos

malos? ¿En la muerte de estos consiste la vida de un verdadero obediente, y la señal característica de su virtud.

Sujetarse á Dios en la persona del Superior es el mejor medicamento para extirpar los vicios. Si tú obedeces á Dios, á tí te obedecerá la carne: tú obedecerás al mayor, y el menor te obedecerá á tí. Si menospreciar obedecer á Dios, nunca conseguirás que tu pasion se sujete á la razon.

Más te importa á tí hacerte cadáver, que restituir á un cadáver su vida. Un cadáver indiferente al lugar, á la situacion y al vestido, con una insigne y muda enseñanza, para los que obedecen nada apetece, nada repugna.

DIA VEINTE Y SEIS.

Si á Dios se le han de pedir milagros, háñsele de pedir más en número y más grandes acerca de guardar sus preceptos, que de seguir sus consejos.—S. Ign. en Guartem. c. 22.

El hombre animal no percibe las

delicadezas del espíritu: aunque oiga los consejos de Cristo, no los penetra: registra lo gravoso de ellos; pero ignora la unción de su gracia. Mira la corteza; no alcanza á la médula, adonde lo embotado de su vista no puede penetrar; y así á pocos mueven los consejos.

Es una grande señal del amor de Dios para con el hombre, cuando le hace digno de sus consejos. Cuanto es más noble la condicion de los hijos, que de los siervos, tanto es mayor la dignacion del Supremo Señor para con aquellos á quienes convida á lograr la suerte de hijos.

Siempre es ménos lo que se hace que lo que se propone hacer. Si solamente te quieres sujetar al yugo de los preceptos, cercano estás á que, vencido de la tentacion, le sacudas.

Ningun prudente puede dudar que, mientras se puede, debe escogerse lo mejor: entre lo seguro anteponemos siempre lo más seguro. ¿Por qué, pues, tendremos en ménos el cuidado del

alma y de nuestra eterna salud?

DIA VEINTE Y SIETE.

Un genio repugnante á la virtud, si procura vencerse fuertemente á sí mismo, conseguirá el doble mayor merecimiento que aquellos á quienes un genio blando nada les contradice—S. Ign. en Barth, l. 4, p. 12.

No hace buen juicio el que de la apacibilidad de un genio se mueve á sentenciar por la virtud: no se ha de atender solamente á cómo gobierna uno sus exteriores acciones, sino también á cómo se vence en sus interiores movimientos, para tomar de aquí la verdadera medida de la virtud.

Gran beneficio del natural es querer esforzarse: á quien si se junta la aplicacion, conseguirá en breve que perfeccione el conato lo que negó la naturaleza.

Ni hay genio tan obstinado á quien

no rinda el esfuerzo. Es la costumbre un corredor, ó conciliador de la naturaleza, tanto para encubrir como para formar el natural, haciendo tal vez corderos de leones. Anímate á alguna cosa.

Si la costumbre es otra naturaleza, dichoso eres, pues puedes á tu placer escoger natural. Muda tus costumbres, y convertirás tu genio de natural en artificial. La nueva costumbre es un remedio muy fácil de las pasiones.

DIA VEINTE Y OCHO

El que desea tratar y conversar entre los hombres seguro tenga por la cosa de mayor importancia ser igual con todos y enfadoso á ninguno.—S. Ign. Histor. de la Comp. l. 5, n. 24.

Los afectos parciales son peligrosos: nacen de la naturaleza y nunca de la virtud: aliméntanse de la pasión, no de la razón: míranse á sí propios y

no á Dios, á quien si atendiesen, verían cuan igual Padre es este Señor para todos.

Débase imitar al punto centro de un círculo, de quien todas las líneas tiradas á la circunferencia son iguales. Si estas inclinasen más hácia una parte, otro tanto se apartarían de la otra. La virtud consiste en un medio.

Como el Sol mira á todos con el mismo semblante, y haría agravio si para unos solos luciese, así tambien el que aplica á uno su afecto, no puede hacerlo sin injuria de los más. Sé tú amigo de todos, familiar de ninguno.

Para que un afecto sea caridad y no carnalidad, es necesario que sea por Dios, ó porque es su imágen ó porque es el precio de su Sangre: las cuales cosas conviniendo igualmente á todos, producen igual motivo de afecto para con todos.

DIA VEINTE Y NUEVE.

Si Dios te hace padecer mucho, ten

entendido que te quiere hacer un gran santo.—S. Ign. en Bart. l. 4.

La paciencia es la llave del Cielo: las adversidades nos llevan á Dios, de quien nos apartan las prosperidades. Muchos más se salváran, si padecieran más. Como las vides no llevan fruto, sino podadas, así tambien las virtudes.

Si los Angeles pudieran tener envidia, la tuvieran á los hombres; porque éstos pueden padecer por Dios y ellos nó. La Gloria se compra con la adversidad, no con el placer.

Esta es la regla fija de la virtud: padecer males y obrar bienes: uno y otro lo fomenta la paciencia, con la cual no hay mal y sin la cual no hay bien.

Como el Médico alhaga al enfermo desahuciado, á quien corta, quema y dispone para la salud; así el eterno Padre castiga al que ama como hijo; y á quien perdona, no quiere curarle. ¡No quieras, Señor, darme prosperidades! ¡No me trates con regalo!



DIA PRIMERO DE MARZO.

Del que se olvida de sí y de todas sus cosas en obsequio de Dios, mira Dios por él mucho mejor de lo que él mirára por sí, si quisiera mirar por sí más que por el mismo Dios.
—S. Ign. en Bartholi.

Todo sucede felizmente á quien tiene á Dios por su primer cuidado; porque, cuando cuidamos de las cosas de Dios, él cuida de las nuestras, y con mayor felicidad que la que nosotros podríamos no sólo conseguir, sino tambien desear.

Nuestros deseos nos deben ser siempre sospechosos, no sabiendo lo que nos está bien. Nuestra eleccion es siempre peligrosa: y así un solo

consejo hay; conviene á saber: Amar á Dios y dejarle que haga de nosotros lo que le pareciere.

Nuestros conatos las más veces ceden en daño nuestro. ¿Cuántas veces hemos experimentado habernos dañado aquello, que con más vehemente deseo apetecimos? Busquemos el reino de Dios: todo lo demás se nos dará por añadidura.

Cuando á uno le parece que se ha olvidado de sí mismo, entonces es cuando Dios se acuerda más de él. Es providencia suya tener cuidado de todos, y más tierna y de Padre de aquellos, que la tienen menor de sí mismos. Arroja todas tus esperanzas en Dios.

DIA DOS.

Muy á lo infimo debe bajar aquel que se empeña en subir á lo sumo y sublime—S. Ign. en Rivaden. l. 5, c. 3.

Para los favores divinos no se ha

encontrado otro camino que el del abatimiento. Por él caminaron cuantos llegaron á lo supremo de la santidad.

Los más altos estorbos que por lo árduo de ellos no puedes saltar, profundamente inclinado los podrás superar. El viento impetuoso derriba los cedros más encumbrados y perdona á las humildes retamas, acostumbradas á sujetarse á su violencia: es siempre arriesgada la altura.

Si convidado te sientas en el último lugar de la mesa, puedes esperar que te digan: Amigo, sube al primero. Las aguas de las fuentes suben á mucha altura; porque primero corrieron muy profundas.

Querer comprar honores con la humildad es una doble soberbia: merecer la altura cosa es digna de alabanza, pero no el buscarla: hacer acciones loables sin procurar la alabanza de ellas, es un trabajo que puede esperar su premio del justo Juez. ¡Oh cuán poco de humildad suele haber muchas veces en la misma humildad!

Una cosa es serlo, otra el parecer humilde.

DIA TRES.

El que por razon de su estado ó por la obligacion de su oficio, quiere reformar el mundo, es necesario que comience por sí mismo.—San Ign. en Barth. l. 4, p. 36.

En cuanto más alto lugar te puso tu fortuna, tanta mayor obligacion tienes de obrar bien. Ningun velo cubre tus vicios. A todos están patentes, pero á todos tambien hacen daño; más dañan tú con el mal ejemplo, que con la misma culpa.

En vano predicas ó mandas, si tus obras no lo confirman: livianas serán tus palabras, sin fuerza de penetrar los ánimos, si no van acompañadas del peso del ejemplo. Pierde el gasto y el trabajo, quién persuade cosas buenas, ejecutando él las malas.

Como no basta que los instrumen-

tos de un arte sean muy perfectos para ejecutar por sí mismos una obra excelente, si el Artífice no lo fuere; así tambien los consejos más saludables pierden su fuerza, si quien los dá no los practica en sí mismo.

El mundo está perdido: ¿quién lo duda? Necesita de reformation. Pon tú el primer cuidado y aplicacion en tí mismo, que no te faltará materia. Porque, quien es malo para sí, ¿cómo puede ser bueno para otros?

DIA CUATRO.

Si alguna vez hombres malos é ignorantes te cargaren de calumnias, pidele á Dios que te libre de ellas; no sea que alguna vez digan cosas malas de tí y sean verdaderas.—
S. Ign. en Bartholi.

Toda nuestra felicidad está dentro de nosotros y ésta es nuestra bienaventuranza: fuéramos infelicísimos, si nuestra bondad estuviese pendiente

de ageno arbitrio. Tal eres y tan grande, cual y quanto fueres dentro de tí mismo y delante de Dios.

Si ignorándolo tú, la fama con un hinchado panegírico te colocáre entre los santos, no te quitará lo malo, si tú lo fueres: por el contrario, si tu conciencia no te acusa, riéte seguro de las fatigas; nada te quitarán éstas de lo bueno.

Solamente debes cuidar si padeces con culpa ó sin ella: ninguna adversidad nos hará daño, si ninguna iniquidad nos dominare. Nada tiene que temer la inocencia.

Una alma sabedora de su buen obrar sufre más segura y firme las mentiras de la fama, que una roca las olas del mar: por más que ésta se alborote, ella no se mueve. Confunde tú á la fama, obrando de otra suerte de como ella lo divulga.

DIA CINCO.

Dejo á tu prudente consideracion si

te convenga más oponer ahora á todos los bienes terrenos aquel dicho de Cristo: «¿Que le aprovecha al hombre, etc.?» Ollorar en breve y en vano, diciendo: ¿Qué me aprovechó á mí?—S. Ign. en su vid. l. 2, núm. 2.

Deleitan las flores de la primavera; mas ¡por cuán corto tiempo! Arrójanse luego que se secan. Así son todos los bienes de la tierra, mientras duran; mas ¡por cuán breve momento! Al punto pasan, y con su uso causan hastío.

Mientras gozas de las riquezas y delicias, cree que sueñas: sacudido el sueño, nada hallarás en tus manos. ¿De qué, pues, sirve este sueño? ¿Y por cuánto tiempo aprovecha?

Toda la felicidad á que puedes aspirar trae consigo un goce fugitivo: eres levantado á las nubes como un cohete: espera un poco; de él nada queda, sino es el humo: alimentarse de él ¿qué aprovecha?

Cree, pues, que nada aprovecha, sino lo que eternamente aprovecha y lo que conduce á adquirir una eternidad dichosa: daña gravísimamente todo aquello que le pone impedimento.

DIA SEIS.

Al que despreció al mundo le conviene hacerse semejante á una estatua, que ni rehusa dejarse vestir de una mala ropa, ni dejarse despojar de la púrpura, de que antes se adornaba.—S. Ign. en Laucicio.

Al hombre rico más le importa ser feliz, que ser rico: ni esto es muy dificultoso, sabiendo no desear más; porque los deseos sólo son los que hacen pobres.

Infelices nos hacen los deseos de las cosas supérfluas, y la impaciencia de una mediana y moderada fortuna, en la cual, si estuviésemos conformes, todas las miserias se desvanecerían. Porque no consiste la felicidad en sólo el caudal.

Más importa ser señor de la hacienda, que siervo. Domina quien sabe desestimarla, sirve quien la desea. Es enfermedad incurable de muchos á quienes, despues de una grande abundancia de todas las cosas, todavía no les faltan deseos. Son como la sed del hidrópico, que nunca se satisface.

El uso de las cosas le ha de determinar la necesidad, no la codicia. De poco necesitamos: ¿para qué puede ser alargar los cuidados hasta lo supérfluo? Más dichoso fué Iro, contento en su fortuna, que Creso, deseándolo todo.

DIA SIETE.

Menos de ciencia y más de virtud.—
S. Ign. en Bartholi, l. 5, c. 8.

No merece ser escrito en el catálogo de los sábios el que sabe mucho, sino el que sabe las cosas útiles. ¡Cuántas hay en el mundo sin provecho! Saber lo que no aprovecha, es

una vecindad de la ignorancia.

Daña saber lo que no aprovecha y muchas veces tambien lo que aprovecha. La ciencia hincha y cria á sus pechos la soberbia. Así como no es más bienaventurada la voluntad por haber codiciado mucho, así tampoco no es más sano el entendimiento por conocer mucho. El apetito de saber fué la primera ocasion de pecar los primeros hombres.

Infeliz es el hombre que, sabiendo todas las cosas criadas, ni á sí ni á Dios conoce: bienaventurado el que ésto sabe, aunque todo lo demás ignore. Las cosas que son superiores á nosotros, más importa amarlas que entenderlas. Más conviene instruir la voluntad que el entendimiento.

Aprendamos, no para la opinion, sino para la vida; no para diversion del ánimo, sino para la utilidad. Aprendamos á vivir, no á hablar; á ejercitar la virtud, no á especularla; esto es, amemos más la médula que la corteza.

DIA OCHO.

Toda la miel que se puede coger de las flores de este mundo, no tiene tanta dulzura cuanto tiene la hiel y vinagre de nuestro Señor Jesucristo.—S. Ign. en Bartholi.

El nombre de felicidad se lo abrogaron injustamente los deleites del mundo; y tanto más agenos de este nombre, cuanto no hay cosa más desdichada que parecer feliz y no serlo, sino es que tú cuentes en el número de felicidad las causas de tu perdicion eterna.

El deleite irrita el apetito, no le satisface; no llena el ánimo, sino le inquieta; ahoga una gota de dulzura en un inmenso mar de amargura, y con un momento de alhago compra una eterna infelicidad.

Como de yerbas amargas saben fabricar las abejas dulce miel, así la memoria amarga de Cristo paciente dá á beber dulzuras, con tal que haya

quien guste de ellas. Esta es la virtud de esa alquimia santa.

Amarga, cuanto el mundo brinda por dulce: dulcifica, cuanto se bebe amargo, la memoria presente de la Pasion de Cristo.

DIA NUEVE.

Si todo el oro del mundo fuera mio, no socorreria con un maravedi á aquel que por culpa suya se hizo indigno de la religion.—S. Ign. en Bartholi, l. 3, p. 19.

Si se pierde un tesoro, ¿qué lágrimas no se derraman? Si peligra la salud, ¿qué cuidados no se tienen? ¿Y tanto bien, como es una prenda de la eterna bienaventuranza y arras de la divina gracia, se computa entre las cosas de poca importancia?

Desesperada es la salud de aquel enfermo que no siente sus gravísimos males: antes cree que le va bien cuando á grandes pasos se va acercando á

la muerte. Perecer, y no sentirlo, es muy grande castigo de Dios.

Ora le envíe favores el cielo, ora dolores; siempre le dá que temer en lo uno y en lo otro. Si le favorece, puede temer le recompense aquí algunas cosas buenas que hizo: si le aflige, puede creerse que comienza á castigarlo.

Muéstrase Dios escaso con aquellos que dejaron á Su Magestad, con la esperanza ó con la codicia de tener: dignos por cierto de nada recibir de su mano, habiendo despreciado aquel tanto por ciento prometido de élsolememente. Mas estas son cosas de poco momento en comparacion del gravísimo argumento de su ira: «Ninguno que pone mano en el arado, y vuelve á mirar atrás, es á propósito para el Reino de Dios.»

DIA DIEZ.

Ten por principio cierto dejar á los que no entienden sino en cosas te-

rrenas: comenzar su conversacion, reservando para tí la conclusion de ella, de esta suerte tú convertirás en oro el metal de su plática, cualquiera que sea.—San Ign. en Barthol. lib. 4, pár. 36.

Si deseas, como el Apóstol San Pablo, ganar á algunos con un santo engaño, debes usar el arte de los cazadores de aves. Ellos fingen la voz del ave á quien arman lazo, para atraerla sin recelo de asechanzas: con igual semejanza de conversacion procura tú ganar primero la benevolencia de los hombres.

El hombre animal no percibe desde luego las cosas espirituales: debes levantarle insensiblemente su mente de las cosas terrenas, no por salto sino por sus grados, á las cosas celestiales. Lo violento, y más lo repentino, espanta y causa terror.

Esta amigable alternacion de la conversacion es obradora de maravillas y hace prodigios; es una suavísima fa-

miliaridad, que al pecho más obstinado, á quien la más violenta elocuencia no pudo moverle, ablandará como una cera, imprimiendo en él cualquiera figura.

En primer lugar se ha de captar la benevolencia; obtenida esta, se dá por cautivo el ánimo, y entonces no es difícil apartarle de lo terreno á lo eterno, adonde le guiarás ya espontáneo.

DIA ONCE.

Por nuestra tibieza en las cosas espirituales justamente somos privados de los divinos consuelos.—S. Ignacio Reg. de la discrec. de Espir.

Muchas veces sin culpa suya hacemos reo al demonio, atribuyéndole la desolacion de nuestro espíritu, que es el fruto de nuestra tibieza, la cual nos hace más daño que el demonio.

¿Cómo podemos esperar liberalidad en Dios, si andamos con él tan escasos que dificultamos sacrificarle un po-

quito de tiempo? Así nos visita, como le respetamos. Este culto es un hecho que corresponde á nuestro fervor con igual medida.

¡Ay de mí! ¡Cuán dañoso enemigo de nuestra alma es la tibieza! ¡Cuántos favores de Dios impide! ¡Cuántos méritos destruye! ¡De cuántos consuelos priva! Éste es el manantial de todos los males que padecemos en el espíritu: véncela, y con esto sólo quítaste las fuerzas á todos tus enemigos.

Cuantos más son los vapores que la tierra envía al Cielo, tanto más copiosas lluvias recibe. Nuestra liberalidad para con el Cielo es la medida de sus beneficios. El que á manos llenas siembra, á manos llenas recoge la mies: hazlo así, y Dios se te mostrará como tú le quieres.

DIA DOCE.

En una hora se aprende más en Manresa, siendo Dios el maestro, que cuantos Doctores hay en el mundo

hubieran podido enseñar.—S. Ignacio en su vida lib. 1, pár. 14.

La escuela de la ciencia Divina mide el aprovechamiento de los suyos, no por el ingenio del que aprende, sino por la voluntad del que enseña. Es cosa fácil salir docto, cuando es Maestro aquel espíritu, en quien se encierran todos los tesoros de la ciencia y sabiduría.

Como la luz de un relámpago, rota de repente la nube, disipa las tinieblas y todo lo infiltra, así el rayo de la Divina ilustracion, que baja del Cielo, desecha toda oscuridad, derrama tanta luz, que toda la multitud de los Sabios es necesario que parezca y quede ciega en su presencia.

En vano nos desentrañamos y á nuestros entendimientos, como arañas: trabajando toda la noche, nada cogemos de esta ciencia de los Santos, sino nos enseña aquel, que sin el estrépito de palabras está acostumbrado á hablar al corazon.

Ni espere aprovechar, el que no sabe habitar dentro de sí mismo. La cueva de Manresa abre una Universidad de virtud, en la cual es el maestro Cristo Crucificado, el libro el Cielo y la Tierra, el estudio la meditación. En esta escuela, el que es enseñado sale verdadero Sabio.

DIA TRECE.



Un leño es más propósito para encender el fuego del amor de Dios, que el Leño de la Santa Cruz.—
S. Ignac. en Bartholi, lib. 4.

Maravilloso artífice es el amor, que, usando de la memoria de su amado como de un fuego, suaviza los trabajos ó del todo los quita: y por mejor decir (lo cual es un consumado magisterio) los conmuta en dulzuras.

Ama, y no sentirás cosa difícil: aquellos gimen con pesada carga, que la llevan contra su voluntad: estos procuran sacudirla, aunque no lo con-

sigan. Su mayor peso es la impaciencia.

Contra la adversidad no se ha de pelear con la fuerza, sino con el amor: tiene éste mayores fuerzas que la fortuna adversa. Donde se ama no se trabaja. Fácilmente lleva su cruz, el que lleva lo que ama. Porque el amor es hombro y fuerza de la paciencia.

El amor á nosotros hizo á Cristo ligera su Cruz: el amor de Cristo hará su Cruz tolerable á nosotros. No es difícil la fortaleza de un alma en las adversidades: ni necesita de máquina ni brazo fuerte, ni áun deseo: todo lo tenemos dentro de nosotros, porque el amor es la fuerza de la virtud y del valor.

DIA CATORCE.

Pongo entre las cosas de poca importancia el temor de una esclavitud, y el de una muerte á la vida: solamente el temor de ofender á Dios es

el que me refrena.—S. Ign. en su vid. l. 1, p. 24.

Ninguna cosa mala hay debajo del Sol, sino el pecado: porque ninguna cosa hay que Dios quiera, que no sea, sino es el pecado, al cual oborrece de tal suerte, que, si pudiera amarlo, no fuera Dios. Aborrécelo necesariamente, y aborrécelo eternamente. La muerte, las prisiones, la pobreza, no son males tan grandes, que no puedan desearse como bienes; porque son dónes de un Dios que nos ama, remedios del pecado, ganancias de la divina Gracia; y lo que es lo principal, son fomentos del Amor divino.

A quien su conciencia no le acusa, no tiene que temer en este mundo. Nadie puede ser desdichado, sino es por hecho propio: la sola desgracia que puede sucedernos, es obra nuestra. En agena oficina no pueden labrarse armas contra nosotros.

Ninguna injuria hecha á los grandes deja de ser atroz: ¿Cuál, pues,

será la ofensa hecha al Señor de todos los Reyes? Será tan atroz maldad, que, si amenazase ruina al Cielo, á la Tierra, á los Hombres y á los Angeles, todo ello sería de menor importancia que una ofensa de Dios.

DIA QUINCE.

Ninguna tempestad hay peor, que la misma bonanza; ni peor género de enemigos, que carecer de ellos.—S. Ign. en Bar. l. 2, p. 18.

Una continuada bonanza, debajo del velo de seguridad, amenaza gravísimos peligros del alma. Ella es madre del ócio, fuente de la pereza y fomento de la sensualidad. ¡Cuán grandes daños son todos estos del espíritu!

La adversidad nos avisa de nuestra obligacion, y nos lleva con una como violencia á Dios. Aun los Apóstoles se duermen, cuando el mar duerme apacible: la tempestad los obliga á clamar: «Señor, sálvanos, que perecemos.»

Padecer males, no es cosa mala; padecer de los malos, tambien es bueno; padecer por lo bueno, todavía es mejor; y padecer por lo malo, así mismo es bueno: porque purgar acá lo malo es cosa muy buena.

Entre las tempestades se forja la perla; en el fuego se purifica el oro; la corona se labra á golpes del martillo; ni de otra suerte crece la virtud, que entre adversidades. El enemigo hace fuerte al soldado; y la tempestad acredita al piloto.

DIA DIEZ Y SEIS.

No hay cosa más dulce que amar á Dios; pero de tal manera, que por su amor padezcas mucho.--S. Ign. su vid. l. 1, n. 33.

Toda la felicidad de un hombre es el amor. Tanto eres y tanto vales, cuanto es lo que amas. Mira, pues, á quien amas. Si cosa percedera, te has preparado tu ruina. Si á Dios, lle-

gaste al punto de la felicidad.

Amar y no querer padecer, es estar ocioso. Amor es este de concupiscencia, no caridad. De este amor, el padecer es la piedra de toque, que distingue el verdadero del bastardo. A sí se ama, no á Dios, el que huye de padecer por su amor.

Amar á Dios entre las prosperidades, no merece el nombre de virtud: esto puede conseguirlo la sensualidad. Mas cuando el Cielo llueve cruces, amar más á Dios y las cruces por él, esta es una experimentada señal de verdadera virtud.

Como el golpe en el pedernal despide chispa y ésta con el soplo crece en llama, de esta suerte los corazones de los verdaderos amantes de Dios se encienden con la adversidad de la fortuna. ¿Por qué, pues, tú estás tan helado?

DIA DIEZ Y SIETE.

Tanto más se ha de esperar en Dios,

cuanto los negocios humanos fueren más sin esperanza: cuando faltan los socorros humanos, están más aparejados los divinos.—S. Ign. su vid. l. 4, n. 2.

Cuando el arca está llena de riquezas y en las trojes no caben los granos, no hay objeto de esperanza; porque, cuando todo sucede más allá del deseo, no se confía en Dios, sino en la criatura.

Maldito sea aquel, que se afirma en brazo de carne ¿quién se apoya sobre una débil caña, pudiendo asegurar sus esperanzas sobre una columna inmóvil? Pierde nuestra esperanza el nombre y firmeza de tal, cuando la fundamos en los medios que vemos.

Se complace Dios de vernos acosados de peligros, y espera á vernos destituidos de todo humano socorro; porque se deleita con nuestra esperanza y se alegra de que sepamos que todas nuestras cosas pueden tener buen suceso solamente con su ayuda.

Esta la dilata, para excitar en nosotros la esperanza.

Si perdiste el caudal, si no tienes, quien te patrocine; entonces confía más. Un solo Patron te basta, sin el cuál nada pueden todos los demás.

DIA DIEZ Y OCHO.

A el que ocupan los cuidados de la salud agena, más le aprovechará una modestia humilde que una arrogancia imperiosa; y más presto vencerá cediendo que peleando.—S. Ign. su vid. l. 4, f. 384.

La industria que sirve para conquistar fortalezas, aprovecha mucho y sirve de enseñanza para sujetar los ánimos. Para rendir aquellas y sujetar á estos, el conquistador debe ponerse debajo de los pies del que intenta rendir, y así escondido labre minas: así caen por tierra las fortalezas, que á pecho descubierto resistirían mucho.

Pocas aves cogería en sus redes el cazador, si disparase un tiro; ántes las espantaría que las atrajese: háse de silvar dulcemente con el pito; este hará lo que la fuerza no puede.

El hombre se cautiva con la humanidad: ninguno hay tan fiero, que con la sumision no se deje provocar al amor; al contrario, la arrogancia excita ódio y el fausto menosprecio.

Unos son los preceptos de la milicia religiosa, y otros muy diferentes los de la política: ésta acomete con la fuerza descubierta, aquella con la sumision consigue las victorias.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Estima en más la salvacion de cualquiera alma, que todos los tesoros del universo mundo.—S. Ign. en Rivadeneira, l. 5, c. 8.

Lo más precioso de nosotros lo estimamos casi en nada. Un alma, que costó un precio infinito, no puede ser

cosa vil, sino es para aquellos á quienes no hay cosa más vil que ellos mismos.

Cristo estimó en más la salvacion de un hombre, que el Cielo: para ganarla expuso su divinidad, dió su vida, y su sangre. Lo que un mercader tan Sabio puso en tan subido precio, ¿cómo podremos colocarlo entre las cosas más bajas?

Medimos y pesamos las cosas con peso falso. Las cosas de nada, cuales son las riquezas, las honras, la ciencia, las buscamos á costa de los sudores de toda nuestra vida: por la salvacion de un hombre, todo trabajo se nos hace demasíadamente gravoso é intolerable.

Mira como juzga Dios: ¿Cuánto estima Dios todo el poder de este mundo? En cuanto nosotros estimamos un pelo y una nuez vana: con todo esto, ansía y tiene sed de la salvacion de un hombre. Fuera de sí mismo, nada ama más y nada más desea.

DIA VEINTE.

Tanto vale una cosa, cuanto Dios hace que valga,— S. Ign. en Barthol. l. 4, p. 35.

Las más veces se engaña mucho el que juzga de las cosas por sus colores. El diestro lapidario sabe distinguir entre el diamante y el vidrio. Aquel está muy apartado del error, que pesa las cosas con la balanza de la mente divina.

Una llave de oro sirve de poco, si no abre las puertas; más importa la de hierro, si con ella lo consigues. El precio de una cosa no es el color ni la opinion, si no la aptitud para el fin. ¡Ay, cuánto erramos! Todas las cosas las sujetó Dios á la eleccion del hombre, con tal que le sirvan de medios para buscarle. ¡Desdichados de los que de ellas se sirven contra el mismo Dios! Tanto peor es cualquiera cosa, cuanto más nos aparta de Dios.

DIA VEINTE Y UNO.

Que los buenos tengan salud y que los malos no la tengan, me alegro: los buenos, para que la empleen á mayor gloria de Dios; los malos, para que, mediante las enfermedades, se vean obligados á buscar á Dios.—S. Ignac. en Rivad. lib. 5, capítulo 10.

No sabemos cuanto bueno se encierra en las enfermedades. Entre ásperas cortezas se encierra dulce médula, si aprendiésemos á sacar la dulzura de entre las espinas, la miel del tomillo y la salud de la misma enfermedad. Es cierto modo de sanidad el no estar el hombre sano.

Cuando el cuerpo está enfermo, suele vigorizarse el espíritu. A muchos ha hecho mejores la enfermedad, á quienes hubiera perdido la salud. Como las tinieblas aumentan el resplandor, así las enfermedades fomentan la vida mejor. Desamparan los vicios á

aquellos, que sanos, no tuvieron valor para desampararlos á ellos.

El uso hace buenas las cosas: sepa mal, con tal que aproveche: tambien el medicamento es ingrato al paladar; mas, por cuanto se espera que ha de aprovechar se ama, y se toma con ánsia. Lo que puede el deseo de la sanidad corporal, ¿por qué no lo podrá el de la espiritual?

¿Estás enfermo? Alégrate, que no puedes pecar. ¿Estás clavado en un lecho? Tiempo tienes para volver á tu corazon. ¿Estás debilitado? Piensa en la miseria humana: vuelve los ojos á una eternidad cercana. ¡Cuántos provechos se te siguen de esto!

DIA VEINTE Y DOS.

Si Dios te diere por Superior un perrillo, siguelo con buena voluntad por tu guía y Maestro, y no lo rehuses, siendo Dios el autor.—San Ign. en Nigron. c. 5, p. 75.

Si sigue sin temor un báculo aquel

que sabe que le guía uno que vé, ¿qué dificultad habrá en seguir un perrillo, si á éste, para nuestra direccion, le gobierna Dios, que es todo ojos? Si no es, que para con nosotros sea menor la autoridad de Dios, que lo es para un ciego la de un muchacho á quién fácilmente se confía.

La obediencia es grande virtud: no fuera tan grande, si por medio de ella el hombre no sacrificase á Dios la parte más preciosa de sí mismo, que es el juicio propio, ó por mejor decir, conmutase el suyo con el divino.

Crece el precio de la obediencia con la bajeza del que manda, y tanto se le sube de punto cuanto es menor la autoridad de aquel á quien se obedece, porque en este caso la intencion es más pura y la fé más sólida.

Y el que así obedece consigue lo que en Dios es singular: el no poder errar, porque es la obediencia Vicaria de la Sabiduría divina y así tienen ambas igual infalibilidad.

DIA VEINTE Y TRES.

Conviene no dejar para mañana aquello que hoy puedes ejecutar.—
S. Ign. en Barthol. l. 4.

El arte que á Filipo, Rey de Macedonia, le adquirió el nombre de Grande, no dejando para el día de mañana nada de lo que hoy se podía hacer, debe ser ley para el cristiano, que no puede prometérselo con seguridad.

La gracia del Espíritu Santo no sufre dilaciones tardías, principalmente en aquellas cosas que no merecen alabanza sino es despues de ejecutadas. Duplica el precio de la obra el que á su ejecucion añade la prontitud.

Cuántas veces ocasionó un daño irreparable el haber dilatado cosas, que, dejadas para otro día, del todo se dejaron. Torpe flojedad que muchos pagarán por toda la eternidad, mas nunca acabarán de pagar.

La obra buena, con la dilacion se disminuye, porque el dilatar es, ó de

quien no quiere, ó de quien tiene mala gana. A la práctica de acciones virtuosas, cuanto se le pega de tardanza tanto se le mengua de alabanza. A nadie hicieron Santo los propósitos solos.

DIA VEINTE Y CUATRO.

Mucho mejor es alcanzar un solo grado de algun bien con seguridad, que ciento con peligro de la salvacion.—S. Ign. en Barthol. l. 4, párrafo 35.

Ningun hombre prudente se pierde á sí, por ganar á otro. Como ningun médico enferma para sanar á otro. Todo se ha de tener en menos que la salvacion propia.

Cuanto más precioso es un tesoro, con tanto mayor cuidado se debe guardar. ¿Qué trueque debe el hombre dar por su ánima? La cual, si la expone al riesgo, no la estima.

Entre las ganancias, que con tanta

codicia buscas, ponte en primer lugar: alentando á otros á la piedad, no te olvides de tí: ni sufras que otros por tu enseñanza sean más santos que tú. ¿Por qué te has de estimar en menos, contándote entre las cosas despreciables?

Pésima diligencia es la que siempre se emplea en otros. El cuidado de tí mismo debe anteponerse á todos; porque la cuenta se ha de pedir á tí, de tí. Marta, Marta, muy solícita andas de muchas cosas: una sola es necesaria: poner en seguro tu salvacion.

DIA VEINTE Y CINCO.

De increíble consuelo es, que cuantas veces nos llegamos á la Mesa del Altar, otras tantas nos alimentamos, no tan solamente de la Santísima Carne de Cristo, sino tambien de la de su Madre.—S. Ignacio en Lyreo.

La materia que antiguamente á San

Bernardo le fué de alegría, hoy lo es comun á todos; conviene á saber, el concedernos ser apacentados de las Llagas de Cristo y de los Pechos de su Madre; porque la Carne de Cristo es Carne de María.

¡Cuánta dignacion de bondad en la Madre! ¡Cuánta bondad de Magestad en el Hijo! Dársenos entrambos: aquella en Leche, éste en Sangre para nutrirnos y recibirnos dentro de sí. ¡Qué conmutacion tan estupenda! Descuidados de nosotros, y olvidados de la salvacion, si quebrantamos este pacto.

Estima, oh hombre, tu condicion, tantas veces apacentado de la Sangre de Cristo y de la Leche de María, te has hecho pariente de tan soberanas personas: guárdate de deslustrar tan alto parentesco con el afecto mal nacido á cosas indignas de él.

Tienen los Angeles mucho porque envidiarnos, á quienes jamás se les concedió tal gracia. Este es el asilo de las humanas calamidades: á quien

atemoriza la magestad de Juez, dá aliento la piedad de la Madre: á quien retira la justicia, convida la misericordia.

DIA VEINTE Y SEIS.

¡Oh Dios mio! Dáme sólo tu amor con tu gracia, y soy sobradamente rico; y ninguna otra cosa pido.— Esta era la oracion jaculatoria familiar de S. Ignacio.

Muy ganancioso es aquel amor sin interés, de quien todo el fruto es el amar solamente. Los otros amores son contratos de compra, en los cuales solo se recibe cuanto se dá. Es esta una avaricia vil, y de nacimiento bajo. Ame de valde, el que de veras ama.

Hasta los brutos aman los beneficios; y los buitres acuden adonde esperan hallar buen pasto. El amor de Dios debe poner más alta la mira: no busque retorno: todo cuanto pueda

é intente conseguir, sea el amor mismo.

En un daño infinito incurrimos, si buscamos otra recompensa que el mismo Dios. Si consigues todas las otras cosas sin él, miserable te quedas. El Cielo sin amor de Dios, sería infierno: y el infierno con amor de Dios, pasaría á ser Cielo.

Todo el amor de la criatura es inútil, ó para decirlo mejor, dañoso. Sólo el amor de Dios es fecundo, del cual con abundancia se derivan todos los dones de gracia y de gloria. Ama á Dios: ¿qué cosa hay más fácil? y serás bienaventurado.

DIA VEINTE Y SIETE.

Ninguna cosa criada puede causar en el alma tanta alegría, que pueda igualar al gozo del Espíritu Santo.—S. Ign. en Rivad. l. 5, c. 10.

Á la alegría, que el mundo ofrece, dije. ¿Para qué me engañas vanamen-

te? Aquel solo es gozo sincero que nadie nos lo podrá quitar.

El alma no suele estar sin alguna delectacion; deléitase con cosas muy altas ó muy bajas: estas irritan el apetito, no le satisfacen; aquellas son las que solas pueden llenar el alma que de su naturaleza es inmortal.

Saber alegrarse es arte grande. Alegrarse en cosas malas, es digna materia de lágrimas. Como el fuego y el agua jamás se hermanan, así nadie espere poder juntar en uno espirituales y carnales delectaciones.

¿Quieres no estar jamás triste? Vive siempre bien. De esta fuente manan los consuelos puros: ningunas miserias te aflijirán con desmayo, si un sólo grado de la divina gracia te consuela.

DIA DIEZ Y OCHO.

¡Ay, cuán soez me parece la tierra, cuando levanto los ojos al Cielo!—
S. Ignc. en Barthol. lib. 4, p. 28.

Para cosas más altas somos nacidos,

que para deleitarnos en las bajezas terrenas. Con sólo el beneficio de la naturaleza podemos aspirar á lo más alto, la cual dió al hombre un rostro levantado, con lo que le obligó á mirar al Cielo, y tener sus ojos elevados á las estrellas; pero mucho más sus corazones.

El Cielo es nuestra Patria, y la tierra lugar de destierro: aquel lleno de felicidades; éste de calamidades. Por tanto, nuestros pensamientos y deseos han de mirar siempre al Cielo, no á la tierra: á aquel debes atender; á este despreciar.

Cáusenos asco la tierra y todos sus dones, que tienen parecer de bienes; mas no lo son, ántes son males; porque hacen malos y son impedimentos para el Cielo.

Los consuelos de la tierra son comunes á las bestias: los gozos del Cielo nos igualan con los Angeles: aquellos son sucios, estos puros: aquellos breves; estos eternos: estos dignos de buscarse con ansia; y aquellos de hollarse con los piés.

DIA VEINTE Y NUEVE.

El que tiene temor de los hombres, nunca emprenderá cosa grande por Dios.—S. Ignc. en su vid. lib. 4.

El que respeta mucho á los hombres fácilmente desprecia á Dios: aquel ídolo, *¿qué dirán?* aparta demasiadamente á muy muchos del sincero culto del verdadero Dios. Si yo agradase á los hombres, no fuera siervo de Jesucristo.

Una vez que este temor inconsiderado abriere la puerta al vicio, ninguna cosa hay que no persuada. ¡Oh perverso respeto hácia los hombres! Por cuyo reparo no se avergüenza el hombre de perder la vergüenza á Dios.

¿Qué es lo que temes de los hombres? Ellos son unos miserables: á tí ni te pueden aprovechar, ni dañar, si Dios no quiere. Teme, pues, á este, quien despues de haberte privado de la vida corporal, puede echar tu alma al infierno.

En la causa de Dios nada se ha de temer; sino, como la aguja de marear ora corran blandos zéfiros, ora tempestuosos Nortes, siempre se mantiene fija en el Polo; así tú inmóvil, é inflexible trata las cosas de Dios, sin declinar ni á la diestra, ni á la siniestra.

DIA TREINTA.

Como un tosco y rudo tronco no puede conocer que de él se puede formar una estatua, que sea un milagro del arte, pero el estatuario conoce cuanto se puede hacer de él: así muchos, que apenas muestran una pequeña señal de cristianos, no entienden que pueden ser formados en Santos por la mano de Dios, con tal que ellos no resistan á la mano de este divino artífice.—San Ignac. en su vid., lib. 4.

Dios sólo es tan consumado artífice, que de cualquier materia puede fabricar cuanto quisiere; porque El solo puede suplir lo que le falta, y qui-

tarle lo que le sobra. Déjate labrar de El.

Nadie debe ser despreciado. Aunque parezca un tronco, puede ser formado en estatua, que sea un prodigio del arte y una admiracion de los hombres; y pueda ponerse sobre un Altar, delante de quien tú alguna vez hinques las rodillas.

Mal juzga, el que juzga por las facciones del rostro: como de los mejores pueden hacerse los pésimos; así de los pésimos se pueden hacer los mejores. Mira por tí y deja á los otros.

Como el barro prontamente obedece la mano del artífice, fácil á recibir cualquiera figura que le imprimiere la diestra mano, así debes ofrecerte á Dios tratable y docil. Déjale obrar á El.

DIA TREINTA Y UNO.

El que se olvida de sí y de sus comodidades por servicio de Dios, tiene á Dios en vela por él. - S. Ignac. en Barthol. lib. 4, p. 35.

Haz por Dios todo cuanto puedas, que El hará por tí lo que tu no puedes. No le es difícil á Dios el socorrerte, ni le falta poder ni voluntad. Más pronto está á hacerte gracia, que tu á recibirla. Ninguno puede tener mejor cuidado de sí, que el que á sí se descuida.

Muy mal miras por tí, cuando el tiempo deutado para el servicio divino le gastas en otras cosas. ¿Qué buen suceso podrás esperar? Si desagradas á Dios, ¿de dónde esperas bendicion?

Buscad primero el reino de Dios, que todo lo demás se os dará por añadidura. No se pierde el tiempo que se da á la piedad: más aprovecharás orando, que estudiando.

En vano os fatigáis: no sois vosotros los que habláis. El Padre celestial os dará en aquella hora lo que habeis de hablar: sin el cual nada' haréis; con el cual todo lo podreis hacer: más liberal siempre con aquellos que cuidan poco de sí y de sus cosas: pero de Dios sobre todas ellas.



DIA PRIMERO DE ABRIL.

El desprecio de sí mismo, y el hollar la excelencia y estimacion del mundo en los hombres levantados y cultivados en él, es más importante y fructuoso que la mortificacion de sus cuerpos.—S. Igna. en su vid. de Barthol.

Tan rara como grande es la virtud de una humildad honrada: que se humillen las retamas, que anden por el suelo y entre los piés los gusanos, no es cosa grande; mas que los cedros levantados inclinen sus cabezas, y cuanto suben á las nubes con sus copas, tan profundas penetran la tierra sus raices, esto ni es cosa vulgar, ni sucede ordinariamente.

El caracter de la ambicion es mantener igualmente la honra que la vida. ¡Qué apartada de esto es la enseñanza de Cristo! Quien eligió ser el oprobio de los hombres, y objeto de los escarnios de la plebe.

El que quiere ser grande, lo conseguirá, si se humilla y abate: porque, si el mundo no tiene cosa más alta que la honra, no puede ser cosa pequeña; porque así se hace mayor que aquello que el mundo tiene por lo máximo.

Despreciarse uno á sí mismo con palabras es cosa ordinaria y vulgar; esto lo hacen los más soberbios: mas despreciar el desprecio de los otros, si aquí alcanza la virtud, ten por cierto que llegó á lo sumo.

DIA DOS.

Para que las dotes de la naturaleza sean eficaces en el aprovechamiento de los prójimos, conviene que obren con interior impulso de la virtud y

de ella saquen su fuerza para obrar con efecto.—S. Ign. en Barthol. l. 4.

No siempre coge más el que más siembra. El grano inútil no fructifica, si Dios no le hace crecer: donde no hay espíritu el grano es sin sustancia y estéril.

En vano trabaja el organista con sus manos, si los cañones del órgano no los llena el viento, porque no sonarán. Ni los Apóstoles comenzaron á predicar al pueblo, hasta que fueron llenos de lo alto del viento del Espíritu Santo.

La voz del hombre es muerta: óyese, mas no penetra, si esta voz no la acompaña la voz de Dios. En vano te cansas gritando; si Dios no habla contigo, nada aprovecharás. Dios no junta su voz, sino, con aquellos que están unidos con Él; y de aquí nace la desigualdad del fruto de tantos Apóstoles.

Si tienes tu entendimiento ilustrado de especies delicadas y excelentes

verdades, pero tu alma llena de floje-
dad y tibieza, y sin práctica de las co-
sas que enseñas, quieres inclinar é
impeler á otros á la perfeccion, no es-
peres otro fruto de tu ronquera.

DIA TRES.

*Con todos, pero principalmente con los
súbditos, es conveniente que los Su-
periores sean recatados en el ha-
blar, pero muy sufridos en oír. Los
oidos han de estar desembaraza-
dos, mientras ellos expresan todo
cuanto tienen dentro de su corazon.
S. Ign. en la Hist. de la Compa-
ñía, l. 3, n. 48.*

Haber podido depositar las quejas
un alma afligida en unos fieles oídos,
fué muchas veces remedio de una en-
fermedad que se tenía por incurable.
De esta suerte haber evacuado del es-
tómago la cólera, no pocas ha sido re-
cobrar enteramente la salud.

El enfermo ha de ser primero oído

si el Médico no quiere errar: ninguno se conoce mejor que el paciente, porque ninguno siente con más dolor lo que padece. Dichoso Médico, aquel que oyendo solamente, si nó puede curar del todo, á lo ménos puede aliviar la enfermedad; cruel aquel, que con remedio tan fácil no intenta aliviar su enfermo.

El dolor de una alma se evacua en la queja, y se disminuye partiéndolo con quien la oye: principalmente si el afligido se encuentra, no solo con unos oidos apacibles, sino tambien con un corazon fiel, del cual saliendo una blanda y suave voz, mitiga gran parte de su sentimiento.

Conocer una enfermedad es el fundamento de su curacion. Con más facilidad se conocen las enfermedades del cuerpo que las del alma, sino es que el enfermo las manifiesta. Ni el Médico aplicará medicamentos aptos á las del cuerpo ni el Superior á las del alma, si ámbos con sufrimiento no oyeren al paciente.

DIA CUATRO.

Esta sola ambicion es justa: Amar á Dios; y por paga de este amor, ir creciendo en amarle.—S. Ign. en Barth. l. 4, núm. 26.

El amor es la felicidad del hombre: no aquel amor que es un ciego movimiento del ánimo, el cual aprende un falso por un verdadero bien; este es un engañador que promete deleites, y gustado dá amarguras; sino aquel racional, con el cual se ama el verdadero bien eterno é inmutable.

Un átomo del amor de Dios es más dulce que todo cuanto el mundo miente ser amable: a questo gustado, causa hastío; aquel nadie le estima bastante, sino es quien lo posee, y gozándolo más, más lo apetece.

Amar es gozarse de la felicidad del amado, no de otra suerte que si el amante la poseyera. ¡Oh qué felicidad tan grande! Si amo á Dios, participo de todos los bienes de su Divinidad.

¡Ojalá, Señor, y yo nada pensára, nada hiciera, sino es amarte!

Amar á Dios es descansar en el centro del Universo, fuera del cual no hay quietud: en el círculo del Universo todas las cosas se mueven. No de otra suerte ni en otra parte tendrás quietud, sino te quietas en el amor de Dios.

DIA CINCO.

Para captar la benevolencia de los hombres en órden al servicio de Dios, es necesario hacerse todo á todos: con ninguna otra cosa se ganan mejor las voluntades, que con la semejanza de costumbres y afectos.—S. Ign. vid. de Nolarci.

Más difícil es conquistar hombres, que fortalezas; éstas con el hierro y las máquinas militares se sujetan, aquellos ni con grandes ejércitos; para ganarlos ningun Capitan general hay más poderoso que la afabilidad.

A aquellas almas que á cara descubierta sería dificultoso vencer, con esta estratagemá rendirás felizmente, si antes de proponerles los documentos de espíritu, les ganas las voluntades: ganada ésta, ellas mismas te darán espontáneamente, no solo los oídos, pero aún los corazones, y de esta suerte las conducirás adonde quisieres.

Si oyen á un Orfeo, que canta con suavidad, no solo le oirán sino tambien le seguirán: de otra suerte se quedarían como sordas y perezosas rocas. Esta es una mágia inocente que encanta á los hombres.

Ninguno es tan fiero que no se deje atraer de la humanidad: una razon discreta, unos ojos alegres, excitarán la benevolencia recíproca, como la voz produce el eco en la dura peña. ¡Mira con cuán poco gasto conquistas las almas!

DIA SEIS.

No se debe reputar por amigo de Cris-

to nuestro Señor, quien no promueve la salvacion de las almas, que Él redimió, derramando su Sangre.—S. Ign. en la vid. de Nolarci.

Como en los vivientes hay una alma, así tambien debe haber un mismo afecto; para que lo que uno ama, lo ame tambien el otro. Amando, pues, tú á Dios, tienes la norma de cuanto deba ser en tí el celo y ardor de las almas.

De todas las cosas criadas es sola el alma á quien Dios se digna amar: á esta la rige con afecto; á las demás con imperio. Considera cuánto te merece un alma.

El alma es imágen de Dios. Si á Éste amas, ¿cómo podrás dejar en el asco del estiércol su imágen, pudiéndola sacar de él? Tanto más hermosa es esta imágen, cuanto más se acerca á Dios. Limpiarlo de las inmundicias es oficio de un amigo, y testificacion de su amistad.

¡Cuánto costaron á Cristo las al-

mas! Son ellas mercaderías de precio infinito; son frutos de tan grande trabajo, como fué su pasión: quien no procura librarlas de la muerte, no ama á su Redentor. Procúralo, pues, con la palabra, con la obra y con la pluma.

DIA SIETE.

Un castigo más frecuente que lo que es justo, arguye en el Superior un mando más impaciente que deseoso de la observancia.—S. Ign. en la vida de Nolarci.

Quien quisiere castigar todas las faltas de cada uno, es necesario que quite del mundo todos los hombres, porque ninguno hay en él que viva sin delito. Habrá pecados, mientras hubiere hombres.

Muchas veces se remedia una falta con un prudente disimulo, la cual con un demasiado cuidado se hubiera hecho mayor. A muchas las cura el tiempo; otras por su naturaleza llegan

á madurar, como las llagas, y arrojan las materias y manifiestan la raiz al mismo tiempo quedando sanas.

¡Cuántas veces un frecuente castigo aumentó el mal! Y lo aumentará siempre que su repetición hiciere sacudir la vergüenza al delincuente, la cual una vez perdida, toma atrevimiento á cosas peores una voluntad irritada.

Muchas veces es mayor la falta del que castiga que del castigado: en este es fruto de su fragilidad, en el Superior de su pasión ó de su imprudencia. Toma de tí mismo la norma de lo que debas hacer con los otros; si sobre cada error tuyo tuvieses sobre tí un corrector ¿cómo lo llevarías?

DIA OCHO.

A los que vinieren á tí con ánimo de perder tiempo, les saldrás al encuentro con la conversacion de la muerte, del juicio y de semejantes austeridades que lastiman los oídos de estos hombres, por mas que ha-

yan ensordecido á ellas: de esta suerte mirarás por ellos y por tí: por ellos, que si te oyeren se volverán mejores; por tí, porque si no gustaren, no volverán á quitarte el tiempo.—S. Ign. en su vid. l. 4, p. 20.

Nada hay más precioso que el tiempo; y los ladrones de él suelen ser los amigos que con un pernicioso daño le hacen gastar sin fruto y en cosas frívolas.

Aquí te conviene ser avariento: ningun instante concedas sin algun lógro: si te prestas á tí, á tus oídos y á tu lengua, pide la alma y recibe la compuncion en lugar de intereses, y cojerás una usura espiritual.

Serás un diestro alquimista, sacando oro de cualquiera cosa: aquel habla de guerras; háblale tu de la paz con Dios, y del uno necesario de salvarse: de esta suerte cogiste una perla en el cieno, y oro entre la escoria.

Así el oso con su lengua á una ma-

sa informe le comunica su debida figura, sírvate á tí la tuya de pincel, con la cual formarás de un bruto á un hombre, y de un hombre animal un ángel.

DIA NUEVE.

Maravillosa es la paz que el mundo tiene conmigo, mientras yo ignorando la lengua del país por algun tiempo no le hago guerra: aguarda á que yo pueda salir al campo, y verás á toda la ciudad levantarse contra mí, y á mí peleando en todas partes.—S. Ignac. su vid. lib. 2, n. 18.

El demonio envidioso no deja que se le quiten de sus manos las almas, sin procurar la venganza: por mantenerlas se opone y hace guerra: y no pudiendo salir al campo al descubierto, envía sus corredores, que con varios pretextos defiendan bellamente su causa. Sabe él muy bien el valor de un alma.

Aquellos religiosos, que tú vieres acometidos de muchas calumnias y expuestos al ódio de otros tantos, sabe que estos son verdaderos celadores de las almas, contra quienes él intenta vengarse. Fácilmente perdona á los ociosos, y les concede la paz, quienes la tienen asentada con él.

Ni por esta causa debes tú cesar en lo bueno; porque el infierno lo lleva mal, porque el mundo se alborote y porque oigas los gritos de los que lo contradicen: ántes has de proseguir con ánimo más gallardo.

Dios favorecerá su causa: los impedimentos que te parecieren insuperables, en un momento se desvanecerán, si tú te mostráres firme en lo comenzado. La gracia de Dios es más poderosa que todo el infierno: confía en él y saldrás sin duda victorioso.

DIA DIEZ.

No creas que se quita al ejercicio de la virtud lo que se concede á la ne-

cesidad de la naturaleza.—S. Ign. Histor. de la Compañ. part. 1, l. 1, núm. 30.

Grande es la dignidad del hombre! Fué criado á la imágen de Dios, heredero del Cielo, partícipe de la divina gracia, capaz de las virtudes, y para que no se ensoberbeciese, se le dió cuerpo demás del alma, el cual padece sus necesidades.

No se pierde el tiempo que se gasta en cuidar del cuerpo: mientras el jumento come y descansa, sirve tambien á su amo; háse de dar quietud y descanso al cuerpo, para poder con más vigor sufrir el trabajo.

Miserable condicion de la mente del hombre: no puede aplicarse aunque quiera á la virtud, sin cesar por algun tiempo: como la cuerda del arco muy tirante se rompe, así la mente igualmente que el cuerpo, requiere pausa en el trabajo.

El que con demasía se aplica, nada hace, porque, quebrantado del can-

sancionada podrá. Débese moderar el fervor, porque no se extinga. Demasiado aceite antes apaga que aumenta la luz. Lo moderado dura.

DIA ONCE.

El que ha de ir á cultivar la viña del Señor con sus trabajos, dirija su camino á cosas árduas y levantadas por medio de la humildad y menosprecio propio: que así lo restante del edificio se levantará con seguridad, si se funda sobre el cimiento de la humildad.—S. Ign. en Barthol. l. 4, p. 2.

El que busca el oro y el que pesca las perlas, se hunden: éste en las entrañas del mar, aquel en las de la tierra: ni tú pescarás almas de otra suerte que con tu abatimiento.

Ni Cristo, el Máximo Celador de nuestras almas, las buscó por otro camino que el de la abyección. Cuanto te apartares de éste ejemplo, otro tanto distarás de su logro.

Poder cooperar con Dios en la salud de las almas, es la mayor de sus gracias: esta no puede esperarla el soberbio, estimador de sí mismo; porque es gracia que no la da, sino á los humildes.

Ninguna oracion hay más apta para persuadir, que la humildad; esta sólo te dará más socorro, que una muy grande librería. Considera, que es cuanto se debe atribuir á los talentos, á los años y á las experiencias.

DIA DOCE.

No debemos abstenernos del Pan de los Angeles, porque no experimentemos sentimientos muy tiernos: porque sería lo mismo, que perecer de hambre, por no tener pan enmelado.—S. Ignac. su vid. lib. 4.

Como en los manjares del cuerpo no siempre son más provechosos á la salud, los que son más suaves al

gusto: así tambien, no se ha de juzgar por mas útil á el alma aquella comunión, en que se siente mayor ternura.

El pan sólido aumenta las fuerzas; los bizcochos aprovechan al gusto, mas no al estómago. La devoción sólida consiste en una fe viva, en firme esperanza y en caridad no finjida: todo esto puede con seguridad carecer de unas tiernas lágrimas y afecto blando y dulce.

Aquella ternura de corazón, que se echa menos, es un gusto corporal, no espiritual: el que apetece esta, búscase á sí, no á Dios. Las delicias de los niños son las cosas dulces: la Eucaristía es manjar del corazón y del alma, no del gusto y del paladar.

El que tiene una herida, busca la medicina, no cuida de que sea suave; bástale que sea provechosa. Necio sería el que no quisiese tomar medicamento, si no fuese dulce.

DIA TRECE.

Aquel vive feliz, que, en cuanto puede ser, tiene continuamente á Dios en su mente, y su mente en Dios.—
S. Ignac. en su vid. lib. 3, núm. 1.

¿Qué fruto le queda al hombre de todo su trabajo? Como la peonza con inútil movimiento continuamente da vueltas, hasta que cae, así los cuidados de los hombres andan sin cesar; pero sin fruto, si no paran en aquel, para quien fueron criados.

Cosa difícil es estar divertido en cuidados, y tener fijo inmovilmente en Dios el pensamiento; mas lo que puede la naturaleza en la aguja de marear, ¿por qué no lo podrá en tí la gracia? A cualquier parte que se vuelva, ó el cielo esté sereno ó amenace tormenta, ella fija siempre en el Polo. De esta suerte lo movable se hace fijo.

¡Dichosa mente! La que émula del monte Olimpo, aunque expuesta á las

tempestades, su cima más alta que ellas, conserva una perpétua serenidad. Esta es la felicidad de una mente fija en Dios.

Como el águila fija sus ojos en el sol, así el corazón del hombre se debe á sólo Dios: fuera del cual es una nada todo aquello que se juzga bien, y es solamente una sombra, y no tanto sombra, cuanto un verdadero engaño de la vista.

DIA CATORCE.

A los que conocemos sólidos en una virtud varonil y de un pecho y corazón robusto, así como debemos amarlos más, así también debemos corregirlos más severamente de las faltas más ligeras.—S. Ign. en su vid. l. 3, n. 16.

Con un enfermo se condesciende en algo; porque á un ligero tocamiento de su llaga levanta el grito, y así debe ser tratado con mano blanda;

mas en los sanos es supérfluo este cuidado: éstos conviene ejercitarlos en cosas duras, para que no se sientan de pequeños trabajos.

A los que amamos mucho, cuidamos más: amar es querer bien á uno: no ama quien disimula sus faltas, y quien no le quita las causas de sus enfermedades. Duélale al amado, con tal que le aproveche.

En los vestidos ricos es donde menos se sufren las manchas. Cualquier vicio le disminuye á una perla su precio. A quien ama, cuídalo, y atiéndelo de suerte que carezca de todo lunar.

Aun las cosas de poca importancia suelen dañar mucho: una espina clavada es cosa despreciable; con todo esto hace parar un leon, y que se olvide de buscar su comida. Cuanto más amares á uno, con tanto más vigilante censura debes corregirle cualquiera falta, por pequeña que sea.

DIA QUINCE.

Tanto debes evitar la falta de limpieza y el desaliño en tu persona, como un afectado cuidado que tiene visos de delicadeza y arrogancia.—S. Ign. en Barthol. l. 4.

Como la limpieza merece su alabanza, así la supersticiosa vanidad ocasiona risa, empleando los cuidados debidos á Dios y á la eternidad en las niñerías de componer en rizos, teñir y fingir los cabellos.

Aun en el cilicio se debe aborrecer la poca limpieza, para no ocasionar horror con el asco á los que debias atraer á tí. El menosprecio de la persona propia hasta el asco y la suciedad, es virtud de aquellos que viven solos y escondidos en una sepultura voluntaria, que vivos comienzan á podrirse.

El alma detesta y abomina todas las suciedades, aspirando á aquella ciudad celestial, cuyas calles todas son

de oro purísimo, á donde espera seguir al Cordero sin mancha.

Puedes entrar en la suciedad de las cárceles, acercarte al mal olor de los hospitales; pero en esto te portarás como el Sol en el cielo: con él mezcla sus rayos, más no se inficiona. Si de ésta suciedad se te pegó algo, límpiala al punto.

DIA DIEZ Y SEIS.

Piense el operario del Señor que no ha sido llamado para labrar oro, sino lodo: y tenga gran cuidado consigo mismo, no se le peguen las enfermedades que dá á curar.—San Ign. en su vid. l. 4.

Los sanos no necesitan de médico, sino los enfermos: donde la corrupción es mayor y la peste se enciende más, ahí es donde primeramente debe acudir con presteza el médico, pero bien resguardado para que no se le pegue la agena enfermedad.

Si el buzo se ahoga por pescar la perla, si el médico se mata por sanar su enfermo; ni aquello será pesca, ni esto curacion, sino locura. Lo mismo sucede al que lava la mancha agena y la pone en su alma.

No conviene que sea de una virtud ordinaria, el que emplea su vida en la conversion de grandes pecadores: es grande el empeño en que se pone y no muy seguro, si no es siendo impecable: de otra suerte aumentará el número de los malos, intentándolo disminuir.

Si no tienes tus pasiones muy sujetas, teme el precipicio, al cual te atrae el ejemplo de los malos, con quienes tratas, y á quien la inclinacion natural se impele. Es fácil una caida en un resvaladero.

DIA DIEZ Y SIETE.

No sospeches malicia en el hecho de otro: debes atender mucho la intencion del prójimo, que muchas veces

es sana, é inocente, aunque lo de fuera parezca malo.—S. Ign. en Barthol. lib. 4, fol. 387.

Nunca hagas jueces á tus sentidos, si no quieres errar; la testificacion de ellos ordinariamente es falsa: ni te fies, si no es con mucha cautela, de lo que imaginas, mucho menos de agena relacion. Así como de noche, para no tropezar, nos ayudamos de la luz material; en los hechos agenos, lo que no vemos que es cierto, no lo juzgamos antes de examinarlo.

Juzgar de otros mal, es manifestar la propia malicia. La araña saca veneno de la flor, de la cual la abeja saca su miel. Un estómago estragado todo lo convierte en cólera.

El Señor es solo quien juzga: ¿para qué te entremetes en su oficio? Él es, el que escudriña los corazones, y pesa los pensamientos: nosotros apenas divisamos á la distancia de un palmo, y vemos solo la superficie de las cosas, y con todo esto nos constituimos jue-

ces del Universo. De aquí nacen tantos yerros.

Aquel gran dia último descubrirá, cuán frívolos hayan sido nuestros juicios de los otros. Muchos Santos hay ocultos, que nada muestran de grande por fuera; tanto mayores delante de Dios, cuanto con mas estudio supieren ocultar sus buenas obras delante de los hombres.

DIA DIEZ Y OCHO.

No es lo mejor para cada uno aquello que es más útil, sino lo que, consideradas todas las presentes circunstancias, se juzga, que conduce principalmente al fin que se desea.—San Ignac. en su vid. lib. 4.

Ni el manjar, aunque sea el mejor, á todo estómago; ni el medicamento, áun el más exquisito, es á propósito para toda enfermedad. Así tambien en las cosas buenas es necesario un prolijo examen, para evitar todo yerro.

Si una voluntad bien inclinada tuviese siempre por compañera la perspicacia, y á un entendimiento vigilante en todas las ocurrencias, muy rara vez se erraria en la eleccion de los bienes, lo que muy frecuentemente sucede. No hay virtud sin prudencia.

En las cosas mejores áun se debe usar de ajeno consejo; sino quieres encontrar el error con la experiencia. Cara se compra la ciencia que se adquiere con errores propios. Mejor es preguntar que errar.

No todos los hombros son capaces de todas las cargas: se arruinan, si primero no se les examinan sus fuerzas, antes de imponerles la carga. Uno es el juicio de la bondad de la cosa; otro muy diverso el de su utilidad.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Por más pobreza que haya, nunca se perdone al gasto en la asistencia á los enfermos en cama.—S. Ignacio, en la vida de Nolarci.

No debe temerse falta de caudal,

por lo que se gasta con los que estan enfermos: volverálo Dios con intereses. Cuando se regala al enfermo, se apacienta á Dios: lo que hicísteis con uno de estos mis pequeñuelos, lo hicísteis conmigo, dice el Señor. En este caso, el que siembra poco, cogirá poco.

Reparar los Templos vivos del Espíritu Santo, cercanos á su ruina, es de mayor merecimiento, que restaurar los Templos de piedra muerta: estos, si por desgracia se arruinan, pueden volverse á levantar: el enfermo, si muere, no se puede resucitar.

No se puede fácilmente explicar, cuanto crezca la congoja del ánimo en medio de los desfallecimientos del cuerpo, cuando un enfermo se ve despedido de toda esperanza: con dos males se ve oprimido: uno de su enfermedad, otro de tu inclemencia, que aquel, á quien puedes, ó por mejor decir, debes, no le consuelas.

No hay mayor crueldad, que desamparar á aquel, que no puede favo-

recerse á sí mismo. El que se dió á Dios á sí mismo, y á todas sus cosas, merece no carecer de cosa alguna, cuando se halla constituido en la suma y extrema necesidad.

DIA VEINTE.

El que conoce bien á Dios, sabe arrebatarse súbitamente á él, no solo con la vista del Cielo y las Estrellas, sino tambien de una pequeña hierva, y de cualquiera otra mínima criatura.—S. Ign. en Massaeo, lib. 3, cap. I.

Como el fuego con ímpetu natural sube á lo alto; así el corazon, que ama á Dios, para acercársele, no necesita de despertador, ni de guia, ni de escalera: con ocultas cadenas es atraido tan poderosamente á lo alto, que la alma experimenta en sí, que vive mas allá, que donde anima.

Son penetrantes los ojos del amor, no se para en la exterior corteza, ni

en el color: descubre con perspicacia, y se introduce en la médula, y de cualquiera cosa criada se sube á su Criador. Donde hay amor, hay ojos, ó del cuerpo ó de la mente.

El Sol puede ocultarse á los ojos; mas no Dios: donde quiera es visto, de quien le ama. Aun quando duerme el amante, vela su corazon, y está presente allí donde ama: ningunas distancias, ningunas tinieblas, ni embarazos pueden impedir este camino. Donde está tu tesoro, allí está tu corazon.

Los ojos, á quienes la enfermedad imprimió algun color, quanto vén, lo miran vestido de él: así, el que ama á solo Dios y á él solo conoce, á él solo halla y á él solo vé y encuentra en todos las cosas criadas.

DIA VEINTE Y UNO.

*Ama á los hombres más perdidos:
ama la Fé de Cristo, que ha quedado en ellos: y si aun carecen de*

ella, ama las virtudes, que les faltan: ama la Imágen de Dios en ellos: ama la Sangre de Cristo, con que fueron redimidos.—S. Ign. en Barthol, lib. 4, núm. 20.

Todos los hombres deben ser amados con una claridad tierna; pero principalmente los mas perdidos: este es el único camino de restituírnos á mejor vida. No vuelven en sí, si no son amados.

La curacion de las enfermedades del alma, es más fácil, que las de los cuerpos. Las almas son atraídas con el amor, y admiten la curacion, si la mano, que la aplica, es amiga. ¡Que dichosos serian los médicos, si pudiesen curar sus enfermos amando!

¡Cosa es admirable, pero verdadera! Somos inclinadísimos á amarnos á nosotros mismos y á aborrecer á los otros; y somos difícilísimos á amar á otros y aborrecernos á nosotros mismos: porque ciegos nos dejamos llevar de la inclinacion natural, sin examinar las razones.

Somos inhumanos con los otros hombres: de repente un odio toma posesion de nuestra alma: consérvase sin razon; tarde se despide, y las mas veces es necesario arrancarlo con violencia, por haber criado profundas raíces. Dios te libre de peste tan maligna de la caridad cristiana.

DIA VEINTE Y DOS.

El que profesa menosprecio del mundo por amor de Cristo, no tiene patria, que reconozca por suya en él.
—S. Ignac. en su vid. l. 1, n. 7.

Una alma nacida para el Cielo es libre, y no tiene patria en la tierra. O todo el mundo es tu patria, ó todo el mundo es tu destierro: no sufre ali-garse con afecto particular, como con prisiones. Es superior, y mas alta que todo él.

Los troncos se asen á la tierra en que nacieron, tan tenazmente que no pueden arrancarse de ella, sino es

con la violencia: y cuando esto sucede, no es sin abertura de ella, como que abre boca para quejarse del agravio, cuando trasplantados dan más fruto y de mejor calidad.

Cualquiera que sea tu patria, es un valle de lágrimas: es un teatro de miserias, y es cosa ridícula pegarse á ella con un afecto tan pertinaz. A ninguno hizo bueno su patria; á ninguno la hace malo.

Ninguno fué profeta acepto en su patria. ¿Y qué, si el camino del Cielo se halla más fácilmente fuera de la patria? Sin duda es así. Porque fuera de ella faltan los embarazos de los padres, y los favores de los parientes. y faltando la esperanza en los propios, crece la virtud á expensas de la necesidad del esfuerzo propio. Amemos la patria, adonde caminamos.

DIA VEINTE Y TRES.

Si aconteciere, que tú padezcas cuanto Dios puede querer, ó permitirle

al Demonio sobre tí; espera de Dios la victoria.—S. Ign. en Quartem.

Dios permite que seas apretado; mas no quiere que seas oprimido: aprieta á quien ama: tiene de tí la providencia de que aquí purifiques lo que con mayores penas habias de pagar allá.

Aquí te aflige Dios, pero te ama. Ejercita en tí el derecho, que tienen los señores: aflige, más favorece al mismo tiempo: quédase Padre, más solícito de tu bien, que una Madre lo está de su tierno hijo.

Permite, que te aprieten mucho, y por mucho tiempo; porque te ama mucho: aprieta, para aumentarse el caudal de merecimientos, y despues el premio, el cual no podia dártelo á tí ocioso, y quiere dártelo victorioso merecedor.

Permite que te aprieten, para dispersar tu amor, y experimentar tu confianza: mira, no defraudes á Dios, en lo que de tí espera. Espera tú, y

espera mucho; porque la esperanza es la medida de las gracias, que has de conseguir.

DIA VEINTE Y CUATRO.

No quiero, en los que mandan, extinguidas y del todo muertas las pasiones del alma, principalmente de la ira; sino bien mortificadas y sujetas.—S. Ign. en su vid. lib. 3, núm. 36.

Aun los venenos bien templados suelen aprovechar: el uso hace buena ó mala la cosa: no hay cosa más loable, que la ira aplicada á tiempo: carecer de ella en la ocasion, no es virtud, sino cobardía y flojedad.

La ira es la manutencion de una República, y de cualquiera Comunidad: sin ella reina la relajacion de la disciplina, la disolucion de costumbres, la libertad y la impunidad de los delitos.

Debemos usar de estas pasiones, como los amos de sus esclavos: estén su-

jetas al imperio de la razon: no la manden: hagan su oficio, no como ellas quieren, sino como se les mandáre: porque la razon manda, la ira sirve; y cuando ella sirve, no puede dejar de ser buena.

El que no sabe enojarse con los malos, cuando debe, malogra la mejor parte del gobierno: el que perdona á los delincuentes, es cruelísimo: á uno perdona y á todos hace daño: hácese Padre de un reo y tirano de una Comunidad.

DIA VEINTE Y CINCO.

Todo cuanto no es dictado de Dios y de la razon, y forma de su instituto propio, ténlo por tentacion y por cosa sospechosa.—S. Ign. en la vid. de Nolarci.

Cuánto un edificio declina del plomo, otro tanto se inclina á su ruina. La regla es á quien las partes todas se deben ajustar: de otra suerte no se

forma edificio, sino monton para la ruina. Lo mismo se debe juzgar de una fábrica espiritual.

Tu regla sea la norma de tu vida y la cuerda de tus acciones. Como está mal sentada, y aseá la hermosura de un noble edificio cualquiera piedra que sobresale á la regla; así cualquiera acción, que no se ajusta á su regla, impide el buen orden de las otras: causa fealdad, mas no utilidad.

No te fies de que el vulgo lo apruebe: yerra facilmente la multitud: los votos más se deben pesar que contar. Es indigno en el tribunal de la razón de ser oído, el que quiere antes creer, que juzgar con ella.

Dios aligó su bendición á la regla de tu instituto: ésta guardada con exacción, todo te sucederá bien: desestimada, nada. Ni á una revelación debes dar crédito, si te persuade cosa alguna contra tu regla.

DIA VEINTE Y SEIS.

No es menor milagro ver triste á un

religioso, que no busca otra cosa que á Dios; que ver alegre á otro, que busca todas las cosas fuera de Dios.—S. Ign. en Trink. en los Ejercicios.

Allí puede haber sólida alegría, donde se posee el Sumo Bien: en este solo hay llama sin humo: las otras rosas están llenas de espinas; y los gozos mezclados con las tristezas. Es inseparable compañero de la virtud un constante sosiego, y alegría de corazón.

Los juegos, la música, la variedad de espectáculos, son débiles artificios de los gozos: pueden divertir los dolores, mas por poco tiempo. Suspenden antes que arrancan la tristeza de un ánimo, que fácilmente repite con mas fuerza; si no se encuentra con el remedio en el bien inconmutable.

Entristézcanse aquellos, que no tienen esperanza de Cielo, y que se permiten contratar del humo de sus pasiones; mas nosotros, á quienes el

Cielo está prometido, gustemos la fuente de la alegría sincera, que nadie nos quitará; si no es quitándonos á Dios de nuestros corazones.

Ni podrá contristar á un Justo cualquier cosa que suceda, porque sabe que á el que ama á Dios, todo se le convierte en beneficio suyo. De esta suerte las tinieblas mismas sirven á la luz y las sombras hacen que sobresalgan más los colores.

DIA VEINTE Y SIETE.

Conviene al hombre dotado del uso de la razon refrenar de suerte sus pasiones, que ni de obra ni de palabra salgan á lo público; pero tambien gobernarlas de manera que nada ejecute con arrebatamiento, sino todo por el modelo de la razon.
—S. Ignac. en la vida de Maff.

Loco es el piloto que permite su nave á los vientos y á las olas, adonde quisieren llevársela: ¿en qué puerto

podrá surgir así arrebatada? Estas olas son tus pasiones.

En solo esto se distinguen los hombres de los brutos, esto es, en obrar con razon y dejarse regir de ella: si esto falta, no sé en qué cosa sea el hombre más noble que el bruto. Sea, pues, la razon una regla, conforme á la cual como sábio arquitecto formes el edificio de tu vida.

El ímpetu es una guía ciega: ciega es tambien la voluntad. Ay de tí, si un ciego guía á otro ciego! El ímpetu es un caballo sin freno: una nave sin timon. ¿Adónde irán estos dejados á su arbitio? Al precipicio el uno; al naufragio la otra.

Cuanto más derecha es la regla, tanto más seguro sube el edificio. La que te dirija á tí y á tus cosas, sea la eterna: de esta no te apartes un punto. Si otras te guían, te perderán.

DIA VEINTE Y OCHO.

Guardaos de que los hijos de este si-

glo trabajen con mayor cuidado y solitud en la consecucion de las cosas caducas, que vosotros de las eternas.—S. Ignc. en la Cart. de la Perfec.

Miserable condicion de los mortales! Siempre mas inclinada á lo que más le daña! Como los enfermos nada apetecemos, que lo que mas ofende la salud; ni cosa alguna aborrecemos más, que lo que le fuera utilísimo.

Todo trabajo es agradable, si no es aquel que se emplea en conseguir la virtud. Las fatigas de los mercaderes, los peligros de los soldados, las vigi-lias de los que estudian, nos convencen de flojos, cuando tenemos en más los intereses terrenos, esto es la sombra, que los bienes eternos.

Muchas veces sucede, que hubiera sido más fácil ganar el cielo, que perderlo. Menor trabajo nos cuesta la virtud, que el vicio. El yugo de Cristo es una carga más ligera y suave, que la de nuestras pasiones; y con todo

eso, ¡oh locura! morimos por nuestros sudores y peligros.

Si la décima parte del conato y del tiempo que gasta un avariento en solicitar los intereses temporales, la emplease en los eternos, con cuán ligeros y largos pasos se adelantaría en la virtud! Con cuánta facilidad fuera Santo!

DIA VEITE Y NUEVE.

*Mejor es poco bien fundado y durable,
que mucho incierto y poco seguro.*
—S. Ignc. en la Carta de la Perfec.

Lo que se puede perder, no merece el nombre de bien: poseído atormenta, causa desasosiego, planta rosas y produce espinas. El cielo mismo no nos satisficiera, si no fuera perpétuo.

Oh esperanzas, y vanos empleos de los hombres! Los que se prometían una fortuna estable, aprisionada con una cadena de diamantes, en un momento la experimentan enemiga de

sus intenciones y deseos. Miserable dicha, en quien el miedo de lo futuro convierte en amargura el deleite que se busca!

Sola la eternidad ignora el fin, cuyos gozos nadie nos los podrá quitar. Las cosas eternas son las que merecen nuestro amor: todo lo demás nuestro desprecio.

De todas las delicias del mundo gozamos la menor parte, ó porque ya pasaron, y estas nada recrean, ó porque están por venir, y estas son dudosas. Y así todo deleite mas tiene de tristeza y congoja, que de gozo.

DIA TREINTA.

Todo cuanto se hace sin voluntad y consentimiento del director del alma sirve á la vanagloria, y no merece premio.—S. Ign. en la Carta de la Obedienc.

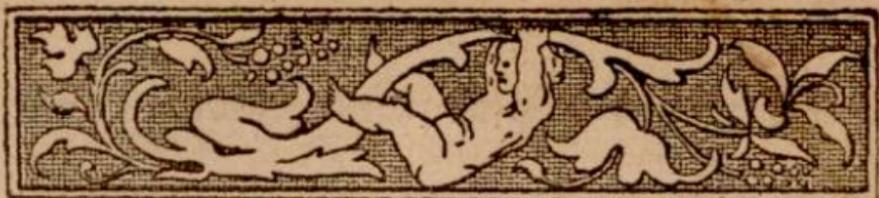
Ninguno sabe bastantemente para sí: como los ojos, aunque muy perspicaces, ven á otros, mas no á sí mis-

mos; así la prudencia, aunque muy señalada, basta para otros, mas no para sí misma: y así el que gobierna á otros necesita de otro que le gobierne á él.

La propia voluntad es una levadura, que aceda una grande masa de buenas obras. Tanto mayor valor tiene una accion buena, quanto más lejos estuviere de la propia voluntad. Todo quanto ésta te procuráre persuadir, ténlo por sospechoso.

Es utilísimo el amor propio: procura la ruina de la virtud por el medio de las minas: y si tú te quieres hacer Juez de él, nunca le encontrarás reo, y se librárá de la pena: importa, pues, ventilar su causa en otro Tribunal.

Tú puedes ser Juez de otros: otros conviene que lo sean de tí, y entonces estarás más apartado de peligro, cuando juzgaren de tí con menor respeto tuyo. Ninguno se cura bien á sí mismo, y las enfermedades del alma son mas difíciles que las del cuerpo, no sólo á curarlas, mas áun á conocerlas.



DIA PRIMERO DE MAYO.

En la eleccion de las cosas no se ha de formar juicio de lo que parecen por de fuera; sino del fin en que pararan.—S. Ign. en Nolarci.

Yerran siempre los que no comienzan por el fin. Los negocios que sin madura consideracion se comienzan con apresuramiento, "por lo ordinario buscando la salida se encuentran con la ruina. Esta madurez es necesaria en todo, pero principalmente en el negocio de la salud, en que el errar es eterno.

El que se recata de los peligros no perecerá en ellos; mejor es temer en lo seguro que presumir en lo no bien considerado: porque el atrevimiento siempre fué un consejero desgraciado. Débese anteponer el fin dudoso con

maduro consejo al buen suceso con temeridad.

Las desgracias que se preveen, hieren ménos: suceden y llegan contra nuestra voluntad; mas no contra nuestra prevision: y así, si no puedes librarte de la calamidad, á lo menos te librarás del error: porque la cautela de la consideracion hace menores los males que sobrevienen.

La vista del que guía siguen seguros los pueblos: á nosotros empero nos conviene tener ojos en las manos y en los piés, para ver lo que hacemos, y por dónde caminamos. No vé lo bastante el que solamente vé donde está de piés; sino registra todo aquello adonde le importa caminar.

DIA DOS.

Por dos caminos nos enseña Dios: el uno es por sí mismo, y este es oculto; el otro es por medio de los hombres, y este es manifiesto.—S. Ignacio en Barthol. lib. I, fol. 22.

El camino del Cielo, como está lle-

no de espinas, así tambien lo está de dificultades: dichoso aquel que ha encontrado una guía sabia y diestra: sin ella es fácil el precipicio, y áun la condenacion.

Quiso Dios escondernos sus consejos, para tenernos siempre con cuidado: no quiere enseñarnos por sí mismo, para ejercitar nuestra fé y para aumentar nuestro mérito: quiso que obedeciésemos á un hombre, antes que á sí mismo.

Muchas veces habla en lo interior del corazon el Espíritu divino; mas no todos entienden esta locucion: requiere un oido delicado; porque revela sus sentimientos en el silvo de un viento muy sutil: esta voz suave fácilmente la disipa el tumulto de nuestras pasiones; y así necesitamos de intérprete.

Con los sencillos es su conversacion. Los soberbios y altivos no tienen que esperar que les hable; porque revela á los pequeñuelos todo cuanto oculta y esconde los arrogantes.

DIA TRES.

Es cosa más excelente vivir con duda de la Bienaventuranza, sirviendo á Dios y aprovechando á la salud de los prójimos, que, estando cierto de la Gloria, morirse luego.—San Ignacio, en Biderm. lib. 2, cap. 3.

Hasta ahora no habia conocido la Perfeccion Evangélica Religiosa cosa mejor que la fruicion de Dios: ahora conoce que hay algo más sublime que esto: servir á Dios y al prójimo. Amar á Dios y gozarle es más dulce para nosotros: trabajar por Dios le es cosa más agradable.

El que así ama el peligro, está muy lejos de él; porque aquel que se entra en el riesgo, no temerariamente sino por hacer la causa de Dios, tiene seguro mayor auxilio y doblada gracia del mismo Dios, con la cual nada tiene que temer, seguro de su proteccion.

El que no quiere sólo amar á Dios,

sino que sea amado de muchos, éste le ama sincerísimamente. Como el fuego unido con otros, quema con más actividad y resplandece con mayor espacio: así la muchedumbre de amantes aumenta el amor y multiplica el merecimiento.

Todo bien es comunicativo de sí mismo; pero singularmente el eterno: comunicar éste con otros es multiplicar sus gozos en el Cielo. ¡Cuán grande abundancia de consuelo eterno es haber introducido otros muchos en el Cielo á diligencias propias!

DIA CUATRO.

Obrar con descuido en las cosas humanas puede de algun modo perdonarse; pero servir á un Dios inmortal con negligencia, de ningun modo se puede sufrir.—S. Ing. en Maff. lib. 2, cap. 3.

Lo bueno, sino se hace bien, pierde el nombre y estimacion. El que

ejecuta con descuido las obras pertenecientes á la Magestad inmensa de Dios, ó que se hacen por su respeto, no dá á entender que le obsequia; sino que le burla. ¡Con cuánta reverencia quieren los Príncipes del Mundo que se les sirva!

El uso continuado es el mayor enemigo y corruptor de las cosas más buenas. Lo que se hace muchas veces pasa á ser costumbre: ésta trae por compañero al descuido: y así es mejor interrumpir una obra buena por algun tiempo, que continuarla con negligencia.

¡Oh cuánto echamos á perder con el descuido! ¡Oh cuánta ganancia se pierde, y cuán grande daño se le sigue! El que es flojo y descuidado, es hermano del que disipa sus bienes.

Sembramos mucho, y recogemos poco: porque hacemos mucho; pero sin consideracion: más agradable es á Dios poco bien hecho, que mucho sin sustancia. No aprecia Dios tanto las cosas, quanto el modo y la intencion con que se hacen.

DIA CINCO.

Dios es muy sutil contraste: los quilates de su amor los examina más por las obras que por las palabras.

—S. Ignac. en la Contemplac. del amor de Dios.

Amor sin obras es un árbol lleno de hojas; pero sin fruto: tiene follage; mas no provecho. Las obras manifiestan el amor, no las palabras; aquéllas tienen su lengua, y aunque ésta calle, tienen sobrada elocuencia.

La naturaleza nos dió una lengua y dos manos: quiso sin duda que las obras fuesen más que las palabras. La palabra sin la obra es cosa muerta. Todas las cosas sin amor nada valen. Por eso el amor puso su asiento en el corazón, no en la boca.

Muchas veces el amor fingido y el verdadero se visten de un color mismo, y hablan una lengua, de suerte que con dificultad podrás discernir entre el amor sincero y el adulterado.

Así el hombre puede burlar á otro hombre; pero nunca á Dios: éste penetra los interiores, porque lo conoce todo.

La médula de los dones es el ánimo: aquello sólo tiene aceptación en el Cielo, que ofrece éste, no lo que dan las manos: del que ménos tiene, pero que ama más, se aprecia en más la dádiva menor, que la mayor, del que ménos ama.

DIA SEIS.

Tres son las señales ciertas de una Casa Religiosa bien gobernada; si la clausura, la limpieza y el silencio se observan exactamente.—S. Ignacio en Lancic. Opúsc. 5, cap. 4.

En donde promíscuamente á todos está la puerta abierta, es manifiesto que ha de haber ruido, poca limpieza, y ha de turbarse el ocio de una quietud santa. Una Ciudad sin guardia es la burla de sus enemigos.

La limpieza es virtud Angélica, aborrece la suciedad, no solamente en el alma, sino tambien en todo cuanto se maneja y se vé. Esta compostura es nota de la exterior limpieza y el carácter de un alma bien criada é ingénuu.

La ley del silencio es un compendio de todas las leyes: donde su observancia es más severa, allí la virtud es más sólida, y mayor la edificacion. Donde se habla ménos hay más de prudencia, así de la santa como de la profana.

DIA SIETE.

Contra aquel vicio debes tomar las armas, del cual te sintieres más molestado, sin dejarlas de la mano hasta que con la ayuda de Dios lo hayas arrancado.—S. Ign. en Maff. lib. 3, cap. I.

Trabajo inútil es, y largo, cortar uno á uno los ramos de un árbol da-

ñoso; pues cortados reverdecen, si el árbol no se arranca de raíz. Hase, pues, de aplicar la segur á su raíz, de la cual se origina todo el mal.

Conviene, pues, que haya una guerra implacable entre tí y aquel vicio que te ha de molestar y poner asechanzas mientras vivieres. No morirá este enemigo, sino es muriendo tú. Como él está siempre con las armas en la mano, está siempre tú en vela.

Pelear contra muchos vicios á un tiempo es hacerles beneficio á todos; porque ni Hércules pudo contra dos. Uno se ha de escojer, y llamarse á batalla singular: de otra suerte no esperes rendir alguno de ellos.

Como derribada la cabeza, todos los miembros caen, y muerto el capitan, todo el ejército se disipa; así quitada la causa de la enfermedad, faltan tambien todos los accidentes. Si la pasión principal se enflaquece, innumerables defectos se remediarán.

DIA OCHO.

Cualquiera ocultamente malo, que vive entre los buenos, no puede durar por mucho tiempo entre ellos.
—S. Ignac. en Barthol. l. 4, p. 37.

Ay de los sepulcros blanqueados! Mienten por fuera la blancura, y dentro están llenos de podredumbre. Á un hipócrita nadie le ama: ni el hombre, porque destruye la sociedad humana; ni Dios, porque es la Suma Verdad.

La malicia, conocida, siempre fué menos dañosa. Cuando el fuego se manifiesta, de todas partes se corre á suministrar medios para apagarlo; mas cuando está oculto, hace un daño sin remedio.

El que quiere engañarlos á todos, por justo juicio de Dios queda principalmente engañado. La buena fe que él no trata, nadie se la tiene: una astucia se burla con otra y quítasele la máscara al finjidor cuando él menos lo piensa.

Dios no puede ser engañado, porque penetra los interiores. En vano se buscan tinieblas, y escondrijos para ocultarse de aquellos ojos infinitamente sabios y perspicaces. Guárdate: quítate esa máscara: porque de otra suerte, te castigará Dios, pared encajada. Sé lo que pareces, ó parece lo que eres.

DIA NUEVE.

Los coléricos no hacen bien en retirarse del trato de los otros; porque estos vicios no se vencen huyendo, sino resistiendo.--S. Ignacio, en sus Ejercicios.

Dilátase el mal, no se quita, cuando falta la ocasion de airarse. La ira se ha de sujetar con la razon; de otra suerte no esperes victoria. Cuando prende la chispa, cerca está el riesgo de un incendio.

Poca pólvora es necesaria para que levante llama una centella: de este

modo cualquiera ocasion dará movimiento á tu ira; aunque huyas de una ocasion, otra no faltará. Si quieres evitarlas todas, convendrá irte fuera de este mundo.

No está el mal en la ocasion, ni aquel compañero de quien huyes, sino en tí mismo está encerrado; en tu pecho alimentas una bestia, que adonde quiera que vayas irá contigo: no mudes, pues, lugar, ni compañero, sino á tí y á tus costumbres.

Miéntras esta hidra doméstica viere, no vivirás seguro de que te muerda: quítale las fuerzas, y échale un freno; que de esta suerte podrás tratar á cualquiera con seguridad.

DIA DIEZ.

La familiaridad de las mujeres, áun de aquellas que son espirituales, debe evitarse; porque de su trato frecuente suele resultar ó humo ó llama.--S. Ign. en Barthol. l. 4.

El que no quiere calentarse, no se

acerque al fuego; éste esparce su calor aún hasta el que no le quiere. ¿Para qué fin solicitas estar y tratar allí, donde ó has de perecer ó vencer?

Hase de tratar con las mujeres, como con los enemigos. Estos tiran á herir en la cerviz; aquellas en el corazón: estos con armas descubiertas; aquellas pelean con escondidas: mayor miedo deben estas causar, de quien es mas cierta la ruina.

Si los frutos, que pueden esperarse y los daños que pueden temerse, se pesan, estos sin duda contrapesarán á los otros. A los cedros del Líbano ha derribado esta peste, de cuya ruina se podía recelar tan poco como de la de San Antonio en su soledad.

¡A cuántos leones domó una delicada enfermedad! El afecto, aunque espiritual, fácilmente degenera en sensual; porque nada más presto se pudre que carne y sangre. El que aquí confía de sí, se para en un resvaladero.

DIA ONCE.

En ayudar á los prójimos conviene imitar á los Angeles, que en procurar la salvacion de los hombres no dejan pasar ningun género de industria, que no empleen; mas por el suceso, cualquiera que él sea, nada pierden de su paz bienaventurada y eterna.
— S. Ignac. en Rivad. l. 5, c. II.

Si el empeño puesto ahora no tuvo su efecto, por ventura dará fruto en otro tiempo. De la salvacion de ninguno, aunque sea el peor, se ha de desesperar mientras vive, respira y es viador. Lo que no alcanzó una y otra diligencia conseguirá la tercera. Dios nos mandó curar al prójimo, no sanarlo. Nuestra obligacion es sembrar, de Dios es dar el aumento.

Si el suceso no es como se deseaba, no por eso se ha de desmayar: no se ha perdido el premio, el cual no está prometido á la obra, sino á la voluntad; no al buen suceso, sino al conato.

Si un fruto adquirido con largo trabajo y elevado á una grande esperanza con mucho sudor, un torbellino le arrancáre en un momento haciéndole perecer, tú no te pierdas; adora los fines de Dios, que tu no conoces, pero mejores que los tuyos.

Si á tu trabajo corresponde fruto de ciento por uno, sabe que en esto recibes una parte de tu jornal, en el consuelo de tu trabajo; y así como te disminuye el trabajo, te minora el premio.

DIA DOCE.

Más quiero que los Siervos de Dios se aventajen en la virtud, que en el número; y que sean distinguidos más por su realidad, que por su nombre y traje. --San Ignac. en la Historia de la Compañía, l. 5.

Los ejércitos grandes están expuestos á grandes pérdidas. El valor no consiste en los muchos, sino en la for-

taleza, y esta no se funda sobre el número, sino sobre el ánimo. Como un Sol luce más que mil estrellas, así un valeroso vale más que mil cobardes.

Todas las cosas se envilecen con la abundancia de ellas, y lo que es común y anda en manos de todos causa fastidio y menosprecio. Lo raro siempre vale más.

Una multitud á sí misma pesada y gravosa está cercana á la confusion: fácilmente el uno embaraza al otro; y el que debia ayudar no sirve sino de impedimento.

No siempre se hace mejor lo que se hace por muchos: lo que muchos cuidan, comunmente todos lo desatienen. Los muchos Médicos suelen curar peor. Diversos consejos es lo ordinario ser contrarios y opuestos; causan perplegidad, mas no salud. Tú procura por tu parte, siendo uno, valer como mil.

DIA TRECE.

Caminemos con alegría, seguros de

que, si hemos de tener cruz, cualquiera que ella sea, la hemos de llevar en compañía de Cristo, y que nos ha de favorecer con su ayuda siempre, más poderosa que la conjuración de todos nuestros enemigos.
—S. Ign. en Barthol. lib. 2.

El que es bisoño en padecer, éste padece: el que ya sabe padecer, vive sin herida y aún sin dolor: con lo que aquél se altera, éste se alegra: con la carga que aquél gime, éste salta. Tan grande diferencia hay entre el que quiere padecer, y el que lo rehusa.

El ánimo se debe preparar á las asperezas. Piensa muchas veces al dia cuánto te puede ocasionar dolor; qué fuerzas tienes para sufrirlo. Lo que se prevee ántes, hiere ménos: lo que se quiere, nada. En nuestra mano está padecer poco, ó nada.

La Cruz tiene sus consuelos: si sabemos valernos de ellos, ninguna adversidad nos hará infelices. Despues que Cristo sufrió su Cruz con gozo, á

ésta le quitó toda la amargura.

El Hijo de Dios no estuvo sin Cruz: la Cruz nunca estará sin Cristo, si la que llevas la recibes como enviada de su mano, y si para imitarle la llevas. Cada uno es el Artífice de su Cruz y de su fortuna.

DIA CATORCE.

Para que el vestido te cuadre, sea honesto, sea acomodado al uso del lugar en que vives, y sea conveniente á la profesion de tu estado.—San Ign. en su vid. lib. 3, fol 211.

El que por medio del vestido busca la estimacion, muestra bastantemente que para este fin carece de otro valor. Honra tú al vestido, el vestido no te honre á tí. Poco vá en que la concha, que oculta la perla, sea lisa ó escabrosa: ésta no le disminuirá su precio.

¡Qué miseria es comprar la fama de la mano del sastre, ó de la traza del

bordador! ¿Qué cosa es aquel vestido precioso que tú apeteces? ¿Qué es la seda y la púrpura? Excrementos de unos gusanos. ¡Por cierto son noble materia para gloriarse!

El vestido es una perpétua señal de nuestra ignominia, dado en pena de su pecado á Adán, por cuyo medio, siendo vehículo el pecado, bajó á nosotros: mas la necesidad, que la moda de vestirnos, argumento antes de confusion, que de vanidad.

El vestido fué instituido para cubrir nuestra desnudez, para ampararnos del frio y de las otras injurias del tiempo; no para adorno ni alimento de la soberbia: ¿Para qué, pues, le haces instrumento de la vanidad?

DIA QUINCE.

Si el Demonio te incita á la maldad con un extraño acontecimiento de afectos desordenados, conviene oponérsele con extraordinarios remedios de aflicciones expontáneas, de-

más de las acostumbradas.—San Ignac. en Barthol. lib. 3, fol. 218.

Como un clavo con otro, así enfermedades extraordinarias se han de expeler con no acostumbrados remedios; cuando el riesgo es más cierto, entonces se han de aplicar los socorros más eficaces. Unos contrarios se curan con otros.

Ni por la multitud, ni por la violencia de las tentaciones debemos rendirnos. Siempre es más poderoso el Cielo que el Infierno: y la Gracia, que el Demonio. Ni Dios permitirá que seas tentado sobre tus fuerzas.

El temor de la guerra es peor que ella misma: nada hay más peligroso que el temor del enemigo. Si temes, date por vencido en la mejor parte de tí mismo. Con nuestra animosidad se desarman los enemigos: levantando nosotros la cabeza, á ellos se les cae el corazón de desmayo.

Cuando los enemigos son muchos y frecuentes, tén por cierto que se te

presenta materia y campo de victoria. Coronarte quiere Dios, lo que no pudiera, si tú no experimentáras los enemigos.

DIA DIEZ Y SEIS.

Guárdense los que mandan de enagenar los ánimos de los súbditos con su aspereza, porque aun la sospecha de severidad daña.—S. Ign. en Barthol. l. 3, f. 265.

Los que se exasperan con los remedios duros, ceden á los blandos. El diamante persevera inmóvil á los golpes, pero al contacto de una tibia sangre, olvidado de su dureza, se permite formar en cualquier figura.

Un genio noble está tan lejos de dejarse tratar con aspereza, como el león de ser aprisionado con cadenas: romperálas el que con un delicado hilo se deja gobernar.

Tratamos con hombres, no con bestias; cuando éstas apetecen ser re-

gidas con blandura, aquellos se convertirán en fieras, si no son gobernados segun el genio de su naturaleza.

El miedo no es durable corrector de costumbres: ni por mucho tiempo, ni con buen suceso las enmendará. El fuego comprimido violentamente aborta en ruinas, si se le dá salida y desahogo, pára sin daño en humo. El que sólo es temido, témase á sí mismo y á la observancia.

DIA DIEZ Y SIETE.

El que ha de entrar en religion sepa, que no tendrá constancia ni quietud sino es pasando con ambos pies, esto es, con la voluntad y con el juicio, los umbrales de ella.—S. Ignac. en Barthol. l. 3, f. 270.

Conviénele al religioso ser acéfalo, esto es, sin cabeza: Cristo es la Cabeza de los religiosos y quiso que en la cabeza del libro se escribiese de él, que habia de hacer siempre la volun-

tad de su Padre. Esta es la suma y toda la sustancia de la vida estrecha, poder sujetar su cabeza.

No puede ser pesada la obediencia, si no es al que no quiere obedecer. En las manos de cada uno está puesto hacer el yugo suave y la carga ligera. Si quiere lo que el superior, todo es suave.

Ningun yugo hay más intolerable que el del inobediente: lo que él quiere no lo puede, y debe lo que no quiere; perpétuo martirio y sin mérito, padece dos veces, una de sí mismo, otra del superior.

El que es blando como la cera y fácilmente manejable, está siempre alegre; déjase formar en todas las figuras; sigue á la insinuacion de un dedo, sin esperar la seña de todo un brazo.

DIA DIEZ Y OCHO.

En la curacion de un enfermo gáste-se todo el caudal que hubiere; nos-

otros, que estamos buenos, si no hay otra cosa, con pan duro viviremos fácilmente.—S. Ignac. en Barthol. l. 3, f. 274.

La liberalidad, virtud siempre digna de sus alabanzas, es mayor cuando se ejercita con los enfermos: esta constituye deudor á Dios; ni tiene por qué temer las estrechuras de una pobreza el que es liberal con los enfermos.

Grande parte del mal se disminuye, si el enfermo experimenta un afecto liberal: ni se mitiga poco un dolor, cuando se divide entre el doliente y el que de él se compadece.

Dos males son, si la enfermedad del cuerpo trae consigo otra en el alma, originada de la parsimonia importuna. De esta suerte al afligido se le añade afliccion.

Si, lo que suele suceder, comete el enfermo algun error, no se sabe atribuir al enfermo, sino á la enfermedad; porque la indisposicion del cuerpo

hace fácilmente tránsito al alma, y lo físico y natural no pocas veces obra en lo moral.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Es conveniente poner en Dios tanta confianza, que se crea poder superar el mar en una desnuda tabla, faltando nave en que hacerlo.—San Ignac. en Maff.

Tan grande es el poder de Dios y tan inmensa su liberalidad, que es más imposible agotarla con humana esperanza, por desmedida que sea, que á todo el mar con una pequeña concha.

Recibimos ménos, porque esperamos ménos; recibiéramos mucho, ó por decirlo mejor muchísimo, si aprendiésemos á esperar otro tanto. Hácenos pobres, no Dios, sino nuestras pequeñas y cobardes esperanzas.

No se ha de tentar á Dios ni esperar milagros, cuando ninguna necesi-

dad urge; pero, cuando se nos manifiestan los secretos de su divina voluntad, lo que está de nuestra parte, se ha de ejecutar con prontitud, y lo demás se ha de dejar á Dios con tan firme esperanza, como si tuviésemos presentes á nuestros ojos todos los medios.

En la causa de Dios nunca faltarán los necesarios socorros: y si estos faltan, no faltarán los milagros; y el mayor de todos sería, que la esperanza en Dios quedase alguna vez destituida de su socorro, lo que jamás se ha oído.

DIA VEINTE.

Cuando tu superior te manda alguna cosa, no te prohíbe el uso de tu prudencia.---S. Ignac. en su vid. lib. 3, fol. 281.

No es la virtud tan torpe, que vede á los que la tienen el raciocinar; lo cual, no estando prohibido expresa-

mente por la obediencia, se debe juzgar que lo dejó el superior á la industria y circunspeccion del que ha de ejecutar su mandato.

La ley rigorosa de la obediencia consiste en ejecutar pronta y ciegamente lo mandado, y sin examen de los motivos del que manda; mas ella no manda, que en las circunstancias, ni previstas ni ordenadas, tu te hagas perjuicio á tí mismo, ó á tu prójimo; sino tu propia indiscrecion.

La imprudencia es un grave mal. En todo tropieza; su remedio es fuera de toda esperanza, ó muy costoso, esto es, que siempre se compra al precio de muchos yerros.

La discrecion en todo es necesaria; pero principalmente en el camino de la virtud: quanto más preciosa es la cosa que se solicita, tanto es mayor el daño, que seguirse puede: lo que es un cuerpo sin ojos, esto es una obra sin prudencia.

DIA VEINTE Y UNO.

Milagro grande sería, si Dios faltase con su ayuda á aquellos, que todo lo dejaron por su amor.—S. Ignac. en Barthol. f. 345.

El que es pobre por eleccion, y no por necesidad, nunca se verá necesitado. Es la mano de Dios un campo fértil; todo cuanto en ella siembras, vuelve y da ciento por uno.

Más da una voluntaria pobreza, que puede dar la prodigalidad de la fortuna, y aún de lo que puede desear nuestra avaricia; porque dá, el no apetecer cosa alguna: y en esto sólo posees mucho más, que cuanto se puede tener.

Una cosa es ser dichoso, y otra ser rico: dichoso es, el que nada desea; el que tiene mucho es rico y afortunado. Cosa mayor es la dicha y felicidad, que la fortuna. Dios es feliz, mas no afortunado; y es feliz, no tanto porque lo tiene todo, cuanto porque nada de-

sea. Mira cuán divina cosa es la pobreza.

Cuanto podría deber la naturaleza y dar la fortuna, es menos que lo que da la pobreza, que es mas rica que entrambas, porque á esta le falta menos que á las otras dos.

DIA VEINTE Y DOS.

Procure el rico llegar á aquel grado en que él sea poseedor de lo que tiene y no se deje poseer de lo suyo.— San Ign. en Nolarc. c. últ.

En vano se fatigan los mortales con deseos inútiles y no pueden conseguir el dominio de las riquezas: estas poseen á sus dueños y los dominan, aunque en voz del vulgo se diga, que están sujetas á sus dueños que debían serlo.

Cualquiera que ama, sirve: cuanto más se aman las riquezas, tanto más pesada es su servidumbre, y así, los que debían ser amos, vienen á ser es-

clavos. Poca diferencia hay entre cadenas de hierro y de oro, si con ellas está aprisionada la libertad.

Mas en las riquezas es de peor calidad la servidumbre, porque mientras amontonamos bienes de fortuna, nos exponemos á los riesgos de la gracia: buscamos los bienes temporales, esto es, nosotros mismos fabricamos escalones, por los cuales nos precipitemos en daño de nuestras almas: quiera Dios que no sea eterno.

Si no debe ser cosa dura dar de mano á los bienes temporales por Dios, no lo debe ser renunciar á las riquezas, nombre que tiene gran parentesco con el de los vicios, y así de ambos se debe temer igual ruina espiritual.

DIA VEINTE Y TRES.

Los dados á la oracion padecen igual riesgo en la ternura que en la sequedad: aquella los pone en peligro de envanecerse, ésta de que el tedio

los rinda.--S. Ignac. en Barthol. lib. 4, f. 379.

De nada más necesitamos que de la oracion: ésta es el alma de la mejor vida: con todo, en ninguna otra cosa el demonio con más frecuencia arma lazos á las almas devotas. Así las cosas mejores están expuestas á los mayores peligros.

No busques jamás en ella cosas levantadas, raras y fuera del orden de la prudencia: estas más tienen de peligro, que de provecho. Cuanto se aparta de lo vulgar se acerca á lo fabuloso: por un medio caminarás segurísimo.

¡Cuántos enemigos tiene la oracion! La distraccion la mengua; la sequedad la esteriliza; los cuidados la divierten; el Demonio la impide; y lo que es más, la devocion sensible suele corromperla, y el gusto enflaquecerla.

La oracion será entonces grata á Dios, y provechosa á tí, si fuere humilde; sino degenera del modo co-

mun, si sigues en ella la direccion de otro, antes que tu antojo; porque no siempre entra en provecho, lo que sabe bien al paladar.

DIA VEINTE Y CUATRO.

No somos dueños de nuestro cuerpo sino Dios: por tanto, no puede haber una misma medida de mortificaciones para todos.—S. Ign, en Barthol. lib. 4, fol. 381.

Como no somos dueños de nuestros cuerpos, así tampoco debemos ser esclavos de ellos; ni obedeciendo á sus apetitos, ni quitando lo preciso á sus necesidades.

Persuadámonos que se nos ha confiado el cuidado de un noble jumento: debe tratársele bien, no demasiado, porque no tire coces; ni maltratarle mucho, porque no se rinda á la carga: sienta la espuela, porque no flojee; déténgase con el freno, para que no se desboque.

Mas fácil cosa es azotar el cuerpo, que sujetar una voluntad feroz: ceñirse uno á sí mismo con un áspero cilicio, no es tan duro como que otro te ciña y te lleve adonde tú no quieres. Muchas cosas hay más ventajosas que la mortificacion del cuerpo.

Toda virtud, y esta principalmente, consiste en un medio, este es: que ni se deje la necesaria castigacion del cuerpo, ni se practique la nimia con peligro de la salud. Por ventura, más son los que en esto faltan, que los que exceden.

DIA VEINTE Y CINCO.

Es costumbre del Demonio hacer su negocio más en lo exterior, que en lo interior: al contrario Dios forma y pule al hombre más en lo interior, que en lo exterior.—S. Ignacio en Barthol. lib. 4, fol. 383.

La virtud sincera se alegra de ser conocida de Dios, no de los hombres:

antes busca lo retirado, que lo público: solicita los ojos de Dios, que vé las cosas ocultas; no de los hombres, contenta con sólo el testigo de la conciencia.

El que quiere ser engañado, fíese del juicio de lo exterior. ¡Cuántas veces engañamos, y somos engañados! Con la hipocresía engañamos á otros: viviendo contentos con una exterior apariencia de piedad, somos engañados.

Nos alegramos con la corteza soía, y menospreciamos la médula. ¡Oh inconsiderados cuidados de los hombres! los cuales se emplean todos en la compostura del hombre exterior; y apenas algunos se extienden al interior. Ninguno yerra más neciamente, que el que, olvidado de sí mismo, cuida de la opinion que de él se tiene.

Todo el valor de un hombre es su alma; y toda la hermosura de ella es la virtud: el que no la cultiva, es feo, aunque en la hermosura del cuerpo sea un Adonis: lo interior es siempre

de más precio y estimacion que todo lo exterior.

DIA VEINTE Y SEIS.

Cuando el Demonio hace guerra al hombre, lo primero mira y reconoce por qué parte es más flaco, y por cuál más descuidado: y por ella arrima sus máquinas y hace su batería.--S. Ignac. en Barthol. l. 4, fóllo 383.

El mejor atajo para el reglamento de una vida ajustada es la noticia de sí mismo. Muchas veces peleamos contra un enemigo que daña poco: entre tanto el capital enemigo, que está desconocido y oculto, nos causa gravísimos males.

Pelea como ciego á la manera de los que tienen vendados los ojos, el que no conoce el enemigo á quien debe herir: lanza un tiro incierto, con peligro cierto de sí mismo y con ningún fruto.

Flaco fuera el Demonio contra nosotros, si no hubiera hecho confederacion con nuestros vicios domésticos: con estos socorros nos vence: hácia aquí se ha de aplicar nuestro conato y nuestras armas; domando nuestros vicios, no hay para qué temer al infierno.

Si nosotros fuésemos tan cuidadosos de nuestro provecho como el demonio lo es de nuestro daño, ¡qué presto y qué fácilmente fuéramos Santos! Este es el primer paso, conocer y sujetar cada uno su principal passion que le domina.

DIA VEINTE Y SIETE.

Olvidaos de lo que hasta hoy habeis hecho en obsequio de Jesucristo; y como si ahora de nuevo comenzase este largo camino, pasead con alegría el camino de la virtud con pasos ligeros y veloces.--S. Ignac. en la Carta á los Españoles.

Como se enfría el hogar en que

todos los días no se enciende fuego, así también es fácil volver á su naturaleza los vicios, sin una cotidiana diligencia que trabaje en domarlos. El Sol cada día renueva su carrera: también la senda de la virtud se ha de pasar todos los días con nuevos pasos.

¿Por qué hemos de negar al alma lo que tan cuidadosos le concedemos al cuerpo? La flaqueza de este la confortamos cada día con nuevo alimento, siéndole también debido su nutrimento. Si no cebas con el aceite, luz y llama faltarán.

Todo el tesoro espiritual que ha amontonado un largo cuidado, puede disiparlo fácilmente un día, si todos ellos no le fomentan con industria. ¿Qué te aprovechará haber vencido tantas veces, si una te rindes?

No acabará bien quien no comienza todos los días. Cada día se puede obrar mal, y por tanto cada día se han de notificar al corazón los generosos decretos de un ánimo fervoroso y decirle á gritos: Vive hoy.

DIA VEINTE Y OCHO.

Es cosa cierta que los perezosos, por no vencerse á sí mismos, jamás llegarán á conseguir la paz del alma, ni la perfecta posesion de la virtud; cuando los diligentes consiguen fácilmente ambas cosas y en pocos días.--S. Ignac. en la misma Carta.

Cuantas guerras y molestias padecemos, están dentro de nosotros. En vano nos quejamos y buscamos fuera de nosotros las causas de estas inquietudes y las fuentes de esta paz perturbada: dentro de nosotros está el manantial.

Cada uno es el artífice de su fortuna, como cada uno es el de su paz; guerras de afuera nada dañarán á la paz interior, sino es que tu quieres admitirlas dentro de tu casa; nunca penetrarán hasta el alma, ni herirán tu corazón.

Cosa admirable es, que aquella palabra que á tí te llena de amargura, á

otro, que la oye, no le cause sentimiento! El mal suceso que á tí te quebranta, á otro nada le inmuta: porque cuanto se recibe se acomoda á la disposicion de quien lo recibe.

Todo cuanto destruye y perturba la paz de tu ánima, sucede por culpa tuya, no de los otros: porque en tus manos puso Dios todas tus suertes.

DIA VEITE Y NUEVE.

Si en la guerra pelea un soldado con grande aliento, para recoger el fruto de una gloria sutil y unos despojos: ¿cómo vosotros no llenais el nombre y los alientos de los soldados de Cristo, para triunfar habiendo conseguido una excelente y gloriosa victoria de vosotros, y la gloria eterna en el reino celestial?

--S. Ign. en dicha Carta.

No hay cosa más monstruosa que tener el nombre de soldado y los brios de mujer: una liebre armada merece

la risa, antes que la gloria: más digna de la rueca que de la palestra.

Cuanto es más afamado el capitán, tanto es menos tolerable que un cobarde milite debajo de su bandera. Mira, pues, debajo de quien militas! O vistete de valor y generosidad, ó muda el nombre y las costumbres.

Si la vida del hombre es una milicia, ¿por qué tu, cobarde, duermes á sueño suelto? ¿Por qué temes á la sospecha sola del trabajo, ó de la herida? Esto no es pelear, sino inutilizarte en el ocio y en el descuido.

Villanía es querer gozar de los sueldos y no querer hacer las centinelas; y mayor villanía esperar los gozos eternos, y apartar el hombro del trabajo de un breve tiempo.

DIA TREINTA.

Una preciosísima corona está guardada en el cielo para aquellos que hacen las obras con cuanta diligencia pueden; porque no basta hacer

obras buenas por sí mismas, sino hacerlas bien.--S. Igna. en la vid. de Nolarci.

Una cosa es hacer buenas obras y otra cosa es hacerse bueno á sí mismo; porque no por hacer obras buenas, tu al punto te haces bueno, si lo bueno no lo haces bien. Hacer, pues, buenas obras, y no hacerlas bien, es lo mismo que borrar con tinta los lindos caractéres que formas.

La obra dá recomendacion á su Artífice. Más se estima una línea de Apelles, que mil pinturas de otro, que contento de tender colores en el lienzo, pone su estudio en pintar mucho, mas no en la perfeccion de lo que pinta. Tú pintas para la eternidad.

En la Escuela de la virtud se pesan los actos, no se numeran. La forma da el sér á cada cosa, no la materia. No busques la recomendacion del oficio, sino de cómo lo haces.

Obrar bien es hacer la accion segun la norma de la ley, y hacer cada una

de ellas en su tiempo y modo, y no apartarse el grueso de una uña de cualquiera de ellos. El que así obra, ejecuta mucho, aunque las obras no sean muchas.

DIA TREINTA Y UNO.

Fuera de todas las otras cosas, quiero que cada uno de vosotros, con el zelo de la Gloria de Dios y de la salud de los prójimos, resplandezca en un puro y sincero amor de Jesucristo nuestro Salvador.--S. Ignacio en la Carta de la Perfeccion.

Todo cuanto amas es ménos que tú: te abates de tu dignidad siempre que amas otra cosa fuera de Dios: todo ello es tierra, ó nacido de la tierra; y á todo ello te hizo superior tu naturaleza: torpemente te abate, y hace inferior á ello tu concupiscencia.

Aunque con un simple amor pudieses comprar todo el oro que hasta ahora el arte y la naturaleza han produci-

do, no lo debieras comprar en tanto precio: más vale este amor que todos los tesoros.

Si en las cosas criadas empleas tu amor, te pierdes; porque dás lo que no has de volver á recobrar, y dás, á quien nada te ha de volver en retorno: el que una vez se deja aprisionar del amor de ellas, es el más pobre; porque, ¿quién hay más pobre que el que hasta de sí mismo carece?

Estas cosas que amas no tienen corazon, y así no te pueden corresponder con amor. Fija, pues, tu amor allí, de donde puedes esperar otro recíproco, y éste sincero y sempiterno, el cual fuera de Dios nunca le hallarás.





DIA PRIMERO DE JUNIO.

El fin á que sois llamados, procurad con valor constante conseguirlo, cuando para ello os ha dado Dios tan abundantes auxilios é instrumentos.--S. Ignac. en Barthol. l. 4, fól. 328.

Innumerables son las gracias que siguen á la vocacion, cuya série aligó Dios á ella. Como un eslabon enlaza con otro en la cadena, así una gracia con otra en la vocacion, en quien aumentándose los dones, se aumenta tambien la razon y motivo de ellos.

El que está empeñado con muchos debe mucho. Mira no te dejes oprimir de la muchedumbre y la misma liberalidad de Dios te haga desdichado: cuanto más has recibido, tanto más estrecha obligacion tienes: de-

bes mucho: mira como pagas.

Sublime es el fin á que Dios te ha destinado; ni son menores los socorros que para conseguirlo te ha dado. Estos los has de dirigir á él; acordándote que cosas grandes no se pueden alcanzar sin un grande empeño.

No temas los peligros ni te embarraces con dificultades: éstas y aquéllos los disminuye la gracia de la vocacion, añadiéndote fuerzas, de tal suerte, que donde otro padecería naufragio, la vocacion te pondrá á tí en salvamento.

DIA DOS.

¡Cuán pocos son los que se aprovechan del precio de la Sangre de Cristo para su salvacion!—S. Ignacio en Barth. lib. 4, fol. 328.

Cae un jumento y hay quien lo levante: cae un alma, ¿y quién es el que la dá su mano para levantarla? ¡Así se menosprecia el precio de la

Sangre de Cristo, y una mercadería de infinito valor!

Una moneda perdida se busca con grande cuidado; y si la gracia de Dios se pierde, raro es aquel á quien esto dé algun cuidado, cuando el mínimo grado de ella excede con grandes distancias en valor á todos los tesoros de todo el mundo.

La Sangre de Cristo fué dada por precio de todo el mundo: y con todo esto(¡oh tan verdadera como lastimosa consideracion!) son pocos á quienes aprovecha para su salvacion. Muchos son los llamados: pocos los escogidos.

La sangre de Cristo, más que la del justo Abel, clama desde la tierra por venganza. Y así aquella Sangre, que fué derramada para la salud, se convierte en ruina; y el precio de la redencion se hace argumento de perdicion.

DIA TRES.

No solamente os habeis de amar unos

á otros; sino que este amor le habeis de comunicar á todos.—San Ign. en Barth. lib. 4, fól. 331.

Si la caridad es verdadera, es, ó como un Sol en el Universo, ó como un punto en el círculo. De éste se guían líneas rectas á todos los puntos de la circunferencia: aquél se esfuerza á lucir y alumbrar con iguales luces á todos.

A todos somos deudores para hacernos todo á todos. Y esto no solo en la apariencia, porque esto no es amar, sino adular: no es querer aprovechar, sino engañar: vicio indigno de la humana sociedad.

Este es un secreto magnético del amor, que el que ama á todos, de todos sea correspondido. Es la caridad un eco que retorna el afecto que recibe. Este es un camino justo de solicitar los favores humanos.

Seamos imitadores de Aquel, que para enseñarnos la caridad, no murió más por todos, que por cada uno.

Afectos parciales siempre fueron semilla de los odios.

DIA CUATRO.

Poquísimos son los que alcanzan á saber, qué haría Dios de ellos si se le entregasen enteramente.—S. Ignacio en Barthol. lib. 4, pár. 36.

Nuestras providencias son á tiento: ojos de corta vista poco vén, y ménos distinguen: por tanto, otros deben ser los ojos que nos rijan; y otra la providencia que deba disponer de nosotros; esto es, aquella á quien nada se oculta.

Cosa arriesgada ha sido siempre no sujetarse á la Divina disposicion. Huyó Jonás, y padeció naufragio: ninguno pereciera, si ninguno se negára á ser gobernado de Dios.

Si un ciego guia á otro ciego, ámbos caerán en la fosa: cuando una voluntad ciega se deja arrebatarse de unos afectos ciegos de pasion, ¿qué puede

suceder sino un precipicio?

Aquel, pues, es más feliz que los otros, que conoció la voluntad de Dios por indicios más ciertos: mientras de ella se deja regir, camina á la felicidad por camino real, certísimo de no errar, gobernado de aquel que es Camino, Verdad y Vida.

DIA CINCO.

Los que ejecutan los mandatos de sus superiores, violentados y con desabrimiento de juicio, deben ser numerados entre los esclavos más viles.—S. Ignac. en Mass. l. 3, c. 7.

Un natural honrado y generoso no necesita de espuelas: con impulso muy fácil es conducido á toda virtud: al contrario, un génio duro y mal enseñado ni con razones ni con el castigo se deja guiar.

La detencion y tardanza así como á los beneficios quita tambien la gracia á la obediencia. Porque, si Dios

ama al que dá con alegría, ciertamente hará poco aprecio del moroso. Haz lo que has de hacer, pero hazlo prontamente.

Lo violento ni puede ser grato ni durable. No teme cosas duras el que, contento con la humana insinuacion, no es abatido á condicion inferior á los hombres.

Cuán grande carga impone al Superior un súbdito pesado y nada morífero! Más fácilmente hará por sí mismo la obra, que manda, conociendo que más presto se moverá una piedra que el súbdito á la ejecucion de lo que manda.

DIA SEIS.

Así como hemos abusado de las fuerzas de cuerpo y alma para obrar contra la Ley de Dios; así tambien, recuperada la gracia por medio de la penitencia, usemos de las mismas fuerzas para la enmienda de la vi-

da.—S. Ignac. en Orland, part. 1, l. 5, núm. 7.

Volver igual por igual, es ley de justicia: el que dió ménos de lo que debía, no cumplió esta ley. ¡Ay de mí, de cuánto somos deudores y cuán perezosos somos en la paga!

Toda la vida y aún toda la eternidad no basta, para purgar la malicia de un solo pecado. ¿Y dónde está la compensacion de la injuria? ¿Dónde el agradecimiento por la culpa perdonada? ¿Dónde la satisfaccion por la pena? No entres en cuentas con tu siervo, Dios mio.

Dignísima cosa es, pues, que los que fueron medios de la culpa se conviertan en instrumentos de sanidad, y los miembros que sirvieron á los vicios se consagren al ejercicio de las virtudes.

En vano disputas, si fué más reo tu cuerpo que tu alma: igual culpa cometieron ambos, y así les corresponde pena igual, si igual penitencia no purifica la una y la otra.

DIA SIETE.

Para que el sábio pescador de hombres los gane á todos, debe acomodarse á todos, aunque el fruto sea menor que la diligencia.—S. Ignac. en su vid. l. 5, c. II.

En las cosas grandes el haberlas solamente emprendido, es digno de alabanza, aunque el suceso no corresponda á la esperanza. El mérito se mide con el conato, no con el efecto: aquel sólo está en nuestra mano y poder, éste en la de Dios.

La liberalidad de Dios es tan grande, que, sabedor de nuestra pobreza, nada nos pide, sino una buena voluntad: lo demás lo toma á su cargo. De donde es, que el que hizo lo que pudo cumplió con su Ley y obligacion.

Aun en las cosas mejores, segun nuestro dictámen, si nuestra esperanza y trabajo no tienen efecto, debemos creer que hay alguna cosa mejor, la cual, aunque no conocida de

nosotros, es lo bastante la conozca aquel á quien nada está escondido.

Si tu intencion quedó privada de su efecto, no se te quitó en esto la ocasion del mérito, sino de la vanidad: y en su lugar entró materia de paciencia y un campo anchuroso de adorar los ocultos juicios de Dios. Mira cuántos bienes alcanzas por uno que no consigues. Haz lo que pudieres, que Dios suplirá cuanto tu no puedes.

DIA OCHO.

Donde todo sucede con felicidad, se puede sospechar si el siervo de Dios corre con la misma dicha.—S. Ignacio en su vid. l. 5, c. II.

La demasiada tranquilidad del mar es sospechosa á los navegantes; porque una dilatada calma suele ser precursora de muy recias tormentas. No corren bien las cosas donde siempre parecen que corren bien.

Una continuada prosperidad produce descuido, borra el miedo del peligro, hace incautos, expone á las asechanzas de los enemigos, engendra confianza de sí mismo: y ¿qué cosa más infeliz, que esta felicidad en quien está solapada una víbora?

La navecilla de Pedro lucha con las olas: entre las adversidades crece la Iglesia: la sangre de los Mártires es semilla de cristianos. Cosas buenas nunca se hacen sin grande contradiccion de los malos.

Como sin herida no da esquilmo la vid, sin arado no se espera cosecha, sin soplos y viento no levanta llama el fuego; así la virtud, sin contraste de contradiccion, desfallece; porque no hay merecimiento, donde no hay dificultad que superar.

DIA NUEVE.

La mortificacion espontánea, tomada á vista de otros fuera de lo ordinario, útilmente se prohíbe por los su-

periores: así para acordarles que es mejor la obediencia que los sacrificios, como para que no caigan en vanidad.--S. Ignacio Historia de la Compañía, lib. II, núm. 6.

Si se concede triunfo en las victorias de cosas menores, cesa el estímulo para cosas mayores; entre las cosas de que se debe conseguir victoria, tiene la primacía nuestra voluntad. Derribada esta cabeza todo lo demás con facilidad se vencerá.

Aquellas mortificaciones que tienen más de ruido que de peso, tienen apariencia de estimación: mas á su sombra se quedan intactos los vicios: y estos se alegran, que dejados á parte ellos, todo el conato se pone y gasta en cosas de poca importancia. La raíz del mal, es la que se ha de arrancar.

Todo cuanto es fuera de lo ordinario, tenlo por sospechoso, principalmente si ves que se ejecutan superficialmente las cosas que son comunes á todos; entónces ten por cierto y ave-

riguado, que debajo de aquella capa de cosas extraordinarias se esconde la hipocresía ú otro algun vicio.

Ningun camino hay más seguro para la virtud, que el ordinario; por él caminaron tantos antecesores nuestros: la regla lo enseña; el Espíritu Santo le dictó: el que de él se aparta, parará en errores.

DIA DIEZ.

Debes usar para tu salud contra el demonio de las mismas armas de que él abusa para nuestra perdicion.—S. Ignacio en la Hist. de la Compañ. lib. 3, núm. 48.

La pena del Talion se le debe dar al demonio, para que confuso tenga vergüenza de volver á la contienda: experimente en sí los engaños que fabrica para nuestra ruina. Si él tienta con soberbia, se le ha de salir al encuentro con la humildad.

Si él tiene mil trazas para dañar,

nosotros tenemos otros tantos subsidios prontos para resistirle: no hay para que temerle; con las mismas armas que contra nosotros fabrica puede ser vencido, con tal que sepamos valernos de ellas.

El tiene nuestras inclinaciones confederadas en sus Consejos á nuestros daños: con ayuda de ellas ejecuta cuanto contra nosotros gana. Si nosotros, pues, las sujetáramos al yugo de la razon, y obligáramos á que sirviesen á la virtud. ¡Ay! ¡Y cuánto gimiera él, viéndose desarmado!

Es tan flaco el demonio, que nada puede maquinar contra nosotros, si nosotros no le suministramos armas. Nuestros vicios nos servirán para triunfar de él, si tenemos valor para hacerlos materia de nuestras victorias.

DIA ONCE.

Aquellos á quienes en el siglo la bondad de su genio había de elevar á una grande fortuna, estos tales, en pro-

mover la gloria de Dios gallardamente, tienen más felices sucesos.—
S. Ign. en Barthol. lib. 1, cap. 1.

Es digna de detestarse la avaricia de algunos Padres, que destinan para la Religion y culto de Dios aquellos hijos á quienes la naturaleza negó sus dónes, dejándolos feos ó tontos. Esto es hacer lo mismo que Caín; ofrecerle á Dios lo peor en holocausto.

Al que es mejor que todo, se debe lo mejor de todo. No se le retornará agradecimiento, sino indignacion, al que sacrificáre holocausto manco ó ciego: porque es un grande menosprecio de la Majestad Divina quererla acatar con cosas viles.

Dios es liberal; mas para con los liberales. Nada se le disminuye al esplendor de una familia, aunque el mejor de ella se consagre á Dios: perder de esta suerte es ganancia; porque nunca faltarán á Dios medios ni bondad para volver lo recibido con duplicadas ventajas.

Son unos sacrílegos robadores de las rentas Eclesiásticas los que desean del Altar ser servidos, no servir; engordar, no santificarse: buscan lana, no las ovejas: búscanse á sí mismos, no á Dios. ¿Y qué premios esperan éstos? O antes: ¿qué pena les aguarda?

DIA DOCE.

Una tempestad, que sin culpa nuestra se levanta, es señal cierta de un futuro provecho que ha de suceder en breve.—S. Ignacio Hist. de la Compañ. lib. 11, núm. 60.

Cuando una gravísima tormenta se levanta, á ella se sigue una cercana serenidad: cuando la envidia emplea sus mayores fuerzas contra nosotros, entonces tén por cierto, que cansada, se sosegará. Pon, pues, tu fortaleza en la esperanza.

Todo el punto de nuestra felicidad consiste en la paciencia: esta es el sa-

cramento grande de una paz doméstica, el asilo de la seguridad, el anuncio y embajador de la felicidad. Suframos con paciencia lo que no podemos remediar.

Así como nada hay más frecuente que padecer, así también nada hay más necesario que la paciencia. Esta es el universal medicamento de todos los males; con la cual, como con el dictamo los ciervos, sacudimos las saetas clavadas de los males.

Ni tengas por despreciable el arte de la paciencia: es un breve atajo para librarse del dolor y molestias, así de esta vida como de los adversarios, saber padecer. Hácese un ánimo incapaz de ser herido con la paciencia. Espera lo mejor.

DIA TRECE.

La persecucion es un aventalle con el cual se aviva nuestra virtud: si aquella falta, ésta es preciso que se marchite y no cumpla bien con su

obligacion.—S. Ign. en Com. á Lap. in. Proph. cap. 13.

La persecucion, quanto más grave se muestra, tanto más sólidos nos forma en la virtud: no de otra suerte que los vientos recios, azotando un árbol, le obligan á echar más profundas raíces en la tierra. Esta, pues, nos pone solícitos, no sea que en nosotros se halle cosa, que con razon dé causa á la persecucion.

Un continuado favor de los hombres y un aplauso comun envanece el ánimo y le hace olvidarse de su obligacion. Bueno ha sido para mí, Señor, el que me hayas humillado.

Mientras el mundo nos aborrece, nos hace un grande beneficio; porque nos dá ocasion de mérito, y nos obliga al ejercicio de la virtud: nos ofrece motivos de no amarlo, y de desestimarle más.

Si ninguna esperanza nos queda en los hombres, nos vemos obligados á ponerla toda en Dios: cuando adver-

timos que les desagradamos á ellos, somos amonestados, que nos esforcemos á merecerle á Dios sus favores.

DIA CATORCE.

¡Oh Señor! ¿Qué quiero yo, ó qué puedo querer fuera de tí?—S. Ignacio en Rivad. lib. 5, cap. 1.

El corazón del hombre es pequeño: con todo eso puede desear cosas grandes. Todo el mundo es cosa poca para sus deseos: su ánimo capaz de un Dios, nunca lo llenará otra cosa menor que el mismo Dios.

Todas las otras cosas son caducas y poco estables: sino fijares tu corazón en lo inmóvil, al punto vagarás sin consistencia. Fija tu áncora en Dios con la Fé, la Esperanza, y la Caridad: esta amarra triplicada nunca faltará.

Aquella voluntad sola es bienaventurada, que tiene cuanto quiere: lo que está dentro de tu corazón, nadie te lo puede quitar: todo lo demás son

bienes de la fortuna. Si tú amas á Dios, nadie te puede robar este tesoro.

Si al que busca el Reino de Dios, todo lo demás se le ha de dar por añadidura, ¿qué le podrá faltar al que busca solo á Dios? Con él, no teniendo otra cosa, quedarás satisfecho; sin él, teniendo todo lo demás, todavía serás pobre y necesitado.

DIA QUINCE.

Los que obedecen con la voluntad sola, repugnándolo su juicio, están con un solo pie en la Religion.—San Ignac. en Maff.

Peligroso modo de estar es insistir sobre un solo pié en aquel sitio, de donde con pequeño impulso puede uno despeñarse. Tú estás en alto, superior á todo el mundo; un leve sopló basta para que, perdiendo el puesto y el tino, con infeliz ruina te precipites.

Donde hay domésticas discordias, no puede ser durable la República: así, cuando la voluntad se aparta del juicio, no se puede esperar, ni constancia, ni buen suceso. El juicio y la voluntad son dos hermanas, tan necesitadas de una ayuda mútua, que la una sin la otra nunca podrán conseguir la virtud.

Cuando la voluntad y la razon se hacen guerra, la una retarda á la otra del aprovechamiento: lo que una intenta, lo desbarata la otra: y así sucede, que ni una ni otra consigan el premio de la obediencia.

Lo que á Dios agrada mucho en nosotros es la prontitud de nuestros juicios: sin ella es nuestra obediencia muerta: y aunque parece que se mueve á la ejecucion de lo mandado; con todo eso es un cadáver, porque carece del alma, de quien debia recibir toda su vida y su vigor.

DIA DIEZ Y SEIS.

¡ Considerad con un íntimo y grandí-

simo dolor, cuán grande es la ignorancia de Dios, que reina en todas partes!—S. Ign. en Barthol. lib. 4.

¡Ah, cuán grande oscuridad se padece en el conocimiento de Dios! Vivimos aves nocturnas, ignorantes de la eterna luz: estas tinieblas no las cria tanto la sublimidad del misterio, cuanto el letargo de nuestra negligencia.

Cuantos años desperdiciamos en el conocimiento de las cosas criadas: quebrantamos las fuerzas: gastamos la edad en estudiar cosas dañosas: para aprender la ciencia de los Santos, para alcanzar el conocimiento de Dios, ni hay tiempo, ni se trabaja en ello.

¡Oh estudios vanos de los hombres! Para conseguir riquezas, algún grado de honra, noticia y conocimiento de hombres, ¿qué cuidados no se ponen? ¿Qué diligencias no se hacen? ¿Y quién hay que piense en su corazón, cuanto es lo que debe á Dios?

Están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte millares de

hombres, ya para caer en las eternas tinieblas, si tú no les muestras la luz, mediante la cual sean guiados al conocimiento de Dios, y á su verdadera creencia. ¿En qué, pues, te detienes?

DIA DIEZ Y SIETE.

Con todo empeño se ha de trabajar, para conseguir lo que seguimos: y habiendo entrado en el camino de la perfeccion, lleguemos á lo más perfecto de ella.—S. Ign. en Lancic.

Muchos que comenzaron bien, acabaron mal; más dignos de reprension, que de alabanza: poco prudentes, ó por haber emprendido cosas mayores que sus fuerzas, ó por haber desistido de lo bien comenzado con una vergonzosa retirada.

En la playa celebra el marinero la fortuna de su viaje. Porque ¿qué importa surcar los mares con fuerte brazo, romper las olas, escapar de los bajos y peñas con arte maravillosa, si

no llegamos á tomar puerto en la destinada playa?

Comenzar muchas cosas es señal de un ánimo inconstante. Mejor es gastar todo el tiempo en una, hasta conseguirla; porque nada alcanza quien todo lo sigue. Una sola cosa es necesaria. ¿Qué aprovecha, pues, seguir á Cristo, si no lo consigues?

DIA DIEZ Y OCHO.

No hay bestia sobre la tierra más feroz, más vehemente y más pertinaz contra el hombre, que el demonio, para cumplir el deseo de su maligna y obstinada intencion de nuestra ruina.—S. Ign. de la Dign. del Esp.

Si el ángel cayó del cielo y Judas del Apostolado, ¿quién habrá que se atreva á vivir sin un justo temor? Tu no eres más sabio que Salomon, ni más santo que David, ni más bien instruido que San Pedro; ¿y con todo eso no temes?

Ninguno hay tan santo, ni tan probado en la virtud, que pueda vivir sin temor. Mira esas columnas del cielo, ellas tiemblan. Mira las estrellas, de ellas cayeron.

Mira la fragilidad de tu naturaleza concebida en pecado: atiende la condicion de tu enemigo vigilante á tu daño: numera, si puedes, las tristes ocasiones de caidas: piensa que no eres mejor, y de esta suerte con temor y temblor obra tu salud.

El principio de la sabiduría es el temor de Dios, sin el cual poco seguros pasos damos en el camino de la virtud: porque ó caemos en soberbia, ó en un pernicioso descuido.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Con ningun hombre, aunque sea el peor del mundo, se habla de las cosas de Dios sin sacar mucha ganancia.—S. Ign. en Nadas. 31 Jul.

¡Grande es la fuerza de la gracia! Un

momento le basta para hacer de un Saulo un apóstol y de un pésimo un santísimo: como la luz introducida en el mundo, en un momento disipó todas las tinieblas.

Una sola voz, más penetrante que una espada de dos cortes, de tal fuerte se introduce hasta el alma, que toda la inmuta. Pocas palabras son más eficaces que un largo razonamiento, cuando á ellas acompaña aquel rayo de luz de quien tiene en su mano los corazones de todos.

Si el fruto de ellas no se ve al instante, no desconfíes: ellas lo madurarán: baste por ahora haber esparcido la semilla; ella crecerá hasta ser mies, y despues cosecha, aunque ahora encerrada en profunda nieve parezca que está helada y yerta. No todos los frutos se sazonan á un mismo tiempo.

Ojalá viniesen á nosotros muchos, para hacerse más santos, no para volver más ricos que sus esperanzas. Nuestra obligacion es corregirles sus torcidas ideas, para que vuelvan

con mejores cosas de las que venian buscando.

DIA VEINTE.

Las promesas no han de ser tantas ni tales, que no se pueda satisfacer á ellas con el efecto.—San Ignacio, en Barthol. l. 4, f. 281.

No se ha de prometer lo que despues no quieras; mucho menos lo que no puedas cumplir. Faltando una vez á la palabra, nada te queda que perder: la autoridad se envilece, y la humana sociedad se descompone.

La naturaleza nos dió una lengua y dos manos, para enseñarnos á ser más liberales de obras que de palabras.

Tu palabra sea semejante á las cuerdas: estas, para que suenen gratas los oídos, la mano las temple. Dar lo que se ha prometido, es sin duda cosa más dificultosa que prometer para dar; por esta causa es mejor no dar esperanza de lo que no puedes cumplir, para no incurrir en la nota de falto ó de inconstante.

Si es preciso negar algo, sea con tal blandura que á un mismo tiempo no hagas dos heridas, de la negacion y del mal modo. Muchas veces la negacion será tomada en lugar de beneficio, si muestras un ánimo pronto á dar, pero demuestras que la cosa pedida sería dañosa al que la pide.

DIA VEINTE Y UNO.

Un demasiado aborrecimiento de las faltas ajenas, causa más desabrimiento que enmienda; y sirve de ahuyentar más á los flacos, que de ayudarlos.—S. Ign. en el Compendio de su vida.

Muchas veces corregimos los defectos con otro mayor, cuando nos dejamos llevar de nuestra propia pasion: de donde nace, que no tanto deseamos enmendarlos, como satisfacer á nuestra indignacion.

¿Quién llama médico, para que se indigne con el enfermo, y persiga á éste ántes que á la enfermedad? La

enfermedad, miéntras más grave, es más digna de compasion: se ha de curar más con afecto, que con ódio.

Un zelo indiscreto muy muchas veces nos pone en el lance, de que, queriendo mirar por la observancia doméstica, nos olvidemos de la caridad: esto es, cuidamos de las apariencias, y desperdiciamos la sustancia.

Con un hermano, aunque culpado, nadie se indigna, si no es aquel, que ciego como topo, no ve sus propios defectos. En muchas cosas caemos todos: ¿cómo quisieras tu que corrigiesen tus faltas? Mejor es que peques de blando que de severo.

DIA VEINTE Y DOS.

Entre las mortificaciones deben preferirse aquellas, que ocasionan mayor afliccion, pero menor daño á la salud: porque con ellas es afligido el cuerpo con mayor molestia; pero con más duracion.—S. Ignacio en la vida de Maff.

Á la mortificacion debe la pruden-

cia ponerla medida; ni sea demasiada, ni menor de lo justo: de esto suele ser la causa el amor propio: y de aquello el ímpetu de un fervor poco considerado.

El fin de las aflicciones corporales es el dolor del cuerpo, no el daño: más hace, el que por más tiempo: el exceso no puede juntarse con la constancia: el que quisiere mortificarse mucho, castíguese moderadamente: de esta suerte dura.

Mejor es macerar el cuerpo muchas veces por intervalos, que gravemente sin pausa: si la mortificación es continuada, embota lo sensitivo, y de lo que se acostumbra, no se siente dolor; si es muy cruel, se rinde el jumento con la carga.

Aun las picadas de mosquitos se pueden merecer el nombre de martirio: no siempre es necesario derramamiento de sangre, ni despedazamiento de miembros.

DIA VEINTE Y TRES.

Nada se debe obrar, ni escribir, de que pueda originarse amargura ó rencor alguno.—S. Ign. en su vida de Maff.

Á nadie se le debe dar ocasion justa de sentimiento. Nadie hay tan pequeño, ó tan abatido, que no pueda hacer algun daño. Aún las moscas tienen su cólera; y los mosquitos su aguijon, que causa dolor y su tumor, donde pican.

Lo que se escribe, debe remirarse con más severa censura; porque camina por manos y ojos de muchos: tiene vida permanente; lastima á más y más gravemente: la letra escrita es irrevocable. Sea, pues, sin amargura y sin picazon quanto escribieres.

Aun quando es necesaria la correccion, debe ser sin amargura: así como el médico disimula con el oro ó con el azúcar los medicamentos, así tambien ella debe ser templada, de suerte que no parezca reprehension, sino medicina; no pena, sino beneficio.

Á ninguno haremos bueno con la correccion, sino es conquistando primero su voluntrd, que sus vicios: y á nadie podrás ganar, sino es creyendo él antes que tú le amas.

DIA VEINTE Y CUATRO.

Grande alegría causa al demonio una alma que procede sin consejo y sin el freno de quien debía ser gobernada: ésta tal, cuanto más alto intenta subir, tanto mayor caída dará.
—S. Ign. v. de Nolarci.

Ninguno cae más ciertamente, que aquel que cree estar segurísimo: la ignorancia del peligro es el mayor de ellos: una seguridad sin cautela es camino del precipicio, en el cual, cuando cosa fácil es caer, tan difícil es salir de él.

El que camina guiado de otro, va más seguro. Muchos ojos ven más, y más el que va delante. ¡Ay del sólo! que si cae, no tiene quien le de la mano para levantarse.

Nadie se fie de la prudencia, aun en las cosas mejores: porque muchas veces lo mejor, si degenera, se convierte en pésimo. El que confía en su virtud, ninguna tiene.

Lo alto es siempre expuesto á peligros. Teme los vahidos, los cuales evita el que siente bajamente de sí. La confianza es madre de la temeridad, y esta trae consigo la ruina.

DIA VEINTE Y CINCO.

Conviene hablar poco y oír mucho.—

S. Ign. en Barthol. l. 4.

En las palabras se derrama el alma, y ellas descubren el genio y lo más secreto de los corazones; los cuales quiso y formó la naturaleza tan retirados. que ni una pequeña ventana quiso concederles.

El mucho hablar deslustra la autoridad; y el que callando pasaría plaza de un filósofo, hablando pierde la opinion: se creyera que en tu corazón guardabas cosas grandes y en él las

meditabas, si con un prudente silencio, como con un velo, las hubieras tenido encubiertas: luego que las pronunció tu lengua, pareció el desengaño.

Donde corre un rio de palabras, apenas habrá una gota de juicio. El prudente no puede hablar mucho, porque prevee, que una ligera palabra puede excitar grandes tempestades.

No hay cosa más cortesana que la parsimonia en las palabras. Aun los locos, cuando están callados, parecen cuerdos. Imitemos á la naturaleza: al hombre le dió dos orejas y siempre abiertas, y una sola lengua y cerrada con dos compuertas.

DIA VEINTE Y SEIS.

El que lleva consigo á Dios en su corazón, lleva consigo el paraíso.—

S. Ign. en el Compendio de su vida.

Solo el amor de Dios es la fuente de una sincera alegría purísima, sin mezcla de ficcion alguna: y perpétua, sin peligro de que pueda faltar. ¿Para

qué cabamos para nosotros cisternas poco durables, y de aguas turbias?

Si haces pacto con Dios acerca de su amor, no dudes de la constancia de tu felicidad, cuyo amor no puede faltar, como ni él tampoco. No puede, ni aun levemente mudar su voluntad, ni mudarse él; y así los que le aman, no pueden arrepentirse de ello.

Todo otro amor es inconstante; porque puede el amado cesar de amarte aunque sea violentado: puede faltar él mismo aunque mientras viviese le durase el amarte. No es felicidad, la que no es perpétua.

Otros contratos pueden disolverse, porque pueden deshacerse por las mismas voluntades que los formaron; pero en el contrato del amor, como la misma voluntad es la materia de él, y esta se enagena, no quedando ya dueño de sí, pierde el derecho del arrepentimiento.

DIA VEINTE Y SIETE.

El más breve atajo, y casi solo para

la santidad, es aborrecer todo cuanto el mundo ama y abraza.—San Ign. en el Exam. cap. 4.

La que fué antiguamente queja del Sabio Romano, lo es hoy de la virtud: conviene á saber, que las causas de nuestros males son seguirmos más por los ejemplos, que por la razon. Vivimos, como los más viven.

El que camina á la perfeccion no mira por donde se vá, sino por donde se debe ir: aquél se muestra Piloto diestro, que supo navegar contra la corriente.

No quieras saber con el vulgo; ni luego creas que debe imitarse, lo que persuade una popular estimacion, como si dejára de ser vicio lo que escusan los ejemplos de muchos. Los juicios se han de pesar, no se han de numerar.

Los vicios agenos nos deben ser de enseñanza, para huirlos; no de disculpa, para seguirlos. El que se recata de parecer desemejante á los malos,

ya lo es. Pocos son, ó por mejor decir, uno solo, Jesus Hijo de Dios, cuyos ejemplos debemos tomar por regla de nuestras costumbres.

DIA VEINTE Y OCHO.

La medida del aprovechamiento no se toma bien del semblante, del gesto, de la blandura del natural, ó del amor de la soledad; sino se ha de tomar de la violencia, que cada uno se hace á sí mismo.—S. Ignacio en su vid. de Maff.

Santidad insulsa es aquella cuya alabanza se toma más de la mortandad de una naturaleza, que de obras propias de virtud. Por la misma razon podrás llamar Santo á un madero; porque ni se altera con la ira, ni se deja llevar de la concupiscencia.

Para dar la debida alabanza á cada accion, el argumento y señas serán: ¿Qué violencia se hizo á sí mismo el que la obró, y por qué motivo y cuán

sincero? La dificultad, que se vence, le dá su precio y valor.

Que algunos no sean malos es sencilla felicidad, y alguna vez es acaso de no haber tenido ocasiones, ó malos ejemplos: si los hubiesen tenido, por ventura hubieran sido pésimos. El que no ha sido tentado, ¿qué puede saber?

No hay que esperar corona sin batalla. El amor natural de la soledad y del silencio, y huir la comunicacion de hombres, en tanta manera no puede subir á ser virtud, que antes debe ser todo ello contado por vicio natural de un genio melancólico.

DIA VEINTE Y NUEVE.

Cuanto es más útil la conversacion de un fervoroso con los de fuera, tanto más dañosa es la libre y suelta con ellos.—S. Ignac. vid. de Nolarci.

Las manchas del Sol, y las menguantes de la Luna, todos las vén: así

se esparce latamente el escándalo, que nace de aquél á quien la alteza de su vocacion le hizo superior á toda la tierra.

¡Ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! La diligencia de muchos apenas restituye el daño que causó el mal ejemplo de uno. En ojos, lengua y mano lleva cualquiera todo el honor de su Orden, ó le deslustra.

El vulgo hace argumento de uno para todos. Con mala lógica; pero con ordinario discurso. Los vicios de los hombres, cuanto más fácilmente se inclinan á lo peor, tanto mayor cautela obligan á tener á aquellos, á quienes todo el pueblo observa con cuidado.

La sal con que el pueblo se ha de sazonar, si se corrompe, de nada sirve sino para arrojarla fuera. Mejor es, que uno solo, antes que toda la Comunidad, perezca.

DIA TREINTA.

De grande utilidad es, para aprove-

char, tener un amigo, el cual tenga el cuidado de avisarte de todos tus defectos.—S. Ign. en el Comp.

Como cada uno no ve su rostro así tampoco ve ni discierne bastantemente sus facciones y modo de proceder; se necesita de ojos ajenos, para censurarte á tí y á tus obras.

Querer que te alaben siempre ó creer que en tí no se halla cosa digna de notar ó de censura, es grande soberbia. El que dice que está sin pecado, miente. Cuanto menos faltas adviertes en tí, tantas más tienes.

Si advertido de una mancha en tu rostro, ó de una arruga fea en tu vestido, lo agradeces, ¿por qué tendrás á mal ser avisado de cosas que ofenden y te dañan más?

Mucho más ama el que te advierte de lo mal hecho, que el que te alaba. Este es adulador, aquel amigo: quíete bueno, y quiere que te grangees la alabanza y el amor de todos. Cuenta entre los benefactores, á los que así cuidan de tí.



DIA PRIMERO DE JULIO.

La obligacion de un buen religioso es promover los hombres al servicio de Dios, no de los príncipes, para hacer notorio que hizo lo mejor, eligiendo tal Señor.—S. Ign. en su vida de Maff. l. 3, c. I.

¡Cuántos son los que levantados á lo alto, son promovidos á una ruina, por ventura eterna, que jamás cayeran, si no hubiesen subido tan alto! Se les desvanece la cabeza, estando en la altura á los que hubieran estado seguros en lo bajo. Mira no le apercibas la ruina, á quien le solicitas la gracia.

Y qué será, si á tí se te pide cuenta del alma de aquel á quien el favor del príncipe, el puesto elevado ó la fortuna favorable dió con él en el infierno? Cooperar al mal es cosa mala; y

el que es causa de la causa, es causa de lo causado.

A uno levantas, y á muchos dejas ofendidos: haz la cuenta entre el daño y el provecho. Por ventura el promovido y elevado no te reconocerá el beneficio. Así sucede: porque acabada la fábrica, siempre se quitan los andamios, con que creció hasta perfeccionarse; y ordinariamente se pisa y desprecia la escalera, por la cual se subió á ellos.

Servir á Dios es reinar. Ninguna honra hay mayor, ni más provechosa. Esta esclavitud tiene por premio la eterna libertad: promover á esta servidumbre importa más que un Reino.

DIA DOS.

El buen cazador de almas debe disimular muchas cosas, como que no las sabe: hecho despues dueño de la voluntad podrá inclinar á su discípulo, adonde quisiere.—S. Ign. en Barth. lib. 4.

Muy blandamente se debe obrar

con los tiernos. Las plantas tiernas perecen con un viento áspero, á quienes el templado hubiera conducido á la madurez. Al principio se ha de usar de paciencia.

Aunque con más espacio al mármol que á la cera, se le imprime la imágen de la virtud; la tardanza se recompensa con la constancia. La cera, que toma fácilmente la imágen de la virtud, con la misma facilidad la deja: el mármol, que á fuerza de muchos golpes la recibe, ni por siglos la dejará.

Si no corresponde el fruto á la cultura, no se ha de arrancar por eso al punto el arbolillo: el que hoy no dió, lo dará mañana: espera, riega; él crecerá; y él pagará liberalmente con el consuelo de sus frutos tu longanimidad y diligencia.

DIA TRES.

¡Cuánto se engañan los que, juzgándose llenos de espíritu, tienen ambi-

cion de gobernar almas!—S. Ignacio en Barthol. lib. 4.

Ninguno abre Escuela de Maestro de alguna arte mecánica, antes de haber gastado muchos años en aprenderla: y ¿sola la ciencia de gobernar almas es tan fácil de aprender, que el que hoy se ordenó, ya profesa de Maestro en ella?

El arte de las artes es el gobierno de las almas, el cual, quien más presume que lo sabe, lo entiende menos: esta es obra de Dios, no industria de los hombres; de él solo es mover los corazones.

Los hombres pueden ser constreñidos á una servidumbre: las artes y las ciencias pueden instruirse; mas para aquellas cosas que sobrepujan la industria humana, y son sobrenaturales, no pueden ser dirigidas con arte humana. El espíritu de Dios es quien obra.

La custodia de la cosa más preciosa es la que está confiada á los direc-

tores de las almas; conviene á saber, el precio de la Sangre de Cristo. ¡Ah, si por descuido aconteciere perecer alguna, y qué estrecha cuenta le pedirá Dios de ella!

DIA CUATRO.

Cosa peligrosa es querer llevarlos á todos á la perfeccion por un camino: no entiende, el que esto quiere, cuán varios y cuán muchos son los dones del Espíritu Santo.—S. Ignacio en Cuartem.

No sólomente cuantos son los individuos tanto son los pareceres, sino tambien cuantos son los hombres otros tantos son los semblantes. Este es aquel admirable artificio del Todopoderoso, que cada uno de los hombres tenga más distincion en su alma que en su rostro, de todos los otros.

En ninguna otra cosa se necesita de mayor discrecion, que en la direccion de las almas. Entre los medicamentos

no todos aprovechan á todos: el que aprovechó á este matará á aquel, si no se atempera con el sugeto en calidad y cantidad.

Querer, pues, con un método gobernarlos á todas, es lo mismo que tomar medida á todas las cabezas con un sombrero; y á todos los piés con un calzado. ¿Qué hace al caso que uno vaya por este y otro por aquel camino, si entrambos con seguridad llegan al término deseado?

El Espíritu Santo, Maestro divino, se sentó sobre las cabezas de los Apóstoles en diversas lenguas. Doce son las puertas del cielo; no todos se han de obligar á entrar por una.

DIA CINCO.

Ninguna cosa hace más despreciables á los Religiosos, que la division entre sí mismos.—S. Ign. en Barthol.

No busca la estimacion, aunque la merece, el que profesa la virtud,

mientras la practica. Si de ella se aparta, merece desprecio en lugar de alabanza.

Aquellos á quienes unió estrechamente una vocacion, un instituto, y un mismo fin, si la caridad no los une, no deben ser llamados órden, sino confusion: porque allí no puede haber estudio de virtud, sino destruccion de ella.

Los rayos del sol, si no se juntan en un centro, no encienden; esparcidos no tienen fuerza. ¿Qué aprovechamiento espiritual se puede esperar de donde uno destruye, lo que otro edifica?

A quienes su vocacion colocó en un grado eminente, les impuso la necesidad de un ejemplo mayor. Mal persuadirán á la virtud, los que no la abrazan y predicando cosas mejores que las que hacen forzosamente incurrirán en el menosprecio.

DIA SEIS.

Grande arte es, pero rara, tratar mu-

chas cosas, y tratar con muchos; y no apartarse jamás de sí, ni de Dios.
—S. Ign. en Quart. en la Glos.

La multitud de los negocios hace gran daño á la piedad, aniquila el fervor, deseca el gusto de la devocion, llena los sentidos de especies, y embaraza la mente con distracciones. Si tú quieres más de lo que debes, cierto es, no debes querer más de lo que puedes.

Tu has de obrar con igual conato de tu parte, pero con gran distincion, como todas las causas: el fuego enciende más y más en breve en su materia propia, que en la estraña, para que en él aprendas á perfeccionarte á tí primero, y despues á otros, ¿Qué aprovecha calentar á otros, quedándose frio?

Neciamente buscas á otros perdiéndote á tí: afiánzate á tí primeramente y hazte inmoble en la seguridad de tu salud, y perfeccion, y despues podrás extender tus cuidados á otras cosas.

La aguja de marear fija en el polo con tal firmeza, que por diversidad de rumbos que el viento obligue á la nave á seguir, ella siempre le señala mirando á él. Si nuestro corazon entre el tumulto de los negocios se mantiene así siempre fijo en Dios, serémos unos afortunados operarios.

DIA SIETE.

La virtud y santidad de la vida lo pueden todo, ó á lo menos mucho, no solamente con Dios, sino tambien con los hombres.—San Ignacio en Quartem.

Como la pantera atrae las fieras por el olor, la piedra imán al hierro por simpatía, de la misma suerte la piedad roba los afectos por el ejemplo: no se necesita de alabanza ni de recomendacion, cuando la virtud convida: los corazones son arrebatados en su seguimiento con secreta violencia.

Nunca se mira la virtud sin fruto,

como nunca se ve el sol que no alumbré, nunca se ve el fuego de cerca sin que caliente. Es la santidad de un sermón mudo, pero eficacísimo. El basilisco mata con la vista: el varón perfecto aprovecha.

Una modesta afabilidad de rostro, una amable quietud de los ojos, una templanza bien compuesta de todos los movimientos, es una llave de los corazones, con la cual se abre un pecho, aunque sea de bronce, más ciertamente que con cualquier otro instrumento.

Es más eficaz la voz de la obra, que la de la lengua; porque siempre es más largo el camino por los preceptos, que por los ejemplos. Mas ciertamente persuade el que obra bien, que el que habla con elegancia.

DIA OCHO.

Se ha de vencer un conato con otro conato, una costumbre con otra costumbre, como un clavo con otro cla-

vo.—S. Ign. en la vida de Maff.

Dura servidumbre es la de una costumbre! la cual aprisiona, no con hierro, sino con la fuerte necesidad de un vicio: ni suele haber en las cosas humanas cosa más pesada, que la tiranía de una costumbre envejecida. No te dejes ligar de sus prisiones.

Pero hay todavía remedio, para romper esta larga y dura cadena de una costumbre: ella es la costumbre contraria. Grande beneficio de la gracia es querer enmendarse: en aspirando á esta, espera confiadamente.

Aunque el mal acostumbrado se haya mudado en naturaleza, podrás con el dictamen de la razon y de la ley divina escojerte otra naturaleza con el beneficio de otra costumbre, tan semejante á la naturaleza, que sólo se diferencien en el tiempo.

Los criados, cuando no agradan á sus amos, son despedidos de la familia y en su lugar entran otros: así el vicio, si á tí te desagrade sinceramente, des-

pídelo, sustituyéndole una costumbre buena, esta enmendará lo que la contraria descompuso.

DIA NUEVE.

Por una esperanza remota de hacer muchas cosas en servicio de Dios, se menosprecia imprudentemente la presente ocasion; sucederá, empero, que esta se pierda, y la otra no llegue.—S. Ign. en Maff.

Á nadie han hecho rico promesas de otros y propósitos suyos: ni aquellas causan fatiga, ni estos muestran habilidad. Y cuán fáciles, tanto son inútiles al fin pretendido de un aprovechamiento, ora sea profano, ora sagrado.

¿Para qué pierdes tiempo en disponer lo futuro? Este es propio entretenimiento de ociosos. Lo que hay que vencer es esto: en el negocio presente que tienes entre manos, emplea todas aquellas fuerzas, que apercibes para

el futuro. A nadie ha enriquecido la esperanza.

Si lo que tienes entre manos lo haces perfectamente; si lo que hoy puedes ejecutar, no lo dilatas para mañana, por un breve atajo juntarás una grande riqueza de méritos, y por el camino real no irás, sino volarás á la perfeccion.

Aquellas cosas grandes y heróicas que tienes en tu idea y á que aspiras, son raras, y por ventura ningunas. En lo menor y de menos cuenta tómate el pulso, y haz experiencia de tí mismo para ver lo que puedas hacer en lo mayor. El buen soldado se ejercita en la paz, para ver cuánto podrá ejecutar en la guerra.

DIA DIEZ.

Quando el Demonio fingiere pensamientos de desconfianza á un alma, entonces se le debe alentar con la memoria de los beneficios ya recibidos.

dos de Dios.—S. Ign. en Barthol. lib. 4.

La memoria de los beneficios es materia de agradecimiento, y estímulo de nueva esperanza. El que dió éstos, y dió tantos, ni quedó ménos liberal, ni más pobre. Un infinito no puede agotarse. Un inmenso no puede acabarse.

Haz, si puedes, una cuenta de los beneficios que has recibido de Dios. Si examinas tu vida pasada, si este día, en que vives, si el instante presente, no les hallarás número: otros tantos motivos tienes, con los cuales te muevas á nuevas esperanzas.

Más pudiéramos, si intentáramos más. El que dá la ayuda es Dios: ni le falta poder ni voluntad: no puedes tú emprender tanto, que no pueda su Omnipotencia mayores cosas, y que no quiera darte su infinita Bondad.

El temor de la guerra es peor que la guerra misma. Muchas veces nos detiene el miedo de aquello mismo á

que la esperanza nos incita: y es que nos asombran los miedos de aquel, que, siendo Príncipe de las tinieblas, nos opone la oscuridad de la desconfianza.

DIA ONCE.

Cuando el Demonio no puede obligarte á que peques, se contenta con haberte molestado y turbado la serenidad de tu alma.—S. Ignac. en la difer. de espir.

Aun con muy pequeñas ganancias se alegra el Infierno: es un grande tributo para él la parsimonia: nada desestima en que puede grangear algo. Si no puede impeler á los mayores pecados, incita á los menores: si desespera de éstos, turba la quietud del corazon para disminuir la devocion.

Una frecuente destemplanza de tu alma es cosa sospechosa: porque aquella nube espesa y continúa de tu corazon fragua sin dudar alguna tempes-

tad mayor de lo que se puede creer: pone el demonio grandísimo cuidado en las cosas mínimas, para hacer caer, si puede, en errores máximos, con el color y pretexto de cosa buena.

Un cuidado nimio no es siempre santidad, aún en los Santos. Aquellas olas continuas de dudas, aquellos tropiezos de cosas claras y ordinarias, son una carnicería de la conciencia, y un cierto modo de martirio; pero del diablo, porque es sin fruto, y con gran detrimento de la paz del alma.

Un ánimo turbado no está apto para cumplir con lo que es de su obligación. Y en esta agua turbada pesca el Demonio. Su intento es lo malo, y aunque debajo del color de la seguridad de tu alma, lo que pretende es perderte: y si en este caso te gobiernas por tu juicio, no escaparás de sus redes.

DIA DOCE.

En tanto aprecia Dios cada cosa, en

cuanto ella, como instrumento para obrar bien, nos junta y lleva á Su Majestad.—S. Ign. en Barthol. lib. 1, núm. 19.

No es negocio fácil saber distinguir entre el diamante y el vidrio, entre el oro puro y la alquimia, y entre el fuego fátuo y el verdadero. Este es un magisterio que se adquiere con un largo ejercicio, no con sola la voluntad: necesita, no de cualquiera luz, sino de la Divina.

Buscas las alturas, é ignoras que apeteces tu ruina, porque no conoces la flaqueza de tu cabeza, y así caerás desvanecido. Aquel grado más alto no es para tí el más seguro, porque no te unirá con Dios, sino con la vanidad.

Los juicios de Dios son un grande abismo. Si consideras esto, hallarás cuánto más seguro es para tí carecer de aquel oficio, que con ardor apeteces, y no alcanzar aquel grado que con tanta ansia solicitas. Déjate gobernar de Dios.

¿Qué cosa hay más preciosa que el oro? El enriquece y alegra los ojos; mas no satisface el hambre: más útil es para esto una corteza de pan, que una libra de oro. De la proporcion del medio con el fin resulta la utilidad. ¿Qué cosa te podrá juntar más con Dios, no es fácil que tú lo discernas, siendo un ciego en tus cosas mismas. Dios sí que es todo ojos.

DIA TRECE.

El dado á la Oracion ni desmaye con la sequedad, ni se envanezca con la consolacion. En la sequedad acuértese de los favores que ha recibido; y en la consolacion considere que es una limosna que se le hace graciosamente.—S. Ign. en Barthol.

No está siempre el Cielo tan sereno que muchas veces no se cubra de nubes negras. Así se porta Dios con los que oran: alterna los tratamientos: ya derrama en el alma abundan-

cia de consolaciones; ya la esteriliza con la sequedad. Lo uno y lo otro es disposicion del Cielo.

Muéstrase presente Dios para encender en nosotros su amor: auséntase para que conozcamos nuestra flaqueza. Acércase para remunerar nuestros esfuerzos: aléjase para explorar si sabemos amarle sin la mira del consuelo. Acércase para darnos á probar lo que es el Cielo: aléjase para mostrarnos cuán amarga cosa es vivir sin Dios. En ámbas cosas resplandece Dios.

El precio de la Oracion ni resulta de la sequedad, ni del consuelo. Ni es mejor la más llena de consolaciones, ni es por eso ménos buena, la más seca. Nuestra voluntad es la que distribuye y reparte estas cualidades.

Como en las cosas humanas, así tambien en las divinas las alegrías vienen despues de las tristezas; ó porque á Dios le agrada esta variedad, ó porque un mismo tenor y continua-

cion de cosas, no engendre en nosotros fastidio.

DIA CATORCE.

A los que buscan la salvacion de los prójimos, conviene obrar de manera que se hagan gratos, no solamente á Dios, sino tambien á los hombres por Dios, y midan el zelo de la honra divina por el aprovechamiento del prójimo.—S. Ignac. en Barthol.

Las virtudes son entre sí hermanas, que unas á otras no se oponen y viven juntas con grande paz en un mismo corazon. El amor de Dios en nada se opone á la caridad con el prójimo; el uno ayuda á la otra y ambos como eslabones de una cadena se enlazan con union inseparable.

Cuando se busca el honor de Dios con justa ofensa de muchos, ésto no es zelo, sino pasion y jactancia, tanto más despreciable delante de Dios,

cuanto es mayor el abuso de paliar los vicios con el nombre de las virtudes.

Si el fin del Apóstol San Pablo hubiese sido agradar á los hombres, no hubiera sido Siervo de Cristo: esto es, si hubiera sido su fin el agrado de los hombres, ó su propia conveniencia, ó si lo que obró lo hubiese hecho por gusto propio y no por agradar á Dios.

El favor de los hombres puede buscarse sin perjuicio de la virtud y se debe hacer, porque una vez captada la benevolencia se consigue poseer sus corazones para plantar en ellos el amor de Dios. Nunca te escuchará bien el que te aborrece.

DIA QUINCE.

Trata á los malos de aquella manera que una Madre piadosa se aflige con la compasion de un hijo enfermo, y le acaricia con mayor y más tierno cuidado que cuando es-

tá sano y robusto.—San Ignac. en Barthol.

Cuanto más difícilmente se curan las enfermedades del alma que las del cuerpo, tanto más son los yerros, que se cometen en la curacion de la una que del otro: los unos y los otros por la impericia de los médicos.

En la curacion de las almas debes tener por principio cierto, que ningún medicamento será eficaz contra el mal, si este no lo aplica una mano amiga: primero se ha de ganar el alma, que intentar curarla de sus vicios.

La uña en una llaga no templa, sino aumenta el dolor, y un continuado agujon causa molestia y despierta el ódio. Las postemas quieren ser tratadas con mano blanda y con mucha ligereza; de otra suerte será intolerable su curacion.

Vés á un affligido vacilar con la carga. Si le aprietas, le obligas á caer, cuando si le hubieses alargado tu mano propicia, le hubieras excusado su

ruina. Alguna cosa se ha de conceder al tiempo, algo á la edad y no poco á la fragilidad.

DIA DIEZ Y SEIS.

Para que el amor propio no nos haga dar al través en los negocios propios, debemos mirarlos como ajenos y que pertenecen á otros: de esta suerte será Fuez la verdad y no la pasion.—S. Ignac. en Barthol.

La naturaleza formó los ojos de tal suerte, que viendo ellos todas las otras cosas, á sí mismos no se ven. Semejante oficio deben tener los ojos del alma: puede encargárseles el juicio de otras cosas, pero nunca el de las suyas.

Á cada uno le agradan sus cosas propias: ninguno deja de estar pagado de lo que hace: las cosas más cercanas parecen mayores, como las más apartadas más pequeñas, y como ninguno está más cerca de tí que tú mismo, así ninguno es más amado de tí que tú mismo.

El amor propio es mal juez en los casos dudosos: á aquel lado inclina la balanza á dónde él se inclina: cuanto falta de mérito, añade de favor: ¿qué maravilla es, que haga trabucar la balanza?

Tanto más sinceramente se ama uno á sí mismo, cuanto se aleja de su amor propio. De esta suerte querrás lo bueno, no lo que parece tal: si te dejas guiar de tu voluntad ciega, ¿á donde te guiará, sino al precipicio?

DIA DIEZ Y SIETE.

Ni con el discurso ni con las razones aprendemos tanto, cuanto con un humilde recurso á Dios.—S. Ignacio en su vida de Nolarci.

La esperanza de la ciencia no se ha de poner en las palabras compuestas de la humana sabiduría, ó en las ayudas de otras facultades: la fuente de ella se ha de buscar en otra parte, esto es, donde está el Tesoro escondido

de la Sabiduría y Ciencia de Dios.

La librería de San Buenaventura fué un Crucifijo; más aprendió en él con los afectos, que pueden otros sacar de millares de libros: nada se le quita á las ciencias de lo que se dá á la devocion.

La ciencia, que no toma su fuerza de la devocion, aprovecha poco: como no toda semilla es fructífera, así no toda ciencia es fecunda: quédase inútil como tesoro escondido, que de ningun provecho es.

Muchos Doctos sacan poco fruto de su sabiduría: despues de tantos años empleados en los estudios, cultivan una tierra estéril; y habiendose sembrado mucho, recogen poco: y lo que cogen, más es malas semillas, que trigo; porque nada sin bendicion de Dios tiene sustancia.

DIA DIEZ Y OCHO.

Tu cobardia hace atrevido al demonio: como las mujeres entonces son

atrevidas, cuando se acobardan sus contrarios.—S. Ign. en los Ejercicios.

Tal experimentamos al demonio, cual nosotros le queremos. Pierde el ánimo, si le resistimos: crece su atrevimiento, si desmayamos. Con nuestra cobardía se hace más robusto; y con nuestra resistencia más flaco.

Somos imprudentes, y en gran manera enemigos nuestros, aguzando á nuestro enemigo sus armas, en lugar de embotárselas, y dándole los medios de ofendernos, en lugar de quitárselos. Nada pudiera contra nosotros, si no quisiésemos nosotros.

El cobarde ya está vencido en la mitad y en la mejor parte de sí mismo, derribado, no del valor de su contrario, sino de su miedo. ¿Quién se compadecerá de un soldado cobarde?

El demonio es un enemigo feroz é implacable; más contra el que le teme: si le cede, él porfia; si le resiste, no hace daño; y por ventura, ni vuel-

ve á tentar; porque se avergüenza de ser vencido, y más quiere no entrar en batalla, que perderla de cierto.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Para que la correccion surta efecto, debe haber autoridad en quien corrige, ó amor conocido del que es corregido.—S. Ign. en Barthol.

Habiendo en las Repúblicas tantos castigos y tantas cárceles, son poquísimos los que se enmiendan: ménos fueran los delincuentes, si fueran más raros los suplicios. El miedo no enmienda; puede castigar, puede matar y acabar de este modo con el delito; mas no puede enmendar: porque esto no lo hace sino el amor del que corrige.

El fuelle no apaga el fuego, sino levanta la llama: el agua esparcida en rocío sobre el fuego antes lo aumenta que lo disminuye: así la correccion desabrigada de una grande autoridad,

enciende más el ánimo del corregido, que le compone.

Para corregir á otro con seguridad no te dará autoridad tu persuasion, ni la edad sola, ni la ostentacion de grandeza; sino la virtud: porque corrige mal el que necesita de ser corregido: es necesario que carezca de culpa el que quiera lavarla.

Si tienes grande ansia de corregir, toma este consejo. No vayas á buscar lejos las faltas; mírate á tí mismo; haz exámen de tus costumbres y acciones, y hallarás abundante materia de correccion: mete, pues, la hoz en esta mies, antes que en la ajena.

DIA VEINTE.

El que no tiene aliento para dejar todas las cosas por Dios, diríjalas empero todas á él; y aunque sean muchas, téngalas siempre en ménos que aquel uno, que Cristo dijo que era necesario.—S. Ign. en Barthol. fol. 378.

Aunque es difícil, no es imposible

que los ricos entren en el Cielo. Las riquezas son embarazo; mas no ruina de la salvacion: ellas no son malas por sí mismas; sino es que el uso de ellas las hace tales, ó el amor desordenado.

Tienen tambien las riquezas sus bondades. ¿Quién socorrería al pobre? ¿Quién levantaría Templos y Altares, si todos fueran pobres? Si no hubiera ricos, no vivieran los pobres: porque no hubiera quien aliviase su pobreza.

Ni Dios llamó á todos á un mismo grado de perfeccion. El que desea ser mejor, procure ser bueno en su grado á que Dios le destinó: ni es uno malo, luego que no es el mejor.

No se ha de hacer juicio de la hacienda, sino del afecto á ella. Muchas veces tiene un rico menor aficion á las piedras preciosas y al oro, que tiene un pobre á un mal cuchillo, haciéndose tanto más despreciable, quanto más vil cosa es lo que amó con ansia.

DIA VEINTE Y UNO.

Igual cuenta has de dar á Dios, si

lastimas la salud de tu cuerpo con el regalo ó con una demasiada aspereza, aunque la practiques por obsequio de Dios y por merecer más.—S. Ignac. en Barthol. l. 4, fól. 38.

Difícil es determinar con cual de dos cosas se debilita más el cuerpo si con las asperezas ó con las delicias! Es este un problema: con ambas perece; con aquellas más severa, con estas más suavemente: el hierro se consume con el uso y con el orin; los modos son diferentes, mas el daño es igual.

Más hombres mata la gula, que la espada. La lascivia brinda á innumerables un dulce veneno, dulce por cierto, pero fatal; alhaga al cuerpo, mas le corrompe: enflaquece las fuerzas, llama las enfermedades y abrevia la vida.

Nuestro cuerpo es alhaja del gran Dios, entregado á nuestra confianza, del cual no podemos usar á nuestro

arbitrio, ni exponerlo á riesgo sin culpa. Vendrá Dios á pedirnos cuenta de él.

Señor, decia el Profeta, yo soy un jumento tuyo en tu presencia. Debo, pues, guardarme en obsequio tuyo. El cuidado que se debe á un jumento prestado, se debe al propio cuerpo: désele el trato y alimento que baste para sufrir la carga.

DIA VEINTE Y DOS.

Cuanto uno es más diligente en averiguar ajenas faltas, tanto más descuidado es en conocer las suyas.
—S. Ignac. en Barthol.

¿De qué te sirve conocerlos á todos si á tí te ignoras? A todos los quieres sin defecto, y á tí te olvidas. Esto es andar buscando la paja en el ojo vecino y no sentir la viga en el tuyo.

Los que escudriñan descuidos de otros, muestran naturaleza é inclinacion de escarabajos, especie de animal

asqueroso: viven de satirizar las costumbres y acciones de los otros.

Ninguno hay tan defectuoso, que no tenga muchas cosas dignas de alabanza. ¿Por qué, pues, tú eres más inclinado á reconocer las faltas que las virtudes, sino es porque tu vista es maligna?

El que es bueno, siente bien de los otros: ni hay otro más pronto á cebarse en errores ajenos, que aquel que tiene dentro de sí y en su corazón muchos más, porque de sí mismo hace argumento para los otros.

DIA VEINTE Y TRES.

A muchos convida más al amor de la virtud la recomendacion y buen nombre entre las personas graves, que la virtud misma.—S. Ignac. en Barthol.

El cuidado de la fama es prenda de un genio honrado. El primer cuidado de un alma grande, antes que

el de la misma vida, es que pase su buen nombre á los venideros, sin ser lastimado de alguna mancha de deshonor.

La buena vida nos es necesaria para nosotros: la buena fama para los demás, sin la cual obrará poco cualquiera, aunque haya subido á un grado muy sublime de santidad. Las guerras y los negocios más bien se concluyen con la fama, que con las armas.

Una buena fama no se puede comprar sino con una vida nueva: las cosas interiores, que solo Dios las conoce, dan el valor; y las exteriores dan la buena opinion; de estas, que los sentidos registran, juzga el comun. Obra con recato por tí mismo, y por los otros.

La mala fama es tan difícil ocultarla: como el fuego vuela, y no se borra con mil alabanzas. Es la fama cosa muy delicada, y que debe estimarse más que todos los bienes del mundo.

DIA VEINTE Y CUATRO.

Los niños deben ser atraídos á la virtud con donecillos y juguetes, como los pequeños animalillos con aquellas cosas que apetecen.—S. Ignacio en Barthol.

Acostumbrarse á la virtud desde los tiernos años, es el mayor magisterio de una buena vida. Dificultosamente se desarraigan en la vejez las costumbres que en la juventud se imprimieron: así la lana jamás muda el color primero que bebió.

Quien descuida los tiernos años, perdió aquella edad que aborrece el rigor: el silencio, la seriedad, la compostura de las acciones son tormentos para ella; y así es necesario arte y blandura para que estas amarguras se endulcen y hagan amables.

Como las aves se cogen con aquel cebo que ellas apetecen más, así la juventud ha de ser conducida á lo sério por lo divertido. Con este santo

engaño trajo á sí á los suyos aquel grande Apostol, que supo hacerse todo para todos.

El Médico alhaga con caricias al enfermo para que tome el medicamento que le ha de dar la salud. ¿Qué hace, pues, al caso, que burlando ó de veras, con amenazas ó con promesas persuadas con efecto al pequeñuelo á que aprenda lo que despues le ha de aprovechar?

DIA VEINTE Y CINCO.

Mejor es conseguir lo que intentas con ruegos, ó sin dádivas, que con pleitos.—S. Ign. in Rivaden.

Los pleitos traen siempre más enfado que utilidad; y si aprovechan algo á los jueces y abogados, no empero á los litigantes: dañan muy mucho á todos, si se entra en cuenta la aversion de ánimos.

El suceso de un pleito es siempre incierto. Las incomodidades ciertas; las utilidades dudosas: ¿quién se em-

barcará, y su hacienda, en tan débil bajel? Vivir entre discordias no es vida, sino calamidad.

La paz es la cosa mejor de las que la naturaleza dió al hombre. Romper ésta por una ligera y dudosa esperanza, es malísima economía, porque esto es perder mucho más que ganar.

No hay pleito que consigo no traiga dos daños; uno, de lo que se deja de ganar; otro, de lo que se pierde: el primero es la disminucion de la caridad cristiana; el segundo la pérdida del tiempo y del caudal.

DIA VEINTE Y SEIS.

Débase poner gran cuidado en una y otra mortificacion, con esta diferencia: en la interior principalmente y perpetuamente, y por todos; en la exterior, cuando lo permitiere la condicion de las cosas, del tiempo y de las personas.—S. Ign. en Barthol. lib. 3, fol. 218.

La violencia de las pasiones es e

origen de todos los males que hasta hoy ha habido en el mundo: por tanto la moderacion de ellas por medio de la mortificacion, no es solo bien particular, sino público.

Un arrebatamiento de un corazon mal refrenado, ¿qué males no produce? Una ambicion de dominar, ¿qué guerras no ha encendido por todo el mundo? No hay menor riesgo en la república del hombre.

El que quiere la paz, ponga ley á sus afectos, cuyos límites no pasen. Nadie conoce de cuanto provecho son unas pasiones bien domadas, sino es el que lo ha experimentado; y cuanto daño causan dejándolas libres y sin freno.

Nuestro corazon es el palacio de Dios: nosotros le hacemos cueva de fieras, y de tantas fieras cuantos son los afectos desordenados que dentro de él alimentamos: son bestiales, y aún peores, porque sacuden el yugo de la razon, de que carecen las bestias.

DIA VEINTE Y SIETE.

Lo que al principio se podria remediar facilmente, con el tiempo y la continuacion se hace irremediable.
—S. Ign. en Barthol.

La planta tierna, que con blanda mano facilmente se endereza, despues de crecida, ni con muchos golpes, ni aún con hachas se destuerce: así crecen los vicios y adquieren fuerza con el tiempo.

Las hiervas dañinas con más brevedad se arraigan, y habiendo tomado posesion de la tierra, se burlan de toda la diligencia del hortelano; y tendiéndose á la parte, donde hacen daño, con su sombra no dejan crecer á las provechosas.

Cuando los males han tomado fuerza, llega tarde la medicina. La centella, que con el dedo podia apagarse, descuidada toma vigor, y no sufriendo remedio, se extiende por todas partes, haciéndose irremediable con el descuido.

Negocios grandes los consiguió felizmente la presteza: la tardanza nunca produjo cosa buena: dilatar, siempre es señal del que no quiere. Tarde se aplica remedio á un veneno que se ha esparcido por todas las venas: siempre para este fin es mejor el dia de hoy, que el de mañana.

DIA VEINTE Y OCHO.

Mirando tan solamente el divino obsequio, Dios Ntro. Señor por sí mismo proveerá lo más conveniente.—
S. Ign. en Barthol. fol. 345.

El cuidado de las cosas temporales, mayor que lo que es justo, es un argumento de desconfianza ó de ambicion desmedida: el que dá de comer á las aves, nunca se olvidará de los suyos. Siempre andamos congojados de una vana solicitud.

Si tuviéramos más deleitacion en las cosas internas, rara vez nos acordaríamos de las temporales; de las cuales

una vez que el alma se deja poseer, no puede sin gran trabajo elevarse á las cosas celestiales. Gravísimo daño, con pérdida de éstas, promover y adelantar aquéllas.

¿Para qué trabajas con fatiga? En vano siembras, sin fruto riegas, si Dios no pone la mano y dá el aumento. En sus manos se multiplican los panes que sustentan millares de vivientes. Los liberales con Dios no tienen que temer pobreza.

El que busca abundancia, búsquela por medio de las cosas espirituales: ésta nunca llegará, sino la dá el que lo dá todo. Si sientes alguna afición á las cosas temporales, procura que á esta la gobierne y la preceda la de las espirituales.

DIA VEINTE Y NUEVE.

El que tiene domadas sus pasiones conseguirá más fruto en un cuarto de hora de oracion, que en muchos,

el que las tiene vivas.—S. Ignac.
en Rivad.

El recogimiento de las potencias es el alma de la oracion; éste no le espere lograr el que padece una continúa destemplanza de afectos mal domados: porque éstos dividen el alma, no la recogen: destruyen el espíritu, no le edifican.

Es pequeño el fruto de la oracion, porque es poco el uso de la mortificacion. El madero bien seco fácilmente concibe la llama: cuando está verde pelea por mucho tiempo con el fuego y con la humedad que tiene en sus entrañas.

Al paso que se disminuye la concupiscencia se aumenta la caridad, y así donde aquélla está enteramente sujeta, allí está perfecta la caridad; porque nuestro corazon se acerca á Dios por tantos grados cuantos se aparta de sus afectos naturales.

Como el fuego es arrebatado á su centro al punto que se le quitan los

impedimentos que le detienen su curso; así tambien el corazon humano, libre de las apetitos, no necesita de otras alas para volar á Dios con ligereza.

DIA TREINTA.

La lengua de los maldicientes la ha de enmudecer la testificacion de hombres graves y de seso; y la boca de los que murmuran, la vida ajustada.—S. Ign. Vid. de Nolarci.

El que no puede evitar los tiros de los maldicientes, debe armarse de un pecho de bronce; esto es, de una conciencia pura y ajustada; ésta sola es la que embota todas las armas enemigas que pueden temerse, las cuales nunca penetrarán hasta el alma, y así ofenderán ménos.

Si á palabras quieres responder con otras tantas, aumentarás el fuego, y se aumentará tanto más cuanto fuere mayor la contienda mútua, creciendo como la llama con el soplo.

Mucho más seguro es despreciar las

calumnias: más presto se desvanecen, que se excusan: callando tú, ella callará. Con la defensa porfiada pasa la noticia á muchos; como soplando el fuego se origina un grande incendio, que dejándolo olvidado, por sí mismo él se hubiera apagado.

Si piensas en venganza, ya le diste á tu enemigo la victoria: porque la herida que intentaba darte, tú muestras con el dolor haberla recibido. El que no hace caso de la calumnia, se muestra superior á ella. Esta no la has de rechazar tú, sino tu vida ajustada.

DIA TREINTA Y UNO.

No puede acontecer cosa más apetecible ni más gustosa que dar la vida por Cristo y por la salvacion del prójimo.—S. Ign. en Nadasti.

Mientras te dura la vida estás entre mil calamidades: esto es poco, aunque es bueno, sino estuviera expuesto á los peligros de la salvacion, los cuales no puedes evitar del todo, has-

ta el punto de una dichosa muerte. No hay seguridad fuera del sepulcro.

Habiendo, pues, de morir, ¿quién duda sería mejor morir en la batalla, peleando por Dios y por el prójimo? Es una muerte cobarde el morir á manos de los años de una calentura, ó de una repentina desgracia. Dar, pues, la vida por Cristo, es una muerte mas dulce que la vida misma.

Entre los beneficios de Dios debe contarse por el mayor, poder morir por él mismo: éste sería una señal cierta de su amor más tierno para con nosotros; y así no se ha de temer; antes sí desear con los más ansiosos deseos.

Si Cristo dió por tí su vida, ¿será cosa grande que tú des por él la tuya? ¿Quién y por quién? ¿Qué cosa es la vida de un Dios? ¿Qué cosa es tu vida? Esto lo ignora el que no desea volver á un tal, y tan grande Señor una vida tan vil, y expuesta á tantos peligros. ¿Qué cosa es, pues, la que te detiene?



DIA PRIMERO DE AGOSTO.

*En vuestros buenos y santos ejercicios
debeis huir con horror de la tibieza
y pereza como de un enemigo capi-
tal.—S. Ign. en la Carta de la Perf.*

Gravísimo enemigo es aquel que no roba riquezas, sino mérito; no acomete á la vida de el cuerpo, sino de la obra. Corrompe las cosas más buenas; y lo que es peor, daña tan secretamente que apenas se conocen sus daños, y más presto llega á una alma la ruina, que la noticia.

Este enemigo es la acedia y pereza, peor que el más grave. El pecado con su nombre solamente causa horror. La pereza se ama; de donde nace que al pecado sigue la enmienda; mas rara vez á la pereza: y así muchos más se han levantado á una eminente san-

tividad desde el cieno del pecado, que desde el letargo de la pereza.

El fervor y el afecto dan el valor á las obras: éstas son santas si se hacen santamente: las mismas son malas si se ejecutan de paso y con descuido divertido, y con lo que habíamos de acaudalar premio, negociamos la pena.

Cuanto añades de diligencia otro tanto ganas de agrado de Dios. ¡Ay de los perezosos! Como el agua ni fría ni caliente provoca el vómito, así la obra hecha con tibieza el desagrado y displicencia del cielo.

DIA DOS.

Los que sobresalen en nobleza, en ciencia ó en ingenio, estos deben practicar más que los otros, la abnegacion de sí mismos; porque de lo contrario harán más daño, que los que ni son nobles, ni sabios.—S. Ignacio en Barthol. l. 4.

Grandes ingenios están expuestos á

grandes peligros, si el imperio de la virtud no los gobierna: la espada más aguda penetra más, y á más puede lastimar.

Ninguna cosa moderna se puede esperar de grandes ingenios: ó del todo se aplican á la virtud, ó del todo se desenfrenan. De ningunos otros las comunidades reciben más daño, que de grandes entendimientos, poco disciplinados.

No hay título, ni fundamento de gloria en la nobleza del linage, ni en la grandeza del ingenio, si la falta de la virtud los abate á la condicion de los plebeyos, é ignorantes. Ambas calidades contribuyen más al desprecio que á la recomendacion, de quien las posee.

Quien logra grande ingenio, por lo ordinario carece de prudencia: faltando esta se expone al precipicio, como cuerpo sin ojos, y carroza sin cochero. Un ingenio mediano, como se acompaña de igual juicio, promete mayor utilidad.

DIA TRES.

Para que se deje lo bueno, que se está haciendo, suele el demonio incitar á cosas mayores: y despues les opone tales y tantas dificultades, que embaraza el que se hagan.—S. Ignacio, en la dife. de los Espir.

El demonio impide lo presente con la esperanza de lo futuro. Esto, si llega á ser presente, tambien se esfuerza á impedirlo: y así dilatándolo todo, jamás se ejecuta cosa digna de Dios, y del cielo. Con la dilacion de la ganancia, así como ninguno se hizo más rico así tampoco será más santo.

El que te prometió hoy el premio de tu obra buena, no te prometió el dia de mañana: la vida vuela, y cuando menos se piensa, se desaparece. ¿Cuál será entónces el fruto de los propósitos? Despreciamos lo de hoy; lo de mañana no llegó: quedamos en fin con las manos vacías.

¿Cómo ejecutará mañana cosas gran-

des, el que hoy tuvo dificultad en obrar las pequeñas? El que hoy no pudo sustentar una carga ligera, ¿cómo podrá mañana sufrir una desmesurada? La práctica de cosas pequeñas funda esperanza para las mayores.

La mayor parte de los hombres se muere esperando: dilatan el vivir bien hasta que llegan á un estado, en que aunque quisieran, ya no pueden, ocupándoles la muerte todos los pasos tanto mas arriesgada, cuanto ménos apercebida.

DIA CUATRO.

Trate el Superior á sus súbditos de tal suerte que vivan alegres y sin queja y sirvan á Dios con corazon quieto.—S. Ignac. vida de Nolarc.

Los continuados azotes crian costumbre y hacen perder el sentimiento con la repetición; ni de ellos se saca otro fruto que el desprecio del castigo y del que lo manda.

Un alma encallecida al miedo cada dia se hace peor y sacudida una vez la vergüenza se muestra más atrevida á lo malo, ni es fácil reducirla á la sujecion despues, ni por bien, ni por mal.

Una reprension fuera de tiempo y coyuntura, tiene el mismo efecto que una medicina violenta; daña mucho más que la enfermedad: es un remedio peor que el mal, el cual quita la vida con mas aceleracion que la enfermedad á quien el tiempo y una mano blanda hubiera sin duda corregido.

El Superior aprenda de Dios el modo de corregir. ¿Cuántas veces disimula? ¿De muchos que pecan, cuán pocos castiga? Ya ninguno, segun lo que merece. ¿Dónde estuviéramos, si su justicia nos castigara á la medida de nuestras culpas?

DIA CINCO.

En el noviciado de la virtud se debe

mortificar el hombre viejo con tal moderacion, que no se destruya el hombre nuevo.—S. Ign. en Barthol.

Lo que en breve tiempo crece, presto se acaba. Es ardimiento de la juventud querer con un solo paso medir todo el camino de la perfeccion; pero la práctica, maestra de todas las cosas, finalmente los desengaña; y con ella, aunque tarde y con daño suyo, aprenden á moderarse.

El fervor primero, si no lo regula el consejo, más daña que aprovecha á la virtud. Si á los caballos la primera vez que tiran de una carroza les permiten correr con todo el ímpetu de su lozanía, antes la harán pedazos que la lleven al término á que la destinaban.

Lo sumamente intenso no puede durar mucho. El Sol, luego que llega al último grado del Zodiaco, comienza á bajar: igual fortuna es la de aquellos, cuya virtud al principio parecia ser de gigante, la cual cada dia mengua: no son necesarios ejemplares: tú

consulta, y aconséjate con la experiencia.

Más durable es la máquina de un edificio grande, que poco á poco sube, y por sus grados, que aquella que de repente sube con una apresurada diligencia. La naturaleza va conduciendo con mucho espacio todos los frutos á la madurez. Grande yerro comete el que comienza á errar desde el principio.

DIA SEIS.

Las cosas públicas que han de pasar por los ojos y juicios de muchos, no deben comenzarse antes de tener muy previstos los medios de conseguir su ejecucion.—S. Ign. en Martini.

Remitir el buen éxito de un negocio á la suerte y á el acaso, es imprudencia: si sucede bien, no debe atribuirse á tu diligencia, sino á la fortuna. Es un temerario el que camina á

un término é ignora el camino.

Tarde saben aquellos, que olvidados de lo futuro, son hombres solamente de el dia de hoy. Ningunos males deben ser más temidos que los que no enviaron delante el miedo por el precursor de sí mismos. Los tiros prevenidos hieren ménos que los repentinos.

Tarde se le aplica el medicamento á una enfermedad, que habiendo puesto al doliente en el último riesgo, entonces conoce su negligencia, con la que dejó tomar vuelo, y á quien un ligero medicamento preservativo la hubiera impedido.

¿Qué maravilla es caiga un ciego, que no conoció si donde fijaba el pié era hoyo ó tierra llana? Los ojos del sabio están en la cabeza; los del necio en los piés: aquél en el principio discurre los medios; éste se arrepiente, al fin, de haber errado. ¡Tarda é infructuosa penitencia!

DIA SIETE.

Las faltas, que por fragilidad humana vieres en otros, deben ser para tí un espejo en quien registres, lo que en tí debes enmendar.—S. Ignac. en Rivaden.

Todas las acciones de tu prójimo te han de servir de enseñanza: ninguna hay de que no puedas sacar reglas, para ordenar tu vida. Las buenas son otros tantos estímulos para la virtud; las malas sirven de cautela para huir-las.

Los boticarios saben preparar medicamentos útiles del veneno: con arte más preciosa y con provecho más cierto puedes tú convertir las faltas ajenas en medicina de tu fragilidad. Donde otro resvaló y cayó, huye tú de poner tus pies.

La ciencia que se adquiere á costa de peligros propios, se compra muy cara: dichoso aquel á quien enseñan los ajenos; tarde conseguirá la virtud

el que la ha de aprender en sus caídas propias. Caminar entre peligros, no puede dejar de ser peligroso.

Nadie debe fiarse de su virtud, mucho ménos de su prudencia: atienda á los ejemplos; ésta es la senda más breve y más segura; el que la menospreciare, tema perdido el camino, los castigos de su temeridad.

DIA OCHO.

Cada uno procure primero tener la aprobacion de su conciencia; despues con facilidad conseguirá la de los otros.—S. Ignac. en Rivaden.

El mejor fiscal es tu conciencia: esta vé, lo que á los demás está escondido: si ella te dá por libre de toda la culpa, si te declara por digno de alabanza, fácilmente encontrarás la aprobacion de los demas y todos se conformarán con su parecer.

Como es difícil que el fuego esté oculto sin que por algun indicio se

manifieste, por más encerrado que esté en las entrañas de la tierra, dando la noticia de sí mismo, ya con el calor ya con el humo: así con dificultad se ocultan vicios interiores.

Tiene contra sí la conciencia sus traidores. Lo que nos parece que está secretísimo en lo profundo de nuestros corazones, lo descubre el rostro y tal vez los ojos, y en este teatro, con dolor tuyo, se aparecen todos tus afectos, que juzgabas tenias cubiertos con un velo.

El que dentro de su conciencia tiene los materiales de alabanza ó de reprension, por sí mismo es feliz ó desdichado. Por tanto tu principal cuidado debe ser, que tu conciencia no te acuse. Y así examina todos los dias el parecer de ella.

DIA NUEVE.

Todo se ha de hacer de suerte que no se tenga por fin la alabanza de la accion, pero ésta sea tal, que no sea

digna de reprehension.—S. Ignac. en Rivaden.

Buscar la alabanza, es vanidad; conseguirla, es dicha; merecerla, es virtud: estando pues la alabanza en mano agena, negociarla con ansia, es trabajo de simples. Busca la virtud, que siempre se halla, y pon en esto tu empeño.

Tus obras sean de oro, no doradas tan solamente; esto es, sean buenas, y no te contentes con que lo parezcan: merezcan premio, mas no lo compren: este no lo podrás conseguir de ojos y de juicio agenos; has de llevar contigo todas tus cosas.

No pierde su valor el diamante, porque un ignorante no lo conozca; tanto vale cuanto pesa, sobradamente rico con su valor intrínseco. A aquel tengo por digno de alabanza, que dentro de sí solo guarda lo precioso.

No podemos evitar la censura de ojos agenos, porque éstos se hacen jueces sobre todos. Por tanto en el

público se debe obrar de tal suerte, que nada se vea que no sea compuesto y del todo sin reparo y perfecto. Mayor pecado hace el que peca con testigos.

DIA DIEZ.

Primero debes tener entero conocimiento de la persona, que te empeñes en su amistad.—S. Ignac. en Rivaden.

Quien recela anegarse, tienta primero el vado, ántes de empeñarse con el Rio: conviene ir con la sonda en la mano, no sea que buscando el puerto, se encuentre ántes con el sepulcro. ¡Cuántos escollos están encubiertos con aguas mansas!

No hay cosa más profunda que el corazon humano: tiene muchos escondrijos y no hay vista tan perspicaz que los penetre: no le puso ventana la naturaleza: pudiera desearse, más no puede esperarse. Es, pues, ines-

crutable el corazon del hombre.

Pero un arte vence á otro arte: hay con todo esto camino, si nó patente, á lo menos excusado, por el cual se penetra á lo más secreto del corazon: éste es el de los afectos, los cuales, áun sin quererlo, como tambien las acciones, manifiestan el ánimo interior, cuando se obran sin la refleja de ser observadas.

Apreciable es un amigo; pero haz grande exámen para elejirlo; no sea que, deseando un diamante, te halles con un vidrio: ambos tienen un color, pero, cuantos más son los vídrios que los diamantes, tanta es la diferencia de su valor. Y de los que pueden ser amigos, escoje siempre el mejor.

DIA ONCE.

Ay! Y cuanto pierde no solamente de la libertad, sino tambien de la autoridad y buen nombre el que recibe dones.—S. Ignac. en Rivaden.

El pez cogiendo el cebo, es cogido,

y con una dañosa conmutacion pierde más que gana: gana un gusano y piérdese á sí mismo. No es mejor la condicion del avariento: recibe el don y pierde la mejor parte de sí mismo, cual es la libertad.

Desear con ánsia los dónes es indicio de genio apocado: este género de hombres interesados nada hacen sin logro: un alma superior á las vulgares, no se deja prender de las cosas terrenas de tal suerte, que haga más estimacion de lo útil que de lo honesto.

Pero aquello de verdad seria feísimo, si de cosas espirituales se hiciese grangería, y se convirtiesen en fomento de la avaricia las que debian ser instrumentos para extirparla. Con todo esto sucede, que el resplandor del oro ciega de suerte, que áun lo eterno se obliga á servir á lo perecedero.

Si acá recibes el premio de tu trabajo, no tienes que esperar en lo venidero. Por lo poco pierdes lo inmenso: esto no es ganar, sino perder y cazar la sombra por el cuerpo que la hace.

DIA DOCE.

Nada se debe resolver mientras dura la pasion ó el grande caimiento del ánimo; sino en habiendo pasado el fervor, se ha de elegir lo que una mente serena, no lo que el ímpetu y ardor persuadiere.—S. Ignac. de la Elec.

La madura deliberacion debe tener tanta parte en determinar los negocios, que todo quanto sin ella se ejecuta, no merece alabanza; porque más se ha de atribuir al acaso que al consejo de la razon: ésta sola pone distincion entre el bruto y el hombre.

Darse prisa y errar, son dos cosas que viven juntas. La perra pare sus cachorros ciegos, porque los pare de prisa. Una repentina resolucion es fácil; mas por lo ordinario sin efecto é inútil: es mala consejera la apresuracion; nada sugiere con moderacion.

Y si se ha de pensar despacio, lo que se ha de resolver en negocios tempo-

rales; ¿cuánto más necesario es el consejo en aquellos, que tocan á el alma y á la eternidad, en quienes el yerro es más fácil, la enmienda, si es que la tiene, más difícil?

Mucho es, lo que el tiempo enseña; espera un poco: muchas veces la detencion te dará el consejo, que no pudieras esperar del hombre más sabio. Dilata lo que has de hacer, que lo una vez hecho no puede deshacerse.

DIA TRECE.

De tal suerte se ha de componer el hombre interior, que de él se derive la compostura en el exterior.—San Ign. en Nolarci.

La exterior compostura del hombre, si no dimana de la interior, como de raiz, más cerca está de ser ficcion que modestia: la cual ni merece el nombre de virtud, ni jamás podrá tener su duracion.

Como las ruedas de un reloj ma-

nifiestan en la muestra exterior, si caminan concertadas, y del movimiento de la manecilla se conoce su buena constitucion; así la naturaleza nos puso en el hombre exterior una divisa cierta, para conocerlo interiormente.

La interior quietud de un alma, le es provechosa á ella misma: la exterior, á los otros. Ninguno es cabalmente bueno, si no las posee ambas; porque de la junta de las dos se origina la satisfaccion propia y la pública edificacion.

El tesoro, mientras está escondido, es inútil; la compostura interior, cuando es sola, te aprovecha á tí y no á los otros: la exterior sola, aprovecha á los otros y no á tí; mas si ésta segunda es hija de la primera, esta y aquella aprovechan igualmente; la una á los otros, y ambas á tí.

DIA CATORCE.

*El que intenta reformar al mundo,
comience por sí mismo: de otra suer-*

te perderá el trabajo y el fruto.—
S. Ign. en Barthol. l. 4, p. 36.

Así fué y así será siempre: de lo superfluo se tendrá mucho cuidado: lo necesario se despreciará. Solicitas con grande empeño que todos vivan sin faltas; hazte á tí mismo ejemplar: luego que consigas esta perfeccion, podrás pasar seguramente á la reformation del mundo.

Si la décima parte de los cuidados que gastamos con otros, la aplicásemos á nosotros mismos, ¡qué otros seríamos de lo que somos! Mas como el principal cuidado es de los otros, en nosotros es menor el aprovechamiento; y en los otros ninguno: porque ninguna causa puede comunicar mayor perfeccion, que la que ella tiene.

¿Quieres enseñar á otros? Hazlo con el ejemplo: enseña con este, cuanto quisieres que se haga: sé tu de tí mismo primero un discípulo dócil, y entónces espera que tendrás muchos. Segar tan sólamente mieses ajenas, es

segar mucho, y encerrar en tus trojes poco; es trabajo, pero sin provecho.

Y si por ventura tus obras son contrarias á tus palabras, más dañas que aprovechas; porque una enseña exagerada con tantas alabanzas, despreciada del mismo que la ensalza, da á entender que en su ejecucion es imposible.

DIA QUINCE.

Si el pecado de tu prójimo fuere tan evidente, que no admita la excusa de la buena intencion, no condenes por eso al delincuente, sino á la violencia de la tentacion, á la cual tú te hubieras rendido, y ejecutado lo mismo ó cosa peor.—San Ignacio en Barthol. f. 387.

Del frágil debemos compadecernos, mas no hacer mofa, no sabiendo lo que nos sucederá: á quien hoy la suerte dejó libre, mañana le podrá coger; porque estamos sujetos á la desgracia

mientras vivimos en este mundo.

Siempre que vieres la fragilidad de un hombre, cree que es un aviso, para que te acuerdes de la tuya aprendiendo á ser cauto, y no á menospreciar al caído; porque muchas veces una mayor caída suele ser pena del desprecio del otro.

Cuando un cachorrillo gime, castigado acaso, el leon asustado tiembla: no te fies de tu vida inocente ya pasada, ni tan solamente de tus propósitos, para no tener recelos de caer; porque esto fuera presuncion. Si las estrellas, esto es los ángeles, cayeron del cielo, ¿qué podrán esperar los tizonas? Pecados de otros sean tu enseñanza.

¿Quién te ha constituido fiscal de palabras y obras ajenas? ¿Con qué autoridad te abrogas el oficio de Juez? Mayor número hay hoy de intérpretes que de autores: mayor número de jueces que de reos; sino es que contamos entre los reos á los mismos jueces, por serlo de haber violado la caridad cristiana.

DIA DIEZ Y SEIS.

Para procurar la salud espiritual del prójimo, es necesaria autoridad; mas no aquella que dimana de la vana autoridad del mundo.—San Ign. en Barthol.

Una cosa es fausto, otra autoridad. Fausto es el que nace de la ciencia, de la nobleza, de la honra y de otras dotes de naturaleza. Autoridad es la que produce un ajustamiento de vida inculpada: cuanto ésta es más util para ganar almas, tanto es más dañoso el otro.

Para la autoridad no es necesaria una ciencia admirable, un grado eminente, ni grandes riquezas. Sin esta costa se puede adquirir. Todas sus riquezas son la virtud, y una profunda humildad de corazon.

Una gravedad sobresaliente más espanta que aficiona y atrae: más ciertamente engendra menosprecio que amor: sin éste toda diligencia es sin

fruto; porque los corazones no se dominan con violencia, si ellos no se sujetan de su bella gracia.

Un cuello derecho; una frente encapotada y severa, más son muestras de enemigo, que de amigo; más proporcionadas para huir de ellas, que para sujetársele. No hay método más seguro de rendir los corazones de los hombres, que usar de las minas: á una afabilidad blanda y humilde, todo lo interior se rinde y descubre, que con mil candados se hubiera cerrado antes al fausto y sobrecejo.

DIA DIEZ Y SIETE.

No seas jamás pertináz; mas en lo bien comenzado prosigue y persevera de suerte, que no te rinda á la fuga indecorosa una torpe desconfianza.—S. Ignac. en Bartholi.

Como la perseverancia en lo bueno es digna de alabanza, así no debe vituperarse tomar mejores y más acor-

dadas resoluciones: porque apartarse de un yerro conocido, no es ligereza, sino señal de un entendimiento que conoció lo mejor y lo abraza.

Grande soberbia es, ó mejor decir, necia perseverancia, aquella obstinada tenacidad de el dictámen una vez formado; que aquello que dijo sea lo que fuere, ha de ser tan fijo y quedar por tan sentado que quiera más buscar razones para excusar el error, que enmendarlo, mudándolo.

¿Quién hay tan advertido que crea de sí, que ni á él mismo ni á otro alguno se le pueda ofrecer cosa mejor que lo que él una vez pensó? Creerse, pues, uno, que no puede haber otro más prudente que él, es un fausto y soberbia inaudita. Del sabio es mudar su dictámen habiendo motivo.

Tratar con un hombre duro, es durísima cosa, para con quien ni razon alguna tiene peso, ni consejo, que no sea parto de su entendimiento, tiene lugar. Cuanto uno es más sábio, tanto es más dócil y más obediente á la razon.

DIA DIEZ Y OCHO.

Poco importa servir al mundo con descuido: lo que es intolerable es servir á Dios con negligencia.—S. Ignac. en Maseo.

Servir al Príncipe con descuido, es un menosprecio no un obsequio, más digno de castigo que de premio; porque, cuanto se le junta á la obra debida de negligencia, otro tanto pierde estimacion y precio para con el Señor por quien se hace.

Poder servir á Dios, debe juzgarse una gracia no vulgar: ésta se dá á aquellas á quienes Dios destinó á una eternidad bienaventurada, á la cual, correspondiendo con tanta frialdad, te pones á peligro de perderla, porque merece perder la gracia quien no la estima.

El mundo premia á los suyos con humo; Dios con el Cielo: cuán grande es la diferencia del premio, tanta debe ser la ventaja que ha de haber en-

tre un servicio y otro. Vergüenza grande será que andemos más solícitos por las cosas momentáneas, que por las eternas.

¿A quién se debe mayor cuidado que á la virtud? ¿A quién está más obligada nuestra solicitud, que á el que cuida de todo? Despreciarlo todo está tan léjos de ser vicio, que es cosa digna de alabanza; pero en la prosecucion de la virtud ser negligente y descuidado, es cosa que no puede excusarse con algun título.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Raro será el que conozca enteramente todos sus defectos, si Dios no se los revela con especial revelacion.
—S. Ignac. en Martin.

El peor estado de un enfermo es aquel en que no siente, ni conoce la grave enfermedad que padece. Y así, como se han de dar parabienes á un enfermo que conoce estar malo, tam-

bien el ver y conocer sus defectos es felicidad. Uno y otro aplicando el cuidado concibe la esperanza, ó de su enmienda ó de su salud.

Somos por naturaleza ciegos: como ninguno puede verse su rostro, así tampoco sus faltas: son estas tan disimuladas y sutiles, que la vista más perspicaz con dificultad las distingue de las virtudes.

Poca habilidad tiene el que no sabe excusar sus yerros: este arte la aprenden los niños sin maestro: si nó se pueden excusar fácilmente, á lo ménos se les puede dar buen color: no es muy dificultoso ponerles un buen nombre que les sirva de velo.

El amor propio domina en el mundo y cria tantas nubes en los ojos, que á todo lo que es propio, lo santifica: si las faltas se conociesen tales, fácilmente se enmendáran, pero como viven escondidas echan raíces profundas.

DIA VEINTE.

Los que cuidan del aprovechamiento de las almas, de ninguna otra cosa necesitan más que de espíritu, para que no se arriesgue su salvación, cuando se procura la de los otros.—S. Ignac. en Rivaden. l. 7, cap. 17.

Muchos Pastores hay, que no buscan el bien de sus ovejas, sino su lana y su leche: no el que ellas vivan eternamente, sino que ellos pasen bien su tiempo. ¿En qué se distinguen estos de mercaderes y de jornaleros?

Que viva del Altar, el que sirve al Altar, es tolerable; pero querer del Altar alimentar el fausto, fomentar la vanidad y mantener los desórdenes, ésto será desperdiciar el patrimonio de Cristo, y hurtar del Altar mismo.

Cuidar de las ovejas y no del propio aprovechamiento, es perderse á sí mismo y no ganarlas á ellas; hácese pocas conversiones, porque son raros

los Pastores buenos: lo que edifican con la palabra, destruyen con sus obras: más escándalo causan, que edificación.

La vocacion para cuidar de almas, debe examinarse mucho: si en ella entra á la parte el motivo del sustento y del aprovechamiento, para evitar por este camino el trabajo, se mira más por el cuerpo que por el alma: de esta suerte unos ciegos se hacen guias de otros ciegos y con el riesgo de todos ellos.

DIA VEINTE Y UNO.

Quiero y no quiero, no viven bien en una casa.—S. Ignacio en Barthol. l. 3, n. 27.

En el templo de la Paz no pueden tener lugar los que la turban: todo cuanto turba la quietud, nace de la voluntad: en mandando esta, la guerra es perpétua; ni hay esperanza de paz, hasta tanto que esta se sujete á la razon.

Entre las cosas que se deben dejar por Dios, la primera es la voluntad: siguiendo á esta, nunca llegarás á Cristo: ningun enemigo tienen las Religiones ni nosotros mayor que ella: si esta se destierra, toda dificultad está vencida.

Querer alguna cosa, ó no quererla, á nadie hace dichoso: el que ha conseguido esto de sí, se ha libertado de todos los cuidados: nada teme, por nada se entristece, nada encuentra que le dé pesadumbre. Así viven en el Cielo los Bienaventurados: nada apetecen; de nada se recatan y por esto es un Cielo antes del Cielo.

No hay camino más cierto para el Cielo, que vivir sin voluntad: si de ella te desnudas, todas tus acciones, todos tus movimientos se convierten en mérito: cuantos pasos das, tantos escalones subes hácia el Cielo: por decirlo mejor, no caminas, sino corres al Cielo.

DIA VEINTE Y DOS.

Si el cuerpo se queja de la molestia con el pretexto de ser dañosa á la salud, no debe ser oido en cuanto á dejarlo libre del todo; debe mudarse aquella molestia en otra igual.—
S. Ign. en Barth. fol. 218.

La sensualidad es una raposa muy astuta: para huir de la molestia finge enfermedad: el negocio es grave: si el amor propio ha de dar la sentencia á Dios de mortificacion, vivirá la sensualidad; pero vivirán con ella los vicios.

El que dejó todas las cosas por Dios, no es razon que mire tan escrupulosamente por la salud, que tema los peligros remotos de ésta más que los daños del alma; sino es que quiere que muera la virtud, y viva y mande la sensualidad.

Yo te quiero sano, mas no delicado. Hay tantos géneros de mortificacion sin daño, que no hay para qué

recelar en ellos peligro alguno de la salud, los cuales ni causan ménos molestia, ni tampoco son de menor mérito.

Los que cuidan más de su salud son los que se mueren más presto: los que se tratan mal, son los que más viven; porque el regalo ablanda los miembros. Cuantos son los vicios, tantos son tus verdugos: y cuantas las virtudes, tantas son las guardas de tu uida. ¿Quieres vivir mucho? Procura ser virtuoso: esta es medicina de ámbas vidas.

DIA VEINTE Y TRES.

Con los seglares, para tratar las cosas pertenecientes á sus almas, el tiempo más oportuno es la mañana: para los negocios profanos el de la tarde.—S. Ign. en Riv.

La aurora no es tan solamente buena para el estudio; lo es tambien para el ejercicio de las cosas espirituales!

es hora de oro, no divertida con especies ni turbada con negocios: recibe la enseñanza con más prontitud, y la retiene con más tenacidad. Lo primero es justo que se consagre siempre á lo que es primero.

Por la mañana se vencen más fácilmente los impulsos de la naturaleza cuando se han de tratar negocios de la voluntad sola; despues del medio-día hay más enemigos: la comida y la bebida despiertan los vicios: la pereza y la concupiscencia tocan al arma. ¿Quién podrá hacer rostro á tanto enemigo?

¡Cuán diferente es un hombre por la mañana, que por la tarde! Por la mañana es un cordero; despues de medio dia un leon: por la mañana respira todo en devocion; por la tarde en amenazas y valentías. Todo este ardor nace de la comida, que altera las pasiones: tira coces un jumento cuando está harto.

Hase de preparar el ánimo por la mañana y prevenir contra todas las

acometidas, para que en lo restante del dia ninguna peste le ofenda, y así conviene la medicina preservativa. Poniendo por la mañana el escuadron en batalla, no hay que temer al enemigo por la tarde.

DIA VEINTE Y CUATRO.

Nada que por sí mismo no sea malo se debe evitar por el abuso que de ello se hace; de otra suerte se cerrará el camino á grandes acrecentamientos de la Gloria divina.—S. Ignac. en Gonz. de Can. M. S.

No hay cosa tan santa de que el malo no pueda usar mal, ó por acaso ó por vicio, como no hay flor tan inocente de quien la araña no pueda sacar veneno: con todo esto, ni la araña le podrá quitar el uso á la flor, ni el abuso el precio á la cosa buena.

Todas las criaturas por sí mismas son inocentes, aunque el mal uso las acuse de reas: no son ellas, sino su

mal uso, el que nos precipita en culpas: bueno es el vino y buena la espada; pero el mal uso de aquel nos ocasiona el daño propio y el de aquella el ageno.

Si alguno quisiese quitar todas las ocasiones del mal, necesitaba de quitar del mundo todas las cosas; porque de todas ellas se puede usar bien y usar mal. ¿Qué cosa hay más sagrada. que las divinas escrituras? Con todo esto de ellas mal entendidas han nacido todas las heregías.

Ninguna cosa hay cabalmente perfecta. Todas las cosas criadas están llenas de lunares, y aquella se tiene por mejor, que tiene ménos. El sol mismo hace sombras, y no por esto lo debemos desterrar del Cielo.

DIA VEINTE Y CINCO.

Al que tiene el cuidado de almas, más le importa onza de santidad con buena salud del cuerpo, que una

grande santidad con onza de salud.
—S. Ign. en Lyreo, fol. 353.

Entre un religioso y un apóstol hay grande diferencia: el religioso, aunque esté enfermo, puede satisfacer á su obligacion: el apóstol ni áun llegar á ella puede. Toda la obligacion del primero es interior; exterior la del segundo.

Lo que una espada sin empuñadura, esto mismo es un zelo sin fuerzas: ni uno ni otra puede ejecutar quanto quisiera. Un grande ánimo sin salud es un cuerpo sin manos: puede pesar; mas nada puede hacer de operacion.

La salud te conserva á tí, pero aprovecha á otros: como no vive para sí, sino para los otros, así sin la salud, aunque sea un grande Santo, nunca podrá ser un mediano Apóstol.

Pero esta salud se ha de cuidar de suerte que no dañe á la santidad. Muchas veces no hay cosa que más daño haga á la santidad que el cuidado nimio de la salud, con cuyo pretexto se

alimentan los vicios y se encubren las pasiones. Esta salud no ayuda al zelo, sino le destruye.

DIA VEINTE Y SEIS.

Por ventura te puso Dios en este mundo, para que vivieses en él como si no hubiese cielo é infierno? ¿O salvarse, es cosa tan fácil, que no necesite de ponerse gran cuidado en ello?—S. Ign. Epist. ad Eccles.

Ay! y cuan crasa ignorancia y olvido de las cosas eternas reina en el mundo: vívese para vivir. Como si nunca hubiésemos de morir, así vivimos olvidados de lo futuro; y como si no hubiese quien castigase pecados y galardonase merecimientos.

Las culpas de tal suerte apagan la luz de la razon, y las pasiones así ofuscan el entendimiento con tan espesa niebla, que causa hastío, ó nada aprovecha pensar en la otra vida, extinguiendo todo el sentimiento la pereza.

Nos llamamos católicos de nom-

bre; mas esto lo niegan nuestras costumbres: más semejantes á ateistas, ó por mejor decirlo á brutos, porque todos estamos sumergidos en los sentidos, habiendo la naturaleza dado al hombre un rostro levantado, y mandándole mirar al cielo, para mostrarle á dónde y por qué camino habia de ir á él.

¡Qué tarde será cuando estos abran los ojos! para decir: luego erramos: mas la penitencia tardía, apenas y rara vez es verdadera: suele ser deseo de vida más larga, pero no mejor; vive de suerte, que no tengas de que arrepentirte: obra de suerte, que ni temas el morir, ni te avergüences de vivir.

DIA VEINTE Y SIETE.

Si ahora nos sobreviniese la muerte, ¿qué sería de nosotros? ¿Qué cuenta daríamos de las riquezas, de tantos beneficios, y de los compañeros, que por ventura se han perdido por

nuestra causa?—S. Ign. en el mismo lug.

Desdichado de aquel, que entónces comienza á ajustar sus cuentas, cuando ya está cercano á partirse. La muerte asalta desde emboscada, y así de repente llega y oprime: Dios que hoy ofrece el perdon, no te ha prometido el dia de mañana.

De tal suerte debes vivir, que tu vida sea una continuada preparacion para la muerte: nada se ha de dejar para aquella hora, en la cual las diligencias nada aprovechan. La última hora de nuestra vida es de todos ignorada, para estar en todas prevenido.

Pensamos en la muerte como en una cosa, que está apartadísima de nosotros, estando ella á nuestras espaldas, y quitando de enmedio, al que nada menos pensaba en ella, sin distincion de puestos, ni de edades.

El que quisiere morir bien, comience á morir desde ahora; disponga todas sus cosas cada dia, como para mo-

rir: porque en instando la muerte todo falta; las fuerzas, los sentidos, el tiempo, y nada se hace ménos, que aquello que se dejó para entónces. Justo castigo de Dios, que el que no quiso cuando pudo, no pueda cuando quiere.

DIA VEINTE Y OCHO.

El demonio unas veces quita todo el miedo para que no caigas; otras le aumenta para que te retires; y ambas cosas para tu daño.—S. Ign. en Nolarci.

Es astutísimo artífice el demonio: cuando tienta, disminuye el delito á que incita, para facilitar: cuando ha conseguido, aumenta su grandeza, para inducir desesperacion: de esta suerte con mil trazas nos engaña.

La inocencia de tu vida pasada te puede ser de consuelo, mas no de confianza: ninguno de los que arden en el infierno dejó de ser bueno en algun tiempo: no haberlo sido, sino haber

perseverado inocente, quita todo miedo.

Conoce muy bien el tentador infernal el precio de un alma, por quien, para ganarla para sí, anda tan solícito. Si no fuera tan preciosa, no tuviera de ella tanta hambre. Avergoncémonos de nuestro descuido, con el cual nos acreditamos de menos solícitos para salvar un alma, que él para perderla.

Mientras el tesoro es mayor, debe ser mayor su guarda. El alma es eterna: por ella contienden cielo é infierno: el temor y la confianza le dañan igualmente: hase de tener un medio: ni la esperanza excluya el miedo; ni el miedo se aparte de la esperanza.

DIA VEINTE Y NUEVE.

Jamás debes contradecir á otro, sea con razon ó sin ella: y siempre debes abrazar lo que otros aprueban.
—S. Ignac. en Lyreo.

La llama se aumenta, irritada con

soplos; y tanto sube más alta, cuanto ellos fueren más vehementes; y no se apagará mientras ellos duraren. Si callas, cerrarás la boca del más porfiado.

Tu dictamen propio es quien te punza, no la mordedura del otro: ninguno recibe daño, sino de sí mismo: si tu no admites la herida, has evitado todos tiros. Como en lo blando no hace impresion el golpe; así tambien, si con un ánimo quieto recibes y oyes, has burlado todas las intenciones de ofenderte.

Es señal de alma flaca, y delicada sentirse de todo: la firme y grande sabe disimular, y convertirlo todo en provecho propio; porque si alguna vez siente la herida, ó la toma por prueba de su virtud, ó por castigo de su culpa.

Ser calumniado de los malos, es cosa muy ordinaria: nadie les dá crédito; si no es que tú, con fuerza de escusarte, les das motivo: calla, y has vencido. Con disputas nada se aprovecha: ofende la caridad, y la verdad nunca se aclara.

DIA TREINTA.

Lo que en los libros está inficionado de veneno, cunde latisimamente; si no es que con tiempo se le aplica el remedio.—S. Igna. en Rivaden. l. 5, c. 50.

Desgraciada es la pluma y autora de grandes calamidades; y entre tantos males como causa, es el peor, no tener curacion. Lo escrito permanece. pasa de mano en mano, inficiona los siglos; daña á todos y siempre.

Los demás venenos pierden finalmente sus fuerzas: los que están en los libros, duran siempre; hacen su efecto en grande distancia, y penetra su mal al lugar, donde su autor no puede.

Por esta causa tú pon ley á tu pluma; y sea, que ella jamás estampe cosa digna de la oscuridad y las tinieblas, con que la vista inocente puede ofenderse: ó para confundir los monstruosos abortos de otras plumas con parto más feliz. Escribe lo que pueda aprovechar al que lo leyere.

Los venenos, aunque cubiertos con oro, dañan. Una erudicion, buscada entre suciedades venenosas, te hará más sabio, pero te hará tambien malo: no se leen estos escritos sin riesgo: porque el mal se pega, áun á los que no lo quieren. Huir es vencer.

DIA TREINTA Y UNO.

No es conveniente acometer de repente á los que están aprisionados de sus conveniencias, con los negocios de su alma; porque esto sería lo mismo, que arrojar un anzuelo sin cebarlo primero.—S. Ign. en Barthol. l. 4, núm. 20.

El madero no concibe luego al punto la llama: primero se seca; luego se va caldeando por sus grados; y así por intervalos se dispone, para que él mismo apetezca el fuego, á que antes hubiera resistido con todas sus fuerzas: de esta suerte ha de ser inducido blandamente un ánimo á aquello de

que por su naturaleza tiene horror.

De la conversion de ninguno debe dudarse; porque cualquiera cosa se puede formar de otra cualquiera, con tal que la prevengas con las disposiciones convenientes; y á tí en suma no te falte el modo, y forma de tratar los amigos.

Las repentinas mudanzas son obras de Dios, no de los hombres: á nosotros nos enseña la naturaleza y el arte á obrar despacio y por sus grados: intenta, pero suavemente: acomete amigablemente, como por mina secreta, al prendado de su vanidad, que en breve le irás apartando de las cosas terrenas á el amor de las eternas.

Si tu primer lance no fuere afortunado, tén buen ánimo; mas no seas importuno: porque aquella piedra á quien una gota de agua, cayendo poco á poco y sin ruido, podrá cavar, si se deja toda caer con ímpetu, la hará pedazos y quedará inútil.



DIA PRIMERO DE SETIEMBRE.

Los hombres de una eminente virtud, aunque de corta sabiduría para ayudar á los prójimos, predicán elocuentemente con sus obras; y con su vista persuaden más eficazmente á la virtud, que pudieran hacerlo, si estuvieran muy versados en la ciencia del bien hablar.—S. Ignac. en su vid. Barthol. f. 388.

Una cosa es la verbosidad, otra la elocuencia, Reina de los ánimos. Habladores son innumerables, señores de los ánimos pocos: porque son muchos los que cuidan demasiado de lo que han de decir, pero muy pocos de lo que han de obrar.

Las palabras vuelan, no punzan el corazón, sino toman su peso de la virtud: el que quisiere persuadir esta á

los otros, persuádasela primero á sí mismo: de otra suerte su predicacion será ineficaz; hará ruido, mas no moverá los ánimos.

Son dignos de risa los juicios del vulgo: tiene y alaba por los mejores Predicadores á los que hablan más, y á quienes su estudio ó su genio les ministra prontamente una inundacion de palabras: como si el verdadero y sólido juicio se hubiese de fundar sobre el aplauso de los hombres, y no sobre la mocion de los ánimos.

Más fácilmente y con más eficacia se enmiendan las depravadas costumbres de el pueblo con la santidad de las tuyas, que con la enseñanza de las voces, aunque esta saliera de mil cátedras ó púlpitos. Primero errará la naturaleza sus operaciones, que el pueblo se aparte y deje las costumbres de sus mayores.

DIA DOS.

Si los ímpetus naturales poco refrena-

dos obligan á prorumpir frecuentemente en palabras y obras ajenas de nuestra profesion, deben mortificarse hasta tanto que nos obedezcan.—S. Ign. en su v. l. 3, fol. 218.

Las fieras deben estar en la cadena todo el tiempo que fuere necesario para que totalmente se amansen y se olviden de que pueden ofender: el mismo rigor conviene usar con las pasiones naturales: de otra suerte á tí y á los otros causáran graves daños.

Mientras vivimos alimentamos dentro de nosotros nuestros enemigos: el fuego está dormido, mas no apagado: está cubierto con la ceniza, y así con poca estopa aplicada se descubrirá, prorumpiendo en un incendio que todo lo abraza.

Las fieras, que parecia estar ya amansadas, recobran con facilidad su natural fiereza: con todo eso, se puede confiar más de ellas que de nuestras pasiones; porque éstas, aún cuando se creian mortificadas, más pres-

to se enfurecen, y más ciertamente dañan.

El que quiere vivir seguro de ser herido, viva armado: ni de día, ni de noche viva descuidado; sino en continua centinela: porque los enemigos no cesarán de estarnos acechando mientras la muerte no nos conciliare la paz segura del sepulcro.

DIA TRES.

Desea que todos te conozcan, así interior como exteriormente.—San Ignacio en Lyreo.

Un hombre nacido para el público y llamado para la utilidad pública, no es razón que se encubra; porque esto sería tapar la luz para que no aprovechase. ¿De qué serviría el oro, si siempre se estuviese encerrado en las entrañas de la tierra?

El fuego, donde quiera que está, se da á conocer por la luz y por el calor: desea ser provechoso á todos,

y á esto se ofrece de su bella gracia. Imita al apostol, donde quiera que estés, dándote á conocer; primero con la luz del ejemplo, despues con el calor de la más santa enseñanza.

Los que huyen de la luz y se ocultan de los ojos y registro de los otros, por lo ordinario son hijos de las tinieblas, y rara vez son buenos. El sol no se recela de que lo vean, ilustra el dia para ser visto, y siempre está haciendo de sí mismo un público teatro.

DIA CUATRO.

No te hagas comun ni familiar de todos: examina despacio cuando tu inclinacion te impela hácia alguno.
—S. Ignac. en Lyreo.

Puedes ser conocido de todos, amigo de pocos, pero familiar de ninguno. Lo fácil se desprecia y lo cotidiano y ordinario pasa á envilecerse: lo retirado causa respeto siempre.

Un libro despues de leído se arri-

ma. Reserva siempre alguna cosa, que el otro pueda esperar de tí; nunca te dejes agotar del todo: quede algo cubierto con velo que pueda excitar el deseo de ser visto.

Los oráculos salen siempre de lo escondido, y por esto suele dárseles mayor crédito. Las cosas patentes á todos y que están á la mano, se estiman ménos: la abundancia disminuye los precios; lo raro los aumenta.

Has de familiarizarte con el prójimo como con el fuego, ni muy cerca de él, ni muy apartado: si te acercas mucho, arriesgas el quemarte; si te apartas demasiado, te enfrias.

DIA CINCO.

Desea ser tenido de todos por ignorante, para ser tenido de Dios por sábio.—S. Ignac. en Lyreo.

Unos son los juicios de Dios; otros los de los hombres: y las más veces del todo contrarios. Los hombres juz-

gan por lo que ven los ojos: Dios penetra lo interior de los corazones, y así elige los que el mundo desecha por ignorantes.

Poco importa el juicio que de tí hicieren los hombres: los discursos y sentimientos de éstos los has de apreciar en lo que el ruido de los mosquitos, ó en lo que el Cielo aprecia las desapacibles voces de las ranas, por cuya causa nunca altera su curso.

Que sea el cieno más amado de un cerdo que las rosas, y que sean de él más apetecidas las suciedades que las perlas; ni á estas las disminuye su estimacion, ni á aquellas su hermosura. No repares en el juicio que de tí se hace, sino en quien lo hace.

Tal eres y tanto valdrás, cual fueres delante de Dios. En el juicio de éste, serás mucho ó valdrás poco: y obtenida una vez su aprobacion, riéte seguro de las mofas del mundo todo.

DIA SEIS.

El mejor modo de obedecer es con la

pronta ejecucion; no esperar ni la necesidad de un mandato, ni su intimacion.—S. Ign. en su Testamento.

Obedecer forzados, es propio de animales perezosos que necesitan de aguijon, y que aprovecha poco, si á las voces no las acompañan los azotes. Los genios nobles con más facilidad se mueven.

Como el que dá presto, dá dos veces; así el que obedece presto, obedece tambien dos veces y debe esperar doblado premio, poniéndole sobre su cabeza dos coronas: una, la obediencia de su ejecucion; otra, su prontitud.

El *amor* y la *mora*, que es la tardanza, no se diferencian en las letras con que se escriben; pero sí mucho en la sustancia: donde hay tardanza no hay amor del que manda ni de lo mandado. El amor ignora la tardanza: cuando se ama, sin dificultad se obedece.

No se siente la carga que se lleva con amor: la pertinacia molesta á sí misma y á los otros engendra la pereza. Porque siempre las cosas duras necesitan de recios golpes para ser movidas, ó de su aliento, ó de su dictámen y parecer.

DIA SIETE.

Debe el Superior corregir las faltas cuanto antes, no sea que, disimulando una ú otra vez, la costumbre tome fuerza de ley.—S. Ignac. en Barthol.

Las malas yerbas, si luego no se arrancan, se dilatan al punto; porque lo malo con presteza se aumenta: la impunidad tiene veces de licencia; perdonando al reo, daña al inocente, como quien no ataja el contagio cuando puede.

La fuerza del ejemplo es pésima en los malos. La naturaleza humana por sí misma, sobradamente inclinada al

mal, no necesita de irritacion; por su genio es arrebatada hácia toda maldad. Donde el rigor no se le opone, todo lo cree lícito.

Ninguno quiere ser malo él solo, busca compañero, y para encontrarse con muchos, no necesita de mucha persuasion; basta su mal ejemplo, el cual, si se deja sin castigo, persuade á que le sigan más eficazmente que una concertada oracion.

Entre los extraños más fácilmente se hallará uno que te haga bien, que uno que te corrija. La reprension dáse á los que se aman: la liberalidad se estiende hasta los enemigos, y el castigo á los amigos solamente: si quieres bien á alguno, nada le toleres sin correccion y castigo.

DIA OCHO.

Véncete á tí mismo; porque, si te vencieres, conseguirás en el cielo una corona más gloriosa, que los otros que son de más blando y templado

natural.—San Ignacio en Carta á Edmun. Aug.

Ó has de vencerte, ó has de rendirte: tienes contra tí enemigo más fuerte, que todo el ejército de Jerjes: tú mismo eres más difícil de conquistar, que una fortaleza. ¡Cuántos conquistadores de ciudades no supieron vencerse á sí mismos!

Cuanto es más noble un alma, que una roca, tanto más gloriosa es la conquista de aquella, que de esta: la victoria de otros enemigos sujeta sus cuerpos, mas no sus almas: la que de tí alcanzáres, sujeta un alma, superior á la tierra y al cielo.

No acuses tu natural: si es otro del que quisieras, cúlpate á tí mismo de que no le enmiendas. No pudo ser el que tú le formáras ántes; pero puede ser el que ahora le reformes: ninguno hay que sea incapaz de enmienda.

Te juzgarás muy feliz, si le hubieras podido escojer; ahora lo puedes hacer con más seguridad. Si le hubieras es-

cogido, aun antes de ser, tu eleccion hubiera sido casual y al tiento: ahora, despues de la experiencia que de él tienes, será más prudente y juiciosa, habiéndole probado; porque siempre se acierta mejor con el consejo, despues de conocido el peligro.

DIA NUEVE.

No se debe usar de aspereza con los de una virtud tierna; porque la desconfianza, que en estos engendra el desabrimiento, produce mayor mal, que bien una reprehension dura.
—S. Ign. en Barthol. l. 3, n. 36.

El fin de la correccion ha de ser la enmienda: el que pretende más, no es padre. ¿De qué sirve una correccion, que ha de producir antes obstinacion, que enmienda? Porque la importunidad del castigo pone de peor calidad los culpados.

A las plantas tiernas, y que aún no tienen raíces firmes, cualquier viente-

cito destemplado las maltrata; á quienes, ni los calores del sol, ni las blanduras del céfiro restituirán jamás su antiguo verdor y lozanía.

¿Quién hay tan desahogado que no se pague de la benignidad de un juez, cuando experimenta su clemencia en lugar del castigo que merecía? Él mismo enmendará su error con el arrepentimiento. ¿Para qué es necesaria otra cosa?

Con la mansedumbre de una correccion conquista el juez el amor del reo, y le obliga á evitar las culpas, por no desagradar al que le ama. Ninguna otra correccion de faltas hay más cierta y segura.

DIA DIEZ.

Contra las cuotidianas asechanzas del demonio es necesario hacer cuotidianas centinelas á horas determinadas, entrando dentro de sí, y examinando con gran diligencia todas nuestras palabras, obras y pensa-

mientos.—S. Ign. en Lyreo lib. 2, cap. 6.

Un huerto necesita de una cotidiana diligencia del hortelano para conservar su hermosura. Si todos los días no se repasan sus eras, criarán ortigas en lugar de flores, y cizañas en vez de frutos.

No basta haber esparcido en la tierra buenas semillas, si las yerbas inútiles no se arrancan: la primera esperanza perecerá en yerba, sofocada de las dañosas. Aprovecha poco el trabajo desamparado de la diligencia.

Nuestro enemigo vela de continuo en nuestro daño, sin cansarse, y busca aquel momento siempre en que menos lo recelamos. A escondidas arroja las malas semillas para que no sean advertidas, sino es de unos ojos muy perspicaces. ¿Mira tú cuantas centinelas pida tan grande vigilancia?

Si tú te duermes, das mala cuenta del tesoro que se te ha confiado; tu inocencia es una joya, á quien el in-

fierno está siempre acechando. No debes perdonar diligencia alguna para guardarla. Con esta moneda comprarás el cielo, para el cual ni hay otra, ni camino más seguro.

DIA ONCE.

Si has prometido algo para mañana, mejor harás cumpliéndolo hoy, que dilatándolo á mañana.—S. Ign. en Orland. lib. 3, cap. 49.

No hay cosa de más precio que la libertad; mientras debes, la tienes presa con grillos nada menos pesados que los que aprisionan los cuerpos. Por tanto nunca prometas sino es lo que al punto puedas cumplir.

Una promesa fácil, y más amplia que lo que es justo, es parto de una corta prudencia. Pone al riesgo su crédito el que no considera antes cuantas cosas pueden embarazar su ejecución, para que, faltándose á ésta, no peligre aquel.

Una pronta ejecucion es un duplicado favor, afianza el crédito, libra de cuidados, y es más grata al que dá y al que recibe: á éste, porque queda satisfecha su concebida esperanza; á aquél, porque queda libre de su obligacion con más prontitud.

Si uno deja en deuda su promesa, tanto más crece su obligacion cuanto fuere más digna la persona de aquél á quien se hizo. Desagrada á Dios una promesa tarda é inconsiderada; y así, ó no prometas jamás, ó cumple luego.

DIA DOCE.

Si alguno en su familiar conversacion culpa á los príncipes y á los magistrados, hace más daño y causa más escándalo, que coje de provecho y de remedio.—S. Ign. en Riveden. l. 5.

El pueblo por su naturaleza es poco afecto á los magistrados: muévase de sospechas, sobre las cuales, si tu derramas aceite, ¿qué puedes esperar, sino

un incendio universal? Y ninguno más peligroso, que el popular, que más fácilmente nace, y más difícilmente se apaga.

La saliva, que se arroja al cielo, cae sobre el rostro de quien la arroja. Censúranse inconsideradamente aquellos, cuyos oídos, cuanto más grandes son para oír, tanto más pesadas son sus manos para castigar. Los poderosos nunca se lastiman sin grave riesgo.

¿Quién te ha dado la autoridad de juez? El zapatero no es razón que tenga voto, si no es sobre el calzado. Las más veces pronunciamos sentencia sobre lo que ignoramos. Los que están en altura descubren mucho más; y si nosotros conociéramos las causas y motivos de las resoluciones, sin duda reprobaríamos nuestros juicios mismos.

Tachar á cualquiera no es lícito; ¿cuánto menos á los magistrados? A estos se les debe respeto y obsequio, porque tienen las veces de Dios en la tierra. Sus decretos y sus leyes deben

ser atendidas, no como tuyas, sino como del mismo Dios.

DIA TRECE.

Considerar mucho lo que se va á hacer, y examinar bien lo ejecutado, son las dos reglas segurísimas del acierto.—S. Ign. en Martin.

El Dios Jano de dos rostros, como es un símbolo, así debe ser una regla del bien obrar; esto es, que te acostumbres á preveer con atencion lo futuro, y revér con cuidado lo ya pasado: de lo pasado se idea bien lo futuro, y con lo futuro se puede enmendar lo pasado.

No es lo bastante haber hecho; es necesario llamar á exámen lo ejecutado: no hay maestro más certero que el uso. La idea facilita la obra que tienes entre manos; la revista y el exámen la perfecciona y pone en su punto.

Un ímpetu arrebatado nada hace

bueno; y si alguna vez lo hace, más es un efecto del acaso, que un parto de la prudencia: porque el apresurarse y errar caminan siempre juntos. No hay hombre tan advertido, que no tenga necesidad, antes de ejecutar, de considerar mucho el modo, los remedios y el fin de su obra.

Ni á tí mismo, ni á tu vida pasada la dejes sin esta censura: mira la vida que hasta ahora has vivido: mira los días ya pasados y reconocerás en ellos de donde puedas ser mejor: si los has empleado bien, júntales otros buenos; y si mal, enmiéndalos, recompensándolos con los venideros.

DIA CATORCE.

El que reconoce que ha errado, no desmaye; porque áun los mismos yerros pueden aprovechar, para conseguir la salud.—S. Ign. en el P. Luis de Cam.

No fué solo Anteo, el que despues

de haber caído en tierra, se levantó más fuerte: muchas veces acontece, que los huesos quebrados, si se conciertan bien, se consolidan y tornan á hacerse más firmes, que los que siempre estuvieron enteros. Así del veneno se hace medicina.

Es bueno y útil maestro un yerro; enseña á evitar los futuros: el que una sola vez hizo daño, aprovecha muchas, preservando de muchos males á costa de uno solo: hace cautos, como el que una vez resbaló en el hielo, fija después sus pies con más firmeza.

Si nunca erráramos, ni supiéramos lo que somos, ni lo que podemos. El yerro es un espejo de nuestra fragilidad: enseña á abrir los ojos, para no caer en más profundos despeñaderos. Mejor es un penitente humilde, que un inocente soberbio.

La conciencia de su delito dió la justificación al Publicano: á todos causa humillacion, y recurso al mismo Dios, y hace, que sobreabunde la gracia en donde abundó el delito.

DIA QUINCE.

La mortificacion del cuerpo y de las pasiones no se debe dejar para una vejez, que es incierta y no puede tolerar asperezas.—San Ignacio en Nolarci.

Lo que uno despreció jóven, desespere conseguirlo viejo; porque un decrepito jamás tomará tintura de arte ni de virtud, que cuando mozo, ni áun saludó desde los umbrales. Unas fuerzas cansadas, una salud quebrantada, y un cuerpo ya exhausto, ni podrá suministrar fuerzas para el trabajo, ni espíritus para la aplicacion.

A un incendio que por sí mismo se apaga, llega tarde el agua con que se habia de acudir á la primera llamada. El que no te ardas en un invierno, ó de tu cuerpo ó de tu edad, no lo atribuyas á tu diligencia; sino á tu naturaleza porque heces de aceite no alimentan luz, sino muy corta y muy oscura.

Cuando los vicios te hayan dejado y cuando tu cuerpo debilitado con las enfermedades haya desnudándose de su lozanía, poco te queda que refrenar. No querer pecar cuando ya no puedes, y querer hacer grandes obras cuando ya no tienes fuerzas, es negocio de muy corto merecimiento. Lo último del vino son siempre heces.

Sabe tambien, que si por toda la vida las pasiones tuvieran sobre tí el imperio, este no le perderán en la vejez: más facilmente se romperá el hilo de la vida, que él, en hombre que desde sus tiernos años dejó dominar sobre sí al vicio. Como vivió jóven, vivirá viejo, y así morirá.

DIA DIEZ Y SEIS.

A ningun negocio se debe dar principio antes de consultar á Dios por medio de la oracion, por mas que los hombres y todas las razones lo persuadan.—S. Ign. en Lyreo.

De los principios dependen los fi-

nes: el que empezó bien, hizo la mitad: no se puede esperar buen principio, si no se toma de aquel, que es principio y fin de todas las cosas.

Cuando empiezas, empieza bien; porque tienen gran parentesco entre sí los fines con los principios; de la aurora tomamos todos los días la muestra, de cómo será el resto de ellos. De esta suerte los principios son el pronóstico de los fines, como las flores suelen serlo de los frutos.

Cuando un ciego guía á otro ciego, ambos caen. La humana capacidad siempre es ciega, ¿quién se atreverá, á confiarla seguramente sus aciertos? Ningun edificio es más firme, que su cimiento; el que se guía por humano consejo, estriva sobre una caña, y así caerá, como fundado sobre cosa tan débil.

Si fuere Dios el primer cuidado, cuando se emprenden los negocios, todo correrá favorable: cuando tu nave se apartáre de este faro, teme un naufragio, y no surgir en el puerto, á que te encaminas.

DIA DIEZ Y SIETE.

La meditacion y comunicacion con Dios modera la fuerza de una naturaleza libre y la refrena sus ímpetus.—S. Ign. en Lyreo.

Los leones se doman; los tigres se amansan, y el hierro se dobla: y no hay fuerza alguna para domar al hombre: la naturaleza y el arte no alcanzan á esto. Esta gloria se debe á la oracion, que es la Señora de las almas, y sola las ablanda, hacia donde quiere.

Como de una tosca é informe tierra, encerrada en la hornaza, corre un oro purísimo, y como de una masa terrestre con el beneficio del fuego se forma el cristal: así el hombre terreno y animal, purificado por medio de la oracion, se transforma en otro.

Si hay pocos mortificados, si hay pocos llenos del espíritu de Dios, no debe atribuirse á falta de liberalidad en Dios: sino á que hay pocos aman-

tes de esta divina union por medio de la oracion.

La oracion es una escuela: en ella se bebe el espíritu, se corrige la naturaleza, se quebranta la costumbre arraigada, se enciende la tibieza, y se aprende la virtud. Ojalá tuviese siempre muchos discípulos.

DIA DIEZ Y OCHO.

Si quieres crecer en amor, habla del amor: porque, como el viento hace crecer la llama, así la espiritual conversacion la caridad.—S. Ignacio, en una Carta de 15 de Abril de 1543.

De un amado nunca se piensa ni se dice lo bastante; el que calla no ama; porque de quien se ama, nunca falta materia ni voluntad de hablar; y esta elocuencia no la enseña el arte, sino la naturaleza.

De la abundancia del corazon habla la boca. Cuán difícil es esconder

el fuego en el seno y encubrir el olor de la canela, tan dificultoso es ocultar el amor: como aquel por el calor y esta por el olor, así el amor rebosa por los afectos, sale á la cara y á la boca.

El amor es el maestro de todas las artes; pero principalmente de la elocuencia. No sabe callar, y sabe muy bien, que así como el fuego sin el soplo del fuelle se amortigua en la fragua, así el amor sin una renovacion mútua se enfria en el corazon.

Habla, para que yo te conozca: cuál sea el licor que se encierra en un vidrio, lo hace patente el olor. Una conversacion profana ó espiritual manifiestan cuál sea la inclinacion de tu alma.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Para quien quiere nada hay difícil, principalmente de aquellas cosas que deben hacerse por amor.—San Ign. en su vid. de Garcia.

Hallarás en cualquier género de

vida delicias, si tu quieres; porque toda la amargura que encontramos, nosotros la forjamos. Ningunas fueran las molestias, y por su naturaleza fáciles de superar, si nuestra repugnancia y aversion no las hiciera acerbas.

La naturaleza nos dió el amor para salsa del trabajo. ¡Grande beneficio! Con él nada se ofrecerá tan duro, en que un corazon amante no halle su consuelo.

Como un diestro artífice, en cualquier materia sabe hacer sobresalir su arte, así un amante debe abrazar cualquiera fortuna y usar de ella, convirtiéndola en provecho propio. Ninguna le será ingrata, todas con amor le serán gratísimas.

Aprendamos á amar: nada nos quedará que ocasione temor: prepárese nuestro ánimo con este arte á cosas difíciles: amando solamente te harás incapaz de herida, sin incurrir en sospecha de mágia: ni hay otro remedio más cierto, ni más fácil de todo trabajo y de las cosas más difíciles.

DIA VEINTE.

Nada puede causar tristeza al que tiene á Dios, no pudiendo este perderse sin voluntad suya; porque cualquier dolor se origina de bien perdido, ó que está al riesgo de perderse.—S. Ign. en Carta de 20 de Enero de 1554.

Como no teme las tinieblas el que tiene de su mano al sol; así no tiene que temer algún mal, el que posee aquel bien, en quien se encierran todos los bienes, y aparta de sí todos los males.

El solo cuidado debe ser la guarda de este tesoro, sin el cual son nada todas las otras cosas, no siendo otra cosa que sueños y calamidad. Guardando este bien, nada nos queda que perder, y nada que desear.

Felicísimos en esto, que nadie nos puede arrebatarnos este tesoro; sino es viéndolo nosotros y consintiéndolo: los pactos de su entrega son eternos,

y su posesion perpétua: sino es que nosotros querramos voluntariamente desposeernos de él.

Necio y mentecato es el mercader que trueca el diamante por el vidrio, y el oro por la escoria: y loco el hombre que desestima un bien infinito por una migaja de deleite, y desperdicia todo el bien por una nada. ¡Ay, y cuantos locos de estos hay en el mundo!

DIA VEINTE Y UNO.

Sirviendo á aquellos que son siervos de mi Señor, juzgo que hago al mismo Señor un grande obsequio.—
S. Ign. en Carta al Mtro. Juan Dávila.

Como la injuria, así tambien el favor hecho á un siervo redunda en su Señor. Lo que hicistéis por uno de estos mis pequeñuelos, por mí lo hicistéis. Aquel Gran Señor nuestro no necesita de obsequios: su bondad es causa de que el obsequio hecho á su siervo lo cuente por suyo.

Los perseguidores de los siervos de Dios por milagro son felices por mucho tiempo: el que les ofende hiere las niñas de los ojos de Dios, que dice: no queráis tocar á mis Cristos: la injuria que á éstos se hace nunca la deja el Señor sin castigo.

Son amigos de Dios: con este título muestran lo que valen: serán á su lado jueces para pronunciar sentencias contra aquellos de quienes hoy sufren el menosprecio. Huyeron de las honras que por ventura hubieran conseguido mayores, y por tanto más dignos de ellas.

Los que desprecian á los consagrados al servicio de Dios, por justo juicio suyo serán castigados en lo mismo en que pecan, siendo desamparados de su ayuda en la hora de su muerte, cuando de ella más necesidad tendrán.

DIA VEINTE Y DOS.

Muchas más gracias nos diera Dios

por sí mismo, si no pusiera obstáculo á su liberalidad nuestra perversa voluntad.—S. Ign. en Barthol.

De que no te iluminen los rayos del sol, tú tienes la culpa, poniendo embarazos á su luz. Es el Criador más liberal que su criatura, y más inclinado á hacer beneficios que el sol á la dispensacion de su luz. Por incuria y maldad nuestra somos siempre pobres.

Un alma llena de codicias terrenas no es capaz de las divinas gracias. Como un vaso lleno de agua no puede admitir otro licor, así un alma debe renunciar á los vanos consuelos, si quiere gozar de los espirituales y sólidos.

¡Cuán grande daño nos hacemos! Todos los conatos del mundo no nos pueden hacer tanto daño como nosotros nos hacemos. Ninguno puede privarnos de las gracias y favores divinos fuera de nosotros.

Más pronto está Dios á hacernos

beneficios, que nosotros á recibirlos. Hacemos injuria y violencia al Sumo Bien, de sí mismo sumamente comunicativo, cuando crueles contra nosotros mismos damos repulsa á sus dones, que con abundancia se derivan de él. ¿Por qué motivo nos aborrecemos tanto?

DIA VEINTE Y TRES.

Todos estamos obligados á alegrarnos de la utilidad y provecho comun de la imágen de Dios, que redimió con la preciosa Sangre de su Hijo unigénito Jesus.—S. Ign. en la Carta á sus hijos de España.

Indicios de ojos mal sanos son, no poder sufrir la reverberacion de la luz. Las lechuzas aborrecen la luz del sol, de que se regocijan las águilas. Los buenos se alegran de los bienes de otros.

¿Qué pierdes tú del bien que á otro se le recrece? Infinita es la liberalidad

de Dios, su tesoro es inagotable: cuando da á otro liberalmente, no se ata las manos para darte á tí, si tu sabes merecerlo.

Hermano tuyo es el que abunda; y miembro del mismo cuerpo aquel, á quien le sucedió bien. Ningun bien se le aumenta, que no redunde tambien en tí: pues si eres participante de su bien, no te niegues á serlo de su gozo.

El Señor es quien da los dones, los cuales los reparte segun el beneplácito de su voluntad, no de la nuestra: á nosotros, que somos unos siervos inútiles, no es concedida solamente la gloria y la necesidad del obsequio. ¿Qué pretendes, pues? ¿Y con qué título?

DIA VEINTE Y CUATRO.

Para que la empresa de cosas grandes suceda felizmente, se ha de comenzar por cosas muy pequeñas, para implorar de esta suerte para las grandes el auxilio de aquel, que

da gracia á los humildes.—S. Ignacio en Rivaden.

Como la naturaleza da sus pasos comenzando de los pequeños á los mayores, así sucede en los movimientos de la gracia, con cuyo impulso de cosas mínimas se facilita el paso á las más sublimes: y como nadie repentinamente se hizo máximo, así tampoco se halló proporcionado para obrar cosas grandes.

Muchas veces nos engañamos; y así en medio de la carrera nos faltan las fuerzas, porque emprendemos negocios superiores á ellas. En las pequeñas debemos hacer primero la prueba de nuestra virtud, antes de acometer cosas mayores, para no ser tachados de autores de una obra, que no podemos acabar.

El que se desdeña de emplearse en cosas bajas, en vano intenta dar pasos á las mayores: porque, aunque se aplique á éstas por salto, ó por artificio, desespere del buen suceso; estan-

do preparada la gracia para todos los humildes.

Es tentacion del soberbio, padre de todos los soberbios, apetecer cosas grandes, mucho más las sumas: y así con él mismo son precipitados á las ínfimas por un justo juicio de Dios, de que, los que presumieron volar, no acierten á andar en tierra llana.

DIA VEINTE Y CINCO.

La suma bondad de Dios, su amor inmenso y su paterna caridad, estan más prontos á darnos de valde la perfeccion, que nosotros á solicitarla.—S. Ign. en carta á los de España.

Dios es un manantial abundante y perenne: de nuestra pobreza no hay otra causa que nuestra flojedad de no llegar á esta fuente: tiene grande gozo en hacernos bien; porque, mostrándose liberal, se da á conocer por Dios.

Nuestra escasez es una injuria gran-

de de Dios; porque, ó le creemos pobre ó poco liberal, y cualquiera de estos juicios es una blasfemia. Ni le falta voluntad, ni poder: el que menos recibe, es porque menos desea.

Los beneficios de Dios son prisiones: el que los recibe, pierde su libertad: ¡dichosa esclavitud con la cual nos llegamos á Dios! Unámonos con él, y él con nosotros por imitacion, tanto más perfectos, cuanto más cercanos á la imitacion de Cristo.

La base de la virtud es el caminar adelante; nadie puede parar en el bien, ó debe caminar, ó volver atrás. Siempre se ha de ir contra la corriente, para no ser anegados de la fuerza del agua y de las olas.

DIA VEINTE Y SEIS.

Las enfermedades del alma igualmente se originan de una demasiada tibieza que de un demasiado fervor.—S. Ign. en la citada carta.

El gobierno de que necesita la vida

natural para conservarse sana, es el mismo que debe guardarse con la espiritual para que sea meritoria. A aquella la conserva una templanza de humores; á ésta la de los afectos. Si el frío ó el calor excede, entrambas perecen.

¿Qué importa sea un fervor nimio, ó una demasiada tibieza, la que te roba el merecimiento? Un equilibrio es el que preserva al volatin para que no caiga: más árdua senda es la de la virtud, que la de la maroma: en ella, sin contrapeso, antes encontrarás la ruina que el adelantamiento.

Como el que hace puntería mira siempre al centro: así, el que sigue la virtud debe mirar al medio, para no errar en el premio de ella, sea por exceso ó por defecto; porque para errar son ámbos vicios iguales.

La virtud está siempre entre dos enemigos, de los cuales cualquiera le embaraza su camino: la tibieza y demasiada confianza de sí propio deben caer muertas para caminar sobre sus

cadáveres, como sobre escalones, á la altura de la virtud. Así el sol camina siempre hollando mónstruos.

DIA VEINTE Y SIETE.

Raro es el linage de buenos operarios que busquen, no lo que es suyo, sino lo que es de Jesucristo.—S. Ignacio en la citada carta.

No se logra el aprovechamiento de las almas cuando continuamente se vaca á las cosas propias. Menospréciese el servicio de Dios cuando se buscan las conveniencias propias. Negociante y pastor, mercader y guarda de ovejas no se hermanan bien.

Buscar almas es una obra de grande dificultad. Requiere á todo un hombre, el cual, si se reparte con las cosas temporales, ni á estas, ni á aquellas dará satisfaccion. Un hombre solo lo ha ser de solo un negocio.

Milagros hicieran, los que cuidan de almas; destruyeran toda la malig-

nidad del mundo, si supieran, como Arquímedes, fijar un pié fuera de este globo terrestre. De esta suerte apacentáran sus ovejas, y no á sí mismos: buscáranlas á ellas, no su leche y su lana.

Si Dios pide cuenta de las almas á sus Superiores, ¡ay, y qué juicio tan rigoroso les espera! Cualquiera de ellas pesa más que los tesoros de todo un mundo; porque cualquiera es precio de la Sangre de Cristo.

DIA VEINTE Y OCHO.

Muchas veces acontece embarazar las obras buenas de otros, cuando debiéramos alentarlos con el ejemplo de las nuestras.—S. Ign. en la dicha carta.

Nadie quiere ser malo él solo: tienen los vicios una especie de contagio, y respiran de sí veneno: como si se aliviara de su mal el que impide á otro que se haga bueno. Tuvieran to-

dos vergüenza de su maldad, sino tuvieran compañeros.

Es un magisterio diabólico de la envidia, envidiar en otros aquella virtud de que ellos carecen. Duplicado mal dejar de hacer el bien que por tí podrías, é impedir la ejecucion del que otros querrian: esto es querer ser feliz á costa de la infelicidad de otro.

Aquellos vicios muestran ménos de malicia, que se fundan sobre alguna especie de conveniencia; pero aquel es abominable, que no quiere el bien para sí, ni para otro; á ninguno bueno, y á entrambos pésimo.

Impedir el bien siempre es malo: en aquel es pésimo, cuya obligacion es enseñar y promover lo bueno. Si un enemigo te roba tus riquezas, es un daño más tolerable; pero, si un deudor tuyo te las quita, te hace dos heridas, una en el caudal, otra en el alma.

DIA VEINTE Y NUEVE.

La caída de uno es terror de los demás,

y causa tibieza en el fervor de muchos en el camino de la virtud.—San Ign. en la citada Carta.

Ay de aquel hombre que da escándalo! digno de sufrir tantas muertes, cuantos son aquellos á quienes con su mal ejemplo disminuye su espíritu. Los pecados de los mayores son causa de muchos más en los menores.

Es siempre mayor la fuerza del mal ejemplo, que del bueno; porque aquel tiene á la naturaleza por ayudante. Raro es el que tiene esfuerzo para pelear con dos. Más desbarata el martillo en una hora, que puede componer en ciento.

Los ejemplos de hombres dedicados al estudio de la perfeccion, si son malos, causan más daño; porque estos, no solamente enseñan lo malo, sino tambien quitan la vergüenza y engendran cierta confianza en el pecar, pareciéndoles van bien, cuando siguen á los que se les han dado por ejemplares.

Si las fuentes, de donde todos beben,

se inficionan con veneno, ¿cuántas muertes sobrevendrán á un pueblo? Igual daño se debe temer de las almas cuando se pudrieron con corrompidas costumbres aquellos que por su obligación debían prohibir los pecados.

DIA TREINTA.

Siento en mi corazón una música, pero sin voz; oigo una armonía, pero sin sonido: con todo eso la siento tan suave, que no hay en el mundo cosa que se le pueda comparar.—S. Ignacio en Barthol. l. 4, f. 27.

Tu alma es el árbitro de tu felicidad, ó por mejor decir, el autor: tan grande la tienes, como la quieras. En vano nos quejamos de la fortuna, infamamos sin causa la naturaleza, como si fuesen madrastras: ambas están sin culpa. Toda tu felicidad la tienes dentro de tí mismo.

La miseria y la tristeza, es una invencion de nuestra flojedad. ¿Qué cosa

más fácil, y que cosa menos trabajosa que no apetecer cosa criada? Con esto solo todas las cosas son agradables, quietas y suaves.

El remedio de cualquiera calamidad es fácil de adquirir: no se ha de buscar fuera, dentro de nosotros está. Como tomamos las cosas, así nos impresionan: ninguna pesadumbre penetra más adentro, que hasta donde tú la admities.

El verdadero gusto nace tambien dentro de nosotros; y se aumenta á medida de tu conocimiento, haciéndolo mayor el mas penetrante. Nada busques fuera de tí; nada desees: solo cuides, de que Dios llene tu corazon. Lo demás sin daño tuyo puedes despreciarlo.





DIA PRIMERO DE OCTUBRE.

Si os pareciere la discrecion rara y difícil de hallarse, suplid por medio de la obediencia (á la cual os debers siempre acoger) su falta para vuestra seguridad.—S. Ign. en su carta á los de España.

Usa del juicio de tu superior, como el que tira á un blanco usa de la mira de su instrumento, si no quieres errar la puntería. El camino de la perfeccion es intrincado; si la obediencia no te guia, como el hilo de Ariadne, te encontrarás más presto con el peligro que con la salida.

En un camino angosto y eminente, cual es el que guia al cielo, hay precipicios á la diestra y á la siniestra. Dichosos aquellos á quienes conduce la obediencia; porque esta pone á los su-

yos, no solamente fuera de la caída, sino tambien de el peligro.

Los que quieren ser santísimos, frecuentemente padecen gravísimos errores, porque siempre en lo muy alto se desvanece la vista y la cabeza. Desde aquí caerá en lo más profundo el que se guiare por su capricho y no por direccion de su superior: escarmienta en los pasos mal dados de otros.

¿De qué te sirve surcar grandes mares y hacerte juguete de los vientos? No tomarás jamás puerto, si tu nave no la gobernares segun la direccion de la Estrella del Norte. Tu propio juicio es un fuego fátuo que te descamina.

DIA DOS.

Cuando se imponen mayores cargas de lo que sufren las fuerzas, se aplican espuelas, pero no freno, á un caballo indómito é intratable.—S. Ignac. en la cit. Carta.

No es fervor, sino temeridad, to-

marse con cosas mayores que sus fuerzas: hánse de experimentar los hombros de cuanto podrán sustentar ántes de imponerles la carga; rendiránse al peso, si les cargan más de lo que pueden llevar.

Con un esfuerzo inmoderado se destruye el vigor para el curso de toda la vida. Bella santidad por cierto! Esforzarse una vez para no poder despues, si no es poco ó nada. Lo moderado dura. Haz poco para poder hacer mucho y por largo tiempo.

Dios, á quien se desea agradar, es todo razon y entendimiento: una devocion necia é inconsiderada, no puede agradarle. Quanto se aparta de el medio de la razon, otro tanto se aleja del merecimiento. Cuando el mosto hierve mucho, rompe las tinajas, así un destemplado fervor destruye el cuerpo.

Este es el fruto de un fervor inmoderado, que el que se atrevió á lo sumo, quebrantadas las fuerzas con la demasía, despues nada pueda. Las

cuerdas muy tirantes saltan; nuestra salud nada tiene de hierro: fácilmente se rinde.

DIA TRES.

Mucho haceis con sola la intencion de trabajar en beneficio de las almas.
—S. Ignac. en la citada Carta.

En las cosas grandes y sobresalientes, hasta los deseos son grandes y de grande estimacion, principalmente cuando la ejecucion de tales obras no está en solo el arbitrio de quien las quiere. Somos felices, pues nos enriquecemos de méritos queriendo solamente.

Más se complace Dios de nuestra intencion que de la obra, más del conato, que de la ejecucion, y más de la voluntad que de ella misma: el premio se mide con la voluntad, no con la obra.

Si te falta la ocasion de ganarle almas á Dios, apronta el deseo, el cual,

ni el tiempo ni la ocasion te le puede quitar en donde quiera que estés. De esta suerte hasta los pequeñuelos se pueden hacer Apóstoles.

Si los avarientos pudieran aumentar el oro, solo con quererlo, ¿qué riquezas no agregáran en breve tiempo? Tengamos vergüenza de ser nosotros más perezosos en juntar tesoros eternos, que ellos en los temporales. Dios pesa las voluntades, no las obras.

DIA CUATRO.

Así para percibir como para comunicar á otros los dones del Espiritu Santo, más sirve la buena vida que las letras.—S. Ignac. en la citada Carta.

Las letras son demasiadamente humildes y bajas; medios flacos que por sí nunca se elevan á producir fruto espiritual: son mudas y sin alma; si no toman prestada la vida y el vigor del espíritu. Sirven para el logro tem-

poral, mas no para el eterno.

Ay! y quanto erramos buscando Doctos, cuando era más conveniente buscar piadosos; por tanto, el fruto de las almas escaso, porque damos siempre lo mas á la literatura. Nadie tiene estimacion entre nosotros, sino el que es sobresaliente en letras.

Los sábios son sutiles, exceden en ingenio y talentos: son elocuentes y versados en todo y áun astutos; mas con solas estas dotes, para convertir almas son ineficaces y de ningun provecho.

El espíritu es quien penetra las almas con más vehemencia que toda espada de dos filos: la piedad es quien desbarata todos los estorbos, con más fuerza que cualquier rayo que penetra hasta donde quiere, y todo lo consigue.

DIA CINCO.

*El camino de ayudar á los prójimos
(que es largo y ancho) se encierra*

en los santos deseos, y en oraciones.
—S. Ign. en la citada Carta.

A donde no alcanzan las manos, llegan los deseos: estos no pueden ser embarazados de su destino con ningun impedimento, con ninguna distancia, ni estrechura de tiempo. El espacio que despues de muchos años no pueden pasear los piés, en un instante lo caminan los deseos.

Si no puedes conseguir el ir á las Indias á convertir naciones bárbaras, no hay para qué quejarte demasiado: haz este viaje, por más breve camino y más compendioso, con el deseo, y ganaste mucho mérito con un breve trabajo y no difícil.

Mas para que estos deseos no sean infructuosos, añade á ellos tus oraciones y les darán peso, para que la gracia, que no merece tu inutilidad, se la conceda Dios á otros muchos, que puedan ganarle muchas almas: y de esta suerte ellas no serán tanto frutos de sudores agenos, como de tu piedad.

Pero advierte, que deseos perezosos son más estériles, de lo que puedas esperar coger en algún tiempo fruto; porque una cosa es la veleidad, y otra la voluntad: aquella produce una simple complacencia; esta un conato eficaz. Examina á este viso tus deseos.

DIA SEIS.

Id, encended y abrasad todo el mundo.

—El Cardenal Ludovisio, en la relacion para la canonizacion de San Ignacio.

Si es menor el calor en un apóstol que en el fuego, no es el bastante para calentar los helados corazones de los mortales. Para consumir la escoria, para dirigir corazones de hierro por caminos derechos, se necesita de fuego. Con medicamentos más suaves no se cura un mal tan envejecido.

El calor solo facilmente se desvanece, en faltando el fuego. Para purificar el mundo es necesario la constancia:

si esta falta, se quedará inmundo, creciendo cada día sus impurezas. ¿Y de dónde se adquirirá tanto calor, si no hay fuego en casa?

El fuego resplandece y arde: iguales á esto son las obligaciones de un apóstol: por estos dos medios se ha de corregir el mundo, con la predicacion y las obras. Cojéa el celo, á quien falta una de estas dos cosas.

Todo el mundo está compuesto de malignidad y mal fuego: arde, pero como Sodoma: ni este fuego se apagará jamás de otra suerte que con otros fuegos, pero mayores. Donde abunda, pues, la malicia de los hombres, sobreabunde tu diligeneia.

DIA SIETE.

No se debe contentar con un vulgar trabajo y obsequio aquel que tiene tan grande obligacion de servir á Dios, como vosotros teneis.—S. Ignacio en su carta á los de España.

El que contrajo muchas deudas,

no puede pagarlas con poco; porque siempre quedará deudor, hasta que satisfaga por sus cabales. Grandes dádivas piden correspondiente agradecimiento.

A quien la gracia de Dios elevó á una sublime vocacion, le impuso la necesidad de obras grandes: el que se contenta con una dádiva ordinaria de otros á quienes ofreció remunerarles hasta un vaso de agua fria, espera de tí un total sacrificio.

El que aspira á ser imitador de Cristo, no lo conseguirá con pasos cortos y tibios deseos: porque un original de tan eminente perfeccion no puede trasladarse al retrato sino con un pincel muy delicado y diestro: de otra suerte formarás un mónstruo en lugar de una imágen.

La santidad del lugar, la muchedumbre de medios, la abundancia de las gracias, y los ejemplos de aquellos entre quienes vives, son otros tantos estímulos para excitarte á tí mismo á cosas grandes: ten, pues, vergüenza de tu cobardía.

DIA OCHO.

Grande riesgo corre la salvacion y la inocencia de aquellos á quienes el furioso huracan de bienes y riquezas, de honra y ambicion, y de los deleites concita tormentas y tempestades.—S. Ign. en la citada carta.

¡Desdichada condicion de los hombres! Como los peces son presa del anzuelo por el cebo; así ellos, atraídos de un logro despreciable de la cosa amada y ansiando pescar un brevísimo deleite, quedan presos, perdida la libertad, el gozo y la quietud.

El que goza, se dice estar contento, porque entonces se goza la voluntad, cuando posee lo que puede y quiere percibir ó apeteció lograr. Todas las cosas, fuera de Dios, son parvedades, y no llenan el corazon, antes le cansan.

Piérdase todo cuanto puede ocasionar peligro al alma, y húndase án-

tes que nos hunda. ¿Quién hay, que por cosa tan poca ame el arrepentirse? Ninguno habrá prudente que compre su ruina por el humo, su destruccion por un poco de viento.

Aunque estas parvedades que el vulgo honra con el nombre de bienes, se ensanchen y se hinchen, todas ellas son nada, si consultamos nuestro corazon; el cual con solo Dios, contenido todo en él, estará satisfecho: todo lo demás no da hartura, sino riesgo.

DIA NUEVE.

Debe esperarse con razon, que con los aumentos espirituales vengan tambien los temporales, y con colmo.—
S. Ign. al Rey de los Abysinos.

No es Dios tan poco liberal, que lo que distribuye tan abundantemente á sus enemigos, quiera negarlo á sus amigos. La mano de Dios es un campo fecundísimo, en la cual, cuanto sembrares, lo cojerás con el logro de ciento por uno.

El que da lo que es más, no negará lo que es menos. Los dones, que miran á el alma y al cielo, son verdaderos dones: las cosas temporales cuéntanse entre las de poca importancia; mas porque tambien son necesarias, no quiere Dios, que ni áun ellas falten á los suyos.

Trata Dios, como á hijos suyos muy amados, no como á esclavos, á los que se consagran á su servicio: como una madre piadosa nunca se olvida de los que parió, así Dios jamás privará de su ayuda á aquellos que una vez miró como suyos.

Su providencia mira por todos; da de comer con abundancia á las fieras y á las aves; viste con pompa los lirios y las rosas, y á los suyos hasta en los desiertos los alimenta con regalo. No cuides demasiado de las cosas temporales: cuida de lo que pertenece á Dios, que todo lo demás lo cuidará el Todopoderoso.

DIA DIEZ.

Dios os ha escogido, para que la vileza de las cosas humanas no tuviese aprisionada vuestra alma, y para que no ocupasen vuestro corazon, distrayéndolo en varias partes.—S. Ign. en su carta á los de España.

No es razon retroceder con disimulados deseos á aquellas cosas, de cuyos riesgos te alejaste con pasos generosos. Todavía es el mundo tan infiel, y tan lleno de peligros y engaños, como lo era cuando lo juzgaste por digno de tu desprecio.

Todavía arde Sodoma con pestilente fuego, y se siente el hedor de la pez y del azufre: ni se deben volver los ojos allí, de donde poco há te apartaste con el cuerpo y con el alma. Las recaídas son siempre más peligrosas.

Haber menospreciado las cosas terrenas, elevándote sobre ellas y

haber trasladado tus amores de las cosas perecederas á las eternas no ha sido obra de la naturaleza, sino de la gracia. ¡Ay de tí, si á estale das libelo de repudio! Vive Dios y vivirá, á quien tú te consagraste y todas tus cosas.

¿El Cielo te apacienta con maná, y tú apeteces los ajos y cebollas? Es señal cierta de un estómago estragado, apetecer el manjar dañoso y fastidiarse del sano. Si apeteces las ollas de carne, sabe que con ellas te empobrecerás.

DIA ONCE.

La limpieza modesta y grave, es un testigo de una alma compuesta y afeada; pero la que se afecta con el deseo de agradar, es digna de menosprecio.—S. Ignac. en Barthol.

Agradar á los ojos de los hombres, como es el deseo de muchos, así es la cosa más inútil. Desean ser vistos:

y ¿cuál es el provecho? Ansían por parecer bien: ¿y cuál es el fruto de tanto trabajo?

Gastar el tiempo, que se habia de consagrar á la eternidad, en adornar el cuerpo, es empleo de una alma ociosa: aplicar todos los cuidados á poner en orden sus cabellos, es el sumo abatimiento de sí propio. ¿Qué provecho se saca, de que estén ellos de esta ó de otra manera, en esta ó en otra postura?

¡Qué santos seríamos, y qué presto, si pusiesémos tanto cuidado en la hermosura y limpieza de la alma, y si tuviésemos tanto deseo de agradar á los ojos Divinos, como á los humanos!

La demasiada limpieza del cuerpo causa grande suciedad en el alma: un rostro compuesto para el ornato y la vanidad, es un lazo de los ojos, piedra de escándalo, ruina de inocentes: y así tu limpieza te hace ser más agradable al Infierno que á los hombres.

DIA DOCE.

El que con ojos limpios mira al Cielo, distingue mejor la niebla y oscuridad de las cosas terrenas; porque, aunque éstas muestren alguna apariencia de resplandor, la luz del Cielo se lo destruye todo.—S. Ignacio en Bartholi.

La luz mayor oprime á la menor: las estrellas brillan; mas no parecen en presencia del Sol: de esta fuerte toda hermosura y todo deleite, si hay alguno en la tierra, comparado con el Cielo, desaparece.

La naturaleza nos manda mirar al Cielo, para enseñarnos, que todo lo demás fuera del Cielo no es digno sino de ser hollado con los pies. ¡Cuánto yerran, los que en ello emplean su corazón! Al que es capaz de encerrar á Dios, no le llenará una gota de miel, ó un puño de lodo.

La vista del premio hace fuertes y constantes contra las heridas á los

que pelean: obra en nosotros lo mismo la vista del Cielo: en él nos espera una corona eterna, que no está preparada para los flojos: véndese al mérito; no se dá de valde.

Mira al cielo: él es tu patria, adonde caminas; mas por cielo terrestre no hay camino para el eterno. Los que pasan sus dias en delicias no se recrean con la vista del cielo: porque en él no tienen ni ponen su esperanza.

DIA TRECE.

Entre un hombre virtuoso y un vano hay esta diferencia: que aquel se abstiene de las cosas terrenas, y abunda de consuelos espirituales; éste se deleita con las cosas sensuales, y se atormenta con las internas.
—S. Ign. en Nolarci.

No quiero consuelo que pára en desconsuelo cierto; más quiero una tristeza que pára en alegría eterna.

Alégrese quien quisiere y pase bien sus dias. Estas alegrías no llenan mi corazon.

Si quieres que los mundanos consuelos no hagan burla de tí, búrlate tú de ellos y arrójalos de tí como pelotas: á muchos han hecho miserables los tales: nunca ellos te ocasionarán mayor placer que cuando los despreciares.

Un virtuoso y un malo pueden ostentar igual alegría en su semblante; mas no la pueden sentir igual en su corazon: la conciencia del primero es un Cielo donde posa una segura quietud sin recelo: la del segundo es un mar furioso en continuo movimiento y alteracion.

¡Cuántas espinas acompañan á una rosa! Ella es la representacion de los consuelos del mundo: un deleite caduco lleva tras sí mil amadores. Ningun deleite hay tan sincero y puro como poder carecer y vivir sin tales deleites.

DIA CATORCE.

El que es malo fácilmente cree que los otros lo son: como el que padece vahidos cree que todo se mueve, no por vicio de las cosas, sino por los humores inquietos de su cabeza.—San Ignc. en Maseo.

El sospechoso vive siempre entre sombras: cree que ve y está rodeado de tinieblas. Malísimo medidor que quiere medirlos á todos con su pié, mintiéndose á sí mismo por sola su aprension.

El que cree luego, presto se engaña. ¿Qué maravilla que tantas veces yerren los que se guían por sospechas? Nada es más fácil que tropezar en la oscuridad, resbalar y caer.

Es justo castigo de Dios que caigas en aquel pecado, de quien á otro tú juzgas reo: esta es la pena del Talion: ningunos juzgan peor de los otros que aquellos que nada conocen bueno en sí propios.

Curiosos en inquirir de las costumbres de otros, se olvidan de sí mismos: y el escrutinio que debían hacer para enmendar sus yerros, con gran cuidado lo gastan en vidas ajenas.

DIA QUINCE.

Un miembro apartado del cuerpo no recibe vida, movimiento ni sentimiento de él.—S. Ignac. en Orland. lib. 15, núm. 199.

El sarmiento lleva fruto y es atendido mientras permanece en la vid: si se corta por estéril, para nada sirve, sino es para alimentar el fuego: ninguna vida tiene sino en la vid, ningun vigor y ningun fruto.

La fertilidad no se atribuye al sarmiento, sino á la vid: aquél produce los racimos; ésta los engendra y los sustenta. El que se separa de su comunidad se aparta de las bendiciones de Dios, que no se derraman sobre el particular, sino sobre el cuerpo entero.

Como un miembro desconcertado ó torcido en el cuerpo causa dolor á sí y á los otros; así un díscolo en una comunidad daña á los otros con el ejemplo, y á sí mismo en la vida. ¿Qué mucho que se piense en cortarle?

Sangrarse no es querer desperdiciar la sangre, sino conservar la buena: piérdese la dañada para que á la sana no se le comuniquen el vicio y peligre la salud de todo el cuerpo. Siempre se ha de mirar más por el cuerpo, que por un miembro singular.

DIA DIEZ Y SIETE.

Esta diferencia hay entre la humana felicidad y la Cruz de Cristo; que aquella gustada, fastidia: ésta mientras más se gusta, más sed causa.—S. Ign. en Rivaden.

Hasta las cosas amargas se pueden suavizar, no solo para que aprovechen, sino aún para que exciten el apetito: ¿quién creería esto, si la experiencia

no lo hubiese enseñado? A San Lorenzo le parecieron rosas las mismas brasas.

Lo que se recibe es conforme á la naturaleza del recipiente. La abeja hasta de las amarguras del tomillo sabe fabricar su miel: de un durísimo leño, por artificio de un alambique, se extraen saludables licores. ¿Lo que en esto pueden la naturaleza y el arte, no lo podrá en nosotros la gracia?

Aprendiendo á padecer, nos olvidamos de nuestra miseria, y amando la Cruz, más nos regocijamos con ella que cualquier mundano con sus deleites. Así se alegra la rosa entre sus espinas; las que otros tienen por penas, ella las ama como guardas de su hermosura. Así canta el gilguerillo entre los abrojos.

Ni es grande misterio el no llevar pesadamente lo penoso: si el mal ha de llegar, malamente nos aflige antes que llegue. Si es mal pasado, ya estamos libres de él: si presente, piensa que al punto será pasado: así crece

ó mengua el mal con sola nuestra aprension.

DIA DIEZ Y SIETE.

Las excusas de nuestro cuerpo nos deben ser siempre sospechosas, porque está acostumbrado á huir del trabajo con el pretexto de la debilidad de sus fuerzas.—S. Igna. en Barthol. lib. 3, fol. 218.

Mala consejera es la sensualidad, parcial siempre hácia sus comodidades: sino le basta una, al punto tiene prevenidas mil causas para persuadir su conveniencia: si no puede evitar todas las incomodidades, busca camino para huir las más, á lo menos las más difíciles.

La salud es un nombre honestísimo y un título de verdad santo; pero debajo del cual, como de un velo, se esconden la delicadeza, la pereza, la sensualidad, la libertad de los sentidos, la condescendencia con las pa-

siones, la flojedad y la relajacion, vicios no muy ligeros.

Ignora el cuerpo lo que le aprovecha: siente lo presente, y no mira á lo futuro: quanto daño le viene del regalo, no lo vé: porque todo lo percibe por los sentidos, y nada por discurso: de otra manera juzgará en otro tiempo.

A la medida de su dolor determinará el modo de su gloria: con muy poco se compra la pena, y á grande precio la noble corona. Mal haya ahora el cuerpo para que le haya bien por eternidades. Fácilmente se tolera un mal que se recompensa con tan abundante consuelo.

DIA DIEZ Y OCHO.

Grande mal hace el amor propio: turba la vista de suerte que nos hace juzgar imposibles las cosas que, si se examinasen con luz, constaria, no sólo que serian fáciles sino tam-

bien necesarias.—S. Ign. en Bartholi.

Mal curará el médico que se gobernare por el juicio de su enfermo; peor, si por su apetito. Duélale, con tal que le aproveche; y no se perdone al fuego ni al hierro: clame y repugne el enfermo, con tal que las heridas le abran la puerta á su salud.

Esta es una crueldad piadosa que recompensa el dolor presente con la restitucion de la perdida salud, como con un tesoro inestimable. Ninguna benignidad hay más impía, que condescender con un enfermo para que él se mate: esto es quitarle los medios de su salud.

Grande enfermedad es el amor propio; y como los males rara vez viven solos, él es la madre y la capitana de todas las pasiones del alma: y á quien, si una vez perdonamos, abrimos la puerta á innumerables males, de quienes jamás nos podremos ver libres, sino es con la total destruccion de nuestro amor propio.

Lo que este nos finje por imposible de poderse tolerar, el uso lo mostrará tolerable, la costumbre fácil, y la gracia tambien amable. Estos son mejores consejeros, que él á quienes debes oír.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Tanta es la abundancia de la consolacion divina, que su dulzura no solamente llena el alma, sino que tambien rebosa en el cuerpo.—San Ignacio en Bartholi.

En el ejercicio de la virtud, no solamente el alma, sino tambien el cuerpo sirve y obedece á la divina voluntad. De aquí nace, que la mano liberal de Dios reparte sus consuelos en premio, de tal suerte, que no sólo el alma, sino tambien el cuerpo participe de ellos.

Los consuelos del cuerpo, que el mundo ofrece, son sucios y momentáneos: los que el cielo ofrece, son pu-

ros y solidísimos. Comprar estos por aquellos, es un consejo muy sabio y lleno de consuelo.

Por mil títulos debemos á aquel Gran Señor todo cuanto en obsequio suyo hacemos. Grande es, pues, su liberalidad, que pudiendo justamente obligarnos á ellos, nos los recompensa con premio, y sin dilatarlo para la eternidad.

Dá Dios en esta vida mortal á probar el cielo, para que saboreados con los consuelos que aquí sentimos, nos alentemos á amar y desear con ansia las cosas eternas. ¡Qué cosa tan dulce es servir á un Señor tan liberal!

DIA VEINTE.

Siendo el objeto del amor infinito, siempre podemos aprovechar y perfeccionarnos en él.—S. Ign. en carta de 15 de Abril de 1543.

Solo el amor es inmortal, y no co-

noce fin: los otros afectos son mortales y tienen fin: la materia del amor es infinita, y dura, como el fuego que arde, cuanto tiempo le dura el alimento.

Libremente amamos lo que queremos: pero no podemos dejar de amar alguna cosa: podemos dejar de aborrecer, mas no podemos dejar de amar: es necesario siempre querer algo; y en esto muestra el amor que fué criado para emplearse amando un bien infinito.

Los demás afectos con el tiempo pierden su vigor, y se envejecen: solo el amor es infatigable: nunca ha de desfallecer, siempre incansable, nacido para inmortal: durando, crece; y cuando la eternidad pone fin á los otros, á este le dá más fuerza.

La naturaleza franqueó al amor de cansancio, y de pereza: criólo para un continuo ejercicio: nególe la facultad de cesar; y quiso, que jamás se satisfaciese de sí mismo. Luego, amando, y creciendo en este amor, seremos bienaventurados.

DIA VEINTE Y UNO.

El amante de una voluntaria pobreza ha de ser, como una estatua: con el mismo semblante se ha de vestir de un paño basto, que de la púrpura y la holanda.—S. Ign. en Maseo.

La codicia humana jamás se sacia: su fin y su principio está en todas partes: despues de muchas cosas, hay otras; despues de otras, todas; y despues de todas, aún restan los deseos, que nunca satisface la avaricia, la cual jamás dice, basta. Bestia al fin insaciable.

Este mal, que la naturaleza nos imprime, lo enmienda la gracia, cuando compone el génio de la naturaleza con aquel artificio de despreciarlo todo, aprendiendo no solamente á vivir contento con poco, sino tambien aun con la falta de lo necesario.

Tan cierto es, que la pobreza no es mal sin remedio; porque donde otros medios faltan, estos los ofrecerá una

voluntad bien disciplinada, y nada codiciosa. Poco basta. ¿Para qué estendemos la codicia hasta lo supérfluo?

¿Qué hace al caso vestirse de esta, ó de aquella tela? ¿Cubrir tu cabeza con este ó con aquel sombrero? Aquel vestido, si cubre tu desnudez, y aquel sombrero, si te defiende del sol y de la lluvia, cumplieron con su ministerio y obligacion, lo demás sobra: no dan, sino reciben el ser ornamento.

DIA VEINTE Y DOS.

Procurando adelantaros en la virtud, miráis tambien por el provecho y salvacion del prójimo.—S. Ign. en su Carta á los de España.

No se puede emplear mejor el tiempo, que en perfeccionar el instrumento para su fin. El segador, si no afila bien su hoz, poca mies derribará con su golpe; y no debe ser llamado ocioso cuando ocupa el tiempo en este ministerio.

Quien da vida á las acciones, que miran á la interior utilidad del prójimo, es el espíritu: sin él se trabaja en vano: la voz, á quien la elocuencia animáre sin este espíritu, herirá en los oídos, mas no podrá penetrar hasta el corazón.

Lo que un cañon de bronce labrado, segun todas las reglas del arte, pero sin pólvora, esto mismo obrará un operario, adornado de todas las dotes de naturaleza, pero sin espíritu: todo este aparato, esfuerzo, y trabajos serán de ningun provecho.

Ningun apostolado tiene mayor utilidad, que el que practica primero en sí mismo las fuerzas de su zelo. A ninguno tienes más cercano que á tí mismo: la imágen de santidad, que procuras imprimir en otros, fórmala primero en tí mismo.

DIA VEINTE Y TRES.

Los tiros contrarios de una fortuna adversa son provechosos al hombre

justo; y ofendiendo, aprovechan: no de otra suerte, que si un granizo de perlas, quitára las hojas á una viña, dejándola más rica y con más precioso tesoro.—S. Ign. en Bartholi.

Todos los trabajos, que nos sobrevienen, no son acasos, ó por envidia de los hombres, ó por ódio: sino por una disposicion de Dios, que nos ama y suceden por nuestro bien. Ninguna parte tiene la fortuna; todo es obra de Dios.

Grande provecho nos trae todo cuanto nosotros lloramos, como adverso. La enfermedad del cuerpo suele ser la salud del alma: ¿qué mayor bien? Satisface por los pecados, nos obliga á buscar á Dios, y nos impide el pecar. ¿Podríamos nosotros elegir cosas mejores? Lo que daña y ofende, enseña.

Todas las cosas son indiferentes: cuáles tú las quieras, tales puedes hacerlas: la desdicha á nadie engaña, si él la tiene por tal; y por el mismo caso

que así lo crea, es muy verdaderamente desdichado: fuera dichoso, si mudára de concepto.

El que sabe usar de las cosas, en todas ellas encuentra algo que pueda darle gusto: empero esto no lo conoce el que se gobierna por impulso de la naturaleza, sino el que se mueve por la virtud. Si pueden los venenos, ¿por qué no podrán las adversidades servir de medicina?

DIA VEINTE Y CUATRO.

¡ Oh mi Dios! ¡ Oh Sumo Bien! ¡ Cómo sufres á un pecador tan abominable como yo!—S. Ignac. en Rivaden.

Cuanta suciedad hasta hoy ha tenido el mundo todo, no exhala de sí tan mal olor cuanto despide un alma pecadora: ningun lugar lleno de suciedades hay tan asqueroso como una conciencia manchada con pecado.

En vano se adorna el cuerpo con

la púrpura y la holandá: sin provecho son los olores preciosos con que se aderezan los cabellos, y el afeite con que se compone el rostro, cuando la fealdad está allá dentro en el alma, siendo un sepulcro, por de fuera adornado, y por dentro lleno de podredumbre.

Un alma, imágen de Dios, participa de la Divina Naturaleza, heredera antes de el cielo, ahora por un pecado se transformó en un monstruo cual nunca más horroroso lo produjo el Africa, en tizon del infierno, esclava del Demonio, horror de los Angeles, y abominacion de Dios.

Y todo aquesto ¿por qué? Por un momentáneo deleite, por un humo de honra. ¡Oh mortales! Amad la hermosura de un alma inocente, que es la hermosura interior de la hija del Rey: no compreis tan caro los ascos de las culpas.

DIA VEINTE Y CINCO.

El que ama la perfeccion ha de tener

tanta humildad, como aceite una lámpara: con ella esté lleno lo interior y resplandezca lo exterior y á cualquiera parte que se vuelva se dé á conocer.—S. Ignac. á Santa María Magdal. de Pazz.

Sin una profunda humildad del alma, ni en casa puede haber paz, ni fuera la luz del buen ejemplo: á esta se sigue siempre una suma tranquilidad del corazón y una comun edificación de todos, la cual es la madre de la quietud doméstica y externa.

Todas las turbaciones de dentro y de fuera las causa la ambición, que es un mal inquieto, el cual ni tiene modo ni término. Sujeta esta pasión y con esto solo hiciste una paz firme contigo mismo y con todos los otros.

Si tu ambición padeció repulsa y perdiste la esperanza de lo que deseaste, piensa que, aunque no tengas lo que deseaste, tienes, empero, lo que debías desear. La altura te hubiera causado devaneos, y ella te hubiera acarreado tu ruina.

Qué dichosos seríamos, si contentos con nuestra suerte supiésemos regular los deseos: muchos para ser felices, renunciaron voluntariamente aquellos honores que tu sigues y solicitas tan perdidamente; esto no es otra cosa, que ansiar por el humo.

DIA VEINTE Y SIETE.

Si reconoces en tí algunos dónes de Dios, piensa que son joyas, con las cuales te ha arreado por su bondad, siendo tú un leño que merecias el fuego.—S. Ignac. en Bartholi.

Los dónes de Dios, cuanto son más y mayores, tanto nos imponen de obligación de confundirnos. El más necesitado que debe más, tiene el cargo y carga de haber recibido más. Ellos se te han confiado y de ellos se te pedirá cuenta y razon.

Aquellos cuidados que tiene el depositario de un tesoro, debes tu tener y por ventura mayores: á aquel bás-

tale haber conservado sin menoscabo; á tí se te pide, que grangees con él. Mira cuán grande carga se te acrecienta con estos dones.

Un tronco, aunque adornado de un precioso vestido, cargado y brillando con el oro, tronco se queda: tan poca materia tiene de ensoberbecerse, como un jumento que lleva sobre sí un tesoro.

Los dones de la naturaleza ó de la gracia que en tí se han juntado, no son tuyos: se te han dado de arriba y puede á su arbitrio quitártelos el que te los dió. ¿Qué tienes, que no te hayan dado? Y si te lo han dado ¿de qué te glorías? La corneja se envanece neciamente, viéndose adornada de plumas ajenas.

DIA VEINTE Y SIETE.

Más conveniente es morir, aunque sea muerte violenta, que vivir mal.—
S. Ign. en Nolarci.

Si el alma que peca morirá, una ma-

la vida antes debe llamarse muerte que vida: no solamente el cuerpo que se encierra en el sepulcro y se oculta en el túmulo, se debe llamar cadáver; hay tambien una muerte viva, y un cadáver animado.

El que no vive á Dios, ni obedece á la ley de la razon, y coloca entre los últimos el cuidado de su alma, de este tal la vida yo la juzgo peor que la muerte; por la cual quitado del mundo, ni ofende á Dios, ni daña á su alma, ni escandaliza al prójimo.

Es un beneficio de Dios una temprana muerte: por este medio quita la facultad de pecar, minora el infierno, á quien, si viviese más, le habia de merecer más atroz. A quien no quiere obrar bien mientras puede, se le hace beneficio embarazándole el obrar mal cuando quisiera.

La muerte no es tan mala que deba temerse: ésta la escogieron grandes malvados para evitar el tormento de sus conciencias: esto es, para liberarse de las penas que estaban cons-

treñidos á padecer, de sus pasiones, ó de los demonios.

DIA VEINTE Y OCHO.

Aunque la naturaleza del juicio sea dar su asenso á lo que se le representa como verdadero; con todo esto en muchas cosas en que la evidencia de la verdad conocida no lo necesita, puede con el peso de la voluntad inclinarse más á una parte que á otra.—S. Ign. en la carta de la Obedienc.

Como los ojos enfermos que se persuaden que ven tan claramente que no les queda duda, y con todo eso se engañan, quedando enseñados á fiarse más de ojos sanos; así es nuestro juicio, á quien siempre es lo más conveniente sujetarse al ajeno.

Es injusto el tribunal donde la misma persona es juez y reo: nunca se ha de deferir demasiado al juicio propio: mas cuando se trata negocio pro-

pio, ó cuando es cuestion de la verdad del dicho juicio, entonces nada.

Ninguno es de vista tan perspicaz y de juicio tan limpio, que no pueda errar: más ven dos ojos, que uno solo: ni la ciencia y el ingenio tienen siempre la mayor autoridad: tal vez un hortelano discurrió cosa más oportuna.

El entendimiento siempre es potencia necesaria, con todo debe sujetarse al imperio de la voluntad de tal suerte, que, conociéndose expuesto á errar, no se digne de seguir su direccion.

DIA VEINTE Y NUEVE.

Si se busca la paz y tranquilidad del alma, ciertamente no la tendrá aquel que tiene dentro de sí la causa de su perturbacion y desasosiego.—San Ign. en dicha carta.

No hay en el mundo felicidad como la del teatro de una conciencia limpia: ninguna libertad mayor que no tener que temer: esta la alcanza so-

lo aquel que no se teme á sí mismo. A quien su conciencia no le hace reo, no tiene Juez á quien recelar.

Así como para aquel á quien interiormente inquieta su conciencia, no hay extrínseco alivio; así para el sosegado y limpio no hay tormento. Ni dentro ni fuera debe esperarse paz, cuando hacen la guerra afectos tan contrarios y tantos.

El andar tan varios nosotros todos los dias, nace de que hoy nos deleita lo que ayer daba fastidio, hoy nos agrada lo que ayer nos desagradaba. Como la nave arrebatada del viento, así es un alma sujeta á sus pasiones, siempre en movimiento y siempre luchando con las olas.

El gozo nace dentro en nosotros: los dones de la fortuna y la necesidad de la naturaleza están fuera de nuestro poder, y así no puede haber constancia en el dolor ni en el gozo. Una quietud imperturbable ha de nacer de la interior compostura de nuestra alma.

DIA TREINTA.

La divina liberalidad suple abundantemente de suyo, todo cuanto vé que se menosprecia por su respeto.
—S. Ignac. en la citada Carta.

Una cosa es parecer rico, y otra el serlo: no se miden las riquezas por los talegos, sino por el ánimo: verdadera riqueza no la hace la opinion, sino la conciencia: no el ajeno juicio, sino el propio. Rico es el que tiene lo bastante.

El que tiene muchas hijas que poner en estado, aunque tenga grande caudal, se juzga pobre: ¿cómo será rico el que alimenta muchas codicias, cuando para dar satisfaccion á una sola, todo un mundo no basta?

No es pobre el que no tiene, sino el que necesita: ni todos los que no tienen necesitan; solo es pobre el que desea. Si á los deseos largas las riendas, por mas abundancia que tengas serás pobre: sí acortas de deseos, aun-

que no te sobre, tendrás lo bastante.

Ni está abreviada, ni agotada la mano de Dios: hasta ahora ha dado á los suyos áun lo no necesario; y sustentándolos en los desiertos, áun hasta las delicias.

DIA TREINTA Y UNO.

No faltará en Dios la benignidad para ayudaros, con tal que en vosotros no falte la humildad ni la mansedumbre.—S. Ignac. en la citada Carta.

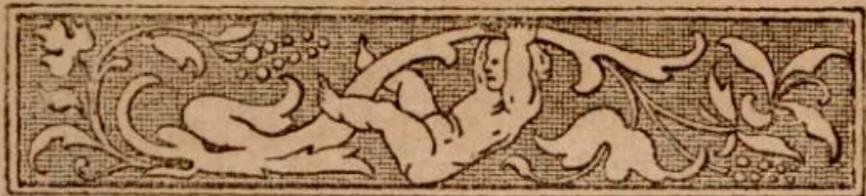
La malicia nunca vence malicia: ésta se ha de vencer con la bondad. Y aunque un vicio con otro vicio, como un clavo con otro, puede vencerse, es mejor dar esta gloria á la virtud que sea ella la que venza.

Lo que la fuerza no pudo, efectuó la mansedumbre: ninguna elocuencia es más eficaz para persuadir que la paciencia; ésta supera los males y los malos, y vence la contumacia.

Lo que la coccion y digestion de los manjares aprovecha para la sanidad del cuerpo, esto mismo obra la mansedumbre en órden á la pública paz: ambas con la virtud transmutan los males en provecho propio.

Dos son los beneficios de la mansedumbre: minora los males del cuerpo y aumenta los bienes del alma: dos son tambien los bienes de la paz, no dar materia á la ofensa y no admitir la que otro dá; y así le corresponde duplicado premio, conviene á saber ser á Dios agradable y tambien á los hombres.





DIA PRIMERO DE NOVIEMBRE

No la abundancia de la ciencia, sino el sentimiento y gusto interior de las cosas es el que suele llenar el deseo del alma.—S. Ign. en sus ejercicios.

Como la aprension no quita la enfermedad, ni la imaginacion satisface el hambre; así una sutil especulacion de las cosas espirituales no hace santos, si falta la médula, que consiste en los movimientos interiores de la voluntad.

La sola contemplacion de las cosas es un trabajo sin fruto: siémbrese mucho y cójese poco, porque la cosecha abundante se debe al afecto de la voluntad, no al entendimiento: discurrir de lo bueno no hace buenos: conocer la verdad no es darle cumplimiento.

No hay entendimiento de hombre

más docto, que el del demonio: él penetra los ápices; conoce íntimamente todos los misterios de las escrituras: tiene sabidas todas las verdades de la Fé; con todo esto está obstinado en el mal. ¡Mira cuán poco aprovecha el conocimiento solo para la santidad!

El amor á las cosas divinas ni se aprende en las escuelas ni se bebe en los libros, ni se adquiere con el magisterio de las artes humanas. El Espíritu Santo es el solo movedor de los corazones, y el maestro de todo sagrado afecto: él te enseñará todas las cosas.

DIA DOS.

Si no se guarda regla y moderacion, lo bueno se convierte en malo y la virtud en vicio.—S. Ignac. en los Ejercicios.

Ninguna cosa hay tan santa que con el uso de ella desarreglado no pueda degenerar en abuso. Todas las

criaturas, segun la intencion del Criador, son buenas: «Vió Dios todo cuanto habia criado y era muy bueno»; pero el uso que de ellas hacemos, ¡cuántas veces las hace malas!

En la ejecucion de las acciones, el ímpetu de la naturaleza es malo: la costumbre arraigada es peor, y pésimo el Demonio, que es el enemigo de nuestra alma: quien obra por la instigacion de alguno de estos, convierte la medicina en veneno.

Aquella suprema y divina Mente, nada acepta de cuanto procede de ímpetu ó de pasion: quiere que todo se haga con regla y que cada cosa se determine con consejo. En tanto el hombre se distingue de las bestias en cuanto se rige por la razon.

Nada se hace bien sin regla: ésta debe aplicarse á todas las acciones: cuanto de esta se apartan, tanto distan de lo justo. Los edificios sin plomada y regla fabricados, más son ruinas que edificios.

DIA TRES.

Es cosa frecuente en el demonio procurar que el tiempo señalado para la oracion y meditacion se acorte.
—S. Ign. en sus Ejerc.

Contra lo que el infierno teme sobremanera, pone sus mayores baterías: habiendo aprendido con largas experiencias, que todas nuestras armas contra él se afilan en la oracion, ninguna máquina deja por mover, para minorarla, si del todo no puede quitarla.

Sacrificios diminutos no agradan á Dios. Nada se debe quitar á Dios, ni á su Altar. Los momentos del tiempo, que es debido á Dios, los tiene contados, y ninguno se omite sin castigo.

El buen suceso de los negocios pende de Dios: si este no ayuda, en vano son todos nuestros conatos. Si el tiempo destinado á la oracion lo empleas en los negocios, ¿qué buen fin puedes esperar?

Dios nunca favorecerá, contra sí mismo, al que así obra. Todas las cosas tienen su tiempo.

Mucho hace al caso, en cuáles tiempos siembra el labrador, y en cuáles haya de cortar los árboles ó talarlos: porque no todos son á propósito para todo: trabajar en el tiempo que se había de orar, no es querer aprovechar; porque Dios aligó sus gracias á ciertos tiempos, y despreciadas aquellas, estos no vuelven.

DIA CUATRO.

Tanto mayor progreso hará cada uno en la vida espiritual, cuanto más se apartáre de todos sus amigos y conocidos, y de todo cuidado de las cosas humanas.—S. Ignacio en sus Ejerc.

No hay más poderoso vínculo, que el de la sangre: todos los romperás más fácilmente que este: ata de tal suerte, que jamás te dejará elevarte de la

tierra. Si él no quita del todo la virtud, á lo ménos la embaraza; si no apaga el fervor, lo disminuye.

La carne y la sangre no revela aquellas cosas que son de Jesucristo: los enemigos del hombre son sus domésticos: enemigos blandos, cuyos consejos se miran á sí, no á Dios: pésimos consejeros, para lo que se ha de escoger, y para lo que se ha de ejecutar.

Cristo, estando ya para dar principio á la obra de la Redencion, se apartó y despidió de su Madre tan santa, y tan amada: tú en el seno de tu madre quieres ser profeta y apóstol. Este es consejo de la naturaleza; mas no de la gracia.

Dios quiere ser amado con todo nuestro corazon; si este se halla repartido con otros, no puede corresponder á la expectacion divina. Menos ama á Dios, el que otra cosa ama fuera de Dios.

DIA CINCO.

No se debe mirar, si el que manda es

máximo, mediocre ó mínimo; estas distinciones quitan el valor á la obediencia.—S. Ign. en su Testam.

La obediencia no debe tener más que un ojo, con el cual mire siempre á Dios; para lo demás ha de ser ciega. Porque si los ojos hacen reflexion á otras cosas, ya no es obediencia ni virtud, sino adulacion ó política.

Un embajador que Dios te envía con sus órdenes, si es grande ó pequeño, importa muy poco; porque no es él quien debe ser atendido, sino los mandatos que él trae. ¿A qué amo sirves?

Todo superior, para quien obedece, es igual; ninguno es mejor que otro, ninguno peor: todos muy buenos, todos amados; porque á ninguno, si no es á Dios, se obedece siempre en todos: á los demás míralos como correos que traen las órdenes del Príncipe Supremo.

El Superior es un intérprete de la divina Voluntad: admitirla ó recha-

zarla, es cosa digna de premio ó de castigo. Las demás no vienen á esta consideracion; son ménos dignas del afecto, ó de la estimacion de quien las pesa justamente.

DIA SEIS.

Cuanto más uno se acerca á Dios, tanto más bien se dispone á recibir los dones de su bondad divina.—
S. Ign. en sus Ejercicios.

El más cercano á la luz recibe más luz; como el más cercano al fuego participa más del calor: de la misma suerte, el que más estrechamente está unido con la Santidad infinita, recibe más de santidad. Como obra la criatura obra el Criador, aunque con grandes distancias.

Nadie se acerca á Dios, sino el que se aparta de la tierra: querer estar unido con él y con ella á un tiempo, es empresa imposible: uno de los dos se ha de dejar. Si desprecias los alha-

gos de la tierra, recibirás los del cielo.

No se dió de valde Cristo á nosotros; nos pide en retorno: vistióse de hombre, para desnudarse como hombre del afecto de todas las cosas: fué delante, para que siguiésemos sus pisadas; y esta es la senda que sola guía á la virtud: dice el Señor: Vén, y sígueme.

No oigas á maestros que predicán fábulas: este solo tiene palabras de vida eterna. Si seguimos su doctrina, hemos agotado la ciencia de todos los santos, y de todos los hombres. Acercáos á él, y seréis iluminados.

DIA SIETE.

Todo cristiano debe ser piadoso, y con ánimo más pronto á dar buen sentido, que á condenar la palabra ó proposicion oscura y dudosa de otro.
—S. Ign. en sus Ejercicios.

La araña convierte en veneno todo aquello que la abeja hubiera converti-

do en miel, y esto no por vicio de las cosas; sino por malignidad de la naturaleza. Es indicio ciertísimo de un estómago estragado, convertirse el alimento en cólera ó en humores viciados.

Pudiendo ser absuelto el que traes á tu tribunal; ¿por qué le condenas, como reo? Esta es injusticia, ó por mejor decir, tiranía: nadie puede justamente ser condenado, sino es teniendo de su delito una probanza más clara que la luz del sol; porque en caso de duda, el reo debe ser siempre absuelto.

¡Qué benignos intérpretes de tus dichos y hechos, y qué piadosos jueces de tus pensamientos quisieras tener! Pues procura ser esto para los otros, no sea que por justa pena los encuentres más severos; porque, con la medida que mides, serás medido.

Aun aquello que tiene visos de malo, debe escusarse; porque los ojos se engañan muchas veces; los oídos más, y las sospechas muchísimo más:

es hechicería formar en un momento de una mosca todo un elefante.

DIA OCHO.

Siempre que manifestamos la falta de otro, descubrimos el vicio de nosotros mismos.—San Ignacio en el exámen.

Cuan abominables son aquellos gusanos, que viven en las llagas envejecidas y se alimentan de sus materias; otro tanto lo son aquellos hombres, que se deleitan en manifestar faltas ajenas; porque las faltas no son otra cosa, que llagas del alma.

El cielo, la tierra y todos los elementos te suministran abundante materia de hablar: ¿por qué causa esta te desagrada? En ninguna conversacion te muestras más elocuente, que cuando se trata de censurar vidas ajenas.

Las suciedades ántes deben esconderse que descubrirse: nadie las puede tocar sin ensuciarse: cuando una

piscina se remueve, despide de sí mal olor. ¿Qué aprovecha refrescar una llaga antigua y ya cicatrizada, si no es, para renovarle á tu hermano su dolor?

No es menor vicio el de oír ajenas faltas, que el de publicarlas: si estas no halláran oyentes curiosos, fueran menos los que las manifiestan por su génio malévolo. Cerca tus orejas de espinas.

DIA NUEVE.

Si alguno eligió cosa que ya no puede retratar, lo que le queda que hacer es, que luego que comenzó á arrepentirse, trate de recompensar el daño de la mala eleccion, con el ajustamiento de su vida y cuidado de sus acciones.—S. Ign. en la Regla de la eleccion.

¡Cuántas veces á lo ejecutado sobreviene el arrepentimiento! Pero en aquellos, que arrebatados de ímpetu ciego, despreciaron el consejo. Em-

prender cosas grandes sin deliberacion es caminar al precipicio con los ojos cerrados.

Si no puedes mudar lo que una vez escogiste, puedes enmendarlo. Ya en el empeño, toma consejo: débese hacer virtud la misma necesidad, y mitigar la antecedente imprudencia con el consejo presente; porque, si no puedes volver atrás, podrás errar ménos.

Aun en las elecciones mal hechas, queda todavía algun resquicio al consuelo; conviene á saber: atribuir el yerro á providencia divina, para aprender en uno solo á evitar los demás: cómprase así bien la prudencia, pero á precio muy caro.

Todavía una mala eleccion, si se sabe usar de ella bien, puede producir muchos bienes: puede servir de satisfaccion de pecados, de correccion de costumbres y de aumento de merecimiento: sirven así las cosas difíciles cuando no pueden excusarse; y esto es coger rosas de entre las espinas con la paciencia.

DIA DIEZ.

Sea tal nuestra modestia que sirva de incitar, ó por mejor decir, exhortar á cualquiera á componerse con sola su vista.—S. Ign. en Rivaden.

Como en el sol, así tambien en la persona de un hombre que profesa virtud, se fijan los ojos de muchos: éste no puede esconderse, por mas que quiera; áun detrás de cortina, como el sol detrás de una nube, todavía se reconoce. Por tanto obre de suerte que no sea visto sin alguna utilidad de los que le miran.

Los oradores mudos se aventajan áun á los más elocuentes: éstos oran con la boca, aquellos con la mano; y así con más facilidad persuaden. Ninguno anda cerca del fuego que de él no reciba luz y calor: ninguno trata familiarmente con un bueno, que no se haga mejor.

Sé tú pues buen olor de Cristo: na-

die te vea, que de tí no aprenda virtud: dar de este modo no es desperdiciar: el que recibe se hace más rico, y tú no quedas más pobre: tú nada das, y él recibe mucho. Esto es quedar enriquecido con sola la vista de un tesoro.

El basilisco con solo mirar esparce el veneno: tú con ser visto esparces la enseñanza; con tu silencio refrenas la locuacidad; con tu gravedad la ligereza; con tu modestia la disolucion, y con tu mansedumbre los agenos furros.

DIA ONCE.

A quien elije, le conviene examinar, si aquella inclinacion, que tiene á una cosa, tenga su origen de solo el amor de Dios y de su respeto.—San Ign. en las Reglas de la eleccion.

Todo consiste en elegir bien, y elegir lo bueno: cuando en esto se yerra no se comete un solo error: trae consigo otros innumerables: ahora pon

tu atencion en la fuente y manantial de ellos; porque tarde la querrás secar.

Una eleccion es un negocio difícil: tiene muchas cosas que considerar, muchas más que preveer, y muchísimas que temer; principalmente, cuando la eleccion hecha quita la libertad, de tal manera, que la dificultad que trae no puede vencerse, sino es con la muerte.

Mal consejero de una eleccion es el afecto: si este se junta con el amor propio, un ciego guiará á otro ciego, y ambos caerán en el hoyo, del cual no podrán salir por su voluntad ni con consejo fácil.

Ninguna cosa puede ser más firme, que su basa: las razones en que estriba tu eleccion, sean sólidas y eternas: en estas se funda con seguridad; las demás las disipa el viento. Tu regla ha de ser la voluntad divina, en la cual echarás los cimientos, y sobre ellos levantarás la máxima de tu edificio.

DIA DOCE.

Propio es de Dios, y de cualquiera Angel bueno, infundir en el alma verdadera alegría espiritual.—San Ignac. en las reglas de disc. de esp.

El demonio desea pescar en agua turbada: esparce tinieblas en el entendimiento, tibieza en la voluntad, en los humores melancolía, para que así afligida el alma, solicite aquellos consuelos, que desagradan á Dios, y apagan el espíritu.

Una alma perturbada no está apta, para cumplir su obligacion, y nadie tropieza, y cae más fácilmente, que entre tinieblas. Cuando la tristeza ha obscurecido la razon, no es tiempo de determinar cosa alguna: espera el de la serenidad, para discernir mejor las cosas.

La quietud del ánimo, y la tranquilidad de la razon son una señal cierta de la divina Gracia, que mora en el alma, y una prueba de la Gloria del

Cielo: como al contrario, la perturbacion y la inquietud, son una señal de mal espíritu, que muestra una especie de imágen del Infierno.

Los esclavos del demonio tienen porque entristecerse: los hijos de Dios no tienen causa de tristeza. Decid al justo, que está bien. La fuente del gozo, y de la tristeza es la misma, esta es la propia conciencia: la buena de unos; la mala de otros.

DIA TRECE.

Los escrúpulos, por algun tiempo, principalmente al principio de comenzar nueva y mejor vida, no ayudan poco á una alma, que se emplea en las cosas espirituales.—
S. Ignac. Reg. de los escrup.

El que nunca duda, jamás llega al verdadero conocimiento de las cosas: así aquel, que en las cosas, que miran á el alma, se está sin cuidado, y sin sentimiento alguno, nunca llegará á

conseguir una sincera noticia de sí mismo.

La conciencia tierna es á manera de los ojos, á quienes un polvo sutil y un delgadísimo pelo les ofende, y no los deja sosegar hasta echarlo fuera: mas la conciencia crasa crió callo, y no sentirá una viga.

Indicio del mal estado de la salud de un enfermo es no sentir dolor alguno; cuando este dice, que le vá muy bien, entonces está más arriesgado. ¡Ojalá no padeciesen muy muchas veces las almas semejantes letargos!

¡Con cuánta solicitud se ajustan las cuentas de cosas temporales! ¡Con cuánto cuidado se comparan las ganancias con las pérdidas! Todo se pesa exactísimamente. Sola nuestra alma es de tan poca estimacion para nosotros, que ningun cuidado nos merece.

DIA CATORCE.

Como es dañoso tachar y reprender á

personas grandes delante de todo un pueblo; así puede ser conveniente en secreto advertirlos, de que, si quieren, podrán remediar el mal.—
S. Ignac. en sus ejercicios.

El vulgo ignorante por su genio es inclinado á lo peor, y con facilidad incurre en el desprecio de sus superiores: no quieras tú á una materia preparada aplicarla la llama; sino es, que quieras dar causa á un incendio público.

Los que están en alto vén hasta lo mas distante, que, si lo hubieras visto como ellos, por ventura no halláras qué tachar en sus obras. Tú estás en el grado de obedecer, no de juzgar: menos se te ha conferido la potestad de castigar en público.

Una pública reprension de los Magistrados á nadie aprovecha: no aprovecha al Magistrado; porque este justamente se indigna: no aprovecha al pueblo; antes este se aparta del amor, que debe al Magistrado: no aprove-

cha, al que reprende; por que este, en lugar de gracias, recibe menosprecios.

Toda la potestad dimana de Dios; á él resiste quien á ella se opone. Dios quiso que fuésemos gobernados de hombres para probar nuestra fe, para que debajo de una nube reconociésemos al sol: esto es, al mismo Dios en la potestad de un hombre expuesto á cometer yerros.

DIA QUINCE.

Debemos estar tan rendidos al sentir de la Iglesia, que si lo que á nuestros ojos parece blanco, ella declarar que es negro, debemos nosotros decir que es negro.—S. Ignacio en las Reg. de la Conf. con la Iglesia.

El entendimiento se ha de cautivar en obsequio de la fe; porque, si este penetrase y conociese los misterios, ya no sería fe, sino ciencia su asenso.

Es este un mar más profundo de aquello á que tú con seguridad puedas atreverte por tí mismo á surcar; sino es que quieras dar en un peligro no conocido.

La nave de Pedro es la sola que puede eximirte del peligro de un naufragio: entre tantos vientos que hinchan tus velas, cuantas son las opiniones peregrinas, pon tu proa en esta piedra, contra quien nunca prevalecerán las puertas del infierno.

La sabiduría y discurso humano aquí se engañan: el que en ellos estriva es una ave nocturna, ciega en medio de la luz. Los misterios de la fe se ven más claramente debajo del velo de enigmas que al exámen corto y limitado del propio conocimiento. /

La fe es un don y una luz de Dios, no de la naturaleza, ni de la ciencia, ni de los hombres: quien no sigue esta luz, sino el resplandor fátuo de su discurso, se despeñará en errores.

DIA DIEZ Y SEIS.

Cuanto más puntualmente conocieren los Superiores las cosas interiores y exteriores de los suyos; tanto con mayor diligencia, amor y cuidado podrán ayudarles.—S. Ign. en el examen.

El corazón del hombre es profundo é inexcutable: nunca le hallarás fondo: siempre oculto, mientras él no se manifestare: tiene la cerradura dispuesta con tal arte, que nadie puede abrirla, sino cuando él quiere.

Un hombre puede ser obligado contra su voluntad á los trabajos, á tormentos, á la muerte misma; mas para manifestar el secreto de su corazón, no hay fuerza ni máquinas que alcancen, si él no quiere.

El cuidado empleado en la buena enseñanza de uno, sin aquesta interior noticia del hombre, aprovechará tan poco, cuan poco sirve curar el médico una enfermedad que no conoce.

Las señales exteriores son engañosas: ó porque se equivocan y vician con hipocresía, y como vestido de comediante se toman por poco tiempo; ó porque una misma puede ser pronóstico de muchos y contrarios afectos, cual es el humo, señal ya de fuego y ya del agua.

DIA DIEZ Y SIETE.

Debe procurarse una afabilidad en la conversacion tan necesaria para tratar con los prójimos.—S. Ignacio part. I, cap. 2.

Como las flores se abren en la presencia del sol, y como que manifiestan sus corazones, que habian ocultado por el triste semblante de la noche; de la misma suerte se introduce con facilidad en los corazones de otros, el que se hace amable con la afabilidad de su rostro y de su conversacion.

Es enemigo del género humano, el

que se desnuda de la humanidad: de esta todos se dejan cautivar y es llave maestra de los corazones, y piedra imán, que atrae primero las voluntades y luego las personas.

El afable conseguirá más con una sola conversacion, que otro no tal con cien reprensiones. El áspero y desabrido, como á ninguno habla que no lastime, así aborrecido de todos, se hace blanco del ódio comun.

Es un gran beneficio de la naturaleza la afabilidad. Si aquella te negó parca este don, procura grangearlo con industria: muchas veces sobrepujan las obras del arte á las de la naturaleza; y una afabilidad estudiosa excede tanto á la natural, quanto el arte es más cierto maestro que la naturaleza.

DIA DIEZ Y OCHO.

Para la union de dos partes, es necesario el menosprecio de las cosas temporales, en las cuales el amor

propio, grandísimo enemigo de esta union y del bien universal, suele andar muy errado.—S. Ign. part. 8 cap. 1.

Hasta hoy todas las guerras han nacido de estas dos palabras: mio y tuyo: palabras porfiadas, que no pueden componerse, si no es con pleito, ó con guerra: y en comenzando algo de esto, acabóse la union.

Equilibrio no puede esperarse en un peso, cuando una balanza pesa más que otra. Por el contrario, si ambas se hallan vacías, luego se encuentra con él. De esta suerte es fácil la concordia, cuando falta la codicia de bienes temporales.

No cesarán antes los incendios de la guerra, públicos ó privados, que no se quite la leña al fuego: esto es, los deseos y ánsias de las cosas terrenas; estos son el alimento de estas llamas.

Nacido Cristo, nació la paz, por haberse depositado pobre en un pesebre, despreciadas todas las riquezas de es-

te mundo. Sonó el título de Rey en los oídos de Herodes, y al punto aquella paz se convirtió en guerra, y en muerte de tantos millares de inocentes.

DIA DIEZ Y NUEVE.

En la tentacion hemos de avivar la esperanza y el pensamiento del consuelo, que nos está prevenido: principalmente, si con santos esfuerzos se procura quebrantar el conato, que imprime el desconsuelo.—San Ign. en los Ejercicios.

No es solo curso de la naturaleza, que la noche suceda al día y que las cosas alegres alternen con las tristes; eslo tambien de la gracia. Si nunca hubiera nublados, jamás estimaríamos el tiempo sereno.

Permite Dios los desconsuelos, ó para hacernos diestros en la pelea, ó para acostumbarnos á todas fortunas, ó para que no nos ensoberbecamos

en la continuada quietud, ó finalmente para darnos á conocer á dónde hemos de acudir por socorro.

Por medio de las tormentas navegamos tambien en demanda del puerto. Sea este el consuelo de un alma amante de su dueño, que igualmente en el desconsuelo, que en el consuelo mismo puede estar unida con él: ni hay cosa alguna, que pueda desagradarle, sabiendo que todo viene de la mano de su padre.

El que intentára recompensar el desconsuelo del alma con el consuelo de su cuerpo, hacía lo mismo, que el que curare la debilidad de sus miembros con veneno y conservase su vida con la muerte; y esto es, lo que el demonio pretende pescar en esta agua turbada.

DIA VEINTE.

El que gobierna, mire no haga daño al amor general de todos, con algun

particular afecto suyo.—S. Ignacio, part. I, cap. 3.

El superior es centro de los suyos; á este miran todos, mientras con igual afecto á cada uno se inclina como por líneas paralelas, sin apartarse de su medio: mas, si declina á la diestra ó á la siniestra, hace un círculo vicioso.

La emulacion, la envidia, las rencillas, no suelen ser tanto vicio de los súbditos, cuanto de los superiores; el cual, si no las fomentára con el afecto parcial hácia algunos, se quitára la materia de la envidia, que es la leña de este fuego.

Cristo se puso en medio de sus discípulos, cuando les dijo: La paz sea con vosotros: esta no puede esperarse en una comunidad, si no está en medio de todos el superior, atendiendo á cada uno con igual afecto y providencia.

¡Qué otra cosa es un superior que un siervo asalariado y que paga público tributo de obsequio á sus súbditos!

Por tanto es preciso, que quien pide en recompensa de cada uno de ellos igual servicio, corresponda con igual afecto, y con el mismo reparta entre todos su cuidado.

DIA VEINTE Y UNO.

Vivir en la tierra es un trabajo violento, si no es viviendo más en el cielo y en Dios por amor, que en la tierra y contigo mismo: como los rayos del sol, en tanto resplandecen y viven fuera del sol, en cuanto viven en el mismo sol.—S. Ign. en Barthol. l. 4, n. 30.

El mínimo grado de gracia divina, por los que pueden hacer el debido juicio, debe estimarse en más que todos los tesoros y joyas de todo el mundo: porque estos aunque uno solo los poseyese todos, no le harían bienaventurado: aquella le constituye hijo de Dios y heredero del cielo.

¡Con cuán poco hacemos grandes

ganancias! Con un bajo precio compramos un infinito valor. ¡Infelices mercaderes, si buscáis otros empleos! Sabed que la gracia de Dios se vende de valde, y sin oro ni plata se compra; porque amar, á nadie le es dificultoso.

¡A dónde nos descaminan nuestros deseos, por cosas tan diferentes! Cabamos cisternas rotas, que no pueden mantener las aguas, cuando en uno solo podemos tener todas las cosas, y á quien podemos hallar con más certeza, y poseer con mayor seguridad; y á quien nadie nos puede quitar, sino es queriendo nosotros mismos.

No es avariento, sino insaciable, á quien Dios no basta, en quien todas las cosas están y sin quien todas ellas son nada. Porque ninguna hay que tenga otra bondad, que la que le comunica el Bien infinito. Levantad á lo alto vuestros corazones.

DIA VEINTE Y DOS.

Mientras dura el desconsuelo es mal-

tratado el hombre del espíritu maligno, con cuya instigacion nada se puede entonces ejecutar con acierto.

—S. Ign. en la discrec. de espíritu.

En la oscuridad de la noche nadie asienta el pié con seguridad, principalmente entre precipicios, cuando para evitarlos, ó no hay remedio ó este es muy costoso: espera la luz para ver con claridad, si el suelo está firme, ó peligroso para fijar bien tus pasos.

En el tiempo de los desconsuelos estamos como dejados á nosotros mismos; por cuya causa los enemigos de nuestra alma se hacen más atrevidos contra nosotros. Toca, pues, á recoger, y retírate hasta que nuestra confederada la gracia de Dios venga en nuestro socorro, la cual ilustre el entendimiento, é inflame la voluntad.

El desconsuelo nunca sugiere consejos moderados; porque un ánimo turbado no está apto jamás para ejecutar bien sus resoluciones: arrebatá-

se de un ímpetu ciego, no adonde la razon, sino adonde la turbacion le impele.

Como se arrojan las áncoras y se arrian las velas á la nave en tiempo de tormenta, así un alma turbada con más peligrosas tormentas que las del mar, nada debe resolver hasta sose-garse.

DIA VEINTE Y TRES.

Es verdadera prudencia no fiarse de su propia prudencia, principalmente en sus cosas, en que los hombres con ánimo turbado casi siempre no pueden ser buenos jueces.—S. Ignacio en la carta de la obediencia.

Nadie solo se basta á sí mismo. Cuando nacemos necesitamos de otros; y si nos faltasen, pereceríamos: desde el principio de nuestra vida nos dió la naturaleza por primera leccion quanto debemos y necesitamos de los otros.

Aquel gobernará mejor á los otros,

que temiere más gobernarse á sí mismo: y aquel, que se fia demasiado de sí y de su prudencia, no será á propósito para gobernarse á sí, ni á los otros. La eterna sabiduría del Padre escogió en la tierra á quien le sirviese de guía.

No hay yerro mayor que persuadirse uno que no puede errar: engáñase á sí mismo el que piensa que no puede ser engañado. Los necios aprobadores de sus pensamientos creen, que cuanto conciben es una discrecion, y, por lo ordinario, suele ser un desatino.

De tal presuncion es efecto cierto la ruina, la cual permite Dios para que nos desnudemos de nuestra demasiada confianza, aprendiendo en la caida, ya que de otra suerte no quisimos. ¡Dichoso el que esto mismo lo aprendió en la ajena!

DIA VEINTE Y CUATRO.

Más digno es de temerse en un religioso el temor de la pobreza, que la

pobreza misma.—S. Ign. en Barthol. lib. 4.

Más pobre es, que el pobre mismo, el que no quiere ser pobre: porque, si al pobre le falta mucho, al que no quiere ser pobre, le falta todo. Si lo que nada pesa, te es pesado, ¿caminarás más ligero cargándote de mucho?

Nadie debe dudar de las promesas de la Verdad divina. Recibirás ciento por uno. Mira cuan vano es tu temor: teme el mismo temer las faltas de las cosas; porque hay muchas que nos espantan más que nos afligen. A los niños les amedrentan las sombras, que nada son.

Más nos trabaja el miedo, que la cosa temida: tememos de ordinario donde no hay que temer: necesitamos de muchísimo ménos de lo que deseamos: fabricamos trojes, para atesorar alimentos para largos años, habiendo por ventura de fenecer hoy nuestros días.

El demasiado cuidado de lo veni-

dero es hijo de un corazón pusilánime. Un ánimo levantado hacia Dios se promete más de su bondad, no desconfiando de que faltará jamás á los suyos. Tenemos, pues, Padre rico, con tal que no faltemos á ser sus hijos.

DIA VEINTE Y CINCO.

Mientras más familiarmente conversares y tratares con personas espirituales, tanto mayor consuelo espiritual lograrás en el Señor.—San Ign. en Orland.. lib. 15, núm. 110.

Como las especies aromáticas nunca se manosean sin que dejen pegado su buen olor, y como nunca nos acercamos al fuego sin que su calor se nos comunique; así también jamás conversamos con las personas espirituales sin utilidad.

Las personas llenas de espíritu son un sello; y la estampa de la virtud que siempre llevan consigo grabada profundamente en sus corazones, la

imprimen, como en cera, en aquellos con quienes tratan.

Los buenos son aborrecidos solamente de los malos; como las aves nocturnas huyen de la luz, así los malos cristianos de las personas religiosas, haciéndose por esto merecedores de ser desamparados en su muerte de aquellos á quienes en vida menospreciaron; porque, en lo que cada uno peca, en eso mismo le castiga Dios.

Es efecto de un natural perverso aborrecer sobre manera aquello que pudiera aprovecharle mucho. Ninguna cosa aborrece más un enfermo que la medicina que más pudiera aprovecharle. Muchos fueran sin duda mejores, si se vencieran á tratar con los mejores.

DIA VEINTE Y SEIS.

La providencia de nuestro amantísimo Padre y sapiéntísimo Médico purifica más en esta vida á aquellos que más ama, y que quiere con más brevedad llevar despues de esta vi-

da á la eterna felicidad.—S. Ignacio en carta de 20 de Enero de 1552.

No es lo mismo amar á uno, que regalarle mucho: el vulgo ignorante cree que en todo esto consiste el amor; complacer en todo al amado, esto es, matarlo. De otra suerte ama el que ama de veras: quiere para su amado un bien no perecedero ni deleznable, sino eterno.

Como el médico ama á su enfermo, cuando le cauteriza y le saja; porque conoce, que estas heridas le han de aprovechar: así ama Dios á los suyos; y aunque ahora les envíe dolores sobre dolores, esto les aprovecha grandemente; porque les adquiere una salud eterna.

Tanto mayor es el amor y más sincero, cuanto mayor es el bien que se desea al amado, aunque este bien se haya de conseguir con grande dificultad. No se gana la corona sin pelea, ni el jornal sin trabajo. Dios lleva á sus amados, pisando espinas; mas llévalos, á cojer rosas.

El amor del mundo, además de ser sucio, es dañoso: á quien ama, mata: es amor de mona, que mata á sus hijos, abrazándolos, á quien estuviera mejor aborrecerlos, que amarlos de esta suerte. El amor de Dios es fuerte y provechoso: ama más á aquellos que el mundo más aborrece.

DIA VEINTE Y SIETE.

Debiera ser continuo en nosotros, el considerar á Dios presente en todas nuestras cosas y tener levantado nuestro corazon al cielo, no solamente en el tiempo de la oracion.—
S. Ign. en su vid. l. 5, c. 1.

La mayor parte de los pecados se evitára, si los pecadores tuviesen siempre á su vista un testigo, cuanto más, si tuviesen un juez. Aquellos á quienes para pecar no los refrena el miedo de la pena, los detiene más facilmente la vergüenza. Ningun lugar hay tan escondido, en quien Dios no esté presente.

Como la presencia del sol está acompañada de su luz; así, donde Dios, se considera presente, se deriva de él en nuestras almas una luz, que enflaquece las fuerzas del príncipe de las tinieblas, y descubre sus engaños.

Si nos acordamos de Dios solamente cuando oramos, tratamos á su Majestad con escasez, y á nosotros con miseria. ¡Cuán grande parte del día nos roban nuestras ocupaciones, y cuán pequeña parte de él damos á Dios! Tan poco nos merece la seguridad de nuestras almas.

Contínuamente piensa Dios de nosotros, y nos cuida de suerte, que siempre nos está colmando de beneficios. No pasa instante de tiempo, en que no logremos algun don suyo; y ¡qué poco nos acordamos de corresponderle!

DIA VEINTE Y OCHO.

En nada se debe pensar más seriamente, que en la cuenta que Dios nos ha de pedir en el juicio, para

reglar segun él, y no segun el nuestro, la vida.—S. Igna. en su v. l. 5, c. 10.

¡Oh vanos cuidados de los hombres! Todo su cuidado es, ¿cómo seré rico? Cómo saldré docto? Cómo alcanzaré honras? Cómo lograré placeres? Mas ¿qué cuenta he de dar de todo á Dios? hay un sumo olvido.

Por todo esto has de ser llevado al juicio de Dios. No hay accion tan pequeña, ni pensamiento tan instantáneo, ni palabra tan ligera, de que no hayas de dar cuenta. ¡Qué raro, ó qué ningun pensamiento tienes de esto!

Registrará Dios allí con luces á Jerusalem, ciudad santa, en quien hallará por ventura más cosas relumbrantes, que de oro, más aparentes que verdaderas: ¿qué puede esperar Jericó? Qué Sodoma? ¡Cuán terrible será el juicio de estas!

Pasa el dia; corren los años; decaece la edad: queda empero la obligacion de dar cuenta de todo ello, y de

cada cosa. Cuidado, pues, ahora; que en llegando este caso, ya es sin provecho el arrepentimiento.

DIA VEINTE Y NUEVE.

El camino de evitar en este mundo las tribulaciones y aflicciones del alma, es procurar conformar del todo nuestra voluntad con la divina.—San Ignacio, en Carta de 20 de Enero de 1554.

Debe dejarse al cuidado de Dios el camino por donde fuere su voluntad conducirnos á él: al carrozero, no le señalamos camino: vaya por el que quisiere, con tal que nos lleve al término deseado.

¿Por qué llamas tristes y malas las cosas que suceden? De Dios nada puede venir triste y malo. Todo cuanto sucedió, lo quiso Dios: ¿estimas en más tu juicio, que tu voluntad? ¿Por ventura ella se ha de acomodar á tu juicio, ó éste á ella?

Enójate cuando quisieres; irrita tu

cólera: ¿qué te aprovechará todo ello para templar el dolor? Si esto te aprovecha, yo te doy licencia de impacientarte; pero advierte, que ningun mal le disminuyó jamás la impaciencia, antes los aumentó á todos: lleva con sufrimiento el dolor; si no quieres, ten por cierto que le hiciste mayor.

Otro es el camino que se ha de buscar para ser dichoso: en breves palabras te lo manifiesto. Así, el que puede todo cuanto quiere, como el que no quiere sino tan solamente lo que puede, son felices. Lo primero compete á sólo Dios; por medio de lo segundo podemos imitar y conseguir su felicidad.

DIA TREINTA.

La experiencia suele enseñar, que donde hay muchas contradicciones, allí suele cogerse fruto mayor.—S. Ignacio, en Carta de 4 de Julio de 1556.

No descuida su oficio el demonio. Intenta impedir todo cuanto ve, que

ha de dañar á sus malas ideas. ¿Qué amistad puede esperarse entre la luz y las tinieblas?

Este astuto enemigo prevee con anticipacion los daños que le han de sobrevenir y se previene, para destruir en su principio los consejos; sabedor de que entónces es más fácil desbaratarlos, que despues de arraigados; porque en habiendo echado el árbol raices hondas, con dificultad se arrancan.

Y como es flaco este enemigo, desconfía de sus fuerzas; si no es que nuestro miedo lo hace atrevido: llama á los hombres en su socorro, para que, tocando estos al arma con las contradicciones, espantados los apóstoles, desistan de la obra comenzada.

¡Desdichados de estos emisarios de el diablo, que impiden los bienes, que él por sí mismo no pudo! Son fuelles con quienes se enciende y dilata el fuego del infierno, para reducir en cenizas los progresos del edificio de Dios. Los malos no pueden sufrir que haya otros mejores que ellos.



DIA PRIMERO DE DICIEMBRE.

Si el demonio se encuentra con una conciencia delicada, se esfuerza á hacerla más delicada y reducirla á un extremo de congojas; para que, turbándola de esta suerte, la derribe y aparte de aprovechar en el camino espiritual.—S. Ign. Reg. de los escrup.

Parecer lo más elevado es desear con ansia el peligro. *Nada con demasiá*, es ordinaria sentencia de los sabios, y tiene su lugar también en la santidad. Aquellas espinas que nacen de la propia imaginación, más sirven de lastimar un alma, que de santificarla.

Una tierra que no sufre el beneficio de la cultura, ¿qué maravilla es que no produzca otra cosa que espi-

nas y abrojos? Este es un castigo justo de la pertinacia; porque si diera lugar al consejo, en lugar de espinas, llevara flores.

Al que quiere no se le hace injuria; mas se le causa daño. Santidad verdaderamente sin consejo: padecer sin mérito, trabajar sin fruto, es ser mártir de su propio juicio.

Menor mal sería para estos tales, el no aprovechar; más cosas peores les sobrevienen: porque viene á sucederles, que, los que antes no podian pasar un mosquito, comiencen á tragarse camellos. Este suele ser el fruto de una santidad engañosa; y esta es finalmente toda la intencion del demonio.

DIA DOS.

La experiencia y el uso nos enseñan que, no los tibios y flojos, sino los fervorosos y diligentes en el divino servicio, son los que gozan de la verdadera paz y tranquilidad del

alma.—S. Ign. en su carta á los de España.

Loco sería el que buscase por caminos dificultosos lo que podia hallar dentro de su casa: buscamos en lo distante lo que tenemos cerca: mendigamos por puertas ajenas lo que está en nuestra mano, y nosotros solos podemos dárnoslo.

Grande felicidad, en la que es verdadera felicidad de esta vida, es que ella sea personal en nosotros, y no real en las mismas cosas. Cada uno en sí mismo es la madre y la patria de su alegría. Consulta tu alma; mira tu fervor: cuan grande fuere éste, otra tanta será la tranquilidad de tu alma.

Cualquier artífice de nada cuida mas que de que en las obras que salen de sus manos nadie pueda poner tacha. ¿Por qué, pues, quereremos nosotros hacer obras merecedoras, no solo de la censura, sino tambien de la indignacion divina? Todo el valor y estimacion de un hombre no es tanto la obra, como el fervor.

Solamente el no tener vicios es una bondad de madera: á más ha de aspirar, el que quiere ser merecedor de alabanza: esto es, que lo que hace, lo haga bien hecho y cuanto mejor pueda; porque lo poco hecho con fervor, pesa más que lo mucho con descuido.

DIA TRES.

Toda la vida de las Congregaciones Religiosas consiste en la conservacion de su primitivo espíritu.—San Ign. en Orland. l. 6, n. 34.

La naturaleza, en otras cosas, de pequeños principios suele proceder á cosas mayores: la gracia empero guarda en esto orden contrario; comunica tanto fervor á los principios, que aquel se debe juzgar, que ha satisfecho, cuando se acercáre más á estos principios.

La Providencia divina enriquece con tanta virtud á los fundadores de religiones, que cumple con la perfecta idea de su obligacion aquel, que fiel-

mente sigue sus pasos, formando en sí mismo la verdadera imagen de la virtud. Vuelve, pues, los ojos, y mira al origen de donde vienes.

Ser hijos y descendientes de Herodes, es una afrenta: si no compramos está gloria al precio de obras ventajosas. Las obras de aquellos deben ser espuelas para la virtud, para no acreditar que un águila enjendró una cobarde paloma.

Debe, pues, fomentarse el primer calor; de otra suerte se enfría el brasero: apagaráse el horno, si no se le suministra de cuando en cuando materia nueva: no hay cosa más fácil, que volverse el agua caliente á su natural frialdad. Hijo del fuego eres, si luces y ardes: si te entibias, serás humano.

DIA CUATRO.

Cuanto ménos divertida y más solitaria se halláre un alma, tanto más apta se constituye para buscar y

llegar á unirse con su Criador.—
S. Ign. en sus Ejercicios.

Donde hay ruido y multitud de hombres y de negocios, allí hay confusion, en la cual no hay lugar ni modo para la devocion. De esta suerte, corriendo tras muchas cosas, perdemos la mejor; porque nada hay mejor que nuestra union con Dios.

El que pasea todas las playas, á ninguna llega: y el que se reparte en todas las líneas, se aparta del centro. Si los rayos del sol caminan divididos nunca encienden. Solo Dios debe ser buscado y amado con todas las fuerzas, para ser conseguido de nosotros.

Nuestra alma, desembarazada de todos los otros pensamientos, camine derecha á este bien como á su blanco; en apartándose de él, yerra; porque pensamientos diferentes no mueven la voluntad, y con un afecto frio nunca se llega á Dios, que es fuego consumidor.

El que está en muchas partes, en

ninguna está: el que no supo fijar este mercurio, no puede tener consistencia; ni en el amor, ni en el conocimiento de Dios, ni de las letras. Una aplicación á muchas cosas juntas, no deja lugar para cada una; porque, como suele decirse: quien abraza mucho con la mano, aprieta poco.

DIA CINCO.

Grandemente yerran, los que ciegos de su amor propio juzgan que obedecen, cuando ellos procuran atraer á su superior, á que les mande lo que ellos quieren.—S. Ignacio en la Carta de la Obediencia.

Cada virtud tiene su mona que la remeda. Como un rostro hermoso por lo ordinario no es más que una superficie, así también la virtud no suele ser más que una máscara bien parecida: pero sin cerebro ni médula. La sustancia de la obediencia es, que se haga la voluntad del superior, no la tuya.

Una cosa es que tu obedezcas al superior, y otra diferente, que el superior te obedezca á tí: esto segundo sucede, cuando él te manda, no lo que quieras, sino lo que conoce que á tí te agrada; en lo que no se yo cual peca más, ó el superior en su falta de valor, ó el súbdito en su falta de obediencia.

Si el superior teme al súbdito, si procura complacerle, ya perdió el freno; porque ya no atiende á lo que pide la razon, sino á lo que demanda la pasion del súbdito, y con órden perturbado, el que debia mandar, es el que se sujeta á obedecer.

Tal vez puede convenir el condescender con el súbdito enfermo y flaco, que debe ser tratado con blandura para que no desfallezca entre los rigores; en cuyo caso, como es digna de alabanza la diferencia de un superior, lo es de vituperio la flaqueza y perversidad del súbdito.

DIA SEIS.

Para que el alma pueda adelantarse en la via espiritual, es necesario que se incline siempre á la parte opuesta de aquella por la cual el enemigo intenta atraerla.—S. Ignacio en los ejercicios.

El que no quiere estrellarse en las peñas, arrebatado por la rápida corriente de un rio, á este conviénele contrastar su violencia con todas sus fuerzas; porque si se deja vencer, cediendo, perdió á un tiempo la nave, la hacienda y la vida, ó despedazado en las rocas, ó sumergido en los abismos.

Nunca se debe llegar á pactos con aquel enemigo, que es implacable, y cuyo destino es nuestra perdicion. Todo cuanto maquina es para nuestra ruina; y así tú debes siempre oponerte á sus consejos.

Siempre has de estar sobre las armas; éstas nunca las dejes, ni creas que él te dará treguas, mientras que él

vela de día y de noche en tu daño, no cesando jamás de fabricar máquinas alhagüeñas: huir siempre de éstas es haberlas vencido.

El que está lejos de Jove, está lejos de su rayo: cuanto más te apartas de las sugerencias, tanto más ciertamente evitas tus peligros: mejor es no poder perecer, que burlarse del enemigo. Huye, y así escaparás.

DIA SIETE.

Con ninguna otra cosa apaga más la caridad nuestro enemigo, que con unos desmedidos é inconsiderados pasos en la virtud.—S. Ign. en su Carta á los de España.

Como el lastre en su proporcion asegura una nave contra el ímpetu de los vientos, y si es demasiado la echa á fondo: y como el aceite, acercándose con moderacion á la llama, la alimenta, y si con demasía la apaga; así la moderacion discreta es madre de

la virtud; la indiscrecion, es su madrastra, que arrogándose el nombre de madre, es su enemiga.

Muchas veces se da nombre de piedad, á lo que es un parto de la soberbia, disimulada con el velo de fervor, pero nocivo: porque estos esfuerzos demasiados frecuentemente no solicitan la gloria de Dios, sino la propia. Lo extraordinario es siempre peligroso.

Aquel que en el camino de la virtud hubiera hecho grandes progresos, si hubiera caminado con paso lento, despacio y con moderacion; hecho rémora de sí mismo con una inconsiderada carrera, se para de repente; porque habiendo querido demasiado, se puso en estado de poder nada.

Un fervor imprudente ocasiona grandes daños al Cielo y grandes ganancias al Infierno, porque todo cuanto hubiera sido de provecho para las almas, perdido, es otro tanto gozo para el demonio y tristeza para el Cielo. Con muy buena intencion, si esta

no vá dirigida de la discrecion, se puede errar mucho.

DIA OCHO.

Más dolor siente María Santísima de ver ofendido de los hombres con el pecado á su Hijo Unigénito, que sintió de verle crucificar.—S. Ignacio en Nadaf. en su año Marian. núm. 670.

Como entre el sol y las tinieblas no puede haber amistad, así tampoco entre MARÍA y el pecado, ó ya sea actual ó ya original: hay entre los dos perpétua oposicion.

Como la causa de una causa es tambien causa de lo causado, así, siendo la causa de la crucifixion de Cristo la culpa, tantas veces la repites, cuantas la cometes: ¡mira ahora, cuánto será el dolor de esta Señora!

Los judíos, cuando crucificaron á Cristo, no le conocieron: tú sabes, contra quién pecas: por aquellos to-

davía no habia muerto; ellos ningunos Sacramentos de la nueva Ley habian recibido para su ayuda; tú tienes muchos. Mira cuanto peor eres que ellos.

La muerte de Cristo no era tan mala, que no pueda contarse entre las cosas buenas: era el fin de los males, el débito de la humanidad y era la puerta de la eternidad; mas el pecado es tan malo, que solamente es mal.

El que quiere obsequiar á MARÍA no ofenda á su Hijo; de esta suerte te mostrarás hijo de la Madre y del Hijo: ¿cómo podrá agradar á la Madre, el que es enemigo de Dios? Esta es la sustancia de la piedad, sin la cual nada sirve lo demás.

DIA NUEVE.

No se ha de obedecer al Superior porque se halla adornado de prudencia, de bondad y de otros cualesquiera dones de Dios; sino tan solamente porque está en lugar de

Dios.—S. Ign. en la carta de la obediencia.

El que obedece por humanos respetos espere su premio de los hombres; porque el eterno no le recibirá, el cual no le dá Dios sino á los que obedecen por el suyo. Ninguno trabaja en balde con gusto, y así lo que hicieres hazlo con mérito.

Siervos de Dios somos, no esclavos de los hombres: ¿por qué, pues, obedecemos más por complacer á éstos, que á Dios? Los que sirven á los ojos, llevan la carga; mas no perciben el fruto.

¡Ay de los que fundan sobre la prudencia, ó benevolencia humana! ¡En qué cimiento tan flaco estrivan, siendo tan poco constantes ámbas! ¿Qué cosa más mudable que el amor de los hombres? ¿Qué cosa más expuesta á errores que su prudencia?

Aquél solo está cierto de la bondad de su obra, y del valor de su trabajo, que obedece á un hombre, no por el

hombre, sino por Dios: ¿qué puede aquel aprovechar sin este? No es éste todas las cosas, sin necesitar de aquel?

DIA DIEZ.

Cada uno se proponga para imitar aquellos que viere más sobresalientes en diligencia de su aprovechamiento y en magnanimidad.—San Ign. en su carta de la perfeccion.

Los ejemplos grandes de los grandes hombres son espuelas que incitan poderosamente á obrar: tienen una persuasion más eficaz que toda elocuencia. Y así Dios adornó á los primeros con especiales dones, para que los venideros con emulacion intentasen igualarlos en la virtud.

No es excusa nuestra flaqueza. Pudieron aquellos: ¿por qué no podrás tú? Aquellos tambien fueron formados del mismo barro: iguales gracias se te conferirán: ¿qué, pues, te falta, sino es el ánimo?

En vano culpamos nuestra naturaleza, porque ella sigue siempre las insinuaciones de nuestra voluntad; y así degenerar de tan grandes ejemplos es efecto de nuestra negligencia, no falta de poder. La costumbre es otra naturaleza; haz que esta segunda sea mejor que la primera.

La regla en los edificios ha de ser perfecta: de otra suerte las paredes no caminarán derechas, acercándose más á la ruina, que á la cumbre. La maniobra no puede ser más perfecta, que su diseño; sean, pues, los mejores aquellos, á quienes tomáremos por ejemplares para imitarlos.

DIA ONCE.

Cosa más difícil es mortificar el espíritu, que afligir la carne.—S. Ignacio, en Orland.

Que al cuerpo se le prive de sus comodidades, y que sus miembros se aflijan con dolor, cosa dura es; mas

no tan levantada de punto, que no haya llegado á él la virtud de los antiguos filósofos, que repetidas veces despreciaron riquezas y áun la vida.

Pero dejarse abatir y posponer á otros, menospreciar su propia estimacion, todo esto, como excede el órden de la naturaleza, así tambien sobrepuja todo el alcance de los filósofos. De esta virtud es maestro aquel solo que dijo de sí mismo, que era blando, y humilde de corazon.

Sufrir los males externos, es solamente la corteza de la paciencia; pero sufrir con ánimo sereno las heridas del alma, esto es, la médula de una virtud; aquí está lo difícil de ella, y esta es su verdadera piedra de toque.

Tolerar las molestias del cuerpo, muchas veces lo consiguió la jactancia, y otras tantas la pertinacia; pero ahogar los gemidos de un alma herida, y refrenar unos espíritus nacidos para cosas grandes, conteniéndolos dentro de los límites de la razon, esta no es obra sino de superior fortaleza.

DIA DOCE.

La negligencia y la tibieza acarrearán tristes trabajos al perezoso.—S. Ignacio, en su Carta de la Perf.

Más trabaja, el que menos obra. Los ociosos decaecen más temprano de fuerzas, que los que continuamente se ejercitan; y los que dan satisfacción á sus pasiones, padecen mucho más, que aquellos que crucificaron su carne con todos los vicios y concupiscencias.

Donde hay fervor no hay trabajo, y donde se ama no se trabaja, á lo menos se ama el mismo trabajo. Más nos espanta á las veces el miedo de la dificultad, que la dificultad misma.

La cruz de los tibios es pesadísima: ellos llevan la misma carga que los fervorosos; mas no reciben el alivio que éstos. Este causa tanta alegría y ligereza al fervoroso, que todas las dificultades le son de la misma carga que las plumas á una ave.

Grande mal es aquel que nace dentro de nosotros; siempre está presente, continuamente molesta, y lo que es peor, no admite los remedios de quien no hay que esperar curacion: sino es con su total ruina, mediante la propia diligencia.

DIA TRECE.

Tengamos por cierto que está Dios siempre inclinado á usar de su liberalidad, con tal que halle en nosotros una cierta y profunda humildad.—S. Ign. en la carta á los de España.

Como las aguas bajan con ímpetu de las alturas de los montes á los valles, así nadie espere abundantes raudales de dones de el Altísimo; sino es aquel que se abatiere á sí mismo y apartare de sí á lo más profundo la estimacion propia.

Si un vaso no está vacío, no recibirá agua: ni aquel espere abundancia

de gracias, que busca estas aguas lleno de la pasión de su propia honra. Aquel fariseo arrogante se apartó vacío de la presencia de Dios, no por falta de la liberalidad divina, sino por vicio de su arrogancia.

Nadie está más seguro que el humilde. Sólo aquel árbol está seguro contra los vehementes ímpetus de un huracán que ha echado profundas raíces en la tierra. Los rayos hieren sobre las más altas torres, al mismo tiempo que sin daño alguno crecen y se mantienen en los valles los humildes tarahes.

Volvió Dios sus ojos á la humildad de su Sierva (María) y por eso obró en ella cosas grandes el Todopoderoso: ni ahora hace Dios prodigios, sino es con aquellos que se tienen en poco á sí mismos. Ninguno obra más que quien ménos siente de sí propio.

DIA CATORCE.

Muchas cosas podemos hacer, y mu-

cháñs dejar de hacer por el parecer y juicio de los hombres (con tal que no sean pecado) por el bien y provecho de los mismos hombres.—San Ign. en Riv. lib. 5, cap. 10.

Ser buena una cosa ó mala, no lo define tanto la misma como las circunstancias; en ellas se hace malo lo que en otras sería tolerable, y en algunas digna de alabanza y por ventura de premio.

No es una sola la medicina que puede sanar los enfermos; porque cuanto se recibe obra segun la disposicion del recipiente, y porque lo bueno ha de ser cabal y enteramente bueno: si una sola circunstancia lo vicia, deja de ser bueno y se hace malo.

Querer obrar cosas buenas con perturbacion de otros, es ofrecer á Dios un holocáusto nada agradable. Dios es la misma caridad; sin ella nada puede agradarle: más le agrada una poquedad con paz, que todos los tesoros del mundo con rencillas.

La caridad es el oro; como dē este metal todos los metales y maderas de poco precio reciben el resplandor; así de la caridad las acciones de poca monta, y que por ventura se debieran omitir, reciben su estimacion y valor. Obra de suerte que jamás des ocasion de justo sentimiento.

DIA QUINCE.

Cosa más fácil es oír, que hablar.—
S. Ign. vida de Nolarci.

Ningun arte necesita de más preceptos que el arte de hablar bien; porque ninguna otra hay expuesta á más yerros. La naturaleza, no en vano, encerró á la lengua en tanta clausura, poniéndola guardia de labios y dientes, y tantas dificultades en manifestarse para que no errase.

La misma naturaleza colocó el cerebro, que es el asiento de la razon, cercano á la lengua: dióle para centinelas dos ojos, para que no pronun-

cie cosa alguna, que no sea conforme á las leyes de la prudencia, y medida con la circunspeccion.

¡Ay, qué disensiones no ha suscitado una palabra pronunciada inconsideradamente! ¡Qué incendios no ha levantado! La palabra, una vez pronunciada, vuela, y no puede recobrase, y lastima á muchos, á la manera de una saeta disparada ya del arco. De todas estas congojas y peligros saldrás facilmente, con solo el aprender á callar.

El silencio ha tenido siempre entre todos la primera estimacion; quanto es el silencio de uno, tanta es su autoridad y su crédito. Siendo esto así, me admiro que seamos tan pródigos de palabras, cuando ellas, siendo muchas, ordinariamente deslustran y envilecen nuestra estimacion.

DIA DIEZ Y SEIS.

El juez hace mal en creer al acusador antes de oír al acusado, y de

hallarle reo.—S. Ign. en el mismo autor.

Ninguno yerra más que el que cree con facilidad: las cosas que se oyen se deben pesar con madurez; y si hieren en la fama agena, no deben creerse hasta tanto que su verdad pueda tocarse con las manos.

Si basta que uno sea acusado para que desde luego se le trate como reo, no habrá persona inocente: la costumbre de hablar de otros censurándolos, es tan comun y se ha extendido tanto, que no hay cosa que de más tiento y exámen necesite, que una delacion.

Los malos pueden engañar; los buenos pueden ser engañados: ni á los unos ni á los otros se les debe dar crédito. Nosotros mismos, ¿cuántas veces nos engañamos? ¿Cuan fácil cosa es que haya error, ó en el hecho ó en la persona? Mas fácil es el perdon de una falta de ser tardo en creer, que de ser ligero y apresurado.

Antes de ser oído un reo, nada se puede asegurar de cierto: si al delator se le ha dado un oído, otro se ha de guardar al delatado. Hase de dar tiempo á la disculpa, y en caso dudoso, se debe favorecer al reo. Los que gustan de oír delaciones, buscan sus delicias en el estiercol.

DIA DIEZ Y SIETE.

Nada se ha de emprender, sin consultar primero á Dios.—S. Ignac. en Gonza.

Los humanos consejos son dos veces engañosos: una, por poco sinceros; otra, por débiles: solamente podemos fundarnos sin recelo en los que vienen de la suprema Sabiduría: á estos no puede faltarles ni la seguridad, ni la solidez.

Muchos comienzan obras y las dejan imperfectas; porque muchos comienzan á urdir una tela sin consultar primero al cielo: nadie espere buen fin de los negocios, sino es comen-

zándolos por este primer principio. Menospreciarlo es errarlo todo.

Quiere Dios que le roguemos esparza su luz sobre nuestras tinieblas, sin la cual andamos palpando entre oscuridades: al más sabio le hace sombras la ambicion y su amor propio.

Búrlase Dios de nuestras ideas inconsideradas, las cuales, cuando con más calor se promueven y cuando parecía que con el mejor suceso llegaban á su conclusion, entonces se hallan desbaratadas. Aprende de los artífices de Babilonia, cuan poco aprovechan diligencias en edificar una torre, si el cielo está en contra.

DIA DIEZ Y OCHO.

La verdad siempre se hace patente con su luz cuando la mentira se esconde entre tinieblas; mas para disiparlas basta la sola presencia de la misma cosa.—S. Ign. en Barthol. lib. 2, fol. 174.

Los que quieren ocultar la verdad

con las mentiras forman telas de arañas, desentrañando su ingenio; mas cualquier vienteillo desbarata estas mal tejidas redes. Cuan difícil es esconder el fuego en el seno, tan difícil es que la verdad se mantenga escondida.

Los vientos pueden mover guerra á los altos cedros: pueden silbar, moverles sus hojas, inquietarles su acostumbrada quietud, apartarlas unas de otras; mas destruirlos del todo, no pueden: en iguales raíces estriva la verdad; nunca será destruida.

Si la verdad está de tu parte, no hay porque temas un enemigo, aunque sean mil: sola tu conciencia inocente te defenderá de mil contrarios; y todas las minas fabricadas contra tí, si reventáren, se convertirán en humo.

No suele estar escondida la verdad porque puso su mansion en el sol; ama el estar manifiesta: ¿para qué disimulas en vano? Aunque tú no quieras, la verdad ha de parecer en el teatro; porque si la lengua la niega, la

manifestarán la frente, los ojos y el rubor de la vergüenza.

DIA DIEZ Y NUEVE.

Poned gran cuidado en sentir cada uno bien del otro, para amaros así todos recíprocamente.—S. Ign. en Barth. lib. 3, fol. 250.

El amor de Dios se extiende latísimamente: tiene tantos amores particulares cuantos son los hombres: como salen los ríos del mar para volver á él, así del amor sincero de Dios se derivan muchos amores que vuelven á él mismo.

Si todas las cosas entre los amigos son comunes, también los amores deben serlo: no ama á Dios aquel que no ama con él las mismas cosas: ¡mira cuanto puede el amor de Dios! El obliga á los amores de todos.

El amor profano, por amar á uno solo, aborrece á muchos y los ofende á todos, siempre ciego, cuando ama

y cuando aborrece. El amor de Dios, entonces más estrechamente ama á uno, cuando tiernísimamente los ama á todos: y cuando á ninguno aborrece, muestra que entonces ama verdaderamente á uno solo.

La naturaleza quiso que fuéramos hombres, no fieras, esto es, sociables: la humanidad la debemos á estos amores, para que no caiga sobre nosotros aquella censura, de que un hombre para otro no sea hombre, sino lobo: quien da coces, no será hombre, sino caballo; quien ruge, será leon; quien muerde, perro; quien hiere, será toro: y ninguno de estos será hombre.

DIA VEINTE.

Cuando la benignidad no aprovechó, aprovechará la severidad, á lo menos para ejemplo de los otros.—San Ign. en Rivad. lib. 5, cap. 7.

Una severidad y una remision demasiadas destruyen el gobierno. La

condescendencia de las madres ha perdido muchos hijos, á quienes la severidad de sus padres en tiempo y razon, hubiera salvado. Mal superior es aquel en cuyo gobierno nada es lícito á nadie: peor es aquel en cuyo gobierno todo es lícito á todos.

El que pretende agradar á sus súbditos con la condescendencia, desagradará mucho á Dios; porque abre camino á tantos males que fácilmente no se podrán desarraigar despues. Viene tarde la severidad del médico, cuando el cáncer ha tomado posesion de todo el cuerpo.

Los males son tanto más graves cuantos más son los comprendidos en ellos. El que disimula con los malos hace daño á todos; á los malos, porque no los corrige; á los buenos, porque siguen facilmente sus ejemplos. Más daños causa en una república la remision, que la severidad.

La llaga que ligeramente podia curarse, con el descuido se hace incurable. Es tal vez la benignidad cruel,

cuando lo que al principio con ligeras medicinas podia remediarse, se deja poner en estado que necesita del hierro y del fuego; y ojalá que no sea el eterno.

DIA TREINTA Y UNO.

Nadie debe de nosotros ser ofendido; pero principalmente aquellos, que, si nos fuesen contrarios, podrian impedir nuestro empleo en el divino servicio, y cuidado de la salvacion de todos.—S. Ign. en la Hist. de la Comp. l. 16, n. 122.

Con dificultad camina la navecilla de Pedro, cuando poderosos vientos la contrastan: la cual, si no lleva buen piloto, más presto encontrará con el naufragio, que con el puerto. Por el contrario, con vientos favorables camina con grande velocidad.

¿De qué sirve irritar á las abispas? Aunque ellas no piquen, con todo eso molestan y se pierde el tiempo debido á mejores empleos, en apartarlas de

sí. Poco fruto se coje, cuando es necesario combatir.

Grande es la fuerza de los planetas grandes sobre las sementeras: el grano de la Divina palabra, entónces promete ciento por uno, cuando se siembra con el favor de estos astros: y como, estando en contra el génio, poco se aprende; estando en contra el cielo, poco se aprovecha.

Más daño puede uno hacer al fruto de las almas, que pueden hacer de provecho ciento; principalmente, si el que se opone es poderoso en riquezas y autoridad. Haz tu lo que puedes, no lo que quisieras. Mejor es ganar poco con seguridad, que mucho exponiéndose á perderlo todo.

DIA VEINTE Y DOS.

El arrepentimiento ha de constar de contricion en el corazon, de confesion en la boca, y de satisfaccion en la obra.—S. Ign. en su Cathec. M. S.

La penitencia y arrepentimiento es

cosa de grande importancia: cosa más fácil es conservar el alma sin culpa, que, despues de cometida, hacer por ella la congrua penitencia. Los cocodrilos tambien tienen sus lágrimas: estas tienen su valor, no de su abundancia; sino de la sinceridad del afecto, que las produce.

La penitencia no debe ser menor que el delito: cuantas veces se deleitó el pecado, otros tantos holocaustos debe hacer de sí mismo, ó por decirlo mejor, todo el hombre entero debe ofrecerse á Dios en sacrificio de penitencia; porque todo él le ofende con la culpa.

Tu estás cierto de haber pecado; de haber hecho la debida penitencia no puedes estar cierto: y así nunca debes cesar de hacerla, para que tu dolor no se termine, si no es con la vida.

¿Para qué tardas en convertirte á Dios? Tanto gustas de ser esclavo del demonio. Si multiplicas maldades sobre maldades con la esperanza del perdón, mira no sea que padezcas

naufragio, antes de llegar á este puerto; porque la penitencia, que se hace estando enfermo, ella es enferma.

DIA VEINTE Y TRES.

El Espiritu Santo que mueve á una eleccion, suple facilmente todo el órden y forma de elegir.—S. Ignacio, part. 8, c. 6, n. 5.

Maravilloso artífice es el Espiritu Santo: no quiere sujetarse á reglas ni á ejemplares; obra donde, cuando y como quiere. Lo que es propio de los vientos, lo es tambien de este soberano Soplo; esto es, ignorarse de donde vengan y á donde caminen.

Dichoso aquel que de él se deja gobernar! Examinad los espíritus, si son de Dios. No todo lo que parece santo, lo es: debajo de la máscara de piedad, suele esconderse la maldad; y es cosa difícil el discernirla.

La vista de nuestros ojos es más flaca de lo que es necesaria, para po-

der elegir con seguridad entre las cosas, que conciernen á Dios, á el alma y á la eternidad; y así es preciso solicitar la luz de lo alto, preparando el corazon al Santo Espíritu.

Y como las cándidas palomas no se asientan, si no es sobre techos muy aseados; así la limpieza de nuestras almas es la mejor preparacion para recibir esta luz del Espíritu divino, siu la cual toda la humana sabiduría anda á oscuras, y todo humano ingenio camina á tiento.

DIA VEINTE Y CUATRO.

La inocencia de la vida y la santidad valen mucho por sí mismas, y se aventajan á todas las otras cosas; pero, sino se acompañan con la prudencia y modo de tratar con los hombres, son mancadas y enfermas.
—S. Ign. su v. l. 5, c. 10.

El oro tiene su valor, aun quando está escondido en las entrañas de la

tierra; pero este valor es mucho menor, del que tiene cuando sirve para los usos humanos: así es tambien la utilidad doméstica de la santidad: al público empero comienza á aprovechar, cuando el valor privado, que en sí tiene, lo comunica á otros muchos.

¿De qué sirve que tengas un almacén lleno de riquísimas mercaderías, si nó las pones en venta? Estarán encarceladas: ninguna ganancia producirán. El que sabe vender mejor, ese es el que hace mayor ganancia. A este fin derramó Dios en tí tantos dones, para que desde tí mismo se deriven en otros muchos.

Si tu santidad mora en un génio áspero y pesado, no solamente ahuyentarás de tí los hombres, pero tambien del amor de la virtud: porque con ese sobrecejo encapotado la acreditas de triste, siendo ella la verdadera fuente y madre de la alegría, no pudiendo nadie alegrarse sinceramente, sino es siendo bueno.

Un semblante sereno, una conver-

sacion apacible, una vista benigna, una perpétua tranquilidad de costumbres, si se juntan con la santidad, son el mejor manantial de las virtudes para con los prójimos. De otra suerte en vano convidas para que te sigan aquellos á quienes ahuyentas con tu rostro cetrino.

DIA VEINTE Y CINCO.

Tened por hombres viles, abatidos, flacos y de poca monta á todos aquellos que en los Palacios, para gran gear el favor de un Príncipe terreno, sirven y siguen las inclinaciones de él, con más diligencia que vosotros para ganar la gracia de el Rey del Cielo.—San Ignac. en Barth. l. 4, f. 328.

En el mundo se tiene por felicidad en grado supremo, cuando alguno llegó á ser escogido y colocado en Palacio por uno de los criados de un Rey. ¡Cuántos trabajos, cuán grandes gas-

tos costó esto á muchos! Esto mismo lo tienes de tu mano, si tú quieres, en el Palacio de Dios.

Cuanto excede la Majestad del Rey Eterno la gloria del temporal, tanto mayor es el obsequio que tú debes á aquel que á este. Compara entre sí mismas estas dos líneas paralelas. El Rey terreno está formado del mismo lodo que tú, expuesto á iguales molestias, se ha de resolver en el mismo polvo: Dios es la inmensa Majestad. Mira tú ahora ¿qué es lo que debes á cada uno de estos dos?

Dios se vistió de nuestra humanidad para que le siguiésemos y para que le sirviésemos. O nos falta la fe, ó merecemos mayores penas que las del Infierno, no sirviendo á tan Gran Señor ó sirviéndole con tanto descuido.

No pide tampoco que le sirvamos de valde: por un pequeño trabajo nos ofrece un premio eterno. Tengamos, pues, vergüenza, considerándonos tan diligentes á las ganancias temporales

y tan torpemente descuidados para las eternas.

DIA VEINTE Y SEIS.

Todas tus palabras y obras han de salir al público, y piensa, que, lo que dijiste en el mayor secreto, se ha de manifestar también.—San Ignac. en la Histor. de la Comp. l. 13, núm. 35.

El vulgo tiene ojos de lince, nada se le esconde: lo que se creía quedar sepultado entre paredes, sale finalmente á la plaza: ningun rincon hay tan retirado á quien no dé paso á los ojos algun pequeño agujero.

Adonde los ojos no penetran, alcanza la sospecha, la cual, si una vez prende, no sosiega; porque, como el perro ventor sigue el rastro hasta descubrir la pieza; así el ingenio humano sin sosiego lo escudriña todo, hasta que descubre el secreto.

El grano se sepulta en la tierra,

mas para poco tiempo, el cual pasado en breve sin sentirlo, ya parece nacido en yerba: del mismo modo los secretos que tú fiaste sembrándolos en el pecho de tu amigo, como en un campo, con grande seguridad y bien profundos, cuando ménos lo piensas, los verás nacidos y publicados.

Ama, como quien despues ha de aborrecer; y, cuando eres amado de otro, juzga que puede llegar el caso que te aborrezca en algun tiempo: de tal suerte te confies y tus cosas á un amigo que nunca te pueda dañar aunque quiera. Quanto más vehemente es un amor, tanto más presto pára en cenizas, y por lo ordinario estos afectos sin moderacion paran en aborrecimientos.

DIA VEINTE Y SIETE.

Los demasiadamente cautelosos rara vez emprenden cosas grandes y heroicas en el servicio divino; porque á estas cosas no se aplican los que

temen cualquiera pequeña dificultad que puede sobrevenir.—S. Ignacio en Nolarci. cap. últ.

El que atiende mucho á los vientos ni navega, ni siembra, porque está con temor del peligro ó dificultad que pueda sobrevenir. Si siempre andas con temores, nunca hallarás modo de resolverte.

A los que cualquiera sombra los atemoriza, son niños: los que tienen edad y una virtud adulta, muestran pecho más firme contra las dificultades. Muchas veces, en lo que intentamos ejecutar, nos estorba más la opinion que la dificultad misma. Siempre determinados, nunca comenzamos.

Por ventura aquel peligro, que tanto recelamos, jamás llegará: ¿para qué nos consentimos desdichados, antes de serlo? Pudiendo ser dichosos solamente con poner la esperanza en el lugar en que ponemos al temor. Nadie nos embaraza más que nosotros mismos: queriendo saber mucho, mostramos ser ignorantes.

En vano te fatigas; la vista humana es más corta de lo que era necesario para poder tenerlo todo presente. Lo que sospechas, jamás sucederá; y sucederá aquello en que tú ahora no piensas. Algo se ha de confiar á la Divina Providencia, y algun lugar ha de tener nuestra esperanza.

DIA VEINTE Y OCHO.

Examinadas ya y determinadas las cosas, una noche debe dar el último consejo.—S. Ign. en Barthol. lib. 3, núm. 35.

La prudencia no fuera virtud, si cuanto á nosotros se nos ofrece fueran consejos, cuan bien se ejecutáran entonces todas las cosas, y nada se haria sin consejo; pero como no todos los cerebros abundan de juicio, así tambien no todo lo que en ellos se fragua, debe ser tenido por consejo.

Los consejos, para poderse prac-

ticar seguramente, conviene que no sean apresurados: las resoluciones precipitadas facilmente precipitan. Como una vela encendida aumenta la luz de otra para ver más claramente los objetos, así tambien un pensamiento sobre otro para lo que has de ejecutar.

Muchas cosas dicta un ímpetu repentino, que, dándoles un poco de tiempo, reprobará la razon lo que antes aprobaba el pensamiento. De ordinario la pasion esparce niebla, quitando la luz al juicio; á ésta la cura el tiempo, porque cuanto ella se sosiega, otro tanto se va descubriendo de luz

Nadie está de humores templados en todas las horas del dia. Y hay algunos dias que son madrastas nacidos para nuestro daño: esperando, pues, podrá ser que el siguiente amanezca más feliz. Lo que se dilata, se podrá hacer; lo hecho, si se ha errado, tiene dificultosa enmienda, ó imposible.

DIA VEINTE Y NUEVE.

El ocio es origen de todos los males: en cuanto pueda ser, no tenga lugar en nosotros.—S. Ign. part. 3, cap. 1, núm. 6.

Somos hijos de Adan: no conviene que nos olvidemos de nuestra herencia, que se reduce á comer nuestro pan con el sudor del rostro. El que no trabaja, no coma, dijo el Apóstol. ¿Cómo quieres recibir á la tarde el jornal, sino has trabajado en la viña?

El hombre nació para el trabajo: hacer nada es lo mismo que no vivir. La vida del cuerpo consiste en movimiento: si las arterias no pulsan, si la respiracion cesa, acabóse la vida: del mismo modo no se debe juzgar que vive un alma que no obra lo que debe.

Aquel tiempo se debe reputar por perdido, que no se ha empleado en utilidad del alma. No vivió mucho aquel que solamente duró mucho. Un viejo vicioso en la edad de la virtud

es un niño: y un jóven virtuoso, aunque ha durado poco, ha vivido mucho.

La naturaleza jamás está ociosa. Todas las cosas están en movimiento. Las aguas corren: los astros hacen su curso: el fuego siempre arde para enseñanza nuestra, que por flojedad y pereza no dejemos pasar el tiempo; sino que mientras le tenemos, le empleemos bien.

DIA TREINTA.

Así como recibe grande premio en el cielo el que se esfuerza á apartar de sí un mal pensamiento; así tambien se expone á grande peligro de caer en mayores males el que no da asenso á las buenas inspiraciones.—
S. Ign. en Nolarc. cap. últ.

Dios ofrece sus gracias liberalmente; convida á hacer lo bueno, no nos fuerza: si alguno desatento le resistiere, ¿qué maravilla será que Dios recíprocamente le deseche? Visítanos el

Señor segun le correspondemos.

El que desprecia el beneficio que se le ofrece, no merece favor, sino odio; cuando el que recibe el primero con agradecimiento, hace mérito para el segundo: porque la mejor y más noble paga de un beneficio es la gratitud.

Debes atender con grande cautela á las inspiraciones, porque ellas son á quienes Dios vinculó tu salvacion: si esta ó aquella la desprecias, por ventura te perdiste, no por haber Dios andado poco liberal contigo, sino por tu descuido. Si hoy oyeréis la voz del Señor, no endurezcais vuestros corazones.

Cuando Dios llama á la puerta, cuando tira de la oreja, mira no cierras la del corazon: si te reprende, es Padre: si amenaza, es Señor y siempre Salvador, siempre atento y cuidadoso de tu salvacion. Dile: habla, Señor, que tu siervo oye.

DIA TREINTA Y UNO.

Dése la alabanza y las gracias á Dios nuestro Criador, de cuya infinita liberalidad y munificencia se deriva toda la distribucion de bienes y de gracias.—S. Ign. en su carta á los de España.

Más gracias contáramos, si fuésemos más agradecidos: el agradecimiento por un beneficio es una sollicitacion por otro nuevo. Desea hacer bien aquel Señor que es todo bondad y liberalidad. Cuenta las estrellas del cielo, si es que puedes; del mismo modo no podrás contar las gracias que has recibido este dia, ó en este año.

¿Y qué es lo que el Altísimo nos debe? Díonos sus gracias antes que nosotros pudiésemos merecerlas, antes que desearlas y continuarlas por momentos. ¿Y qué le volvemos por ellas? Dá, pues, sin esperanza de gracia, sin término y liberalmente.

Y lo que aumenta la grandeza de

este beneficio, es que este bien se haga á tan viles gusanillos de la tierra, á ingratos y enemigos rebeldes; y lo que excede toda ponderacion; áun cuando le están ofendiendo no cesa de derramar sobre ellos sus beneficios. ¿Qué hacemos? Las fieras se amansan con el beneficio.

¿Qué retribucion darás á tu Señor por todos estos favores? Si te das á tí mismo y todas tus cosas, nada le das que no sea suyo. Dale, pues, este año: dale el venidero. Dale á Dios toda la Eternidad. Y haz todas las cosas A MAYOR GLORIA DE DIOS.

LAUS DEO.



LIBROS que se hallan de venta en la *Librería Católica de los Sres. Antonio Izquierdo y sobrino, Calle de Francos, 60 y 62.—Sevilla.*

ASPIRACIONES de un católico en los lugares de Asís, por D. J. A. Ortiz Urruela; 7 rls. en rústica y II encuadernado en tela.

AYUDANTE (El) á la Sta. Misa rezada y sagrada Comunión, conforme á lo escrito en italiano por Mr. J. Baldeschi; un real ejemplar, y 80 rls. el ciento.

ASCENSION (la hora de la); ó ejercicio para meditar este soberano misterio: un real ejemplar, 8 rls. docena.

AGUINALDO LITERARIO.—Los Pastores de Belen: Auto de Navidad en dos jornadas y en verso por D. Cayetano Fernandez; 5 rls. ejemplar.

BIBLIOTECA CATÓLICA.—Coleccion de novelas de instructiva y saludable doctrina; real y medio cada una. I. La Herencia de Francisca.—II. La Huérfana.—III. Ana María.—IV. Dicha y desdicha: las Violetas; y los Hijos del Cestero.—V. Magdalena.—VI. La Adopcion.—VII. Angela y su padre.—VIII. Tía Gertrudis.—IX. El Casamiento de Hortensia.—X. Los dos Viajeros, seguido de Marta y María.—XI. Historia de Eugenia.—XII. Dos hermanas, seguida de los Proyectos de Isabel.—XIII. El Orgullo.—XIV. Un Meteóro brillante, seguida de las Ilusiones.—XV. La Mujer de un Oficial.—XVI. La Reclusa de las Rocas negras, seguida de El Ruiseñor. (Continúa la publicacion.)

CANCIONES á la Sma. Virgen María para el mes de Mayo; un real ejemplar, 8 rls. docena y 50 rls. el ciento.

CUARTO de hora de Soledad (El); un real ejemplar, 8 rls. docena y 50 rls. el ciento.

COLECCION DE OPÚSCULOS del Dr. D. Francisco Mateos Gago, Pro. Se han publicado los cuatro primeros tomos de unas 500 páginas en 4.º cada uno (en prensa el 5.º); precio 20 rls. cada tomo y 22 certificado por el correo.

DEL MODO de crecer en perfeccion, ó sea del progreso del alma en la vida espiritual por el Rvdó. P. Faber, traducido directamente del inglés por el Pro. D. José A. Ortiz Urruela: Un tomo en 8.º mayor 756 págs.; 16 rls. en rúst. y 20 en pasta. Por el correo 22 rls. y 24 certificado.

DEVOTA y doctrinal novena en obsequio y desagravio del Corazon de Jesus Sacramentado, con otras devociones,

- por el P. Contreras; real y medio en rús. 4 rls. en pasta.
- DEVOCIONARIO Sagrado de los privilegios, gracias y glorias del glorioso Patriarca Señor S. José; 2 rls. en rústica y 4 rls. en tela.
- DEVOCION de las 40 Ave Marías como preparacion espiritual al Nacimiento del Hijo de Dios y «ejercicio piadoso» para la noche buena; un real ejemp. y 8 rs. docena.
- DEVOCION muy útil en favor de las Benditas Animas del Purgatorio, un real.
- EJERCICIOS para los Mártres de cada mes en obsequio de Señora Sta. Ana; real y medio ejemplar, 12 rls. docena.
- EJERCICIOS en honor de los dulcísimos nombres de Jesus y de María; real y medio.
- EL TALISMAN de los niños, lectura para las Escuelas de ambos sexos, por D. Cayetano Fernandez; 4 rls. ejemplar, 42 rls. docena y 300 rls. el ciento, pasta carton.
- FÁBULAS ASCÉTICAS en verso castellano y variedad de metros, por D. Cayetano Fernandez; un tomo en 8.º, 8 rls. en rústica y 10 encuadernado á la holandesa.
- FRANC-MASONES (Los). Lo que son, lo que hacen, y lo que intentan, por Mons. Segur; un real, y 80 rs. ciento.
- GUIRNALDA de la inocencia (la), devocionario para los niños; 5 rs. en percalina con planchas doradas.
- HOMENAJE á los Jóvenes cotólico-liberales, por Mons. Segur; un real, y 80 rs. el ciento.
- JUBILEO de la Porciúncula ó instrucciones para ganar el Jubileo de este nombre; un real ejemplar y 8 rls. docena.
- JORNADAS que hizo la Sma. Virgen desde Nazaret hasta Belen, y consideraciones devotas sobre la venida al mundo de Ntro. Señor Jesucristo; real y medio ejemplar y 15 rs. docena en rústica.
- LOS SANTOS Lugares de la Judea, la Samaria y la Galilea, por D. J. A. Ortiz Urruela; un tomo en 4.º 16 rls. rúst.
- LA IGLESIA Católica y la Revolucion de Setiembre en España, por el mismo; 4 rls. en rústica.
- LA VIRGEN DE LOS DOLORES, por el mismo; 4 rls. rúst.
- MEDITACIONES (siete) sobre el Smo. Sacramento, por el mismo; un tomo en 8.º, 6 rls. en pasta.
- JUANA LA PAPISA: Contestacion á un articulista papisero de Santander, por el Dr. D. Francisco Mateos Gago; un precioso tomo de 252 páginas, su precio 8 rls. rústica.
- MÉTODO de rezar la Corona en honor de Jesus Sacramento; real y medio.
- IDEM para visitar el Jubileo Circular de 40 Horas escrito

por Fernan Caballero; un real ejemplar y 8 rls. docena.
IDEM para oír devotamente la Sta. Misa, por el P. Nakateno; 2 rls. ejemplar y 18 rls. docena.

MÁXIMAS de la B. Margarita de Alacoque, 3 rs. docena.
MES DE MARZO, consagrado al Patriarca Sr. S. José.

Edicion considerablemente aumentada con el Setenario, grandezas y privilegios del Sto. Patriarca, visitas, catálogo de sus reliquias y lugares en que se conservan: un tomo en 8.º, 4 rs. en rúst. y 6 rs. en holandesa.

MES DE MARÍA, ó sea Ramillete de flores espirituales para ofrecérselas á la Sma. Vírgen durante los dias del mes de Mayo. Este precioso libro, cuyo argumento está basado en la Letanía Lauretana, contiene piadosas consideraciones sobre esta devocion: en él se encuentran, por via de ejemplos, historias auténticas é interesantes de los favores otorgados á los fieles devotos por María Santísima, bajo los títulos de la Antigua, el Reposo, las Batallas, Divina Pastora, del Pilar, Atocha, Buen Consejo, la Merced, Guadalupe, de las Nieves, Loreto, etc., etc. Un tomo de 335 páginas en 8.º; 6 rs. en rústica y 9 encuadernado en tela: por el correo á 7 y 10 rs.

MES DE NOVIEMBRE, en sufragio de las benditas Almas del Purgatorio, por Vitali. Nueva edicion aumentada con las pruebas del Purgatorio, novena y ejercicios en sufragio de las Animas, sus clamores y lamentos y votos en favor de las mismas: un tomo de 264 págs. en 8.º 4 rls. en rústica y 6 encuadernado en tela.

MODO de visitar las estaciones de la Via-Sacra, segun se practicaba en el Convento Casa Grande de San Francisco de Sevilla; un real ejemplar y 8 rs. docena.

NOVENAS, en sufragio de las Benditas Animas, en honor de Sta. Rita de Casia, de San Joaquin, de los Santos Varones, de Sta. Heduvige, de S. Juan Nepomuceno S. Vicente Ferrer, S. Cucufate, y S. Isidoro etc. etc.; tamaño en 8.º real y medio cada una.

ID., de nuestra Sra. del Cármen, de nuestra Sra. de la Saleta, de la Inmaculada Concepcion, Sta. Ana, Santa Teresa, S. Antonio, etc. etc., Animas Benditas del Purgatorio: tamaño 12.º; un real cada novena.

NACIMIENTO ADORABLE (El) de nuestro Señor Jesucristo, ó devoto Octavario para celebrar este misterio; un real.
NECROLOGÍA del P. Miguel M. de Toro y Gomez, religioso franciscano: dos reales.

ID. del Sr. D. Joaquin de Goyeneta y Clarebó por Don

2.000
Cayetano Fernandez; dos reales.

NOTICIAS y consideraciones sobre la aparicion de nuestra Señora de Lourdes, por D. J. A. Ortiz Urruela; dos reales.

OBSERVACIONES sobre la revision y reforma del Concordato, por D. J. A. Ortiz Urruela; 6 reales en pasta.

- AN
- REL
OCTAVARIO de María Santísima en el misterio de su Inmaculada Concepcion: un real.

OFICIO de la Inmaculada Concepcion para jóvenes de ambos sexos, inspirado por María Santísima al Beato Alonso Rodriguez, S. J.; medio real uno, 4 rs. docena y 26 rs. el ciento.

XIX
PRÁCTICAS piadosas en obsequio del S. Corazon de Jesus; un real.

PIADOSO QUINARIO en honra y culto de nuestro amable Redentor Jesus; un real.

PIADOSO y utilísimo ofrecimiento de la Sangre de nuestro Señor Jesucristo; un real.

ROSARIO MEDITADO (El). Lecturas sobre cada uno de sus misterios, por D. J. A. Ortiz Urruela; un tomo de 272 páginas en 8.º, 3 rs. en rústica, 5 rs. pasta holandesa.

SETENARIO en que se contemplan los principales dolores y gozos del Patriarca Sr. S. José; un real.—Id. en tamaño mayor real y medio.

ID. que explica los siete principalísimos dolores que padeció el Corazon de María Santísima nuestra Señora; por Fr. Isidoro de Sevilla: un real, tamaño mayor 2 rs.

TRÍDUO DOLOROSO y sagrado ejercicio del Smo. Rostro de nuestro Redentor, por D. J. G. de Contreras; real y medio; 15 rs. docena.

TRÍDUO en obsequio del glorioso Patriarca S. José; 3 rs. docena.

VISITA á S. José. Devoto ejercicio dispuesto en forma de Rosario para hacer la visita al glorioso Patriarca; un real ejemplar y 8 rs. docena.

VERSOS de S. Gregorio Papa á la Sma. Pasion de Cristo; elogios y preces á María Sma. nuestra Señora; un real ejemplar, 8 rs. docena.

VIRGEN DE LOS DOLORES (La). Lecturas y ejercicios para prepararse á celebrar las festividades con que la honra la Sta. Iglesia; y un ejercicio en honor de Jesus Nazareno, por D. J. A. Ortiz Urruela; 4 rs. en rústica y 6 pasta holandesa.

En los pedidos al por mayor se harán rebajas de consideracion.



